

CAROLINA LOZANO

# EL PODER DEL MAGO



de

Un mar de confusión, horror y preguntas ha asolado las gloriosas tierras élficas y el resto del Continente Norte, donde habitan Altos y Bajos humanos. Y Eyrien, aunque volverá a tener a un River algo cambiado a su lado, ha sido marcada como traidora por los mismísimos Sabios y señalada como presa por uno de los vampiros más poderosos del mundo conocido: Ashzar. Sin embargo el misterioso vampiro esconde oscuros secretos e intenciones extrañas que la Elfa de la Noche necesita desvelar para enfrentarse a la guerra que se acerca. ¿Puede convertirse el depredador en su protector... aunque sea por un breve lapso de tiempo? ¿Hasta que tengan que enfrentarse de nuevo? River, que ha despertado de su propia pesadilla, seguirá a su lado para protegerla, aunque bien sabe que lo que tenga que sucederle a todos sólo lo saben las estrellas.

Porque a veces, la Cazadora puede convertirse en la presa...



Carolina Lozano

# **El poder del Mago**

**Las Sendas de la Profecía II**

ePUB r1.2

**Banshee** 03.08.13

Título original: *El poder del Mago*  
Carolina Lozano Ruiz, febrero de 2009

Editor digital: Banshee  
Corrección de erratas: eva22  
ePub base r1.0



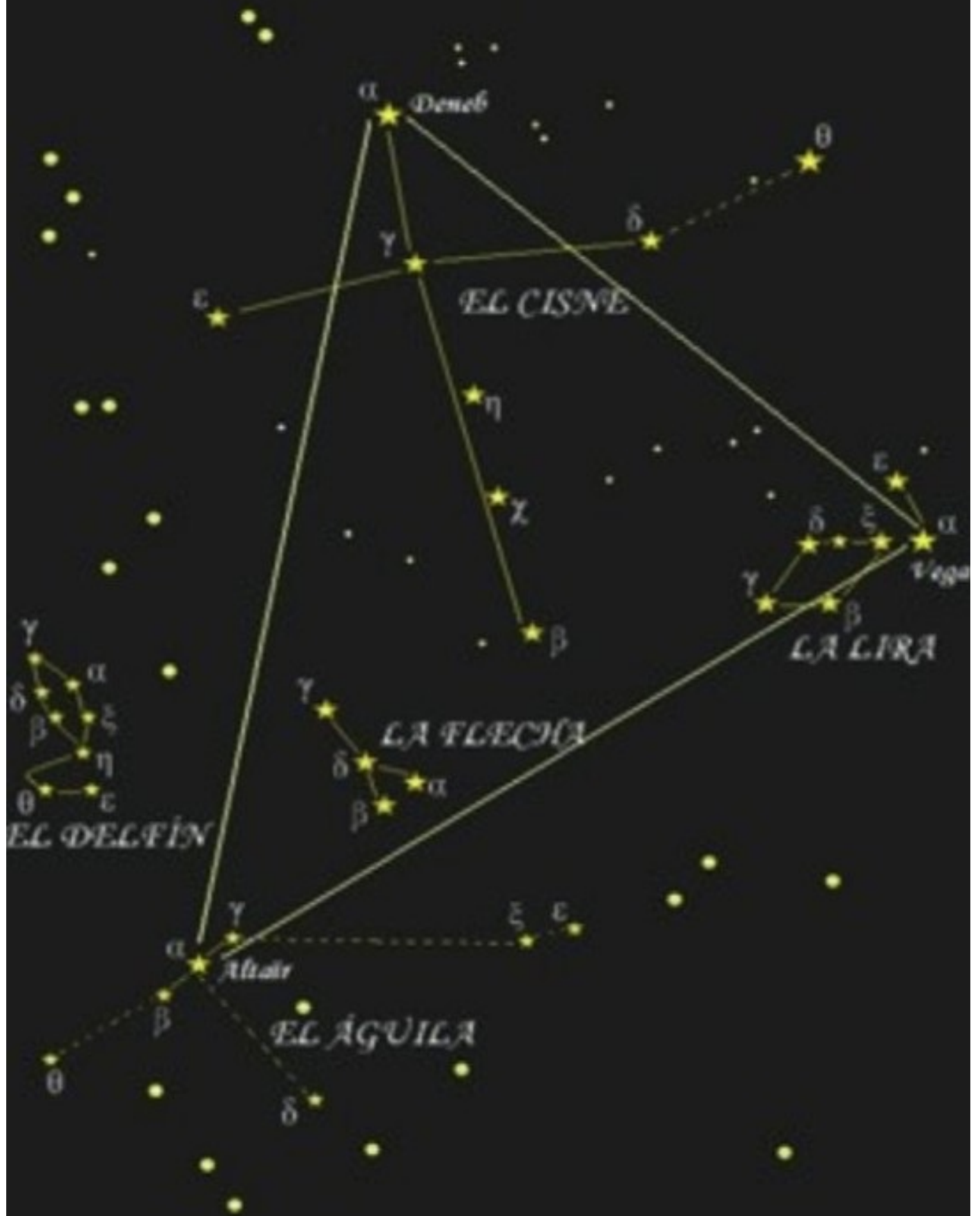
A Miriam, mi hermana,  
quien le aporta un color diferente  
a mi visión de la vida.

*Hielos Perpétuos*



*Llanura Áurea*

# LA ESTRELLA DE VERANO



# Introducción

Para los habitantes de aquellas aldeas que salpicaban los escarpados parajes del noroeste de Selbast, la aparición del joven noble de las montañas fue motivo de tanta agitación como si les hubiesen dicho que el mismo rey de Arsilon iba a instalarse en los alrededores. El hecho de que el joven jamás se detuviera a hablar con nadie, que tan sólo dedicara algún saludo con la cabeza a quien se cruzaba con él mientras cabalgaba en su caballo blanco, no hacía más que aumentar las conjeturas y las fábulas sobre su origen y procedencia. Lo cierto era que su presencia no dejaba indiferente a nadie. Y mucho menos a las muchachas de las aldeas, que suspiraban, y a sus padres, que veían en el misterioso aristócrata un medio de arrancar a sus pequeñas de la pobreza.

Era apuesto, eso era innegable. Tenía los cabellos negros, ondulados, peinados al descuido para enmarcar su rostro de facciones perfectas. Pero no había nada en su porte altivo y elegante tan fascinante como sus ojos, grises como la luna entre la niebla. Unos ojos seguros, profundos y penetrantes que jamás se posaban directamente en nadie. Hasta que lo hicieron en Idaira. La hija del carpintero contaba entonces con diecisiete años y una pequeña inusual entre los Bajos humanos. Era el tesoro de su padre, que había quedado viudo. Su único y precioso motivo de orgullo. Sin embargo, cuando el joven noble detuvo inesperadamente el caballo para quedarse mirando a Idaira, el carpintero deseó de pronto que la hermosura de su hija jamás hubiese destacado tanto.

Desde que hablara con Idaira por primera vez, el joven acrecentó la frecuencia de sus visitas a la aldea. A veces dejaba a su caballo pastar libremente para sentarse a hablar con la joven, otras veces tan sólo se detenía el tiempo justo para entregarle un ramo de flores nunca vistas en aquel lugar. Dos meses después ya todos felicitaban al carpintero por la buena fortuna de su hija, pero cada vez que alguien le preguntaba cuándo la iba a casar, el artesano sentía que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Porque pese a toda la galantería que desplegaba el notable pretendiente de su hija, pese a toda su elegancia, el padre no dejaba de percatarse de que en las miradas que dirigía a Idaira había algo más que amor. Algo que ponía en peligro su vida, algo voraz.

Poco tiempo después, cuando el verano doraba los campos con su luz intensa y cálida, Idaira se acercó a su padre con el paso inseguro y apremiante de quien teme ceder y dar marcha atrás. Su rostro estaba contraído por la angustia, su mirada llena de pena, y se apretaba el chal alrededor del cuello como si el viento se hubiese levantado glacial.

—Padre —dijo con dulzura—, me marcho.

Mientras su más arraigado temor se hacía realidad, el carpintero escuchó en silencio cómo su hija le explicaba que se iba con el noble a las montañas, que viviría con él el resto de sus días, que aquello sería, pese a la pena de dejar a su padre, lo que le aportaría la verdadera felicidad. Idaira le hablaba con una sonrisa dulce mientras sus ojos se anegaban en lágrimas.

—Seré feliz, padre. Muy feliz... mientras viva.

El carpintero, tembloroso, no pudo hacer otra cosa que permitirle marchar. La vio subir al hermoso caballo blanco mientras el instinto le decía que, si la dejaba alejarse, no volvería a verla jamás.



Idaira nunca volvió, y el apuesto noble tampoco cabalgó de nuevo por las afueras de la aldea. Y el paso del tiempo, poco a poco, suavizó la pena del solitario carpintero y atenuó la sensación de que algo extraño y sombrío, maligno, había perturbado su vida.

Quince años después, cuando ya nadie recordaba que un joven misterioso se había llevado a la bella hija del carpintero, los chismorreos volvieron a todas las aldeas vecinas. ¿Quién era aquella hermosa mujer a quien se veía cabalgar a veces por el bosque? ¿Era un espíritu, una elfa, o era una doncella de verdad, salida de algún lejano castillo? El día en que la joven llegó a su aldea, el viejo artesano sintió que su corazón se desgarraba como si alguien le hubiese clavado un puñal. Aquella joven de porte altivo que montaba un caballo blanco era el ser más hermoso que jamás hubiera visto, pero le provocó un estremecimiento de pánico. Ella tenía unos cabellos negros, largos, que hacían destacar la nívea palidez de su rostro de alabastro. Sus manos finas acariciaban con placer las crines del caballo mientras se mantenía ajena a la fascinación que despertaba a su alrededor.

Sólo la mirada de uno de los aldeanos consiguió despertar su curiosidad. Cuando la joven posó en él sus ojos grandes y grises como la luz de la luna llena, ya nada hizo dudar al carpintero de que veía en ella algo aterradoramente familiar. Se sintió clavado en el suelo mientras la mujer se le acercaba, despacio y sonriente.

—¿Por qué me miras de esa forma, carpintero? —le preguntó desde lo alto de su caballo blanco—. No me admiras como lo hacen todos, tus sentimientos van mucho más allá. Siento turbulencia y agitación en los latidos de tu pecho.

—Me recordáis a alguien a quien conocí hace ya mucho tiempo, señora —respondió el hombre—. Alguien cuyo recuerdo nunca se borrará de mi corazón desgarrado.

—¡Ah, entiendo! —dijo la joven esbozando una sonrisa inquietante en sus labios encarnados—. Entonces debiste conocer a mi querido hermano pequeño.

—¿Vuestro hermano menor, señora? —repitió el carpintero, preso de nuevo de aquel temor ya olvidado—. Vos sois muy joven, y él también lo era cuando lo conocí. Y de eso hace ya mucho tiempo.

Pero la joven ya no lo escuchaba. Su mirada penetrante se había posado en Brandon, el joven escultor del pueblo, que como cada tarde estaba sentado a la puerta del taller modelando una figurita de alabastro. Sintiendo que la fatalidad rondaba de nuevo en torno a su pequeño mundo, el carpintero vio impotente cómo la dama se acercaba hasta él para admirar su obra. Minutos después el escultor le regalaba su figurita, y poco más tarde le hacía entrega de su corazón. Pasadas sólo unas semanas, también Brandon desaparecía de la aldea sin dejar rastro.

Empujado por el dolor y la necesidad de saber, consciente de ser el único que veía la presencia del mal en aquellas desapariciones, el viejo carpintero hizo un macuto con unas pocas provisiones, se calzó las botas de piel y se lanzó a recorrer las montañas. Tras buscar durante días, descubrió un fastuoso e imponente castillo, solitario, encaramado a un precipicio como un dragón que observara el mundo. Celebrando y temiendo a la vez su éxito, despojado por el apremio de toda prudencia, el carpintero se acercó a las grandes verjas que servían de entrada a aquel recinto inmenso. Allí, agarrado a los barrotes de la verja, el viejo tallador sintió que todo su mundo se venía abajo. Porque a lo lejos, entre los macizos de flores que se extendían al otro lado del jardín,

estaba el mismo joven noble que una vez se había llevado a su Idaira. El mismo cuerpo esbelto y atlético, los mismos cabellos negros, los mismos ojos penetrantes y grises como luna entre la niebla. Simplemente, el joven no había cambiado nada en aquellos quince años.

Como si hubiese advertido su presencia, el aristócrata levantó la mirada hacia él. Aún desde lejos, aterrado, el viejo carpintero pudo ver que en aquel rostro hermoso se dibujaba una vaga expresión de reconocimiento. El intercambio de miradas duró unos pocos segundos, porque el carpintero, sabiéndose descubierto por el mismo maligno, había echado a correr montaña abajo.

—Nunca volví a verlo —dijo el anciano carpintero que, treinta años después, aún temía que una noche fría aquel ser viniera a buscarlo—. No volvió por aquí jamás, pero estoy seguro de que sigue viviendo en lo alto de aquella montaña, joven todavía. Por eso no deberíais permanecer en este lugar, hermosa dama. Vuestra vida peligraría si os viese. Si os viese él, o su hermana.

Eyrien, ilusionada para parecer una Alta humana, se abstuvo de comentarle al anciano humano que ella ya conocía a aquel supuesto noble. Bajó la mirada a la madera desgastada de las escaleras del modesto porche en que estaba sentada. Se sentía presa de una mezcla de fascinación y temor, pues al fin, tras dos meses de infructuosa búsqueda, sabía ya dónde encontrar el castillo de Ashzar. Sólo esperaba que su hermana tampoco estuviese en casa.

## El paciente de Quersia

El mismo atardecer en que Eyrien escuchaba la historia de un anciano triste de Selbast, en la capital de Quersia se vivía un regocijo que hacía semanas que no se conocía. Al fin, tras mucho luchar contra lo desconocido, habían conseguido arrancar a su inesperado paciente de las garras de la muerte. Pero para River, que despertaba de un largo sueño en el que no recordaba haberse sumido, la pesadilla empezaba ahora. Su existencia se había convertido en una tortura continua. Aún pasaron días hasta que fue capaz de mover algún músculo sin gritar de dolor. Cuando su mente pudo pensar en algo más que no fuese el sufrimiento que invadía su cuerpo, fue consciente de que generalmente no estaba solo en la oscuridad; siempre había una mano cálida sobre la suya mientras él rogaba a sus cuidadores que lo mataran y acabaran con su padecimiento. Pero no era la mano de Eyrien, y sus cuidadores no escuchaban las súplicas.

Después, muy lentamente, el dolor fue remitiendo a regañadientes. Cuando River pudo abrir los ojos vio que eran elfos verdes de los Bosques, los que le llevaban las tisanas que hacían flotar en el aire de la habitación como Tristan había hecho con la Dama de Siarta. Algunos días más tarde los elfos quersianos empezaron a hacerle preguntas retorcidas y peticiones extrañas, como exigirle que dijera mentiras o que se concentrara en las auras de la habitación. Le acercaron llamas y piedras y abrieron las ventanas para que pudiera ver las estrellas. Finalmente le colgaron una piedra verde sobre el pecho. Tras recuperar el control de las manos, River se la acercó a los ojos para descubrir que era algo parecido a una esmeralda, tallada en forma de una estrella llameante. No entendía lo que sucedía, y nadie se lo explicaba. Pero lo que más preocupaba a River era que a cada nueva pregunta respondida, a cada nueva prueba realizada, el hermoso rostro de los elfos de Quersis se volvía más sombrío.

Pasó un mes antes de que River pudiera mover el cuerpo entero a su voluntad, o pudiera permanecer varias horas despierto. Fue entonces cuando sus silenciosos cuidadores le presentaron a Elhania, la elfa que había permanecido a su lado cuando su vida peligraba. Elhania era una Elfa de la Noche, de aspecto antiguo y majestuoso, una vistosa extranjera entre los elfos silvanos de Quersia. Se parecía poco a éstos; mientras que los elfos de cabellos y rasgos verdes eran sosegados pero alegres, versátiles pero imperturbables como los bosques que habitaban, la elfa de Siarta parecía distante y etérea como las estrellas que la alimentaban. Su belleza, como la de Eyrien, estaba teñida de peligrosidad, la fuerza de su mente parecía emerger de ella como una advertencia que contradecía su aparente fragilidad. Y Umbra, el jaguar inmortal de Eyrien, siempre estaba con ella; dos seres apacibles, pero peligrosos en extremo. Era amable, su sonrisa sincera, y su agradecimiento hacia él eterno, aseguró, por haber salvado a la Dama Eyrien de Ashzar. Dos veces lo visitó Elhania antes de considerarlo restablecido para hablarle de sí mismo. Y lo que escuchó River entonces, le habría parecido imposible si no supiese que la elfa no podía mentir.

—Me temo que aunque por fuera puedas notarlo poco, has cambiado mucho por dentro, River

de la Casa de los Tres Elfos —le dijo Elhania, sentada en una silla baja al fondo de su casa de Quersis que, como todas las demás, era una primorosa construcción circular de madera y lianas que desde fuera se diferenciaban poco de los árboles que la rodeaban—. Hace mucho tiempo, cuando elfos y humanos convivíamos en armonía, era una costumbre no del todo inaudita que los elfos empleáramos la magia antigua si queríamos enseñaros algo particularmente rápido. Se trataba de despertar la memoria genética élfica de los humanos.

—Lo sé —dijo River, sentado frente a ella en el suelo cubierto de alfombras; estaba harto de la cama—. Eyrien me aplicó esa tortura para enseñarme el hechizo de impermeabilización...

Sintió un escalofrío que le recorrió como hielo por la espalda. Recordaba el dolor que había sentido cuando Eyrien lo había conjurado, la opinión de la elfa sobre que eso no debía hacerse nunca más a gran escala, su propio comentario de que si le aplicaban esa magia más intensamente no sobreviviría para contarlo.

—Siento decir que algunos de los nuestros se aficionaron a los experimentos en la antigüedad —dijo Elhania tras mirarlo de una forma que River no supo descifrar—. Por fortuna hace tiempo que esa práctica se olvidó, pues era poco natural y doloroso despertar la memoria élfica de los humanos que descendían de los feéricos, y algunos murieron.

—Dioses, eso es lo que me han hecho, ¿verdad? —le preguntó a Elhania—. Me han... ¿sometido a un experimento? ¿Han modificado mi memoria genética?

La elfa de Siarta admitió que no sabía asegurarlo, pues hacía dos mil años que los elfos consideraban inmorales aquellas prácticas. Además los registros de los Tiempos Antiguos se habían perdido en el incendio de la biblioteca de Siarta hacía mil doscientos años, y no habían podido valerse de la experiencia anterior. Y sin embargo, tras salvarlo de la muerte, eran muchas las cosas que los sanadores quersianos habían averiguado y que apuntaban en esa dirección. River recordó entonces que sus sanadores no habían parecido nada contentos con sus averiguaciones.

—Creemos que tu memoria élfica ha despertado completamente, aunque a un precio alto —siguió diciendo Elhania con los ojos grandes y azules fijos en los suyos—. Nos costó mucho esfuerzo apartarte de la muerte, River. Sufriste mucho. Y no sabíamos cuál era tu esencia élfica para poder alimentarte con ella. Tu madre venía de una saga cuyo ancestro fue un elfo de Greisan, pero como sucede en tu raza, su influencia fue anulada por la herencia de la saga de tu padre, que era más fuerte. Tu estirpe paterna tenía tres antecesores élficos. Eso nos dejaba tres posibilidades: que tu esencia fuera ígnea, estelar o mineral.

Observándole día y noche, los elfos de Quersis habían descubierto que su esencia mágica vital no era siartana, puesto que por la noche su estado no mejoraba, ni ígnea, pues el fuego cercano no había podido reavivarlo. Eso les dejaba con la última e ilimitada posibilidad de una esencia mineral heredada de su ancestro de las Rocas.

—Había millares de gemas posibles —rememoró Elhania—, pero nos basamos en el color de tus ojos para decantarnos por las piedras verdes. Pensamos en la esmeralda y en el crisoberilo, pero fue cuando pusimos a tu alcance una gema de peridoto cuando empezaste a revivir de nuevo.

River cogió la gema que le colgaba del cuello y la miró.

—No te separes nunca de ella, River —le aconsejó Elhania con voz suave—. El peridoto no

abunda en el mundo exterior.

El saber que su esencia vital dependía ahora de una gema verde y traslúcida no fue el mayor ni el más raro de los descubrimientos de River. Con otros experimentos que prefirió no conocer, sus cuidadores habían concluido que mientras que su esencia vital era greisiana, su respuesta corporal era ígnea y su poder mental, siartano. Las dos primeras herencias eran bastante evidentes, pues sus ojos brillaban ahora en un tono verde muy intenso, antinatural en un humano por Alto que fuera, y el fuego no lo quemaba. Respecto a su herencia de la Noche, Elhania le dijo que descubriría su potencial con el tiempo.

—¿Y cómo sabéis entonces que mi poder mental es siartano? —le preguntó River, a quien no le importaba nada que su capacidad mágica fuera la de los más grandes de entre los elfos; para algo bueno había tenido que servir tanto sufrimiento.

—Por tu nueva forma de articular tus pensamientos —dijo Elhania—. Hemos comprobado que puedes hablar en todos los dialectos élficos, y esa capacidad de comprensión sólo la tenemos los Hijos de la Noche.

River se quedó de piedra. La mayoría de los elfos hablaban en élfico común, la primera forma de su lenguaje, para entenderse y evitar que los miembros de las otras razas conociesen sus dialectos y los conjuros propios de su raza, reminiscencia de las antiguas desconfianzas entre ellos. Aunque como había dicho Elhania, la raza de Siarta podía entender todos los dialectos de forma natural; eso era lo que los hacía tan poderosos. River ni siquiera se había dado cuenta de que estaba hablando en otro idioma que el humano, pero ahora descubría que conocía el nombre feérico de todas las cosas de la habitación, de que podía ordenarle a la magia que efectuase cualquier acción, ya fuese un conjuro de naturaleza fría, neutra o cálida.

—Pero eso no es todo, River —dijo Elhania devolviéndolo a la realidad—. Sabemos que aún puedes decir mentiras y que no empatizas con los demás como hacemos los feéricos, así que no te sientes un elfo. No tendrás nuestra comprensión, nuestra responsabilidad ni nuestra moderación. Y aún hay otra cosa... ahora eres inmune a las enfermedades humanas, lo hemos comprobado. Eso quiere decir que tu cuerpo puede haberse adaptado a tu nueva esencia.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó River con un cosquilleo en el estómago; hasta ahora le habían gustado sus descubrimientos.

—Que ya no envejeces tan rápido como antes, River. Los más antiguos de nosotros aún recuerdan el tiempo en que a algunos humanos se les despertaba la memoria feérica. Parece que solían vivir más tiempo.

—¿Cuánto tiempo voy a vivir? —preguntó River con un hilo de voz.

—No lo sabemos. Pero a juzgar por la profundidad de tu cambio, es posible que quinientos años. Quizás más. Pero no lo sabemos, River. Eres único.

River sintió un zumbido en los oídos y empezó a ver borroso mientras asimilaba las palabras de Elhania. Habían calculado que puesto que había cumplido los veinticinco años humanos mientras convalecía, ahora tenía unos doscientos sesenta y cuatro años élficos, y que sería mejor para él empezar a computar el paso del tiempo en esos términos feéricos. Pero River sólo le prestó atención a medias, a él lo que le importaba era que, si la elfa estaba en lo cierto, vería morir a Ian,

a Killian, y a todos sus conocidos. Durante generaciones.

—Para muchos serás el más Alto humano que habrá existido jamás —dijo la elfa con dulzura—. Para otros un arma para utilizar, o un enemigo peligroso. Pero para muchos de los míos seguirás siendo River, quien salvó a la Dama Eyrien de la ambición de un vampiro.

—¿Y para los demás? —dijo River, recordando la expresión de algunos de los elfos quersianos.

—¿Ves? —dijo Elhania con una sonrisa—. Ya te has vuelto más perspicaz —suspiró—. Lamentablemente no hay marcha atrás, no es un cambio que pueda deshacerse. Pero trataremos de encontrar a quien te ha hecho esto, River. Y averiguaremos el porqué.

¿Por qué?, se preguntó River también mientras la elfa siartana se iba para dejarlo meditar a solas. ¿Por qué? No recordaba nada, salvo haber acampado con los elfos de Islandis después de haber abandonado Sentríst. Aquel hilo de pensamientos le hizo pensar en Eyrien. No pudo evitar preguntarse con un nudo en el estómago qué pensaría ella al respecto. Poco más tarde se dio cuenta de que Elhania no había respondido a su pregunta sobre qué opinaban los otros elfos que no lo veían ya como el héroe que había salvado a la Dama de Siarta. Se estremeció de miedo.



—Han localizado a Eyrien. Está al Sur, pero no tardará en acercarse hasta Quersia. ¿No te alegras? —dijo Negander—. Parece ser que el íncubo vive en un lugar apartado de Selbast, en un castillo rodeado de jardines y bosques encaramado en lo alto de un precipicio. Eyrien asegura que Ashzar tiene una hermana, pero el castillo estaba vacío. Encontraron otra espada desafilada, aunque no supieron decir lo que eso significaba. También hallaron un bonito cementerio lleno de tumbas, pero no fueron capaces de averiguar si había algún elfo enterrado allí porque las lápidas no tenían inscrito ningún nombre. Espeluznante, ¿no crees? Pero no encontraron ninguna pista del papel del vampiro en todo esto y ya vuelven a casa; ahora todo vuelve a la normalidad, al menos por un tiempo. Esta vez Eyrien sólo se ha ausentado algo menos de cuatro meses y sabíamos dónde estaba. No ha sido como la otra vez —murmuró Negander.

River estaba sentado en uno de los muchos bancos de reposo que salpicaban el bosque ciudad de Quersis. A su lado se encontraba Negander, el hijo de los señores de Quersia, un elfo joven de doscientos veinticinco años en quien River había encontrado un buen amigo que lo había ayudado a sobrellevar su convalecencia. El heredero de Quersia, como la mayoría de los elfos, jamás había salido de los territorios feéricos, y sentía tanta curiosidad por River como él por el elfo. Había transcurrido otro mes desde que Elhania le había revelado su nueva condición, y River había pasado por las más diversas emociones. Se había sumido en un estado de confusión y desesperanza de la que se había tenido que recuperar tanto como de su debilidad corporal, pero del elfo de Quersia, quien parecía no tener reparos en hablar como un humano que ya no lo era, había aprendido a ver el lado positivo de la vida. Negander tenía la misma edad que Eyrien, aunque era

mucho más jovial, y más alegre que la Elfa de la Noche.

—¿Qué pasó la «otra vez»? —preguntó finalmente, tratando de ocultar sus emociones ante el hecho de que Eyrien estuviera cada vez más cerca.

Antes de que acabara de hablar, Umbra salió de la espesura con silenciosa agilidad y lo miró fijamente. Se acercó hasta River, se restregó contra sus piernas y se sentó a su lado como una esfinge de obsidiana. Al Mago su presencia le resultaba tranquilizadora, porque a través de la salud del jaguar podía saber que Eyrien estaba bien. Eso y la espada del vampiro, cuyo filo comprobaba cada mañana para asegurarse de que seguía desafilada.

—Pues la otra vez que Eyrien desapareció —le explicó Negander—, estuvo ilocalizable durante tres años. Fue después de la Alianza Negra. Tus padres murieron y fue muy duro para ella; necesitó alejarse un tiempo. Se fue a visitar a los Elfos del Agua, al Largo Mar, pero cuando estaba allí ella e Ynia de Casa del Mar se fueron sin más. Sin avisar, sin decir a dónde iban ni por qué. Eyrien quería alejarse del mundo y lo hizo, aunque creo que Subinion sabía dónde estaban ambas. Phyros de Vulcania, el heredero de los elfos ígneos, se topó con ella tres años después en un sitio que no ha trascendido, puedes imaginarte que no sería un lugar muy apropiado para dos elfas nobles —Negander alzó las cejas—. Phyros las reprendió y las envió a casa, y Eyrien retomó sus actividades en la Alianza. Fue una suerte que las encontrara, todos echábamos de menos a Eyrien. La Dama ha llegado a hacerse muy necesaria, pues es el único contacto directo con Subinion y Siarta. Pero esta vez Eriesh estaba con ella, no la hubiese dejado alejarse mucho tiempo. Y en pocos días, estará entre nosotros de nuevo. ¿No te alegras?

Se alegraba, pero también estaba asustado.

Aquella noche, protegido en su cabaña del viento ya frío de finales de noviembre, a River le costó conciliar el sueño y se despertó angustiado. La luz de la mañana no lo había tranquilizado, y le asustaba pensar lo que podría decir la Dama de Siarta cuando descubriera cuál era su nuevo estado. Permaneció tumbado, y se fue poniendo nervioso. Imaginaba a Eyrien, mientras jugueteaba con una liana que colgaba suelta de la pared vegetal de la cabaña, mirándolo horrorizada, diciendo que se había convertido en una cosa extraña, apartándose para siempre de él. Teniendo así una eternidad para sufrir su distanciamiento. De pronto Umbra, que había dormido en la alfombra de musgo de su cabaña, rugió y se lanzó sobre él.

—¿Qué...?

Entonces olió el fuego. Sin saber cómo, había incendiado la liana con la que jugueteaba y toda la pared por encima de él estaba ya en llamas. Si no se había dado cuenta, si no se había chamuscado nada más que la manga de la camisa, era porque las llamas no podían dañarlo gracias a su esencia corporal ígnea. Pero la cabaña estaba hecha de madera y lianas. Se levantó rápidamente de la cama y buscó desesperado algo con lo que apagar el fuego a su alrededor.

—Quizás con un poco de aire —murmuró nervioso.

El conjuro le brotó de las manos de repente y la brisa extendió aún más las llamas. Negander apareció en la puerta, atraído por el humo, cuando ya media cabaña estaba ardiendo. Abrió mucho sus ojos verdes, pero enseguida levantó las manos, murmuró «humedad» en el dialecto de Quersis y el aire se hizo mucho más húmedo, hasta que las gotitas de agua en suspensión fueron

extinguendo el fuego. Cubierto de perlas de humedad, River miró entre el humo a Negander y a los demás elfos quersianos que habían aparecido en la puerta y miraban a su alrededor con gesto grave.

—Lo siento muchísimo —dijo—. Ahora ya sé lanzar el conjuro que ha usado Negander, no dejaré que esto vuelva a pasar.

Negander fue el único que se rió, y pese a que trató de quitarle importancia al asunto, River no dejó de notar que los demás elfos quersianos parecían preocupados. Por la tarde, nervioso y sintiéndose culpable, fue a visitar a Elhania.

—Me alegro de que hayas venido, porque tenemos que hablar de algo.

—Siento muchísimo haber quemado la cabaña —se disculpó River por enésima vez.

—Ah, eso —dijo Elhania, y sonrió compasiva—. No te preocupes, todos saben que no lo has hecho a propósito. Pero a los elfos de Quersis no les gusta el fuego, es su peor enemigo. Que les hayas dicho que ya conoces el conjuro que usó Negander tampoco ayuda mucho, pues ahora saben que podrías conocer todos los secretos mágicos de su raza. De cualquiera. Se han asustado. Pero no era de eso de lo que quería hablarte. Hijo de la Casa de los Tres Elfos, se te ha concedido un honor que ningún humano ha recibido en siglos.

River sintió un escalofrío; era el segundo honor especial que se le concedía, y aún ni siquiera se había repuesto del primero.

—El Señor Subinion desea conocerte. Te ha invitado a mi hogar, a Siarta.

Elhania le dedicó una sonrisa cuando la miró boquiabierto. Hasta hacía unos meses no había visto jamás a un elfo, y ahora iba a abandonar Quersis para dirigirse nada menos que a Siarta.

—Es un honor que no merezco —dijo River cuando se recuperó de la sorpresa; ni siquiera el rey Ian había conocido en persona a Subinion de Siarta. Ningún humano había puesto el pie en la ciudad imperial de los Elfos de la Noche—. ¿Y cómo iré hasta allí? ¿Vendrá Eyrien conmigo?

Elhania lo miró fijamente. A los elfos no les gustaban las preguntas, y él acababa de hacerle tres. Por suerte ella se tomaba las impertinencias con más paciencia que la Dama de Siarta.

—Si lo mereces o no es algo que sólo decide Subinion, River —dijo—. En segundo lugar, necesitarás a Procyon para ir hasta allí. Respecto a tu tercera pregunta, Eyrien se encontrará contigo directamente en Siarta. Y antes de que me lo preguntes, Procyon es una estrella de tipo espectral que se sitúa en la constelación del Can Mayor —añadió la Elfa de la Noche sonriendo—. Pero también llamamos así al pegaso hermano de Elarha, que ha tenido la amabilidad de acudir a mi llamada y acceder a acompañarte a Siarta. Prepárate, partirás mañana.

River supo que no podría prepararse en una noche para aquella experiencia. Era el primer humano que iba a ver a Subinion de Siarta en muchos siglos, y era consciente de la importancia política que podía tener un acontecimiento como aquel para Arsilon en aquellos tiempos de guerra. Además no podía evitar tener la sensación de que los elfos de Quersis se lo estaban quitando de encima por lo que había sucedido con la cabaña, y que iba a someterse directamente a un juicio. Nadie le había vuelto a hablar de la idea de que fuera a Greisan para entrenarse con los elfos de Islandis.

Se alegró de ver que Negander lo esperaba frente a la preciosa cabaña, ahora algo chamuscada,



que él había ocupado desde hacía casi dos meses como si fuera su casa. El joven elfo lo esperaba expectante, los ojos verdes brillantes, y parecía sinceramente contento.

—Estoy emocionado ante la idea de que te hayan invitado a Siarta —dijo—. ¿Tú no?

—Sí. Pero no sé por qué, creo que a Eyrien no le hará mucha gracia esa invitación —reconoció River—. Tengo la sensación de que me estáis echando de aquí por lo de la cabaña.

Negander se puso serio. Se sentó en el escalón de la entrada a la cabaña.

—Algunos de los míos, como en todas las razas, piensan que jamás deberíamos haberles entregado la magia a los humanos. Tú tienes mucho poder ahora, y sienten temor. Y respecto a Eyrien, tienes que recordar que ella fue una acólita de los Sabios. Su mentor funciona de otra manera. Pero no temas, te seguirá hacia el Norte enseguida y se alegrará de verte y de volver a casa, le encanta Siarta —lo miró a los ojos—. Seguro que también te gustará a ti, River. Siarta es bella.

River sonrió agradecido, no le dijo que lo que temía era que Siarta no le gustara él.

—Te echaré de menos —le dijo sinceramente el elfo—. Y a Elhania, y a Umbra.

Negander sonrió, y antes de despedirse le aseguró que en él tendría siempre a un amigo. River subió a lomos del poderoso animal dorado, Procyon, que había aparecido frente a la puerta de su cabaña por la mañana, y no pudo dejar de sentirse emocionado ante la aventura que le esperaba. Aunque también se sintió un poco preocupado, porque aquel viaje lo alejaba del mundo de ensueño en el que había vivido hasta aquel momento en el recóndito hogar de los Elfos de los Bosques. Quersis era un reducto de paz, pero en el mundo real acechaba el peligro.



Y mientras River preparaba el viaje más memorable de su vida hacia la mítica Siarta, aquella misma noche en Arsilon, el príncipe Killian estudiaba historia.

El rey Ian encontró a su sobrino en una de las Salas de Legajos de la gran biblioteca del castillo. Allí se acumulaban manuscritos cuyo color amarillento delataba su antigüedad; sólo las mesas y las velas de cera, brillantes y limpias, permitían adivinar que allí dentro también se vivía en el siglo actual. Killian estaba sentado solo en un escritorio, con una pequeña pila de manuscritos delante. Vestía como siempre, pero parecía cansado e incluso intranquilo, una actitud rara en él. Se había pasado tantas veces la mano por la frente que el cabello de color avellana le caía desordenado sobre los ojos fatigados. Cuando oyó a su tío levantó una mirada desmoralizada hacia él.

—Ya he leído los Estatutos de los Magos —dijo poniendo una mano sobre el montón de legajos—. Parece mentira que estén por encima incluso del rey de Arsilon. ¿Desde cuándo son tan especiales los Altos humanos para tener semejantes prerrogativas sobre nosotros?

—Precisamente desde la antigüedad, hijo —dijo Ian sentándose a su lado; los últimos meses le habían añadido más arrugas en la frente que todos los años anteriores—. Hace tiempo, cuando aún

no se habían ganado la antipatía de los elfos, los Altos humanos eran más numerosos, muy importantes y bastante justos y moderados. Por aquel tiempo los propios elfos les enseñaban a usar la magia con rectitud y moralidad. Y no nos importaba que ellos dirigieran los reinos humanos, porque eran poderosos y tenían el favor de los feéricos. Fue después de provocar las Guerras de Magia y que los elfos se alejaran de ellos cuando se volvieron arrogantes y envidiosos. Pero los Estatutos que se redactaron entonces siguen siendo igual de válidos.

—¿Entonces no puedes hacer nada, tío? —le preguntó Killian mesándose los cabellos otra vez.

—Me temo que no —dijo Ian con pesar—. El Consejo de Magos se ha reunido bajo mi propio techo, pero ni siquiera el rey del Arsilon puede impedirles llevar a cabo semejante necedad. Si conozco algo a Eyrien, sé que se enfadará mucho. Pero no creo que se deje llevar por la afrenta. Ha trabajado y sacrificado mucho por la paz como para tirarla ahora por tierra.

—Espero que tengas razón. Además el pueblo ya habla —dijo Killian con vehemencia—. Los nuestros temen que los Magos vuelvan a airar a los elfos y que lo paguemos todos. Están convencidos de que todo esto no es más que una excusa para verter al fin sobre los elfos la ira y los reproches que los Altos humanos se han estado guardando tanto tiempo. Si no conociera a algunos Magos decentes, como River, como Arla de Udrian y el viejo Hedar, y Ennia...

—Por cierto —lo interrumpió Ian—, hemos recibido noticias de Quersia.

La expresión de Killian se iluminó y volvió a erguirse en la silla.

—¿Está ya River en camino? Tengo ganas de verle después de... bueno...

—Está en camino, pero no hacía aquí —respondió Ian—. Estará volando hacia Siarta, el Señor Subinion lo ha invitado personalmente. Quizás incluso ya esté allí.

Killian miró perplejo a su tío, hasta que estuvo seguro de que no bromeaba. Entonces la repercusión de aquella visita de River a Siarta se abrió paso en su mente positiva.

—¿Pero eso es estupendo, no? —dijo aliviado—. River podrá demostrar al Señor de los Elfos que no todos los Magos se han vuelto locos de remate. Y Subinion se dará cuenta de que los Sabios se han equivocado con esa estúpida profecía sobre nosotros.

—Claro —dijo Ian.

No compartió con Killian la duda que lo inquietaba, pues a su parecer Subinion podía haber invitado a River a su elitista y recóndito hogar por dos motivos: o quería conocerlo y agradecerle que hubiera salvado a su hija, o quería tantearlo para comprobar hasta qué punto se había vuelto un peligro más acuciante respecto al cumplimiento de la Profecía. Según lo que les había explicado el legado que había venido desde Quersis, River era ahora un ser extraño y convaleciente, pero poderoso. Los había exhortado en nombre de los Señores de Quersia a guardar aquel asunto en secreto hasta que Siarta pudiera opinar al respecto. Y parecía claro que Subinion estaba dispuesto a opinar.

«Surte, River, hijo mío», le deseó Ian íntimamente antes de volver a concentrarse, a su pesar, en los problemas que tenía delante. Aquella noche, como las anteriores, prometía ser larga y sin sueño.

## 2

# Disensión

Era el primer día de diciembre, cuando Eyrien se reunía al fin con Islandis en Greisan tras cinco meses de ausencia. Tuvieron poco tiempo para dedicarlo a la alegría de haberse reencontrado sanas y salvas. La Elfa de las Rocas mostraba una expresión triste y cansada que la hacía parecer todavía más la imagen de una diosa esculpida en roca. Se apartó hacia la espalda los largos cabellos grises y suaves.

—River ha estado muy mal, creímos que lo perdíamos —le dijo a la Señora de Greisan—. Ahora está bien.

—¿Bien? —repitió Eyrien, demasiado alterada para sentarse. Ni siquiera se había cambiado las ajustadas ropas de viaje—. Islandis, no está bien. ¡No como debería estarlo un humano, al menos! Jamás volverá a estar bien, y habrá que ver cuánto nos salpica a nosotros este cambio desafortunado. Es un humano, y ahora su mente tiene el mismo potencial que el de la más poderosa de las razas élficas. Los Elfos de la Noche somos peligrosos, Islandis, pero somos benévolo por naturaleza. River carece de eso. ¿Qué pasará cuando descubra que puede usar la magia de cualquier raza feérica, incluso la magia Vodun, que todo el poder de nuestra esencia está a su alcance?

—Tú sabes que él no tiene la culpa de lo que le ha pasado, cariño —le respondió Islandis acariciándole los largos cabellos.

—No tiene la culpa pero ahora es más peligroso que nunca —dijo Eyrien con vehemencia—. Tendrá nuestro poder, si puede controlarlo. Pero no posee nuestra empatía, nuestra prudencia, nuestra responsabilidad, ni nuestra compasión por la tierra. Y tampoco tiene a nadie que lo guíe.

—Te tiene a ti. Estoy segura de que está dispuesto a escucharte —dijo la elfa greisiana con suavidad—. Lo he leído en sus ojos, te admira y te respeta.

—Sí —respondió Eyrien con una sonrisa amarga—. Cuando quiere. Ha heredado la manía de su padre de creer que puede tratarme como a una humana cuando le place.

—Te considera su amiga, Eyrien, te ha echado de menos. Y te conozco, eres como una hermana para mí: sé que tú también tienes ganas de verle.

—Pero se ha vuelto todo tan complicado...

No lo decía, pero por lo que más temía era por la supervivencia de River; si antes ya había estado en boca de muchos, ahora volvería a ser tema de disputa. Quizás Esigion de Maelvania se acordara otra vez de él y tratara de atraerlo hacia las filas de sus Reinos Cáusticos de nuevo, quizás los elfos, los enanos o los propios humanos consideraran que ya no tenían cabida entre las tres razas. De todas formas, le habían destrozado la vida. ¿Qué humano podía vivir largas centurias, viendo desaparecer sin poder evitarlo a todos los seres que amaba? Ya no era del todo humano, pero tampoco era un elfo. Ahora, en lo que se refería a especies y razas, no era de nadie, no era nada.



El viaje se le había hecho corto a River. Seis días con sus noches a vuelo de pegaso había tardado en recorrer el trayecto desde Quersis hasta el territorio de los Hijos de la Noche. Ciertamente había sido duro, pues para pasar inadvertidos a los posibles espías cáusticos del oeste del Continente Norte habían bajado pocas veces al suelo. Pero había valido la pena.

Durante los largos vuelos River se había dedicado a gozar del trayecto sobre el poderoso lomo de Procyon. El pegaso había llegado a Quersis con el aspecto de un descomunal caballo negro de patas peludas, mirada inteligente y largas crines. Pero cuando había abandonado su ilusión, River había silbado con admiración. En su apariencia normal el pegaso era del color del oro viejo, con unas alas a las que River calculó unos cuatro metros de envergadura. Ahora, en pleno vuelo el pegaso hendía el aire con suavidad, mientras sus largas alas batían en silencio a ambos lados de su dorado cuerpo. River jamás había visto cambiar el paisaje con tanta claridad. Los bosques, densos y frondosos, de un verde intenso de Quersia, habían ido aclarándose a medida que subían hacia el Norte; los alcornoques y las encinas habían dado paso a los robles y las hayas, para después, al llegar a las regiones altas de la fría Nórdica, ceder su dominio a los pinos negros y los abetos. El suelo aparecía cubiertos de agujas y escarcha y el aire era gélido, o lo hubiese sido si River no hubiese sido tan cálido ahora.

Y ese día, con el nuevo atardecer que caía, al final llegaban a los recónditos territorios de Siarta. El frío paisaje que oscurecía a sus pies le resultaba familiar a River, pues había pasado muchos veranos con su tía Liana en Udrian, de donde era originario como la mayoría de los Altos humanos. Y sin embargo, mientras que las tierras humanas de Nórdica estaban punteadas de pequeñas poblaciones que delataban su presencia con el humo de sus chimeneas, el territorio élfico parecía poblado únicamente por los bosques y sus animales. Tan sólo cuando se acercaron a la ciudad imperial, pudo River vislumbrar en la penumbra alguna casita aislada, redonda y con tejado de pizarra. No vio a ningún elfo hasta que empezaron a sobrevolar la ciudad principal, pero estaba seguro de que habían estado ahí abajo igualmente, mirándolos a ellos. A aquellas horas del anochecer, ver a un Hijo de la Noche era difícil, aunque fuese sobre la blanca nieve que empezaba a cuajar con las cercanías del invierno.

La ciudad imperial de Siarta, origen de toda magia, tenía, para sorpresa de River, todo el aspecto de un pueblecito alpino, pero más grande y hermoso. No había tacha alguna en las estructuras circulares de madera oscura, ni suciedad por las calles de losas de pizarra cubiertas de nieve, ni ruido ni gritos ni nada que enturbiara la paz de aquel lugar donde residían los seres más inteligentes de la Tierra. Los fanales arrojaban una luz suave y azulada sobre los caminos, no había cuadras que enjaulasen a los caballos élficos que pacían por los alrededores. Era un lugar de paz, mágico. Pero ahora, alertados de su llegada por su fina percepción, los elfos de Siarta salían de las casas y levantaban la vista al cielo. No gritaban ni corrían y tampoco formaban alboroto. Tan sólo lo observaban en silencio, sin alegría y sin contrariedad. Alguno dibujó una sonrisa en su rostro afilado y pálido; otros volvieron al interior de sus casas. Los demás sólo miraban.

—¡Procyon! —exclamó una elfa de voz límpida que se acercaba rápida por el camino, cubierta como los demás por una fina capa de aquel cuero élfico hecho de fibra vegetal.

El pegaso revoloteó sobre el camino de pizarra hasta posarse suavemente cerca de la elfa. Mientras trataba de permanecer sereno, aunque se sentía superado por las circunstancias, River no pudo dejar de fijarse en que aquella inmortal tenía algo de especial. No fue hasta que se apeó del pegaso y se encontró de frente con ella, cuando descubrió lo que le había resultado chocante a primera vista: sus rasgos no eran monocromos como los de todos los feéricos que River había visto. Aunque sus largos cabellos ondulados tenían el color oscuro del cielo que anochecía, sus labios eran del color del melocotón y sus ojos brillaban naranjas como ascuas candentes. La elfa le devolvió una sonrisa cargada de inocente malicia.

—Mis cabellos de Elfa de la Noche no concuerdan con mis ojos de Elfa Ígnea, ¿verdad? —le dijo—. Voy a dejar que me mires así ahora porque soy la primera mestiza que ves, pero no te acostumbres. Soy Fereya, y tú eres River.

Mientras River, algo cohibido, estrechaba la mano que Fereya le tendía y reiniciaba la marcha por el camino por el que ella había venido, se dio cuenta de que ya había escuchado ese nombre antes. Trató de seguir el paso seguro de la elfa mestiza sin resbalar en el camino helado.

—¿Eres la novia del hermano mediano de Eyrien, la que se encontró un ícubo en Selbast?

—Sí. Aunque más que eso ya era Cazadora y amiga de Eyrien. Además me crié entre los Elfos Ígneos, así que soy vulcaniana, no siartana. Ya ves que no eres el único extranjero aquí. Y tampoco lo fuiste en Quersis, donde tuviste el honor de conocer también a la madre de Eyrien.

River se detuvo en seco, patinando, y miró a Fereya consciente de que se estaba poniendo pálido. Ahora entendía por qué Umbra vivía en Quersia con Elhania, en vez de en Siarta.

—Nadie te había dicho que Elhania es la Señora de Siarta y de todos los elfos, ¿verdad? —adivinó Fereya sin ocultar una sonrisa, mientras reanudaba la marcha—. Ella vive en Quersis desde hace muchos años. No se alejó de Siarta voluntariamente, pero los pueblos que se hallan lejos de Nórdica necesitan a alguien a quien acudir cuando buscan consejo y el peligro los acecha.

Elhania es una de las pocas elfas que pueden mantener una conversación telepática a gran distancia, y mantiene a Subinion informado de lo que sucede en Centria y Suria. Y creo —añadió—, que es mejor para ti que no te dijera quién era, así pudiste ser tú mismo aún en su presencia.

River no estaba nada de acuerdo con eso. Recordaba perfectamente haber rezongado sobre Eyrien delante de su poderosa madre, y haber dicho que estaba en contra de los Sabios Videntes delante de la Señora de todos los Elfos.

—Bienvenido a Siarta —dijo de pronto Fereya, haciendo un movimiento amplio con el brazo.

River dejó de observar turbado el helado suelo de pizarra para mirar donde la elfa le indicaba. Ante ellos el camino se abría a un gran jardín de hierba cubierta de nieve, en el que los abetos de troncos retorcidos y barbas de musgo blanqueadas por la escarcha, parecían las estatuas que franqueaban la entrada a un reino de leyenda. Al frente, al pie mismo de la pared de la montaña, se alzaba el magnífico palacio de Siarta. La primera fachada era, como la del resto de las casas siartanas, de madera oscura y tejados negros, con dos alas laterales que se curvaban hacia atrás. Como constataría al entrar, esta primera edificación cerraba un patio interior que daba paso a la

zona privada de la casa de la familia de Siarta, y que estaba construida dentro de la montaña. Podían verse sus ventanas y balcones, de gruesos portones en forma de arco, a lo largo de la pared rocosa. Descubriría después que esta magnífica construcción, a camino entre el refugio alpino y la fortaleza defensiva, era un regalo que los enanos, los más viejos de las Cuatro Especies, habían hecho a los primeros elfos cuando éstos habían llegado a la tierra para embellecerla con su magia.



Tras diez días de convivir con los Elfos de la Noche del gran palacio de Nórdica, River casi se había acostumbrado a ser huésped de la Casa de Siarta. Había llegado a sentirse cómodo en presencia de Fereya y de su novio Asier, el hermano guerrero de Eyrien, con quien compartía su profunda admiración por su hermana. Asier era un elfo relativamente jovial, al menos lo era más que el resto de los Elfos de la Noche. Solía mostrar un tono claro en sus cabellos azules, y ropas de viajero. Pero River había dejado incluso de temer a Kenion, el mayor y más serio de los hijos de Subinion, pese a que era mucho menos jovial que su hermano, menos tolerante con el mundo humano, e inflexible con los errores que pudiera haber cometido su hermana.

A Subinion, Señor de todos los Elfos, lo conoció de forma más inesperada. Había estado ocupado a su llegada, y no había salido a recibirlo, aunque le había hecho llegar un mensaje de cordial bienvenida y una promesa de verse pronto. El quinto día de estar en Siarta, River, que aún se perdía por los bastos corredores de piedra del palacio en la montaña, fue a parar a un pequeño salón donde lo había citado Fereya. Al abrir la puerta del estudio se encontró con un elfo alto, de cabellos de color azul oscuro y rostro antiguo, que se inclinaba sobre una pila de manuscritos. Antes de poder volver a cerrar la puerta en silencio, el elfo levantó sus penetrantes ojos de los manuscritos y los fijó en él.

—Eh... —acertó a decir River sin más, abandonando toda idea de desaparecer sin ser visto.

—Te has perdido —dijo el elfo—. Es normal, el palacio es grande y para quien no vive aquí, cuesta acostumbrarse. Con los enanos es más divertido, porque al ser inmunes a la magia no se les puede presentir apenas y cuesta llamarlos telepáticamente. Cuando Eyrien era pequeña, le gustaba perder a Freyn para tener que buscarlo luego. Ella decía que jugaban al escondite, pero creo que el sobrino del rey Trenzor no lo encontraba nada divertido.

River sonrió abiertamente, imaginando al rudo Freyn rezongando ante la visión en miniatura de Eyrien. Entonces, al mirar directamente al rostro del elfo, se dio cuenta de lo mucho que se parecía a la Dama de Siarta y aún más a Asier y Kenion. Se le cortó la risa al instante.

—Vaya —dijo el Señor de Siarta—. No sabía que fuera tan temible. Te has puesto pálido, River de la Casa de los Tres Elfos. Ven y siéntate junto al fuego. Ya que has venido, podemos hablar un rato. Incluso yo me canso de leer. Llegan informes constantemente de todos los Reinos Libres, aunque desgraciadamente, cada vez son más los que se pierden por el camino.

River, cohibido, tomó asiento en una butaca junto al fuego y Subinion se sentó frente a él. Pese

a que el elfo mantenía una actitud relajada y cordial, River no dejaba de recordar que aquel era posiblemente el ser más peligroso y poderoso de la Tierra, y que él mismo era ahora un proscrito señalado por las Profecías. Intuyendo seguramente su incomodidad, Subinion se interesó por su salud, por Killian, por Ian e incluso por su tía Liana; parecía que el Señor de Siarta sabía muchas cosas de él. Después su rostro adquirió una expresión más seria y le pidió a River que le relatará cuanto había ocurrido desde que se tropezara con Eyrien por vez primera, y lo escuchó atentamente si apartar la mirada de la suya y sin hacer preguntas. River, mientras hablaba, tenía la sensación de que el Hijo de la Noche le tanteaba el pensamiento. Cuando acabó de relatar la batalla de Sentríst, Subinion dirigió la mirada al fuego que ardía alegremente junto a ellos. Debía estar pensando en lo mucho que había sufrido su hija en aquel breve lapso de tiempo, y River se preparó para escuchar los reproches, y quizás la condena, del Señor de los Elfos. Como si lo hubiese predicho, Subinion volvió a fijar en él su afilada mirada.

—No me has mentado, aunque tampoco me lo has explicado absolutamente todo. No importa, comprendo que haya cosas que quieras guardarte sólo para ti. Eyrien será más explícita si es necesario. ¿Sabes por qué estás aquí, River? —le preguntó el elfo.

—Pues supongo que para que decidáis si merezco seguir viviendo, señor —respondió River con sinceridad.

El elfo soltó una carcajada, de aquella forma tan inquietante propia de los elfos.

—Parezco temible —dijo—. Eso está bien, pero no para ti. Te preocupa la Profecía. A mí también me preocupa, mucho más ahora que te has vuelto tan poderoso, aunque no sepas darte cuenta. Si los Sabios estuvieran aquí, aconsejarían matarte inmediatamente, e incluso otros menos tajantes considerarían que estaríamos mejor sin ti —dijo con una franqueza simple y directa que a River le dio escalofríos—. Pero yo soy a quien menos deben temer en este momento. Soy el Señor del pueblo feérico, pero también soy un padre agradecido. Tú salvaste a mi hija pequeña de la muerte, tú comprometiste tu vida para proteger aquello que yo más quiero, así que no será mi mano la que se alce para darte muerte. Lamentablemente, eso tiene sus consecuencias, claro. Los Sabios se han ido porque me he negado a considerar una traidora a mi hija, y eso ha provocado algunas disensiones.

River no supo qué decir. Jamás hubiese pensado que podía ser motivo de disputa entre los elfos, menos aún entre los más poderosos del mundo. Se sentía ahora más confuso que nunca.

—Te estoy agradecido, pero no por eso te temo menos, River —siguió diciendo Subinion, y River no supo cómo reaccionar ante aquella declaración inaudita—. Eres un arma poderosa en el momento menos oportuno. Pero mi pueblo ha decidido. Se te ha hecho un regalo, dicen algunos, pues ahora serás el más poderoso entre los humanos. Entonces vamos a quitarte otro. Ya no serás iniciado en nuestras artes mágicas por los elfos de Greisan ni por ningunos otros. Tendrás a quien te guíe en tus descubrimientos, pero tendrás que ser tú mismo quien descubra su poder. Espero que comprendas que no podemos permitirnos darte todos nuestros secretos.

River asintió, sin estar muy seguro de qué implicaba todo aquello. En parte le parecía que lo estaban abandonando a su suerte, y no pudo evitar acordarse de la cabaña que había hecho arder en Quersis sin querer.

—Te preguntará por qué te he hecho venir, entonces —dijo Subinion tras darle tiempo para reflexionar—. Mi pueblo mengua, el tuyo crece y arrasa lo que encuentra, y la guerra contra Esigion está más cerca de lo que todos creen, lo he leído en las estrellas —River sintió que se le helaban los huesos ante aquella declaración—. Y me parece importante que, si tienes que tomar partido, como va a suceder, lo hagas sabiendo el porqué de todas las cosas, al menos de las que con esfuerzo y sacrificio, hemos podido comprender. Si te he traído aquí, River, es para que tengas la oportunidad de comprender, si lo deseas, cómo pensamos los feéricos, y también para que puedas intuir por qué a veces nos comportamos, a tu entender, de una forma inflexible y despótica.

River miró al suelo. No sabía cómo, pero Subinion parecía haber adivinado todos los reproches, todos los menosprecios que había tenido alguna vez contra los elfos. Y él, como feérico que era, no se enfadaba por ello. Le dejaría descubrir por sí mismo lo que estaba bien o mal, independientemente de que acertara el camino correcto. Y eso a River le daba miedo.

Pensaba que la tolerancia de los elfos era un arma de doble filo. Estaba seguro de que sí, le darían su oportunidad para seguir por el recto camino, pero que se le echarían encima en cuanto cometiera un error.

—Deseo comprender, señor —dijo. «Y decidir también», pensó para sus adentros.

—Me parece correcto por tu parte. Ahora tienes nuestro poder y parte de nuestra longevidad —siguió diciendo Subinion—, así que es justo que tengas también nuestra memoria histórica.

—¿Y cómo va a conseguir eso, señor? —preguntó River temiendo un nuevo experimento que lo llevara al borde de la muerte.

—No te preocupes, no será nada peligroso —dijo Subinion sin ocultar una sonrisa en la que no faltaba la compasión—. Al menos no para tu cuerpo, quizás sí para tu sensibilidad. Porque es peligroso conocer la Antigüedad.



Ahora que ya habían pasado los días de semejantes encuentros, River estaba más tranquilo y dedicaba su tiempo a reflexionar. Fereya, que lo acompañaba a menudo, decía que parecía haber madurado mucho de golpe. La visita a Antigüedad había sido ciertamente reveladora, aunque distaba mucho de ser lo que River había esperado encontrar. Antigüedad no era más que una vasta sala de los sótanos excavados en la montaña, donde se alineaban maquetas de antiguos reinos, ilustraciones y multitud de mapas de exquisita elaboración que detallaban los cambios que se habían producido en el mundo con el paso del tiempo. Era como ver el pasado, cuyas imágenes consecutivas formaban un hilo del tiempo en movimiento. Y había sido ésa una visión muy triste. Junto a cada uno de los mapas, había ilustraciones de las especies y las razas que se habían perdido, de los reinos que habían sucumbido, de las guerras sangrientas que habían llevado a enfrentarse a los parientes, los amigos e incluso los hermanos. Y muchos habían pagado los enfrentamientos con su existencia, a lo largo de muchas centurias. River no podía dejar de



preguntarse cómo sería vivir todas aquellas pérdidas en primera persona si realmente llegaba a vivir mil años.

Tampoco había podido dejar de notar cuánta culpa habían tenido los humanos, aún sin quererlo, en la desgracia del mundo. Había habido un tiempo lejano en el que los humanos vivían sólo en el Continente Sur, cuando éste era próspero y fértil. Pero crecían más y más, y sin la capacidad élfica de proteger y comprender la tierra, habían minado su subsistencia. Entonces empezaron a pelear y a empujarse hacia el Continente Norte, la tierra mágica. Haciendo mella en ella. Los unicornios habían desaparecido de la faz de la Tierra, los dragones y los pegasos estaban al borde de la extinción. Los feéricos en su totalidad estaban menguando, reducidos sus espacios naturales por los humanos a los que habían acogido de las guerras del Sur. Las amazonas y los centauros competían por su territorio, amenazados siempre por las tropas que llegaban por el Estrecho del Abismo, y los enanos, hartos de tanta pelea, estaban a un paso de dejarse llevar por la ira y dar la espalda a sus aliados. Y ahora los humanos se habían dividido en dos bandos tan claramente, que no podrían sino pelear hasta la muerte.

Luego estaba la estirpe de Esigion de Maelvania, pensaba River en una tarde en que leía en la sala pequeña en compañía de Fereya. Los muchos Esigion habían llevado la guerra y la traición por doquier, con el fin de hacerse con el dominio del Continente Norte y extinguir a los elfos. River no podía dejar de comprender que los elfos se recriminasen por haberse unido a los humanos y haberles dado el poder de usar la magia tras la aparición de los Nigromantes. Pero lo de la estirpe de Esigion de Maelvania, uno tras otro desde hacía mil años y cada vez con más ahínco, parecía algo personal.

Pensar en Esigion lo aterraba, porque le hacía pensar en sí mismo y en su implicación en aquella oscura Profecía. Le daba miedo acabar convirtiéndose en un monstruo por sus propios prejuicios contra algunos elfos. Visitar Antigüedad le había hecho comprender mejor a los elfos, pero era incapaz de sentir concordia con los Sabios Videntes de Siarta. Los odiaba por lo que le habían hecho a él y a Killian, también por lo que le habían hecho a Eyrien. Y era evidente que él tampoco era del gusto de algunos elfos de Siarta. Había algunas familias aristocráticas, demasiado aisladas del mundo y demasiado celosas de su propia raza, que no apreciaban su presencia allí ni su nuevo potencial de poder. River agradecía sobremanera que el asunto de la Profecía no hubiese trascendido entre todo el pueblo élfico.

—¿Qué sucede, River? —le preguntó Fereya desde un sillón cercano. Ahora lo miraba fijamente con los ojos brillando como el fuego de la chimenea.

Era imposible ocultar la turbación a un Elfo de la Noche, aunque fuera mestizo. River respiró hondo.

—A veces me siento fuera de lugar —admitió—. ¡No contigo! Ni con Asier, ni siquiera con Kenion ni Subinion. Vosotros me tratáis con una cortesía que no merezco. Pero no me hace falta ser empático como un elfo para darme cuenta de que muchos no me quieren aquí. Ni en ningún otro sitio, me parece.

—Para mí tampoco es fácil muchas veces —dijo la elfa—. Aunque no lo creas, ser mestiza también me convierte en un ser único en mi sociedad. No soy ni siartana ni vulcaniana, siempre

seré algo a medio camino entre ambos. Algunos siartanos no están del todo contentos con el hecho de que Asier me haya escogido como compañera. Y siempre son los mismos... los Sabios, sus acólitos...

—¿Tú no crees que el mundo estaría mejor sin mí?

—Por supuesto que no —dijo la elfa con dulzura—. Ni nadie de la Casa de Siarta, ni la gran mayoría de los elfos. Nos das un poco de miedo, te compadecemos, pero sobre todo comprendemos tu propia inseguridad, y estamos en deuda contigo por haber salvado a Eyrien. Son nuestros actos los que revelan nuestra verdadera esencia. Tendrás muchos amigos entre los elfos, River. Subinion considera que ha llegado el tiempo en que todos los Pueblos Libres tenemos que estar más unidos que nunca, y darnos una nueva oportunidad... Lo único que me entristece es que Konogan haya cambiado de opinión.

—¿Y quién es Konogan? —le preguntó River sin poder contenerse.

—Era mi amigo —suspiró Fereya—. Y el mejor amigo de Eyrien. Un Cazador, el único Elfo de la Noche además de Eyrien. Se incorporó cuando yo me retiré. Eyrien y él crecieron juntos, ambos fueron acólitos de Imran, el Sabio que murió. Ambos creían que el futuro debía ser diferente. No esperaba que él se marchara. Debe haber sido duro para Eyrien saberlo.

—¿Entonces crees que Konogan pensará que Eyrien es un objetivo que debe... neutralizarse?

—Tanto ella como tú, seguramente. Y Killian. Pero no te preocupes por eso. Eyrien es más poderosa que él —dijo con tristeza.

Pasaron unos minutos en silencio. De pronto Fereya se puso de pie repentinamente, tan rápida y bruscamente que River se sobresaltó y se levantó también con la intención instintiva de protegerse. La elfa mestiza, pasando por alto su reacción, se giró hacia él y le sonrió radiante mientras River trataba de tranquilizar los latidos de su corazón desbocado.

—Ya está aquí —exclamó Fereya—. ¡Eyrien ha llegado!

River siguió a Fereya fuera de la sala y por los corredores hasta llegar al basto recibidor de la entrada del palacio. En aquel momento, la Dama de Siarta entraba por la puerta.

## El paraíso del mundo es Siarta

Cuando Fereya y River llegaron a la entrada del palacio, Eyrien se estaba quitando la capa al lado de la puerta. River se sintió paralizado al verla, tantos meses hacía que esperaba aquel momento. Y ahora le resultaba tan familiar... La Dama de Siarta vestía sus habituales ropas de viaje, oscura y ceñidas a su talle, sin rastro alguno de polvo. Quizás tenía los cabellos algo más largos de lo que él recordaba, pero sus ojos afilados y grandes eran igual de sobrecogedores que siempre. Ella no lo miró, su atención estaba puesta en Fereya, y sonreía. Las dos elfas se abrazaron largamente, mientras los ojos de Fereya se enturbiaban por unas lágrimas que se afanaba en no derramar.

—Cinco años es mucho tiempo, Eyrien —dijo Fereya finalmente, separándola de sí y poniéndole las manos en los hombros.

—Lo sé —dijo Eyrien—. Trataré de que no vuelva a suceder. Hola, River.

Su expresión era impenetrable, tan hermética que River fue incapaz de sospechar siquiera cuál era el sentimiento que embargaba a Eyrien al mirarle. Empezó a enfadarse. Había estado al borde de la muerte, había padecido un dolor indecible durante meses; había sido valiente para ir a Siarta y prepararse para lo que fuera de él, y ahora ella le decía «Hola, River» con aquel tono frío e incómodo. Era más de lo que podía tolerar en aquel momento.

—Cuando acabes de decidir cuánto merece la pena dejarme vivir, me avisas para que pueda decirte que me alegro de verte —dijo.

Los ojos de Eyrien destellaron de sorpresa, aunque pronto se transformó en ira.

—Desde que estuvo en Antigüedad —dijo Fereya tratando de suavizar el ambiente—, River se ha vuelto bastante más suspicaz.

—¿Tú has estado en Antigüedad? —le preguntó Eyrien frunciendo aún más el ceño.

—Si tienes algún problema lo hablas con tu padre; fue él quien me llevó.

Antes de que Eyrien pudiese responder, o lanzarle un conjuro directamente, Asier llegó del interior del palacio y se acercó a largas zancadas.

—¡Asier! —exclamó Eyrien emocionada, devolviéndole el abrazo a su hermano.

Asier tardó un rato en soltar a Eyrien, aunque más que reflejar lo mucho que había sufrido por su hermana, tan sólo dejó traslucir la alegría que sentía al verla. Asier jamás había puesto en duda el comportamiento de su hermana, quizás porque él mismo se veía a menudo en situaciones peligrosas o difíciles, cuando defendía Nórdica de los enemigos que trataban de tomarla. Muy diferente fue la actitud con que se acercó Kenion. El mayor de los herederos de Siarta se limitó a sonreír a su hermana y cogerle de la mano con gesto cariñoso. Pero eso hizo que se fijara en la cicatriz de la palma de su mano y su rostro se tornó mucho más sombrío. River no necesitaba ser un elfo para notar la tensión que se acumulaba entre ambos.

—Me alegro de verte, Kenion —dijo Eyrien, mirando fijamente a su hermano con la misma expresión inescrutable que éste le dedicaba.

—Yo también me alegro de que estés en casa. Lo que no me gusta es tener que agradecerse al humano aquí presente.

Eyrien cruzó los brazos, clavando en Kenion una mirada ardiente.

—Me temo que si no hubiese sido también por mi culpa —dijo River saliendo en su defensa—, Eyrien posiblemente no hubiese necesitado que la salvaran.

—Cállate, River —le espetó Eyrien sin siquiera mirarle.

—No defiendas a mi hermana —le dijo Kenion, mirándolo con más amabilidad—. Ella sola ha cometido errores suficientemente graves como para meditar sobre sus acciones y aprender de ellas. Yo tenía razón, Eyrien. Has hecho tanta amistad con los humanos que te has vuelto distraída como ellos. No quiero que vuelvas a irte de Siarta. Eres demasiado joven.

—No puedes decirme lo que puedo o no puedo hacer, Kenion —susurró Eyrien, cerrando los puños—. He visto más mundo que Asier y tú juntos. He luchado, he visto morir a seres que no lo merecían y he vivido las injusticias que se cometen día a día fuera de Siarta. ¡Mírame! —dijo, y le mostró a su hermano las marcas de sus vivencias recientes; la cicatriz de la garra del gul que aún no había desaparecido del todo de su hombro, la herida de su palma derecha, de cuando había intentado matarse, las marcas de los colmillos del vampiro, de cuando casi la había matado, y la marca de traición que le habían impuesto los Sabios Videntes en la muñeca izquierda. Duras experiencias para una elfa que no debería haber conocido el sufrimiento—. Yo he vivido el mundo en mi propia piel. Así que no me trates como si fuera una niña.

Parpadeó y se giró bruscamente para irse. Era fácil olvidar que bajo la fortaleza que mostraba ante los que eran más débiles que ella, Eyrien podía ser una elfa joven y asustada. Asier y Fereya intercambiaron una mirada angustiada pero nadie se movió, hasta que Subinion llamó sorprendido a Eyrien mientras ella se alejaba.

—¡Papa! —gritó Eyrien y volviendo atrás se refugió en el cálido abrazo de su padre.

—¿A dónde ibas tan rápido? —le preguntó Subinion finalmente, rodeando sus hombros con un brazo y llevándola hacia donde estaban los demás. Suspiró sin necesidad de respuesta—. Puede que algún día ambos os reprochéis el haber sido tan duros el uno contra el otro, y quizás entonces ya sea demasiado para enmendar los errores.

Era una verdad muy triste aquélla, pensó River, decidiendo que eso no le iba a pasar a él.

Ni Subinion ni Eyrien aparecieron en la cena ni en la comida siguiente, y durante la misma tampoco estuvieron presentes Kenion ni Asier. Desde luego, las noticias de Eyrien —Ashzar, los guls, la masacre del Centro Umbanda y el papel de Killian y de River mismo en todo ello— eran suficientemente importantes como para quitar el sueño a los dirigentes de Siarta, si es que dormían mucho. Al siguiente día por la noche, tras visitar a Procyon en el patio, River tuvo que rendirse de nuevo a la evidencia de que no iba a encontrar a Eyrien, y se dirigió a su habitación después de pasar la tarde con Asier. Abrió la puerta y entró en la estancia dándose cuenta de que se había dejado la ventana abierta. Estaba buscando las velas para volver a encenderlas, cuando de pronto unos ojos azules y felinos brillaron en la oscuridad.

—Por todos los dioses, Eyrien, qué susto me has dado —dijo River.

—Te lo mereces —respondió la elfa volviendo a su forma diurna, a la vez que encendía una

vela—. Parece que al fin has aprendido a usar bien tu esencia ígnea.

—Es útil —dijo River dejando las velas encendidas con las puntas de los dedos sobre el escritorio—. Ya no podrás acusarme más de no ser capaz de encender ni siquiera un fuego.

La miró. Estaba sentada en lo que a él le parecía un precario equilibrio sobre la baranda del balcón, con las piernas recogidas frente al cuerpo. River se acercó con cuidado; era difícil saber de qué humor estaba Eyrien hasta que lo demostraba con una sonrisa o con un ataque verbal de aquellos que herían el orgullo. Pero parecía que en aquel momento la Dama de Siarta estaba demasiado hundida en sus propios pensamientos como para prestarle atención a él. Así que River salió al pequeño balcón y se apoyó en la balaustrada, para mirar el extenso bosque ártico que se abría hasta el horizonte. Los lobos aullaban a la luna en algún lugar de aquel paisaje nevado.

Eyrien se llevó las pálidas manos al rostro y lanzó un aullido al cielo; los lobos le respondieron en un coro tétrico y hermoso.

—¿Entiendes lo que dicen? —le preguntó River.

—Claro que los entiendo, soy una Elfa de la Noche —dijo molesta—. Y tú también podrías entenderlos, creo, si aprendieses a controlar el poder que tienes ahora —suspiró, y volvió a mirar al infinito—. Ellos sólo cantan a su bosque, a la luna, a la vida. Lo que deberíamos hacer todos.

—No entiendo que prefieras vivir fuera de Siarta, pudiendo estar siempre aquí. Esto es el paraíso.

—Normalmente los humanos cuando hablan del paraíso piensan en lugares cálidos —murmuró Eyrien, luego sacudió la cabeza—. Precisamente vivo fuera de casa porque me gusta saber que Siarta siempre estará aquí, cuando quiera volver a ella. Si la guerra se recrudece, River, incluso la tierra Nórdica se verá amenazada. Quizá no por Esigion de Maelvania directamente, pero sí por el sinfín de humanos que buscarán refugio cada vez más al Norte. Tú has visto Antigüedad, sabes hasta qué punto estamos al borde del abismo. Mi padre está preocupado, cree que Esigion está demasiado activo últimamente. Los guls en Sentríst, Ashzar... han empezado a ver niebla en la zona de Fernost, lo que podría implicar que los kapres se están moviendo. Y los niños humanos de Quersia, lo que te han hecho a ti...

En ese momento la elfa lo miró a los ojos por primera vez.

—No te atrevas a acusarme de querer tu muerte. No sabes lo mucho que me he preocupado por ti —dijo Eyrien en un susurro que delataba lo enfadada que estaba todavía—. No sabes lo mucho que he deseado que estuvieses bien.

—Lo sé. Gracias.

Eyrien se mordió el labio. En un arranque de familiaridad que hizo sobresaltarse a River, se acercó a él y estiró el cordón de cuero élfico para observar la joya que llevaba al pecho.

—Peridoto, tallado como una estrella en llamas —dijo Eyrien—. Representa a tus tres ancestros élficos: Noche, Roca y Fuego —suspiró—. Islandis la talló para ti. Te tiene aprecio, igual que los elfos de Quersia ahora que se han recuperado del susto que les diste. Pero aquí en Siarta atesoramos la historia para que no se borre, y muchos no olvidan las desgracias del pasado.

—Me he dado cuenta —dijo River.

Quedaron de nuevo en silencio; era mejor que hablar de aquellas cosas que podían hacer que se

pelearan de nuevo, o que Eyrien le explicara hasta qué punto tenía miedo de él.

—Eyrien... —la Dama de Siarta lo miró con inquietud, pero River consideraba importante decirle lo que había decidido—. Tu padre me llevó a Antigüedad para que pudiera decidir por qué bando me decantaría, creo. Y lo he decidido. Yo no puedo ser un traidor, por todos los dioses. Jamás haría nada que te pusiese en peligro.

Eyrien suspiró y miró a las estrellas como si esperara que le infundieran ánimo.

—Esa manía humana de decir «siempre», «jamás» o «nunca», es muy mala, River. Yo podría creerte, y luego me traicionarías. Y por otro lado, sé que quieres protegerme, ¿pero hasta dónde llevarías ese impulso? ¿Hasta anteponer mi seguridad a la de otros muchos? ¿A olvidarte de que hay mucha más gente más débil que yo, o que merece más la vida? Debes dejar de pensar en mí para decidir cuál es tu futuro. Tu propia gente te necesita, aunque no te lo agradezca, y si decides luchar por ellos, entonces lucharemos juntos. Pero no luches por mí.

Eyrien volvió a guardar silencio. River se sentía dolido por aquellas palabras. Deseaba decirle que si había alguna cosa por la que luchar era ella, aunque tuvo que reconocer que tenía parte de razón. Killian, Ian, su gente, los desfavorecidos no se merecían menos.

—Entonces lucharemos juntos, cada uno por aquellos en los que cree —dijo.

—Bien, me alegro de que estemos de acuerdo —Eyrien sonrió—. Ha sido agradable mantener una conversación de nuevo sin que nos peleemos. Te he echado de menos, River. Buenas noches.

A River apenas sí le dio tiempo de devolverle las buenas noches, cuando ella ya se había ido. Hacía casi seis meses que no se veían, pero todo volvía a ser exactamente igual que antes. Se acostó, pensando que en realidad las cosas no volverían a ser igual nunca más, porque él ya no era el mismo de siempre. Al menos había algo que lo había acercado más a Eyrien, se dijo pensando en su longevidad, aunque otras muchas cosas los separaban.



Los días se hicieron algo más fríos, con nevadas diarias, pero también más alegres. River se sentía honrado de compartir las comidas y los ratos de reposo con la Casa de Siarta, aunque siempre faltaba algún miembro u otro. Tan sólo una noche se reunieron Subinion, Kenion, Asier, Eyrien y Fereya, lo que puso más de manifiesto que nunca las demás ausencias.

—Cuánto me habría gustado ver a Eyalen —dijo Eyrien, mirando los sitios vacíos de la esposa de Kenion y de la hija de ambos.

—Si hubiésemos sabido que ibas a venir, no se hubiesen ido a Boreanas —dijo Kenion—, pero ya va siendo hora de que Eyalen conozca a las demás razas. Tiene ya treinta y tres años.

—Serían seis años humanos —le aclaró Subinion a River, luego se dirigió a Eyrien—. Phynos le regaló un fénix para que fuese su protector. Estuvo aquí hace dos años, esperaba poder verte antes de irse hacia el Oeste.

—Lo sé. Yo pasé por Vulcania cuando subía de Boreanas y él ya se había ido.

—Phyros de Vulcania es el heredero de los Elfos Ígneos y primo de Fereya, tiene casi mi misma edad —le aclaró Asier a River; luego se giró hacia su hermana sonriendo—. Phyros comentó que si Eyalen iba a salir como su tía, era mejor ir buscándole ya alguien que la vigilara.

—¿Eso dijo Phyros? Entonces tendré que congelarle los dedos la próxima vez que lo vea.

—Eyrien aprendió de los Elfos del Mar una técnica estupenda para mortificar a los elfos cálidos. Y practicó ampliamente a mi primo —le explicó Fereya a River. Luego sonrió—. Cuidado, ahora podría hacer lo mismo contigo.

—Cuando Eyrien era pequeña —le explicó Subinion—, Phyros se dedicaba a quemarle los juguetes para enfurecerla. La adoraba; decía que Eyrien enojada era su entretenimiento más divertido.

—Hasta que empezó a ser demasiado poderosa y demasiado mayor, y Phyros cambió el tipo de entretenimientos que le dedicaba a mi hermana —dijo Asier con malicia, y los cabellos de Eyrien viraron brevemente a un tono más oscuro. La versión élfica de ponerse roja.

Los demás se rieron y River intentó reírse también, pero el nombre de Phyros empezaba a provocarle ardor de estómago. También Negander lo había mencionado en Quersis; el heredero ígneo parecía ser alguien importante en la vida de Eyrien, y River se preguntaba hasta qué punto. Cambiaron de tema y pasaron a comentar la ausencia del primo Frirel, que se había ido a Udrian con Tirenía para reunirse con Jarn y tratar sobre la seguridad de sus dos Centros Umbanda.

—¿El primo Frirel? —repitió Eyrien—. Pero si jamás había hablado con un humano antes.

—Ninguno de tus hermanos quería irse sabiendo que venías —respondió Subinion—. Además será Tirenía la que hable; ahora que los Cazadores no tenéis Profecías que neutralizar, los demás se han puesto a mis órdenes. Frirel está allí tan sólo como representación mía, aunque después de todo lo que ha pasado, dice que quiere empezar a comprender qué ves tú en los humanos. Otros no han sido tan flexibles; Soneryn y Konogan se han ido con los discípulos de los Sabios.

A aquellas palabras siguió un largo silencio. River, sin embargo, no creía que fuera una pérdida muy grande. Los Sabios y quienes pensaran como ellos podían irse al infierno.

—No seas malévolo —le dijo Eyrien telepáticamente de pronto, como si hubiese leído sus pensamientos—. Sé lo que estás pensando, así que deja de acusarlos injustamente.

—¿Injustamente? —respondió indignado.

—Hablares luego —lo atajó la elfa; a lo largo de la mesa los demás Elfos de la Noche estaban empezando a notar un aumento en la tensión que los rodeaba.

Eyrien ya no habló más durante el resto de la cena.

Cuando River salió del comedor, incapaz de igualar el aguante de los insomnes elfos, se sorprendió al darse cuenta de que la forma nocturna de Eyrien lo había seguido de cerca.

—Quiero enseñarte algo —le susurró tendiéndole su manto para que se cubriese con él.

—¿A dónde me llevas? —le preguntó River telepáticamente, algo receloso.

—Al lugar donde empezaron todos tus problemas —le dijo Eyrien del mismo modo, dirigiéndole el brillo de sus ojos felinos.

Recorrieron varios pasillos en silencio, hasta que llegaron a unas escaleras de caracol que bajaban a la planta baja. River creyó que Eyrien lo llevaba a Antigüedad de nuevo, pero dejaron

atrás aquel corredor cavernoso para encontrar unas escaleras labradas y elegantes, decoradas con antorchas de luz suave. Las bajaron en silencio. River empezaba a preguntarse qué tenía la elfa en mente, y si el hecho de que él estuviera allí no sería una ofensa para la confianza que Subinion había puesto en él, cuando vio que al final del corredor largo y oscuro, iluminada por la tenue luz de las antorchas, se elevaba una gran puerta de roble.

—¿Dónde me has traído, Eyrien? —preguntó River cuando llegaron a la puerta.

—Es la cámara de los Sabios Videntes de Siarta —dijo la elfa abriendo las grandes puertas con un suave empujón—. Tranquilo, ahora está vacía.

Entraron en el amplio espacio circular. Eyrien susurró «luz», y las antorchas se encendieron iluminando tenuemente las curvas paredes de piedra. Al fondo se adivinaba una mesa amplia, con siete sillas detrás; las sillas donde se habían sentado los más sabios de los seres de la Tierra, pensó River con un escalofrío. Allí mismo se había decidido que él debía morir.

—Pocos elfos se atrevían a venir antes aquí —dijo Eyrien quieta a su lado, observando la mesa y las sillas vacías—. Pocos se atreven también ahora.

La Dama de Siarta se miró la cicatriz espiral que marcaba su muñeca izquierda.

—Ahora que se han ido —dijo—, mi gente se siente desamparada y confusa. Los Sabios han luchado por la paz durante milenios y han dado toda su confianza y su ayuda a mi padre. Ellos siempre habían defendido que los elfos nunca tendríamos que habernos vuelto a aliar con los humanos, porque nos hace débiles. Nunca vieron con buenos ojos mi afecto por tu padre, y consideran mi amistad con Ian y los enanos una aberración peligrosa para una Dama de Siarta. Según ellos se ha demostrado que tenían razón, y no puedes culparlos por ello. Para los elfos siempre será un tema de discusión el de si debemos aproximarnos o no a los demás pueblos, y yo he tomado un partido muy claro aun sabiendo lo que opinan los Sabios. Estaban en su derecho. Ellos son los máximos responsables de que las cosas no hayan ido peor hasta ahora. Los necesitamos, la Alianza los necesita.

—Yo no los necesito, me han acusado de ser un traidor —dijo River en voz baja—. ¿Y qué hay de lo que te han hecho a ti?

—Ssh, calla —dijo Eyrien mirando a su alrededor.

De repente salió de entre las sombras que se encontraban fuera del alcance de las antorchas, muy cerca de donde permanecía Eyrien, un elfo alto, de rostro severo y cabellos de color azul eléctrico. Se acercó a ellos con la espada colgada del cinto.

—¡Nasgor! —exclamó Eyrien—. Me has asustado, pensaba que no había nadie más aquí.

—Desde luego, será mejor que controléis más vuestras lenguas si no estás segura de estar sola, mi Dama. Con semejantes palabras, no es de extrañar que muestres estas manchas en tu preciosa piel —dijo el elfo cogiendo la mano izquierda de Eyrien y observando la marca de traición mientras le acariciaba la piel alrededor.

Eyrien dio un tirón para soltarse.

—Cuidado con lo que dices tú, Nasgor. Sigues siendo discípulo de Siarta y ahora no están aquí los Sabios para sobreprotegerte, como a tu hermano Soneryn —dijo Eyrien con suavidad—. De hecho estaba segura de que te habrías ido con ellos, me ha sorprendido verte aquí.



—¿Irme con ellos? —dijo el elfo sonriendo—. Tu padre necesita un vínculo con los Ancianos, y yo soy su hombre de mayor confianza ahora que todos los Cazadores se han sublevado por tu causa. Buenos, menos Konogan, que ha sido el único que no se ha contaminado con la influencia de los seres humanos. Konogan —repitió Nasgor al ver que las facciones de Eyrien se endurecían—. Supongo que ha sido un golpe duro para ti, ¿verdad? Tu amigo de alma, el otro discípulo de Imran... y ha sido el único Cazador con buen juicio como para ser fiel a los Sabios.

—¿Tú sabes dónde están los Sabios? —inquirió Eyrien furiosa.

El elfo sacudió la cabeza, sonriendo con presunción.

—Ni siquiera tu padre ha tenido la osadía de hacerme una pregunta tan directa y cortante, Eyrien. Los Sabios dirán dónde se encuentran, cuando lo crean conveniente. Tu proximidad con los humanos te ha vuelto desvergonzada, mi Dama. Pero seguro que mi hermano aún tendrá ánimos de acogerte entre sus brazos si recapacitas y vuelves de una vez a Siarta.

—Nasgor —dijo Eyrien con un hilo de voz—, espero que asimiles pronto que si me replanteo mi futuro, tu hermano desde luego no estará en mi lista de prioridades.

A River le pareció que el elfo lo observaba fugazmente.

—Aún eres joven, Eyrien —dijo Nasgor sonriendo con displicencia—, y espero que eso al menos lo digas por Phyros. Últimamente tu capacidad de raciocinio parece haberse diluido como el viento —le dio la espalda para fijarse ahora en River deliberadamente—. Así que ésta es la nueva mascota de la que te has encaprichado. Al menos parece más interesante que los enanos de Riskaben. Aunque sigo pensando que tus amistades dejan bastante que desear, Eyrien.

—¡Nasgor! River es un invitado de mi padre, y pertenece a la Casa de Arsilon.

—¡Arsilon! —dijo el elfo con desdén, y miró a la Dama de Siarta—. Me decepcionas, Eyrien.

—¿Tienes algún problema con los humanos? —le preguntó River sin poder contenerse.

—No, claro que no —le respondió Nasgor—. Mientras se mantengan lejos de aquí, y de nuestras volubles doncellas. Y ten cuidado, jovencito, no me gusta la insolencia.

River notó de pronto una sensación de opresión en el pecho, como si le hubiesen lanzado encima una roca de varias toneladas de peso. Fue vagamente consciente de que Nasgor había movido los labios y de que Eyrien le gritaba al elfo que se detuviese. Lo embargó la furia, y no estaba seguro de si la causa era el desprecio del elfo, que hubiera interrumpido su conversación con Eyrien o que lo estuviera amenazando para que se mantuviera lejos de la Dama de Siarta.

—¿Vas a dejar que ella te salve? —le preguntó el elfo telepáticamente.

Antes de que Eyrien pudiera intervenir, River se revolvió tal como le pedía el elfo y le lanzó una daga de energía cargada de toda la ira que había acumulado hasta aquel momento. En el pómulo derecho del elfo de Siarta se abrió un pequeño arañazo. Y eso que había tratado de contenerse para no hacer daño a un noble poderoso de Siarta que pudiera hacerle la vida imposible, como era Nasgor. Éste le dedicó una sonrisa lobuna y sus ojos brillaron con un tono dorado revestido de amenaza. Antes de saber lo que estaba pasando, River salió despedido hacia atrás y notó que el aire se enroscaba alrededor de su cuerpo, gélido, creando una fina película sobre sus ropas y su piel que era más dolorosa que el más potente de los conjuros eléctricos.

—¡Basta, Nasgor! —exclamó Eyrien en un tono que no admitía réplicas.

—Sólo estábamos jugando.

—Tú estabas jugando, River estaba sufriendo.

—Normal que sufra, ni siquiera sigue siendo humano —dijo Nasgor—. Es un peligro, para los demás y para sí mismo. En contra de lo que aconsejan los Sabios...

—Sabios que no están aquí para dar su opinión en estos momentos —lo interrumpió Eyrien—. Te aconsejo que no vuelvas a desafiarme, Nasgor. No te conviene olvidar que sigo siendo la Dama de Siarta. Y que soy más poderosa que tú.

—Para defender a un humano —dijo Nasgor—. Quería saber que los Sabios se equivocaban contigo, Eyrien. Veo que no. Os dejaré para que sigáis hablando tan delicadamente de los Videntes. Por cierto, mi hermano se ha puesto en contacto conmigo. Los Sabios estarán dispuestos a verte y escuchar tus explicaciones si tienes voluntad suficiente para ir a verlos; están dispuestos a perdonar si atiendes a razones. Te recomiendo que seas más cuidadosa entonces con tus palabras. Buenas noches, mi Dama.

Nasgor hizo una nueva reverencia ante Eyrien y se marchó. Ella respiró hondo para serenarse, antes de acercarse a River y examinarle. Estaba tiritando y sangraba de un corte en la frente, pero aparte de eso y sentirse vapuleado, estaba bien. Se puso en pie.

—¿Qué me ha hecho? Además no lo he oído siquiera susurrarlo.

—Los elfos poderosos podemos conjurar la magia con nuestro pensamiento únicamente cuando nos concentramos o emocionamos —dijo reticente, y zanjó claramente el asunto pese a que River se había quedado asombrado—. Ha condensado el agua que había en el aire en torno a ti y la ha enfriado. Cuidado con los conjuros fríos, River, ahora te afectarán como a cualquier elfo cálido —suspiró—. Nasgor no debería haberse comportado de esa forma. La mayoría consideramos que debemos darte la oportunidad de elegir tu recto camino, a ti y a toda la humanidad. Me ha gustado eso que has hecho de devolverle el golpe a Nasgor —añadió sonriendo mientras le ponía una mano en el brazo y lo conducía fuera de la sala—. Ha sido arriesgado, pero ha estado bien.

River le devolvió una sonrisa cansada. Prefería no pensar en nada.



A la mañana siguiente, como cada día al despertar, River bajó la mano al suelo para pasar el dedo por el filo de la espada del vampiro, siguiendo su ritual ya instintivo de comprobar que seguía desfilada. Dio un grito sin poder evitarlo, al notar el dolor lacerante de la hoja de metal hundiéndose en la piel. Notó un leve olor a quemado a su alrededor, pero fue incapaz de preocuparse por eso. Se levantó bruscamente y cogió la espada del suelo, ignorando la sangre que le brotaba de la yema del dedo. La hoja brillaba ahora como si hubiese sido acabada de forjar, y su filo estaba afilado. Se le heló la sangre, sabía lo que quería decir aquello: Ashzar podía regresar en cualquier momento.

Se vistió rápidamente y fue directamente al salón, suponiendo que sus anfitriones estarían allí desayunando. No se equivocó; la familia real de Siarta estaba allí reunida, a excepción del Señor de los Elfos. Cuando lo miraron expectantes, relajados, a River se le hizo un nudo en la garganta. No sabía cómo darles la noticia. Pero prácticamente no hizo falta, porque todos se fijaron enseguida en la espada. La desenvainó un poco sin decir nada, mostrando parte del filo de metal para que comprobaran que estaba brillante y afilado. Nadie habló, pero River pudo ver que todos se ponían algo más pálidos de lo que ya eran. Eyrien se sintió pronto el centro de atención, y se puso en pie cuan alta era.

—No me preocupa —dijo, rompiendo el silencio y acercándose a River. Miró la espada, la tomó entre sus manos para observarla, y la empujó otra vez hacia él—. Quédatela, es una buena espada.

La elfa hizo el ademán de salir del salón, dejando a River allí, con la espada entre las manos y los ánimos por los suelos. El silencio era denso, pero al cabo Kenion se levantó rápidamente y se interpuso en el camino de su hermana. Entonces todos pudieron ver la angustia que Eyrien había tratado de ocultar para no preocuparlos.

—Perdóname —le susurró Kenion mientras la estrechaba entre sus brazos—. Eres valiente, Eyrien. Y respetaré tus decisiones.

Las lágrimas resbalaron silenciosas por el rostro de la más joven de los hermanos cuando se refugió en el cálido abrazo de Kenion. La preocupación y el temor a separarse enfadados podían más que cualquier diferencia entre ellos.

—Me alegro de poder ver esa imagen, aunque sea en circunstancias tan tristes.

River dio un respingo, no había oído a Subinion entrar en la estancia y acercarse a su lado. Suspiró y le pidió a River que le mostrara la espada. El elfo la desenvainó y la observó de cerca.

—Lo suponía, es un vampiro de alta estirpe —dijo estudiando las finas filigranas grises que veteaban la madera de la empuñadura—. Parece ágata. Eso quiere decir que ese íncubo es hijo de un Elfo de las Rocas, o una Elfa, quién puede saberlo.

—Si se quedara aquí... —empezó a decir River telepáticamente.

—Por mucho que quiera a mi hija, no puedo protegerla siempre —le respondió Subinion de la misma forma mientras miraba a sus hijos, que todavía se abrazaban—. Eyrien ha decidido su propio destino, no puedo encerrarla en Siarta. A los hijos hay que dejarlos vivir, aunque puedan morir por ello. Kenion también lo comprenderá algún día, cuando Eyalen se haga mayor. Hijos —dijo ahora en voz alta—, me alegro de veros unidos de nuevo. Sobre todo ahora que Eyrien va a dejarnos de nuevo.

—¿Tan pronto? —dijo Asier mientras Eyrien y Kenion se giraban a mirarles, éste rodeando todavía los hombros de su hermana con un brazo—. No pasará el fin de año en casa.

—Arsilon la ha reclamado, parece que es urgente. Además estoy seguro de que Ian quiere que le devolvamos ya a su ahijado —dijo sonriendo a River—. Te han echado de menos.

River se alegró de saberlo; temía su reencuentro con Arsilon.

—¿Eyrien? —dijo Kenion al ver que su hermana callaba—. No tienes por qué irte si no quieres.

—Iré —dijo la elfa al cabo de un momento. Miró a River—. Iremos.

—Que así sea —aceptó Subinion; su expresión era inescrutable, pero River podía intuir la turbulencia y el dolor de sus pensamientos. Empezaba a respetar y admirar de veras a aquel elfo.

—Antes deberíamos conseguir que River vuelva a parecer humano, ¿no creéis? —comentó Fereya señalándole los ojos, que fulguraban con un resplandor verde.



Durante aquellos días que siguieron, River aprendió a regular la cantidad de energía que consumía, como hacían los elfos, para evitar que sus ojos brillaran tan intensamente. Y así, tras largas y frustrantes lecciones por parte de Fereya, consiguió devolver a su mirada su aspecto normal cuando se lo proponía. Sin embargo en aquellos momentos dejaba de sentirse cómodo; había acabado por considerar familiar el brillo anormal de sus ojos, y eso lo asustaba un poco. También prometió no hablar la lengua feérica en voz alta ni revelársela a nadie. No sabía si estaba del todo de acuerdo con eso, ya que si los Altos humanos conociesen aunque sólo fuese determinadas palabras podrían defenderse mejor, pero no quiso traicionar la confianza de Subinion. Y quería ser mejor a los ojos de Eyrien, porque la elfa aún parecía nerviosa alguna de las veces que lo miraba. La Dama de Siarta pasaba la mayor parte del tiempo hablando con su padre, entrenándose con Asier o cabalgando por los bosques con Kenion. Como había ocurrido en Arsilon, se reunía con River sólo de vez en cuando. En ocasiones aparecía en su habitación por las noches, encaramada a la baranda de la balconada, y entonces él se sentaba a su lado a mirar las estrellas. Era en aquellos momentos oscuros cuando River se sentía más cerca de ella.

Eyrien no se cansaba de explicarle cosas de su mundo, de las estrellas y de la historia del planeta, contenta de que él no se cansara de escuchar. Aunque siempre evitaban tocar ciertos temas. Si la elfa notaba que River estaba cada día más enamorado de ella, se guardaba mucho de demostrar que lo sabía. River aprendió mucho de astronomía aquellas noches. Como que Elarha, igual que Procyon, recibían su nombre de las estrellas. De uno de los más grandes satélites de Júpiter. Y Umbra lo recibía de la oscuridad de la Tierra tapada por la Luna en un eclipse solar. Jano y Adrastea también recibían sus nombres de los satélites de Júpiter e incluso los falabellas de los enanos, Deimos y Fobos, estaban bautizados por las lunas de Marte.

—Es una forma de tener más cerca a las estrellas —le decía Eyrien mirando al cielo—. Los demás elfos tienen a sus esencias a su alcance, pero nosotros tenemos que verlas desde lejos. Por eso aprendimos a leer los mensajes de las estrellas, porque jamás nos cansamos de mirarlas.

Para la elfa parecía importante que la entendiera. River sentía miedo de preguntarse por qué, y trataba de impedir que su esperanza alocada le susurrara que tenía alguna oportunidad con Eyrien. Porque no necesitaba que elfos como Nasgor estuvieran entre las sombras para espetarle lo poco cosa que era como humano; él ya sabía que la Dama de Siarta era un tesoro que jamás podría alcanzar. Aun así aquellos fueron tiempos felices para River, pero duraron poco.

Una noche, casi un mes después de su llegada a Siarta, River encontró de nuevo a Eyrien sentada en el balcón de su habitación. Aquella imagen se le había hecho deliciosamente familiar, pero al ver la expresión de Eyrien supo que aquellos entrañables momentos se estaban acabando.

—Fereya opina que ya estás preparado para pasar desapercibido en el mundo humano —le dijo Eyrien examinándole con su penetrante mirada—. Partiremos mañana.

—Bien —fue lo único que se le ocurrió decir a River; ahora que le llegaba el momento de partir, el temor a lo que encontrarían delante le oprimía el pecho.

—Es una pena —dijo Eyrien—, porque te perderás la visión de Siarta en la plenitud del invierno. Quizás la veas en otra ocasión.

—Me gustaría —dijo River sinceramente, preguntándose qué tipo de sugerencia era aquella—. ¿Estás preocupada?

—Bueno, parece que últimamente toda época de reposo va seguida de un periodo de desgracias, ¿verdad? Pero no me preocupo más de lo que es conveniente; lo que tenga que llegar llegará, y sólo podemos enfrentarnos a ello. ¿Estás preocupado tú?

—Será raro volver a estar entre humanos —dijo River, dándose cuenta de que hablaba de ellos como si él ya no formara parte de la especie—. Aquí era fácil sentirse diferente, porque soy diferente. Pero creo que me resultará algo duro sentirme diferente entre los de mi propio pueblo.

—Ahora ya casi no serás diferente —dijo Eyrien sonriendo—. Haz eso con los ojos.

River sonrió y parpadeó varias veces, hasta que notó que sus ojos dejaban de destellar con tanta intensidad. Eyrien lo miró fijamente.

—Sí, el mismo brillo de antes. Algo mayor que en el resto de los Altos humanos pero ya era así cuando te conocí —afirmó—. Aunque ya me había acostumbrado a los nuevos, te dan una personalidad que me gusta. Supongo que en el fondo a mí también me parece que seas más feérico, ¿verdad? —dijo Eyrien mirándole de nuevo, mientras River parpadeaba para recuperar su nueva normalidad—. No lo pudo evitar. Así te pareces más a los míos.

—Pensaba que no querías eso.

La miró a los ojos. En ese momento estaban muy cerca el uno del otro. Era como si Eyrien misma no tuviese claro hasta qué punto se le quería acercar. Hasta qué punto lo quería a su lado. La elfa suspiró de tal forma que River casi pudo sentir su tribulación.

—Eyrien... no es por la edad, ¿verdad?

La elfa desvió la llamada a sus manos. Sabía perfectamente a qué se refería.

—No —dijo finalmente. Se fijó en la pequeña cicatriz de su frente, allí donde lo había atacado Nasgor—. Por eso no quería que vinieras a Siarta, ¿comprendes? Para protegerte de esto.

—No me importa —dijo River—. Lo único que me importa es lo que tú pienses. Aunque supongo que ya lo entiendo. Sólo espero que algún día pueda demostrar lo que sea necesario para ganarme un lugar a tu lado.

Eyrien no contestó a semejante declaración de principios. Aunque en otros tiempos le habría lanzado un conjuro por semejante atrevimiento. Sin embargo miró a River y sonrió antes de ponerse en pie.

—Será mejor que me vaya. Tendremos que estar preparados para un largo viaje —dijo Eyrien

volviendo hacia la puerta—. Buenas noches, River, hasta mañana.



Y mientras River y Eyrien aprovechaban sus últimos días de paz en Siarta, las criaturas cáusticas se iban desplegando por el Continente Norte, sigilosas, precavidas, preparándose para atacar cuando más favorable lo creyera su majestad de Maelvania. Éste se encontraba en las Fortalezas de Piedra, preocupado ahora en asuntos más inmediatos; la victoria era una cocción de preparación lenta por la que valía la pena tener paciencia. Por el momento se conformaba con hostigar a sus enemigos. Y disfrutaba haciéndolo.

Aquella noche Elazar, su más fiel vasallo y amigo, el único que lo llamaba por su verdadero nombre, acudió a su presencia con toda humildad.

—El hombre que estaba con la súcubo ha huido —le dijo Elazar—. Ese elfo joven que acompañaba a los Sabios le ha franqueado las puertas cuando ella murió.

—No importa, mi buen Elazar —respondió Esigion de Maelvania—. Ni la súcubo ni su viejo amante sabían que estábamos aquí, así que la ira del hermano no caerá sobre nosotros. Tú asegúrate de que me consigues al pequeño tesoro de los elfos en cuanto salga de Nórdica, antes de que la encuentre el vampiro. Y es hora de despertar a esas flores de su largo letargo.

—Sí, Mordecai —dijo Elazar abandonando la fría estancia.

Sólo tenía que averiguar cómo dar caza a la escurridiza Dama de Siarta.

## 4

# Desconfianzas

Ian y Killian esperaban ansiosos en el gran salón del castillo de Arsilon. La luz de la tarde se colaba por las balconadas y se sumaba a la lumbre del fuego, que por aquella época del año se encendía antes del atardecer para dar calor a las frías paredes de piedra. Aun así Killian daba vueltas por la estancia como si estuviera aterido de frío y tratase de entrar en calor. Hedar, el hechicero jefe del castillo también los acompañaba, pero mostraba aquella paciente serenidad que sólo la edad sabía proporcionar al cabo del tiempo. Aguardaban la llegada de River y Eyrien. El día siguiente sería la fiesta de fin de año, y se presentaba mucho más alegre con River en casa. Lo único que empañaba aquel momento feliz del reencuentro, era el hecho de saber que Eyrien había sido convocada por una causa tan insultante como injusta. Ian miró con furia la puerta que daba al pequeño despacho adjunto. Malditos Magos. Miró de reojo a Eriesh, que había llegado aquella mañana con Freyn. Por su expresión sombría estaba claro que intuía algo; para un elfo debía ser tan fácil ver la tensión que se palpaba en el ambiente como si fuera física.

—Ya están aquí —dijo Eriesh de pronto con una sonrisa.

Ian se levantó bruscamente y miró hacia la puerta en el momento en que ésta se abría y daba paso a dos figuras embozadas. Se hizo el silencio cuando River y Eyrien se bajaron las capuchas; tantas cosas habían sucedido desde que ambos habían abandonado Arsilon casi un año atrás. Para cualquiera que no supiera de lo ocurrido, River sólo estaba más delgado y fatigado por el viaje, pero sus allegados no olvidaban que el Alto humano había sufrido y se había consumido casi hasta la muerte, antes de convertirse en algo extraño.

—¡River! —exclamó Killian siendo el primero en reaccionar, corriendo a abrazar al que había adoptado como su hermano hacía ya mucho tiempo—. Por los dioses, ¡te he echado de menos! No voy a preguntarte qué tal estás, estás bien. Estás aquí, y eso es lo que importa.

—Estás más fuerte, Killian, me estás estrujando —dijo River, viendo sólo los cabellos de color avellana del príncipe de Arsilon bajo su mirada.

—He estado entrenando muy duro últimamente —dijo Killian orgulloso—. Me alegro de que lo hayas notado. Aunque también he estado en la biblioteca...

Ian apartó a Killian, impaciente por abrazar a su ahijado.

—River, qué feliz me siento de verte con mis propios ojos —dijo con la voz un poco entrecortada—. Me alegro de que estés en casa, hijo.

—En casa —murmuró River; por un momento, antes de entrar en el salón, había temido que ya no fuera como antes. Jamás le había agradado tanto que Ian lo llamara hijo.

Mientras Freyn y Eriesh se acercaban a saludar al joven Mago, al que no veían desde que abandonaran Sentrism y lo dejaran sano y salvo con Islandis, Ian acudió junto a Eyrien. En aquel momento la elfa permitía, con una sonrisa, que Killian le besara la mano. Pero para el rey de Arsilon, que conocía a la Dama de Siarta desde hacía veinte años, no pasaban desapercibidas las sutiles huellas que los dramas vividos habían dejado en la joven elfa.

—River —dijo ella de pronto—. No es el momento.

River había desenvainado un poco la espada de Ashzar para que todos pudieran ver que volvía a estar afilada. Para él, pese a lo que Eyrien dijera, era un momento más que bueno para que todos supieran que el vampiro había vuelto y podía volver a buscarla en cualquier momento.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó Eriesh mientras Killian miraba asustado la espada.

—Hace dos semanas más o menos, pero hemos venido volando desde Siarta.

—Basta —dijo Eyrien, empezando a enfadarse—. Hay otras cosas en las que pensar ahora, y me gustaría saber por qué Eriesh tiene la sensación de que algo no va bien aquí. Ian —añadió girándose hacia el rey—, ¿cuál era ese asunto tan urgente por el que me has llamado?

Ian suspiró. La perspicacia de los elfos impedía dejar los asuntos espinosos para más tarde.

—No te he llamado yo, mi Dama. Por favor, sentaos todos —dijo señalando la mesa de roble pulido—. Hedar, informa al resto del Consejo de Magos de que ya puede pasar.

Mientras el anciano hechicero jefe de Arsilon se sentaba a la mesa con gesto incómodo, la puerta que daba al despacho accesorio se abrió y entró el Consejo de Magos del Continente Norte. Eyrien estaba sorprendida de que estuvieran todos presentes, al menos los que vivían. El Consejo de Magos regentaba el subpueblo de los Altos humanos y tenía un poder parejo al del rey de Arsilon, aunque raramente se juntaba para entrometerse en los asuntos de la Alianza. Al estar los Altos humanos tan dispersos y menguados, solían dejar las decisiones en manos de Hedar, que presidía el Consejo y era mentor del rey Ian. Además de Hedar, el Consejo estaba formado por Jarn de Udrian, aunque éste no estaba presente y había enviado a uno de sus secretarios; Obiun, que además de profesor de River era el subdirector del Centro Umbanda de Arsilon; Mirena y Craig, que también eran reputados maestros de la escuela de la Alianza; y Jon, el director del Centro Umbanda de Quersis que había muerto durante la brutal masacre.

—Esto es una vergüenza, y una puñalada a los preceptos de la Alianza —dijo Hedar sin poder contenerse, mientras sus pares se acercaban—. Sigo diciendo que no estoy de acuerdo con esto.

—Ni el gobernador Jarn tampoco —se apresuró a agregar Hank, el enviado de Udrian.

—Pero ahora que desgraciadamente somos cinco en el Consejo, el voto a favor de tres hace mayoría —dijo la maestra Mirena—. Y representamos a muchos de los nuestros.

—¡Pero no a todos! Y dudo que a la mayoría —dijo Hedar airado—. Si seguís adelante con esto, tendréis mi dimisión sobre la mesa.

—Si nos equivocamos —le respondió Obiun con calma, como si prosiguiesen una discusión empezada mucho antes—, seremos nosotros los que dimitiremos. Pero los padres de esos niños nos lo han confiado con la voluntad de que los eduquemos y los cuidemos. La Dama Eyrien sólo tendrá que explicar unas cuantas cosas...

—¿Qué, qué? —lo interrumpió River, creyendo no haber oído bien.

—Ah, hola, River —le dijo Obiun sonriéndole, mientras sacaba un largo pergamino de una escarcela de piel—. Cuánto me alegro de que estés de vuelta de ese misterioso viaje tuyo. ¿Qué tal el viaje a Udrian? Ha durado mucho.

River se quedó perplejo, hasta que se dio cuenta de cuán poca gente sabía la verdad. Hedar le dijo mentalmente que no era un buen momento para explicar ciertas cosas al Consejo.



—Eh... —dijo River—. Revelador.

—¿Volverás ahora a clase? —le preguntó la maestra Mirena.

No supo qué responder. Ni siquiera se había planteado qué haría al regresar a casa. Miró a Eyrien, que permanecía serena sentada junto a Eriesh sin quitarle ojo a Obiun.

—Te responderá en otro momento, Mirena —dijo la Dama de Siarta ahorrándole la respuesta—. Explícame de qué tengo que dar yo explicaciones —le preguntó a Obiun con una voz suave pero acerada que hizo que al Mago se le borrara la sonrisa del rostro.

—La comisión de Magos que se hacía cargo de la investigación sobre la masacre de Quersis ya ha acabado sus investigaciones. Y resulta que no todos los niños han muerto, algunos han desaparecido.

—Ya lo sabíamos —dijo River—. Nos lo dijo Deyo, el mensajero de Boreanas en Senstrist.

—¿Y qué tiene que ver eso con la Dama, aquí presente? —preguntó Freyn molesto.

—Eran niños pequeños, con esencias muy puras y recientes. Nuestras apuestas para el futuro.

—Repito —dijo el enano—. ¿Qué tiene que ver eso con Eyrien?

Obiun tomó aire.

—Uno de los desaparecidos era Dorian, el niño del ancestro del Ópalo de Fuego que tuvo la «suerte» de topar con Eyrien cuando ella visitó el Centro Umbanda. La Dama misma nos conminó a enviarlo a Quersia. River, tú lo sabes, estabas presente. Y ahora ha desaparecido.

—¿Se puede saber qué estás insinuando? —lo increpó River.

—Yo no insinúo nada —dijo Obiun alzando el mentón—. Pero tengo a unos padres desconsolados que me exigen averiguar qué ha pasado con sus hijos. Tengo que encontrar respuestas, y por ahora la única que puede saber algo, al menos sobre Dorian, es la Dama Eyrien. Quien por otra parte ha vigilado y prácticamente dirigido los Centros Umbanda desde hace casi cien años. Y no podemos olvidar que los atacantes tenían que ser muy poderosos para vencer así a todos los maestros y alumnos de los últimos cursos del Centro de Quersia. No sería la primera vez que los elfos se entrometen en nuestros asuntos. Y tampoco sería yo el primero que me replanteo las acciones de la Dama de la Noche. Yo sólo sé que los Sabios Videntes han abandonado Siarta y marcado a su Dama —dijo con coraje—. Por algo será.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! —exclamó River poniéndose de pie—. ¡Cómo te atreves! La paz entre nosotros ya es frágil, y tú la golpeas para romperla más.

De repente una de las vidrieras de las ventanas estallaron en miles de pequeñas esquirlas, que sobresaltaron a todos. Miraron hacia allí, aunque pocos sabían lo que había sucedido de verdad. Eyrien estaba furiosa y le echó una mirada fulminante a River, que estaba demasiado enfadado como para meditar en lo que acababa de hacer. Cuando Obiun dejó de observar la ventana rota y volvió a mirarle, retrocedió hasta casi volcar la mesilla que tenía detrás. También Ian y Killian lo miraron asombrados.

—River —le dijo Eyrien sin levantarse de su butaca—. Te estás exaltando. Ni Eriesh ni yo hemos perdido los estribos, y tú estás asustando a los presentes. ¡Mírate!

River se miró en un espejo repujado que colgaba en la pared del fondo del salón. No se había dado cuenta de que había perdido el control, pero ahora sus ojos fulguraban de furia en un tono

verde nada normal en un humano. Vio por el reflejo del espejo a Killian, que lo miraba con la boca abierta y sin saber cómo reaccionar. River suspiró. Parpadeó repetidamente hasta que consiguió disminuir su absorción de energía. Se quitó el colgante de peridoto del cuello, por si acaso, prefiriendo no concentrar más energía. Haciendo caso omiso de las miradas de sus maestros, que no sabían cómo había hecho aquello, se encaró a ellos con cuanta calma pudo. Obiun le sonrió condescendiente, recobrado ya del primer susto.

—Estás un poco raro, River —le dijo receloso. Pareció que iba a preguntar algo, pero luego cambió de opinión—. Aunque todos sabemos que sientes admiración por la Dama. Tu padre también estaba siempre dispuesto a ponerse de parte de los elfos. ¿Pero qué sabes tú de Siarta, y de cómo deciden impunemente sobre el destino de nuestras vidas?

—Pues sé mucho, porque precisamente vengo de allí —dijo River intentando no alzar la voz de nuevo—. Ni se te ocurra hablar mal de ellos en mi presencia. Eyrien no tendría por qué soportar esos desaires de tu parte, maestro Obiun. Tienes suerte de que ella sea tan ecuánime; de ser otra elfa ya te habría castigado por tu insolencia. Y tú, Ian —dijo girándose hacia el rey—. ¿Cómo permites esto? Por todos los dioses, ¡tú conoces bien a Eyrien!

—River, hijo —dijo Ian—. Tú eres un Alto humano y como tal tendrás que recordar mejor que nadie goza de los privilegios de los que goza tu raza. Sabes que ni política ni legalmente puedo inmiscuirme en los asuntos del Consejo de Magos, aunque esté dentro de mi ciudad y de mis propiedades —dijo en tono amargo—; maravillosos privilegios los vuestros. Yo llamé a Eyrien a Arsilon para pedirle su sabio consejo, no explicaciones. Ella lo sabe.

—Tienes razón, tío. Lo siento —dijo River azorado, dándose cuenta de que había perdido los estribos.

—Nada, hijo, todos estamos un poco nerviosos —dijo Ian fulminando con la mirada a Obiun.

—Basta. Calmaos todos —intervino Eyrien—. También para los elfos es importante saber dónde están esos niños; porque quizás están sufriendo. Así que por esta vez y sin que sirva de precedente, escucharé lo que el Consejo tiene que pedirme.

Se giró hacia Obiun y lo miró con cortés expectación, aunque para quien la conocía estaba claro que bajo aquella cordialidad ardía la ira. Al fin y al cabo era una elfa, una Hija de la Noche, no entraba en sus principios aguantar semejantes suspicacias de los mortales. Y de los Altos humanos menos. Mucho había aumentado la arrogancia de los Magos si se creían con el derecho de dudar de la bondad de los feéricos. Obiun le entregó el pergamino que tenía en las manos, y le indicó con nerviosismo que tan sólo tenía que leerlo en voz alta. Eyrien lo leyó rápidamente para sí misma, y su expresión se hizo más impenetrable a medida que avanzaba por las líneas de texto; River sabía que eso no indicaba nada bueno.

—Parece que habéis pensado en todo —dijo Eyrien con voz acerada—. Pero no puedo leer esto.

Los miembros del Consejo se sobresaltaron. Obiun estuvo a punto de exclamar que Eyrien ya se había acusado, pero Hedar se adelantó para pedirle amablemente que les explicara el motivo.

—No puedo decir que soy Cazadora de Profecías porque ya no lo soy. Ni yo ni ninguno de mis compañeros, a excepción de Konogan quizás. Los Sabios se han ido, ya no formulan Profecías, así

que ahora no tenemos enemigos que neutralizar. Hubo una última Profecía, y esa me ha involucrado también. Por lo tanto no puedo decir que soy Cazadora, en todo caso seré un objetivo para quien esté dispuesto a neutralizarla.

Obiun y los demás maestros de Arsilon se consultaron telepáticamente, después Obiun le indicó que podía saltarse esa parte.

—Está bien —dijo Eyrien, y empezó a leer en voz alta lo que decía el pergamino—: «Yo, Eyrien de Siarta, hija de Subinion de Siarta, heredera de los Elfos de la Noche y de todo el pueblo élfico, asevero que si hice trasladar a Dorian, descendiente del Elfo del Ópalo de fuego, al Centro Umbanda de Quersia, fue sin intención de provocarle mal alguno». Mi único objetivo fue ponerlo bajo la tutela directa de Jon, el director del Centro de Quersia, que como todos sabemos era entre los Altos humanos el que mejor dominaba los poderes heredados de los Elfos de las Rocas —aclaró, antes de proseguir con la lectura—. «También afirmo que no he participado conscientemente, ni directa ni indirectamente, en el ataque y los asesinatos perpetrados en el Centro Umbanda de Quersia, y que no sé cuál es el paradero de los niños desaparecidos ni el motivo por el cual se los han llevado. Tampoco he ordenado a otros que lo hicieran».

—Qué vergüenza —volvió a murmurar Hedar.

—«Así mismo —prosiguió Eyrien—, declaro que no conozco a ningún otro elfo, de mi raza o de cualquier otra, ni a ningún otro ser feérico, que haya maquinado, planificado, impulsado, favorecido o llevado a cabo la citada matanza». Y añadiré que mucho se habría desquiciado mi raza de haber cometido alguno de los míos semejante asesinato.

—Yo creo que es suficiente —dijo Ian iracundo—. Ésta es mi casa, y estáis insultando a la más preciada de mis huéspedes. Obiun, supongo que tus dudas se habrán disipado ya.

—Eh... sí, por supuesto —dijo el Mago. Ahora que había quedado clara la inocencia de su sospecha se sentía menos decidido—. Y tal como he dicho, presento ahora mi dimisión y mis disculpas a la Dama de Siarta. Pero algo tenía que hacer.

—¿Y actuar con sensatez no era una opción? —se le escapó a Killian.

—Cuidado, estás hablando con un miembro del Consejo de Magos —le advirtió Craig.

—Y tú con el príncipe de Arsilon, tu futuro rey —le espetó Freyn indignado—. Hemos visto a los Altos y Bajos humanos reñir dentro de los muros mismos de Arsilon. Y yo digo que la culpa es de los Magos. Habéis emponzoñado la ciudad. Ya lo dicen bien los Bajos humanos de sus «Altos» parientes: «la magia es el primer paso hacia la locura».

River no prestó atención a la pulla, que levantó las iras de los maestros mientras Freyn seguía rezongando; los enanos no se caracterizaban por ser diplomáticos precisamente. River era consciente de que Eyrien y Eriesh parecían distantes, y supuso que hablaban telepáticamente. Se moría de ganas por saber lo que decían. Y de pronto se sintió raro.

—¡River! —exclamó Eyrien de repente—. Es muy descortés entrometerse en las conversaciones ajenas, y mucho más si esa conversación la mantengo yo.

—¿Qué? —dijo River desconcertado—. Yo no... ¿Qué dices que he hecho qué?

—No lo has hecho a propósito, ya veo —dijo Eyrien con más amabilidad, aunque seguía sonando tajante—. Hablaremos de ello luego. Ahora vamos a acabar con esta vana discusión.

El tono en el que había hablado hizo que todos le prestaran atención, mientras ella se alzaba de la silla y apoyaba sus manos pálidas y un tanto doradas en la mesa.

—Es mi opinión que estamos en tiempos difíciles para todos —dijo Eyrien mirándolos a todos—. Y aunque ahora debemos estar más unidos que nunca, como es deseo expreso de la mayoría del pueblo élfico al que represento, los tiempos difíciles hacen a los amigos desconfiados y hostiles. Pero no voy a tolerar que se me acuse de traidora cuando mi propia gente me ha acusado de lo mismo para salvar vuestra estúpida raza, Obiun. No acepto la dimisión de ningún maestro del Centro, porque sois necesarios. Mas no olvido —añadió en un tono frío que rozaba la amenaza—. Soy joven, pero no por eso soy cándida y voluble como los humanos acostumbráis a creer erróneamente. Aquellos que desconfían de mí traicionan a su vez mi confianza, para no volver a recuperarla. Obiun, Mirena, Cragi: no quiero volver a veros en las reuniones de la Alianza —los tres Magos se estremecieron, tal es la ira que se traslucía en las reverberaciones de la voz de la Dama de Siarta—. Tendréis que confiar en las decisiones de Hedar y Jarn de Udrian, que son más sensatos que vosotros. Y River ha dicho algo cierto hace un momento, que tenéis suerte de que haya sido yo y no otro elfo el que ha recibido semejante acusación. Espero que lo tengáis en cuenta antes de volver a inculpar a un feérico sin razón, porque otros no serán tan benévulos y no os conviene crearos más enemigos de los que tenéis ahora —se giró hacia Obiun—. Supongo que tendréis unas lecciones que preparar para mañana, así que ya podéis iros. Y yo tengo que hablar con Siarta.

Eyrien dijo aquella última frase sin ninguna entonación en particular, pero sus palabras crearon una gran tensión. Obiun, Craig y Mirena esperaron un poco antes de seguir a la elfa fuera de la estancia. Hank, el consejero de Jarn, también salió, pues debía partir inmediatamente hacia Nórdica para detallarle a su gobernador el resultado del difícil encuentro.

—Si ha dicho que no tomará más medidas al respecto —dijo Eriesh cuando en el salón tan sólo quedaron Ian, Killian, Hedar, River y el enano—, es que no va a hacerlo. No será la primera en romper la estabilidad de la Alianza, que tanto esfuerzo le ha costado a ella y a Subinion.

—De veras, cuánto lo siento —dijo Hedar consternado.

—No tienes la culpa, Hedar. Eyrien lo sabe y te aprecia. Pero no está hablando sólo por sí misma. Igual que tú no puedes controlar la impertinencia de tu gente, tampoco la Dama puede —dijo el legado de Greisan—. La mayoría de los elfos no están dispuestos a soportar más increpaciones de los Altos humanos. Nuestras relaciones podrían complicarse si esto va a más.

—En este momento yo creo que incluso un elfo podría aseverar como cierto que las cosas van a complicarse más —dijo Freyn simulando una sonrisa—. Y lo que menos necesitamos ahora es una guerra interna entre humanos o que los hechiceros vuelvan a instigar a los elfos para que peleen con ellos. Será mejor que esta pelea xenófoba no se extienda más allá de Arsilon.

—Ya se ha extendido —dijo Ian—. Hemos tenido noticias de Seren de Fornost; los padres de algunos niños de Quersia eran de allí, y están empezando a hablar mal de los elfos. Y los Bajos humanos de la ciudad los increpan por temor a que atraigan la ira de los feéricos sobre ellos.

El enano suspiró ruidosamente.

—Si mi pariente, el rey Urist de Enadar, descubre que los humanos libres se están peleando

entre ellos —dijo Freyn—, les dará la espalda. Los enanos no luchamos por causas perdidas.

—¿Vamos a la terraza? —le preguntó por lo bajo Killian a River en aquel momento.

River asintió y se levantaron en silencio. Hacía casi medio año que no se reencontraban, desde que abandonaran Sentrism. Salieron al balcón, donde ya había oscurecido y se notaba el frío; se alejaron hacia el extremo más apartado de la puerta, tomando asiento en un banco tallado en la pared de piedra. River recordó que había encontrado allí a Eyrien hacía ya casi un año, después de enterarse de la muerte de Imran. En aquel momento aquella parecía la desgracia más grande que podía caer sobre ellos.

Permanecieron un rato en silencio, gozando de la calma y de la conversación de los miembros de la Alianza, que amortiguada no parecía tan grave. Killian miró a River.

—¿Así que inmortal, eh? —le comentó sin saber cómo enfocar el tema.

—No, qué va —dijo River—. Viviré más tiempo que un humano, pero no saben cuánto.

—¿Doscientos, trescientos años?

—Más, seguramente —dijo River con un aspecto serio que Killian no le había visto nunca—. Supongo que acabaré por acostumbrarme... si vosotros os acostumbráis también.

—Para mí no has cambiado, River —dijo Killian—. De hecho ahí está la gracia, ¿no? No tengo que preocuparme de que cambies, porque vas a seguir siendo muchos años exactamente igual. Ni una arruga más mientras yo me voy a marchitar como una pasa seca —a River se le escapó una sonrisa—. Estúpida mortalidad... Bueno, podrías hacer algo por mí para compensar que tenga que soportarte joven y guapo cuando yo ya sea viejo, hermano.

—¿El qué? —preguntó River.

—Que cuides de mis hijos cuando yo ya no esté —le dijo Killian muy serio.

—Por supuesto. Para mí será un honor, futuro rey.

Se sonrieron, emocionados pero sintiéndose demasiado mayores como para abrazarse como cuando eran dos jóvenes que no conocían de la Alianza nada más que el nombre. Y eso había sido a principios de año. Permanecieron unos minutos más en silencio, hasta que Killian volvió a mirarle con interés.

—No te preguntaré cómo es Siarta porque el tío me ha dejado muy claro que sería una grosería para con el Señor Subinion. Aún está enfadado por lo que le hicimos a Eyrien la noche del eclipse y me suelta sermones constantemente sobre nuestra insensatez —dijo con una sonrisa que no ocultaba del todo la culpa que él mismo sentía—. Pero Eriesh nos ha explicado que has aprendido algunos trucos élficos. Como eso de los ojos fulgurantes. ¿Qué más sabes hacer?

River soltó una carcajada.

—Según Subinion aún tardaré en descubrirlo. Y de hecho están deseosos de que lo haga. —añadió con amargura—. Pero supongo que Eriesh se refería a esto.

Alzó la mano hacia la antorcha que colgaba de la pared, y metió la mano sin murmurar hechizo alguno. Killian lo miró horrorizado hasta que lo vio sacar la mano intacta; tan sólo el puño de la camisa se había ennegrecido un poco.

—¿Cómo lo haces? Al menos Eyrien ya no podrá abrasarte los dedos —dijo Killian.

—Pero puede congelármelos —dijo pensando con un resabio amargo en aquel Phyrus de

Vulcania, tan involucrado en la vida de Eyrien—. Es lo bueno de ser siartano, que puedes utilizar la magia esencial de cualquier raza feérica si has pasado suficiente tiempo con ellos para aprender sus secretos. Y la pregunta correcta sería cómo *no* lo hago. Ahora normalmente soy así; en Quersis casi quemo mi cabaña sin pensarlo. Pero en Siarta había nieve y su contacto me quemaba, por eso los Elfos de la Noche llevan capas pese a ser cálidos.

—Ya... —dijo Killian, sin entenderlo—. ¿Y qué tal con Eyrien?

—Igual que antes, ni más ni menos —respondió River tratando de parecer indiferente.

—Pero ahora...

—Ahora soy un bicho raro, pero eso no me hace ser un elfo. ¿Ves? —le sacó la lengua—. Mi lengua no es azul. Ni siquiera es gris, o verde, o naranja, o azul cielo, o turquesa. Es de un anodino tono rosa humano. Eso no cambiará nunca. Además... hay otros que se interesan por ella y que son infinitamente mejores que yo —dijo pensando de nuevo en Phyros, o incluso en Eriesh—. He estado cinco meses entre elfos, sé de lo que hablo. Eyrien ni puede ni quiere acercarse a mí más de lo que lo ha hecho.

—Que no puede me lo creo —dijo Killian con picardía—. Pero que no quiere... No hay que ser listo como un elfo o un Alto humano, para darse cuenta de que se fija más en ti que en cualquier otro mortal. Y recuerdo perfectamente que la besaste aquella noche de camino a Senstrist.

—También recordarás que volvió hecha una furia —dijo River—. No, Eyrien no es para mí si quiero conservarla como amiga —se alzó de hombros, reflejando su resignada impotencia respecto a aquella situación—. Además, ella es muy joven para pensar en esas cosas.

Killian soltó una carcajada y le miró con burla.

—Pues vaya —le dijo—. ¿Y quién eres tú para decir que una elfa de más de doscientos años es «demasiado joven para pensar en esas cosas»?

—Alguien que tiene ahora doscientos sesenta y cuatro años —dijo River sonriendo—. Cuarenta y dos años más que ella.

Killian le rió la gracia, decidido a no pensar en las implicaciones de los cambios que se habían obrado en su hermanastro, pero se le cortó la risa cuando River se incorporó bruscamente para observar la oscuridad del patio; sus ojos brillaban nuevamente como dos luces verdes.

—Mira —dijo.

Killian entrecerró los ojos y miró al césped oscurecido, hasta que vislumbró a la figura encapuchada, enfundada en un manto negro, que cruzaba el patio a una velocidad tal, que delataba que se trataba de un elfo. Antes de que pudieran reaccionar, el intruso ya había accedido al castillo por la planta baja. Entraron corriendo al salón, donde aún estaban sentados a la mesa Ian, Hedar, Eriesh y Freyn. Los miraron sorprendidos.

—Alguien viene, un elfo —dijo Killian sin poder precisar más.

Unos segundos después se abrió la puerta del salón y apareció en ella la figura embozada. Al bajarse la capucha, reveló el rostro exhausto de rasgos grises de una Elfa de las Rocas.

—¡Tirenia! —exclamó Eriesh acercándose a ella.

River cayó en la cuenta y la miró boquiabierto. No había reconocido a la temible Cazadora

que, ya casi un año atrás, había entrado de improviso en el jardín del castillo buscando a Eyrien. En aquella ocasión su actitud era portentosa y sus cabellos lucían un vivo color granate; ahora mostraba su gris natural y parecía agotada.

—¿Acaso has venido desde Siarta sin tomarte ningún descanso? —le preguntó Freyn.

Tirenia afirmó con la cabeza.

—Es urgente —dijo con voz ronca—. Tengo que hablar con Eyrien. Ahora mismo.

Miró a River directamente, una mirada larga y cargada de pensamientos sombríos. El Mago sintió un estremecimiento y, por primera vez desde que volviera a la vida, sintió frío en su cálido cuerpo de esencia ígnea.

## No hay uno sin dos

En el salón se había hecho un silencio angustiante. Temían las noticias de las que Tirenía podía ser portadora, pero nadie se atrevía a preguntarle de qué se trataba; si la Cazadora había dicho que quería hablar antes con Eyrien, ésta como Dama de Siarta tenía la potestad de recibir y administrar las noticias de la Alianza. Quizás como respuesta telepática a una llamada, Eyrien apareció en la puerta un poco después, en el mismo momento en que Freyn se ofrecía a ir a buscarla. La Elfa de la Noche parecía mucho más cansada que cuando había salido de la estancia hacía menos de una hora, y observó a Tirenía con temor. Cuando las miradas de ambas se encontraron y sus mentes se pusieron en contacto, Eyrien reaccionó como si Tirenía le hubiera lanzado una bola de energía. Retrocedió dos pasos, sus grandes ojos azules se abrieron, oscuros, y sus labios se apretaron. Se agarró a la dorada manilla de la puerta.

—Esperadnos aquí —les ordenó al resto, y salió con Tirenía del salón.

Los demás se giraron a Eriesh, que permanecía sombrío y quieto como una de las rocas a las que debía su esencia. River, nervioso, empezó a enfadarse. Recordaba de pronto por qué le resultaban a veces los feéricos tan desquiciantes. Pasaba algo malo, algo relacionado con él, pero tenía que esperar callado y obediente hasta que Eyrien tuviera la generosidad de explicarles qué estaba sucediendo. Además temía que Tirenía cambiara de opinión como Cazadora y considerara a Eyrien una proscrita, igual que Konogan. Uno mano se posó sobre su brazo y miró a Ian, que le pedía paciencia y comedimiento con la mirada; las cosas no estaban como para impacientar a los pocos elfos que sean amigos fieles de Arsilon.

—Quizás deberíamos haberle dicho a Iskander que viniera con nosotros a Arsilon —dijo Freyn rompiendo el silencio bastante rato después—. Al menos hubiese sido un consuelo para Tirenía; parecía conmocionada.

—¿Quién es Iskander? —preguntó enseguida el príncipe de Arsilon.

Killian siempre había soportado mejor la tensión hablando, así que por una vez olvidó su discreción habitual.

—Iskander es un elfo mestizo del Aire y los Bosques Leñosos —contestó Eriesh—. Es Cazador, y también es la pareja de Tirenía. La esperó en Greisan cuanto pudo, pero no podía demorarse más —añadió mirando a Freyn—. Subinion le encargó ir a ver cómo estaban las cosas por Senstrist, tenemos que estar al corriente de lo que está haciendo el enemigo en el Largo Mar. Los piratas siempre han ayudado a Niaranden cuando ha sido atacada, les pagamos bien por ello; pero quizás llegue el día en que Esigion pueda pagarles más.

Se sumieron en un silencio sombrío, cargado de malos augurios y sospechas, mientras la noche se extendía sobre Arsilon. El regreso de River a casa se había convertido en una noche de angustias, y los platos del banquete de banquete estaban enfriándose en alguna parte. De vez en cuando entraba un criado silencioso para avivar el fuego de la chimenea y asegurarse de que todas las linternas y antorchas permanecían encendidas, pero esa era toda la actividad que había en el



gran salón de Arsilon. Eyrien apareció sola pasada la medianoche, con sus cabellos reflejando la oscuridad del cielo invernal. No se sorprendió de que todos siguiesen sentados a la mesa.

—Tirenía está descansando en mi habitación —dijo mirando a Eriesh—. Lo necesita.

Tomó asiento y juntó las pálidas manos sobre la mesa; parecía buscar las palabras adecuadas para hablar, algo que resultaba inquietante en un Elfo de la Noche.

—Parece que las comunicaciones telepáticas se están perdiendo —dijo finalmente, más para sí misma que para los demás—. Yo misma he estado intentando comunicarme con Siarta y con Quersia, y no lo he conseguido. No podemos comunicarnos con telépatas de zonas lejanas, lo más lejos que he podido llegar ha sido a los poblados periféricos del bosque de Dreisar.

—Pero no es eso lo que ha venido a decirnos Tirenía —la cortó River.

Eyrien, por primera vez, no lo miró furiosa por semejante interrupción.

—No, no ha venido por eso. Ella estaba en Udrian, como recordarás. Acompañando a mi primo Frirel —le contestó—. Ha venido a comunicarnos que... el Centro Umbanda de Bajo Udrian ha sido atacado, igual que el de Quersia hace unos meses. No ha habido supervivientes —dijo con claridad élfica, sin sutilezas ni ambigüedades—. Todos los niños y maestros han caído. Lamentablemente el Centro de Bajo Udrian estaba demasiado alejado de la ciudad principal como para que los hombres de Jarn hubiesen podido advertir que algo no iba bien. Tirenía fue con Jarn y Frirel a verlo cuando conocieron la noticia; atestiguaron que no quedó nada, salvo cadáveres. Aún no sabemos si también en Udrian han desaparecido niños, los restos eran... difíciles de reconocer. Y tampoco sabemos nada de los atacantes.

Eyrien hizo una pausa. Hedar se había llevado una mano al pecho, y era atendido por Ian temiendo que su viejo corazón hubiera sufrido un infarto. Killian mostraba la misma expresión de incrédulo espanto que lo embargaba siempre que las injusticias bombardeaban su decorosa visión del mundo; el joven príncipe de Arsilon había heredado la honradez y magnanimidad de la Antigua Suria. River había juntado las manos como en una plegaria y apoyaba los labios en ellas; su expresión era impenetrable, y fijaba la mirada verde y brillante en la mesa. Si Eyrien no lo conociese lo suficiente, habría dicho que estaba rezando. Al sentirse observado River la miró, y pasaron unos segundos en que ambos se confortaron en silencio mutuamente.

—¿Estaba Arla de Udrian allí? —preguntó Freyn finalmente.

—No —respondió Eyrien con un suspiro—. Ella está en el Centro de Alto Udrian.

—Pobre niña —murmuró el enano—. Y pensar que cuando la sacamos de Sentríst para enviarla a su casa creíamos que la poníamos a salvo. Es la tercera vez que escapa a la muerte.

—¿La tercera? —preguntó River.

Pero nadie le respondió, y otra vez tuvo la sensación de que él estaba relacionado con ello.

—Nuevamente ha sobrevivido por poco —dijo Heda golpeando la mesa con el puño, impotente.

—No lo sabemos, lamentablemente —dijo Eyrien—. Esto ha sido inesperado para todos. Me duele preguntarme si los Sabios podrían haberlo leído en las estrellas, de haber estado en Siarta.

—Eyrien, deja de culparte por eso —dijo River impaciente—. Creo que nadie de los presentes desearía la presencia de los Sabios en Siarta si eso pone en peligro tu vida.

—¡River! —exclamó Eyrien tan furiosa como horrorizada—. ¿No te das cuenta de que tu forma de hablar empujaría a cualquiera a pensar que has escogido el camino que lleva a la consecución de tu Profecía? —le dijo telepáticamente; luego volvió a hablar para todos—. Jarn ha movilizado a su gente y está en pie de guerra, pero me temo que eso no será suficiente a juzgar por el poder de sus atacantes. Mi primo Frirel y su séquito decidieron hacer una batida para buscar a los culpables antes de que abandonaran Nórdica, pero por el estado de las víctimas los atacantes bien podían llevarles dos o tres jornadas de ventaja. Y no sabemos cómo viajan, ni cómo han atravesado Nórdica sin ser detectados, si es que no eran de allí.

—¿Serán Nigromantes? —preguntó Freyn.

—¿Alguien puede explicarme qué son los Nigromantes exactamente? —¡No pueden ser más poderosos que los elfos!

—No son más poderosos, pero sí más agresivos —respondió Eriesh.

Eyrien le explicó que los Nigromantes eran Altos humanos que habían aprendido a usar la magia Vodun, la rama oscura y cruel del poder feérico. Los elfos no la utilizaban jamás, ni siquiera la mencionaban, porque únicamente tenía fines dañinos contra sus víctimas. No estaba en la naturaleza feérica la voluntad, moralmente ni siquiera la capacidad, de utilizar esa porción tenebrosa de la magia.

—Pero me temo que los humanos no sois tan remilgados —dijo Eyrien—. No sabemos cómo los primeros Nigromantes llegaron a conocer las palabras necesarias para usar la magia Vodun, pero los maelvanienses no las olvidaron. Y nos tememos que, desgraciadamente, la Nigromancia sea una disciplina habitual de los Centros Vodun de Maelvania. Sus niños crecen en la violencia y la brutalidad. No se puede esperar compasión o justicia de un Nigromante. A diferencia de los elfos, están dispuestos a usar cualquier medio que la magia ponga a su alcance.

—Si han sido los Nigromantes —dijo Ian—, y han traspasado las fronteras de Nórdica, podrían volver a hacerlo. Si el objetivo de Maelvania son los Altos humanos —miró a River y Hedar como disculpándose—, siguen estando en peligro y cada vez quedan menos.

—Lo sabemos —dijo Eyrien—. Por ello cuando Tirenía volvió a Siarta, mi hermano Asier se dirigió hacia Udrian con sus guerreros para proteger el otro Centro Umbanda.

—Pero mientras Asier esté allí —dijo Eriesh—, no podrá defender las vastas fronteras de Nórdica. Udrian será insegura de todas formas. Y también Siarta.

—Sí, lo serán —corroboró Eyrien—. Por ello mi padre aconseja encarecidamente a Jarn y a Ian que se pongan de acuerdo y trasladen a todos los niños de Alto Udrian a Arsilon. Por ahora este es el territorio humano más seguro, y al menos aquí podrán seguir estudiando. Los Elfos de los Bosques Leñosos se han ofrecido a ayudar, protegiendo a los niños mientras dure su viaje.

—Los acogeré con gusto —se apresuró a decir Ian, aunque su rostro mostraba preocupación ante la llegada de aproximadamente trescientos niños, que junto con los que ya tenían constituían toda la esperanza de futuro de los Altos humanos y el brazo mágico del ejército de la Alianza—. Pero necesitaremos más maestros, y más Magos que los vigilen y los protejan.

Hubo unos momentos de silencio.

—¿No podríamos intentar convencer a Liana de que vuelva aquí? —preguntó Hedar—.

Siempre fue poderosa y su sentido del orden y la organización me serían de mucha utilidad.

—¿Mi tía? —preguntó River sorprendido, hablando por primera vez—. Ella no quiere saber nada de la Alianza, y ni siquiera sé dónde está.

—Pero yo sí —murmuró Eyrien—. Quizás podría... No lo sé.

River intuyó que de nuevo la oscura relación entre la Dama de Siarta y su familia salía tenuemente a la luz. Eso no ayudó a serenar toda la rabia, la pena y la impotencia que sentía ante el hecho de que su pueblo estaba siendo sacrificado sin que hubiesen podido hacer nada para evitarlo. Pero estaba demasiado cansado para discutir, y no rechistó cuando los desperdigaron para asumir diferentes tareas. Nadie durmió aquella noche, todos estuvieron ocupados en aquel último día del año. En las calles la gente cantaba y bebía, bailaba y se emborrachaba, pero no hubo celebración del Año Nuevo en el castillo de Arsilon.

Eyrien seguía intentando establecer comunicación mental con el exterior, tratando de averiguar qué les sucedía a los telépatas, y se iba poniendo pálida a medida que agotaba sus fuerzas. Hedar se ocupaba de transmitir la noticia del segundo ataque a los maestros del Centro Umbanda de Arsilon. Ian se ocupaba de preparar la ciudad para la llegada de los nuevos refugiados, lo que implicaría un nuevo esfuerzo para conseguir mobiliario, alimentos, ropas y tutores. Quizás incluso tuviesen que agrandar las instalaciones del Centro Umbanda de Arsilon, y tendría que ser en detrimento del bosque del castillo. Mientras tanto, Eriesh y Freyn discutían sobre cómo poner en aviso de la falta de comunicaciones y la nueva masacre contra los humanos libres, al resto de los pueblos enanos y los distintos pueblos elfos. También tendrían que ponerse en contacto con los padres que hubiesen tenido niños estudiando en Udrian, pero sin comunicación mental, tendrían que enviar mensajeros a caballo. Y con el aumento del número de enemigos cáusticos en toda Centria, algunos mensajeros ni siquiera llegarían a su destino.

River ayudó un poco aquí y allá, hasta que entrada la madrugada del primer día del nuevo año, Hedar lo llamó y lo apartó del grupo hacia un rincón de la sala. Se miraron con pesar, íntimamente unidos por el dolor compartido, pero el viejo hechicero se esforzó en sonreír cuando puso una mano afectuosa sobre el hombro del joven Mago. Se interesó por lo que pensaba hacer River, ahora que había vuelto a casa y debía replantearse su vida.

—Podrías venir al Centro Umbanda —le dijo Hedar cuando River se mostró indeciso—. No como alumno, no hay mucho más que nosotros podamos enseñarte —añadió, no sin orgullo—. Sino como profesor.

—Eh... —acertó a decir River, demasiado sorprendido como plantearse aquello en serio; se dio cuenta de que Eyrien se había quedado en la puerta del salón el tiempo suficiente para escuchar su dubitativa respuesta—. ¿Ha sido idea de la Dama? —inquirió cuando estuvo seguro de que la Elfa de la Noche se había alejado lo suficiente como para que su fino oído no lo oyera.

Hedar sonrió perspicaz, aunque sin entender bien por qué era importante para River.

—Digamos que incluso con todas las preocupaciones que soporta, la Dama de Siarta aún tiene tiempo y voluntad de atender las necesidades de la gente a la que aprecia —dijo—. Como yo, ella cree que harías así un gran servicio a la Alianza.

«Sí, aquí. Lejos de ella», pensó River para sus adentros.

—Piénsalo —dijo el hechicero con voz amable, antes de volver junto a Ian.

Le prometió que lo pensaría y salió a la terraza para meditar un rato solo. No podía quitarse de la cabeza la enfermiza imagen de todos los niños muertos del Centro de Udrian, y se sentía culpable por sentirse despechado en un momento como aquel, porque Eyrien hubiera movido los hilos para atarlo a Arsilon. Temía estar siendo egoísta, y cualquier mal sentimiento que detectaba en sí mismo lo hacía pensar con temor en la maldita Profecía.



River permaneció en el balcón del gran salón de Arsilon hasta el primer atisbo del amanecer, cuando las gentes de la ciudad empezaban a volver exhaustas a sus casas, dispuestas a soportar con estoicismo la consabida resaca. En aquel día que nacía, las gentes de todo el Continente Norte se quejarían como nunca de sus tareas en los campos, los talleres o los mercados, pero las enfrentarían con más ánimos que nunca. Sentado en el sillar de piedra y envuelto en su capa, River se preguntaba sombrío cuánto les durarían a aquellas gentes la felicidad y la esperanza por el nuevo año que entraba. A muchos bien poco, cuando supieran que alguno de sus hijos, sobrinos, nietos o vecinos habían muerto en el Centro Umbanda de Bajo Udrian.

Se giró al ver que una silueta se recortaba en la puerta contra la claridad del interior del salón. Se trataba de Tirenía. Aunque nuevamente lucía el deslumbrante brillo granate del rubí en sus ojos y sus cabellos, su aspecto seguía siendo sombrío y cansado. River no supo qué hacer, recordaba bien la vanidad con que la elfa lo había tratado la primera vez que se habían visto, y se preguntó si no sería mejor irse y dejarle el balcón a la Cazadora. Antes de que pudiera decidirse, la elfa se sentó relativamente cerca de él.

—He visto morir a mucha gente —dijo la feérica estremeciéndose—. A muchos los he matado yo misma, y lo merecían. Pero jamás había visto algo como lo de ese Centro Umbanda. Ha sido terrible —calló y miró al cielo que clareaba, luego se giró hacia River—. ¿Y tú cómo estás, hijo de la Casa de los Tres Elfos? Muchas cosas han pasado desde que nos vimos por primera vez —añadió dando a entender que sabía más que muchos otros.

—No lo sé —contestó River—. Siento frío.

—A veces pasa —dijo Tirenía con suavidad—. Es lo que nos hace la desazón y la tristeza a los feéricos. Los elfos cálidos sienten frío, los fríos sentimos calor, y los neutros... No lo sé, se lo preguntaré a Iskander la próxima vez que lo vea.

River la miró, y se preguntó si sería una impertinencia preguntarle si hacía mucho que no veía a su novio. Siendo inmortales, podían ser años. Se fijó en que la Elfa de las Rocas jugaba inquieta con una pulsera ancha, de plata y rubí, que llevaba en la muñeca izquierda; dio un respingo cuando le pareció ver una cicatriz debajo de ella. Tirenía se dio cuenta y apartó la pulsera para que River pudiera ver bien la cicatriz espiral que era la marca de traición de los elfos. En su rostro se dibujaba una de aquellas sonrisas ambiguas y un tanto inquietantes tan propias de los feéricos.

—¿Tú también has sido marcada? —se atrevió a preguntarle River.

—Voluntariamente; de hecho me he marcado yo misma —respondió. Al ver la expresión de desconcierto del Mago, lo miró con una chispa de malicia en sus bellos ojos granates—. He sentido tu recelo hacia mí desde que he llegado, supongo que temías que pudiera considerar a Eyrien una enemiga. Pero yo conozco a Eyrien desde hace muchísimo más tiempo que tú, Mago. No eres el único que la aprecia. Yo no tengo afecto a los humanos —siguió diciendo Tirenía—, pues caéis fácilmente en la brutalidad y la maldad. Pero no por ello estoy dispuesta a sentenciar a toda tu especie. Nuestra larga memoria, gracias a Antigüedad y a los elfos que lo vivieron y aún pueden explicarlo, recuerda todavía el honor y la bondad de los reinos de Antigua Suria. Y cuando miro a Ian, a Killian, e incluso a ti, Alto humano, y a los que murieron sacrificándose por los demás como tu padre y tu madre, pienso que quizás no todo se ha perdido todavía en vuestra especie. Muchos de los que hemos habitado entre humanos pensamos como Eyrien, y no la consideraremos una traidora.

—¿Y todos los demás Cazadores se han marcado también a sí mismos?

—Me consta que Iskander, Freyo de los Ígneos y Eriana, que es de Greisan como yo, lo han hecho. Incluso Fereya —suspiró—. Todos, excepto Konogan. Pobre Eyrien, lo apreciaba mucho. Siempre fue el mejor amigo que tuvo en Siarta. Pero el mundo cambia.

Se sumieron en el silencio, pensativos, hasta que otra figura se recortó en el umbral de la puerta. Era Killian, y aunque parecía cansado su actitud era nerviosa. River vio que Tirenía volvía a ocultar discretamente la cicatriz de la muñeca. Se preguntó si la Dama de Siarta sabía que sus compañeros se habían convertido en unos renegados por ella.

—Eyrien ha dado por terminados sus intentos de contactar con Siarta —anunció Killian.

—¿Ha conseguido algo? —le preguntó la Elfa de las Rocas.

—Eh... nada en el Norte —dijo Killian cohibido—. Pero parece que hacia el Sur es un poco más fácil establecer comunicaciones. Ha contactado con un Mago de la Alianza que viene desde Selbast. Trae un mensaje urgente. Estaba en Dreisar, así que llegará dentro de poco y Eyrien quiere que lo recibamos enseguida.

—¿De Selbast? —dijo River mientras se levantaba y estiraba los músculos entumecidos.

—Aún tenemos buenos amigos en las ciudades neutrales —le contestó Tirenía—. Y si el mensaje viene de Selbast, tiene que tratarse de Nathaniel el Ideólogo.

River y Killian intercambiaron una mirada. Conocían aquel nombre, pertenecía a un Alto humano que se había hecho famoso por sus estudios sobre Antigua Suria y sus tratados de filosofía y sociología. Pero jamás hubiesen adivinado que, viviendo en una ciudad neutral tan arisca con los elfos como era Selbast, pudiese tratarse de un aliado de la Alianza.

—La ayuda de Nathaniel ha sido vital para nosotros los elfos —dijo Tirenía al ver sus expresiones de desconcierto—, que carecemos de la facultad de pensar de una forma tan simple y egoísta como lo harían los humanos. Ahora que en Selbast hay más maelvanienses que nunca, lo tienen vigilado. Aunque los maelvanienses piensan que trabaja para ellos. Lo respetamos por ello: aunque sea humano, pues arriesga su vida y la de su hija pequeña. Si la llamada es urgente, no hay duda de que Eyrien acudirá a Selbast.

River comprendió la preocupación que se reflejó en el rostro de Tirenia. Si Eyrien decidía acudir a la llamada, se acercaría demasiado a los territorios de Ashzar. Cuando dejó la terraza para entrar detrás de Tirenia en el gran salón, se encontró de frente con Ian. La actitud familiar, observada a lo largo de los años, con los brazos cruzados ante el pecho y el ceño fruncido, advertían al Mago de que el rey preparaba una reprimenda paternalista.

—River, hijo, sé que no has comido nada desde que llegaste.

—Desde que tengo esto —le respondió River sacando la gema de peridoto que llevaba colgada del cuello—, ya no necesito comer tanto ni tan a menudo como antes.

—Eyrien ya me dijo que me saldrías con algo parecido —le respondió el rey, impertérrito—. Pero tienes que ir a comer. Todos estamos tristes, hijo. Pero que te debilites por la falta de alimentos no va a solucionar nada. Ven, en el comedor hay algo de comida.

River no insistió, ni tampoco le preguntó a Ian si Eyrien, tan intranquila por la salud de los demás, había comido algo ella misma. Le dio una palmada en el hombro a Killian cuando pasó por su lado y se dirigió directamente a la cámara precedente. Allí tendrían que haber celebrado, hacía ya dos noches, el banquete de su llegada a casa. Nada quedaba ya en la gran mesa principal de la vajilla de plata ni de los elaborados platos de viandas, todo había sido retirado en silencio mientras alguien se ocupaba de avisar a los invitados de que se había anulado la fiesta. River se dio cuenta de que le importaba poco, y se dirigió a una mesa auxiliar donde había varias bandejas. La gente no se exalta por las manzanas, con panes, queso, frutas y pescado ahumado. Se decidió por una manzana. Se apoyó en la mesa grande mientras se la comía a mordiscos, y pudo ver llegar por la puerta que daba al gran pasillo a un Alto humano con la capa y las botas polvorientas. Fue una suerte, porque River pudo así parpadear varias veces y ocultar el fulgor anormal de sus ojos verdes, antes antes de que el hombre lo viera. El Mago aminoró el paso al pasar ante la mesa llena de comida, reflejando el hambre que tenía tras la dura noche de viaje. Tenía el cabello de un claro castaño trigoero y los ojos de color verde hoja, lo que delataba que su ancestro fue un elfo de Quersia.

—Coge algo, amigo —le indicó River, haciendo como que no se daba cuenta de que el otro se había sobresaltado—. Tú debes ser el Mago de Selbast, y estarás hambriento. Yo soy River.

—Saludos, señor —dijo el selbastiano con un breve movimiento de la cabeza—. Soy Willem, aprendiz de Nathaniel el Ideólogo. Es un verdadero placer conoceros, River de Arsilon y la Casa de los Tres Elfos. Mi señor, Nathaniel, tiene grandes expectativas puestas en usted.

River soltó una carcajada seca.

—Y eso que no lo sabe todo —murmuró para sí mismo. Se giró hacia el perplejo selbastiano—. Si no vas a comer nada, vamos; te estábamos esperando.

El Mago de la ciudad neutral se puso nervioso mientras seguía a River hacia la puerta que daba al salón de baile, habilitado ahora como sala de reuniones de la Alianza.

—Es una suerte que la Dama de Siarta se encuentre aquí, en Arsilon —dijo tartamudeando—. Mi señor me indicó que este mensaje debía dárselo a ella y sólo a ella, en mano.

—No la has visto nunca, ¿verdad? —adivinó River.

—Ni a ella ni a ningún elfo, señor. Pocas veces he salido de Selbast y en mi ciudad los feéricos

no son bienvenidos desde que estuvo allí la última Cazadora, hará unas cinco décadas.

«Fereya», adivinó River. La Cazadora mestiza, tras haberse cruzado con un vampiro en Selbast, había tenido que neutralizar al objetivo de una Profecía sin muchos miramientos para poder abandonar pronto el lugar. Y los selbastianos se habían asustado. Para los espías cáusticos apostados en la ciudad, fue la excusa perfecta para poner a los ciudadanos en contra de los feéricos, acicateándolos con el odio y el miedo.



River no tuvo que anunciar al recién llegado. En el salón ya estaban todos sentados a la mesa, y miraban en silencio hacia la puerta. River vio por el rabillo del ojo cómo el Mago selbastiano se ponía colorado, consciente de que estaba mirando a la Dama de Siarta muy fijamente. Pero ella no se inmutó; pasó, por una vez, la impertinencia del recién llegado por alto.

—Tengo entendido que tienes un mensaje urgente para mí —dijo dando por terminado el lapso de mutua observación—. River, toma asiento entre Eriesh y Killian. Willem, puedes quitarte la capa y sentarte junto al hechicero Hedar.

El Mago selbastiano se apresuró a entregarle a Eyrien un pergamino enrollado y lacrado con magia que se sacó de entre las abrigadas ropas verdes y marrones típicas de Selbast. La Elfa de la Noche rompió el sello con magia para leer la carta, mientras ignoraba el silencio expectante que se había creado a su alrededor. En la mitad de tiempo que hubiese tardado un humano, acabó la lectura y le pasó el pergamino a Eriesh, mientras tomaba asiento de nuevo para decir:

—Mi idea había sido dejar Arsilon pronto para buscar a los Sabios e intentar...

—Eriesh me ha dicho que Konogan sigue en activo —la cortó Freyn preocupado—. Los chicos de Ian siguen siendo objetivos de una profecía, y ahora tú también eres una traidora. No creo que sea...

—Konogan es cosa mía, Freyn. Y debemos suponer que los Sabios siguen siendo sabios —dijo Eyrien con dureza—. Ellos saben mejor que nadie que las disputas se arreglan parlamentando. Parlamentando, River. Los elfos solucionamos las cosas hablando —añadió mirando severamente al Mago que, sabiéndose cogido en falta, frunció el ceño con obstinación—. Sin duda me recibirán, puesto que soy la culpable de su marcha, y trataremos de arreglar nuestras diferencias. Parece que todos olvidáis rápidamente lo mucho que han hecho los Sabios de Siarta por el bien de los Pueblos Libres. Los míos podemos ser extraños y distantes a los ojos de muchos, Lunáticos nos llaman algunos, pero somos una raza generosa. Hasta ahora pocas quejas podéis tener de nosotros, y os recuerdo que quien gobierna a los feéricos no son los Sabios, sino Subinion de Siarta.

Los demás respondieron con un silencio tenso.

—Haya paz, Eyrien —dijo Freyn un poco incómodo—. No nos entrometemos en los asuntos de los elfos. Pero nos preocupamos por ti.

—Y yo me preocupo por la Alianza —dijo Eyrien—. Como iba diciendo, iré a Selbast. Y no quiero oír hablar del vampiro —se anticipó—. Willem, ¿hay Nigromantes en tu ciudad?

—Sí, mi Dama —contestó el Mago—. Últimamente los agentes cáusticos se están apoderando de la ciudad sin que el gobernador haga nada por evitarlo. Hará dos semanas, llegó un grupo grande de Nigromantes a la ciudad y se adueñaron de ella. Y eso que muchos soldados neutrales se oponen a su presencia; el batallón del capitán Aston está al borde de la disidencia.

—Eso es algo que no me preocupa ahora más que Ashzar —dijo Eyrien—. Nathaniel dice tener información sobre los problemas que inhabilitan a los telépatas, y eso es algo que nos interesa a todos. Eriesh, espero que tú me acompañes.

—Por supuesto —dijo el Elfo de las Rocas.

—¿No prefieres que vaya yo a Selbast en tu lugar? —se ofreció Tirenia.

—No, Tirenia —le respondió Eyrien, tajante pero agradecida—. Nathaniel dice que tan sólo hablará conmigo. Tú irás a Greisan a informar a tu Señora de lo sucedido en Udrian y de cómo está la situación en este momento. Serás la legada entre tu tierra y Arsilon, igual que Freyn lo será para Riskaben. Sin contar con la telepatía, debemos luchar por seguir unidos.

—Iré a Riskaben, pero no antes de haberte acompañado a Selbast —dijo Freyn tozudo.

—Lo mismo yo, mi Dama —dijo Tirenia con un poco más de cortesía; al fin y al cabo, mientras que el enano pertenecía a otro pueblo, ella le debía obediencia a la Dama de Siarta.

La Elfa de la Noche frunció los labios azules pero finalmente asintió resignada. Se giró entonces hacia River, que la miraba fijamente, con anhelo.

—Sé que Hedar te ha propuesto ocupar una plaza de maestro en el Centro Umbanda —dijo como si la idea no hubiese sido suya en primer término—. Me parece una muy buena opción. Sin embargo, no creo que estés preparado todavía para ello. Tienes que entender tus poderes, y mi padre me ha animado a guiarte en ese proceso. Así que vendrás conmigo, al menos esta vez.

—Iré contigo —dijo River—. Tendrías que lanzarme un conjuro de inmovilidad para obligarme a permanecer en Arsilon.

—No creas que no lo haré si algún día te atreves a discutir mis órdenes, Mago.

—Yo también voy —dijo Killian, temeroso de que lo dejarán atrás para ser más comedido.

Eyrien le dio su permiso sin discutirlo siquiera. La mayoría de la gente había oído hablar de él pero jamás lo había visto, así que pasaría desapercibido. Y si Killian iba a ser rey, debía conocer la realidad en la que sobrevivían sus súbditos. En muchos lugares las cosas no iban tan bien como en Arsilon, y tenía que verlo con sus propios ojos. También instó a Ian a seguir comunicándose con Siarta tan a menudo como fuera posible. Hasta que averiguasen lo que sucedía con las comunicaciones telepáticas, él sería el punto de convergencia común, y la única vía de contacto con los elfos de Siarta incluso para la misma Eyrien.

—No te preocupes, así lo haré —dijo el rey de Arsilon—. Dispondré a todos mis mensajeros y a mis mejores caballos para que puedan salir hacia cualquier lugar cuando sea necesario.

—Bien. Willem —dijo Eyrien volviéndose finalmente hacia el selbastiano—. Te pediría que regresaras a Selbast para anunciar a Nathaniel que iré, pero espero llegar antes de lo que tú harías. Así que puedes quedarte en Arsilon, a descansar unos días.



—De hecho... —Willem carraspeó—, mi señor el Ideólogo me ha ordenado que pida asilo al rey Ian de Arsilon, y que permanezca aquí hasta nuevas órdenes.

—Una petición extraña —dijo Eyrien—. Pero no creo que haya problema, ¿Ian?

River no atendió a las palabras amables con que Ian recibía a su nuevo Mago; el rey de Arsilon no estaba en condiciones de despreciar a cuantos Altos humanos pudieran reunirse en su ciudad para cuando llegaran los niños. River tenía que reconocer que estaba contento, deseaba alejarse de su hogar. Íntimamente comprendía que, por mucho que Ian y Killian lo siguiesen queriendo y tratando de la misma manera, ya no podría convivir igual que antes entre los humanos. Se sentía demasiado diferente, y se preguntaba angustiado si algún día se podría acostumbrar al cambio. Cada vez que miraba a su alrededor, veía gente que envejecería y moriría dejándolo solo en el mundo. Y eran personas a las que quería, y cuya pérdida no sabría soportar.

—River, de verdad que parece que vives en otra realidad —le dijo Eyrien—. Creo que ya ni siquiera me escuchabas cuando dije que se levantaba la reunión.

—¿Eh? —dijo River, irguiendo la cabeza para darse cuenta de que los demás ya estaban dejando la estancia. Sólo Eyrien permanecía delante de él.

—Supongo que tampoco me habrás escuchado cuando dije que partiríamos mañana al amanecer —expresó la elfa con dureza—. Espero que cuando reanudemos nuestro camino juntos, atiendas cuando yo hable.

—Por supuesto, mi Dama —respondió mordaz—. Lejos de mí infringir tus amables órdenes.

Eyrien entrecerró los ojos mientras River se preparaba para recibir una pulla hiriente, pero finalmente la Elfa de la Noche suspiró y le puso una mano sobre el hombro. River trató de permanecer sereno ante aquel inesperado y agradable cambio de actitud.

—Ha sido un golpe duro saber que el Centro de Bajo Udrian ha sido destruido. Y volver entre los tuyos y darte cuenta de que tú ya no eres el mismo tampoco ha sido agradable, ¿verdad? —dijo Eyrien como si hubiese estado leyendo en sus pensamientos—. A mí a veces me pasa lo mismo cuando vuelvo a Siarta, y me doy cuenta de lo mucho que ha influido en mí el resto del mundo. Pero lo superarás —dijo con una sonrisa de ánimo—. Los humanos saben amoldarse a los cambios. Otro viaje te sentará bien, y así podremos entretenernos con futuras discusiones.

—Yo prefiero que no discutamos —dijo River sinceramente.

—Entonces atiéndeme cuando te hable —dijo la elfa con malicia, antes de encaminarse hacia la puerta—. Ve a prepararte, quizás estemos bastante tiempo fuera. Sólo las estrellas lo saben.

—Hasta mañana —respondió River, aunque Eyrien ya había desaparecido por la puerta.

Mientras respiraba profundamente para serenarse y volver a la realidad, River se preguntó por un momento si no hubiese sido todo más fácil sin meter a las estrellas de por medio.

## Una cita urgente

Niaranden, la de las doradas murallas, era todavía una ciudad fuerte. Último reducto de la Antigua Suria, último enclave humano libre del Continente Sur, era vestigio del esplendor y la gloria que habían caracterizado a los primeros reinos humanos de Suria. Pero, sobre todo, Niaranden era una fortaleza inexpugnable. Rodeada por una fuerte muralla espiral, lisa y gruesa, del mismo color ocre que el desierto, protegía incluso campos, cultivos y una preciosa parte de los pocos bosques que aún no habían sucumbido a la Llanura Áurea que todo destruía y se tragaba. La magia tenía mucho que ver en la inviolabilidad de la ciudad dorada, pues fue esta península del bajo continente —que ahora compartían y se disputaban niarandenianos y guls— la afortunada tierra donde había nacido la raza de los Altos humanos, cuando los primeros exploradores elfos habían cruzado el mar y habían proporcionado a los nuevos mortales su generosa amistad. La ciudad era imposible de sitiar y casi impensable tomarla.

Pero ahora Niaranden tenía muchos menos Magos, y la mayoría se trasladaban al Norte para estudiar en los Centros Umbanda hasta los treinta años. A cambio se había enriquecido con las gentes negras del desierto, que ante la amenaza de Maelvania habían ido abandonando sus vidas montaraces entre las dunas del desierto para buscar refugio en la fortaleza. Y aportar fuerza bélica. El mismo Carsen, último gobernador de Niaranden, tenía la piel oscura y brillante como el ébano y aunque su negro cabello empezaba a mostrarse cano, esto se debía más a las preocupaciones constantes que a la edad.

En ese amanecer del nuevo año, mientras el sol empezaba a calentar aquel día de invierno tropical, el regente del último reino de Suria permanecía sentado en un diván junto a la fuente de su palacete, observando ensimismado cómo el aire lleno de polvo dorado producía ondas en la superficie del estanque. Bajo el agua, donde las perturbaciones no llegaban, los peces anaranjados nadaban apaciblemente. Carsen se preguntaba si alguna vez conocería una calma semejante; últimamente su situación sólo empeoraba. Se había visto obligado a cerrar las puertas del sur ante el avance de los guls, los barcos que había enviado a reclamar la ayuda ya pagada de los corsarios de la Isla Roja aún no habían regresado, y los telépatas no podían comunicarse con nadie en el Continente Norte. Hacía demasiado tiempo que esperaba ayuda de sus vecinos, los Hijos del Aire o del Mar. Ante la ausencia de noticias de sus aliados élficos, empezaba a temer que también ellos tuvieran problemas.

—Señor —lo llamó uno de sus sirvientes, inclinándose cortésmente—. Se acerca un mensajero de la ciudad élfica de Boreanas.

—¡Alabado sea el Aire! —exclamó el gobernador juntando las manos en una plegaria.

Se levantó, se ajustó el manto oscuro sobre la chilaba blanca y se aprestó a dirigirse al claustro para mirar al cielo y ver llegar a su invitado.

—Señor —volvió a llamarlo su secretario—. No ha venido volando, sino a caballo.

—¿A caballo? —repitió Carsen más asustado que sorprendido.

Antes de que el empleado pudiera responder, una figura silenciosa entró en el claustro por el arco del sur y se dirigió sin pedir permiso al patio iluminado por el sol. Los feéricos, pese a ser eternos, no se caracterizaban por su paciencia cuando tenían prisa. Carsen se quedó asombrado cuando reconoció a su visitante. Era nada menos que Beleren de Boreanas, uno de los hijos gemelos de los Señores de los Elfos del Aire. Rondaba los cuatrocientos años, la cúspide de la juventud de los elfos, y su piel de brillo azulado era tan blanca como oscura la de Carsen. Su faz, de rasgos de color azul claro, tenía la expresión inocente propia de los boreanios, aunque las preocupaciones contraían sus finas facciones y hacían que sus grandes alas plumosas, que sobresalían de las finas ropas también azules, se movieran nerviosas de vez en cuando.

—Cuida bien de Zefir —le dijo el elfo al secretario mientras Carsen lo despedía con un gesto de la mano.

—Su caballo estará perfectamente, mi señor.

—No es *mi* caballo, es un caballo que ha tenido la bondad de acompañarme. Y frente a muchos peligros —puntualizó el feérico, mientras dejaba al descubierto una larga cabellera ondulada del color azul límpido del cielo—. No he podido venir volando, ya no podemos volar a ningún sitio, tenemos que valernos de nuestros amigos los caballos. Saludos, Carsen de Niaranden.

Carsen se inclinó con respeto ante su visitante, y tal como era costumbre en la ciudad, le ofreció un té frío, aun sabiendo que el elfo no iba a aceptarlo. Sólo una vez antes había visto a Beleren de Boreanas. Él tenía diez años y con el permiso de sus vecinos elfos, había acompañado a su padre a las cercanías de Boreanas para familiarizarse con los feéricos con los que algún día tendría que relacionarse en favor de la Alianza. Para goce de los dos niarandenios, en aquella ocasión habían tenido la oportunidad de observar a Beleren y a su hermana Maialen volando en las afueras de Boreanas, perceptibles tan sólo porque los elfos habían tenido el capricho de dejarse ver en aquel momento. De eso habían pasado ya treinta años, y desde entonces Carsen había hablado a menudo con sus nobles vecinos de la Casa de Boreanas a través de mensajeros y telépatas. Pero nunca había pensado que tendría el honor de ver de nuevo a Beleren en persona, y mucho menos en su propia ciudad. El gobernador de la ciudad dorada sintió un escalofrío; el Elfo del Aire no habría venido de no haber graves motivos de por medio.

—¿Por qué no habéis podido venir volando, mi señor? —se aventuró a preguntarle.

—Tenemos problemas en Boreanas —aseveró el feérico con su voz reverberante, sin siquiera tomar asiento tras la larga cabalgata—. Los rocs rondan la ciudad.

—¡Los rocs! —se sorprendió Carsen—. ¿Esas aves gigantescas, tan pesadas como rocas? Por lo que yo sé, son voraces. Hace algunas décadas tuvimos problemas porque se llevaban rebaños enteros entre sus garras. Eso fue antes de que encerráramos al ganado tras las murallas de la ciudad. Desde entonces, mi gente no ha vuelto a verlos, y en ningún momento los creímos enemigos más que para nuestras reses.

—Eso ha cambiado; ahora nos acechan —dijo Beleren—. Atacan a quienes tratan de alejarse volando de Boreanas. Y pueden volverse más agresivos en cualquier momento. Esa posibilidad nos causa un gran desasosiego, pues Eyalen, la nieta de Subinion de Siarta, se encuentra con su madre Maialen en la ciudad. Pensábamos devolverlas al Continente Norte por mar, pero un Elfo

del Agua llegó hace pocos días para decirnos que su pueblo no se encuentra en mejor situación que nosotros. Prácticamente no pueden acceder a las costas norteñas, y mucho menos a la de Senstrist. Nuevos seres los acechan a ellos, como los rocs a nosotros. Ynia, de la Casa del Mar, cree que son hidras marinas.

—Conocemos las hidras marinas, aquí se habla de ellas desde hace tiempo; es una leyenda. A todos los jóvenes que se pasan de listos para hacerse a la mar sin permiso, se les ha dicho desde hace generaciones que se los comerían las hidras marinas. Supercherías. Pero ahora... Todos los que dicen haberlas contemplado coinciden —aseguró Carsen—. Animales inmensos, de cuerpo escurridizo, del mismo color que el agua. Con espinas de aspecto venenoso en el dorso, y muy rápidas. Los que dicen que las han visto siempre ha sido de lejos y han regresado rápido a puerto, pero también hay muchas otras barcas que nunca volvieron.

—Si nos atenemos a esas noticias, debemos pensar que por alguna razón mantienen un estrecho cerco alrededor de la bahía de Senstrist —dijo Beleren mirando a Carsen fijamente con sus ojos grandes, celestes, invitando al humano a llegar por sí solo a sus conclusiones.

—Sentrist es el único acceso que hay al Continente Norte desde el mar —murmuró Carsen.

El elfo no respondió a la obviedad. Se acercó al arco de piedra del norte, que ofrecía unas vistas preciosas de la playa y el Largo Mar. En aquel momento parecía una balsa tranquila y segura de agua salada. Después se giró hacia Carsen, observándolo con detenimiento.

—Supongo que tú también tienes problemas en tus fronteras, amigo humano —le dijo.

—Los tengo —suspiró.

Beleren de Boreanas no varió su expresión impenetrable cuando puso en palabras lo que el gobernador de Niaranden temía desde hacía semanas.

—Esigion de Maelvania nos está aislando del resto de la Alianza —aseveró.



Las cinco primeras jornadas de viaje transcurrieron igual que la primera vez que salieron de Arsilon, para los seis viajeros que se dirigían a Selbast. No se toparon con nadie mientras atravesaban el frondoso sur del bosque de Dreisar, pues los soldados de Arsilon se esforzaban día a día para hacer de él un lugar seguro contra los trasgos, y poco a poco la angustia por verse acechados por Ashzar también se fue aletargando. Freyn y Eriesh se mostraban amables y comunicativos como siempre; Eyrien se sumía a veces en aquel silencio meditativo que hacía pensar que se había olvidado de todos ellos mientras cabalgaba distraída a lomos de Elarha. River agradecía que Procyon lo acompañara, mientras que Killian por nada del mundo hubiese aceptado montar otro caballo que no fuera Jano; el joven semental, aunque seguía luciendo la cicatriz de la garra del gul, retozaba contento en cada etapa del viaje. Killian aún seguía temiendo a la Cazadora de Greisan, pero Tirenía resultó ser una buena compañera de marcha. La Elfa de las Rocas vestía de una forma muy similar a como lo hacía Eriesh, con ropas de viaje gris cuyo faldón de almilla le

llegaba casi a las rodillas. Ocultaba los cabellos granates con la capucha y llevaba sus armas, una espada y una alabarda de primorosa manufactura, colgadas a la espalda por debajo de la capa. Habituada a peregrinar por el mundo, conocedora de las costumbres de los mortales, Tirenia era bastante abierta de mente y River descubría que podía hablar con ella casi con la misma facilidad que con un humano. Negander, que nunca había salido de Quersis, tan sólo había conocido el contexto del mundo élfico, una realidad alegre y maravillosa que la guerra y el dolor no habían empañado.

Al amanecer del quinto día de viaje, que hasta ahora había sido tranquilo y pausado, Eyrien les comunicó que estaban dejando atrás el bosque de Dreisar para entrar en las tierras más inhóspitas de Centria, y que a partir de aquel momento viajarían más rápido, con más cautela y con menos pausas para el descanso. El viaje relajado se había acabado, y los humanos lo notaron. Aquella noche desmontaron y prepararon el campamento a un lado del camino, bastante más cansados. River compartía su tienda con Killian. Eyrien, Tirenia, Eriesh y Freyn tenían una cada uno, aunque el enano prefería dormir al raso. Dijo el primer día con mucha dignidad que escabullirse al interior de una tienda es cosa de hembras y Eyrien, exasperada le dirigió una mirada que hubiese empujado a correr lejos a cualquier otro. Poco después ya habían cenado pan, queso y carne seca, al menos los mortales porque ninguno de los elfos probó bocado. Freyn se echó a dormir y Eyrien se cobijó contra el flanco de Elarha para observar el firmamento. Como ni River ni Killian tenían sueño todavía, se sentaron con los Elfos de las Rocas junto a las cálidas llamas del fuego. Eyrien dejó de mirar al cielo y fijó en ellos sus felinos ojos nocturnos.

—Ahora será mejor que descanséis; ambos —dijo mirando a River—. No estáis acostumbrados a viajar tan rápido, y entended que no podemos permitirnos retrasos porque estéis exhaustos. Tomad ejemplo del enano.

Mientras se dirigían a su tienda sintiéndose un lastre para los elfos, Killian y River miraron a Freyn. El enano roncaba con verdadero placer debajo de las mantas que había retorcido hasta casi hacer un nudo con ellas, y sólo una pierna gruesa y parte de sus abundantes cabellos castaños asomaban de entre el lío de ropas.

Al amanecer River despertó angustiado y salió rápidamente de la tienda. Buscó entre sus bultos, apoyados contra la base de la tienda, y sacó la espada del vampiro para observarla esperando encontrar en ella algo extraño.

—La espada no te va a avisar cuando Ashzar esté cerca —dijo Eyrien sobresaltándolo.

A la derecha de su tienda, los tres elfos estaban sentados junto al fuego moribundo tan quietos y silenciosos que River no los habría descubierto hasta pasado un buen rato. Dejó la espada, avergonzado, y fue a sentarse con ellos.

—Ya lo sé —reconoció—. Pero he dormido mal, como si algo acechara en mis sueños.

—En todo caso jamás sentirías al vampiro, a ver si te entra en la cabeza.

—Vamos, Eyrien —dijo Freyn soñoliento, saliendo de su lío de mantas—, no seas tan dura. El Mago sólo se preocupa por tu seguridad.

—Pero no hay que perder la cordura por ello —insistió Eyrien.

—Han sido los kapres —intervino Eriesh—. Nos han estado acechando, y como tienen poder

mágico es posible que tu mente los haya presentado. A los humanos suelen causarles pesadillas; eso si no los matan antes.

River sintió que un escalofrío le recorría la espalda; sabía que aquellos espíritus malignos habían matado a sus padres, y a la mitad de la población de Arsilon, cuando se habían aliado con los chupasangres durante la Alianza Negra.

—¿Queréis decir que nos acechan los kapres? —preguntó.

—No lo sabemos, pero durante la noche se ha levantado niebla gris. Y también nosotros los hemos sentido —dijo el elfo—. Pero se han limitado a merodear.

—Quizás eran pocos y tres elfos eran demasiados para ellos —dijo Tirenía sin mucha convicción; después se alzó de hombros—. Mejor para nosotros.

—Hoy avanzaremos más rápido —decidió Eyrien—. River, despierta a Killian.

Avanzaron al trote durante toda la jornada, deteniéndose sólo una vez para comer. Era inquietante saberse amenazados cuando tendrían que haberse sentido relativamente seguros, avanzando como estaban haciéndolo ahora entre los territorios élficos de Quersia y Greisan. Una cosa más de la que tendrían que advertir a Islandis y Trenzor, si se aseguraban de que los kapres habían invadido la zona. Pero no podrían avisar también a Quersis sin perder su valioso tiempo; otro obstáculo más sin las comunicaciones telepáticas. Por la noche, cuando se detuvieron, incluso Freyn tuvo que reconocer que estaba exhausto. Pese a todo, River pasó mucho tiempo en vela aquella noche. Sabía que los elfos estaban fuera despiertos, pues dormían muy pocas veces, pero cuando durante la madrugada oyó también la profunda voz de Freyn hablar en susurros, empezó a preocuparse. Se vistió sin hacer ruido y salió de la tienda.

Lo primero que se encontró en la oscuridad fueron los encendidos ojos de zafiro de Eriesh, que se erguía alerta muy cerca de su tienda. El elfo le pidió silencio llevándose un largo dedo a los labios grises, y le indicó que mirara a su alrededor. River se sobresaltó. La niebla se arremolinaba junto al suelo. Era de un color gris turbulento, y no bajaba del cielo sino que aparecía desde atrás de los árboles, como si fueran largos y sinuosos dedos acercándose al campamento. Mirando a su alrededor River pudo distinguir que Tirenía y Freyn vigilaban el perímetro del claro, aunque el enano casi no despuntaba sobre la densa neblina.

—¿Dónde está Eyrien? —preguntó la voz de Killian en un susurro a su espalda; también el príncipe se había vestido y cogido su espada.

—Se ha ensombrecido para reconocer la zona —les dijo Eriesh mentalmente—. Esperaremos en silencio a que vuelva, y nos diga si tendremos que atacar.



Más allá del claro, silenciosa y alerta, la sombra corpórea en que se había convertido Eyrien avanzaba furtiva entre los árboles buscando el origen de los hilos de niebla. Estos divergían, separándose tras los gruesos árboles, lo que significaba que no había un solo kapre. Eyrien se

extrañó, anteriormente aquella no era una zona donde aquellos espíritus abundasen. Parecía una migración desde Amazonia, y se preguntó si iban a alguna parte. Otra cosa que la preocupaba es que estando tan cerca del campamento, siendo tan agresivos y suficientes en número para creerse fuertes, no los atacaran. Avanzó silenciosa entre los árboles, siguiendo un hilo de niebla que se hacía cada vez más fino y concentrado. Se estaba acercando a uno de los kapres. Se agachó, y se movió lentamente rodeando el grueso tronco de un árbol, hasta que pudo verlo a dos metros de distancia. Se alzó y se apartó del árbol, y se hizo visible mientras el kapre se erguía también, para mirarla desde lo alto de toda su corpulenta estatura.

El kapre era un espíritu semicorpóreo, humanoide, muy alto y de abundante pelambre oscura. Sus ojos brillaban en la oscuridad con un apagado fuego verdoso, malévolo e inteligente. Parecía indeciso, como si su carácter violento lo impulsara a atacar y alguna otra cosa se lo impidiera. La niebla, que usaban para confundir a sus presas antes de atacarlas con una violencia y una brutalidad indecibles, se disipaba a su alrededor. Eyrien lo observó largo rato, haciéndose a la idea de que el ser no iba a moverse de aquel lugar. Sacudió la cabeza, extrañada. Se limitó a mirarla con tanto odio como alarma, respirando tan pesadamente que parecía jadear. Finalmente se perdió en una cortina de niebla que luego se disipó sin dejar rastro.

—Extraño de veras —murmuró Eyrien sin comprender.

Mientras tanto en el campamento, Eriesh explicaba a sus protegidos arsilonianos cuanto sabía de los kapres, y les advertía de que era imposible herirlos con las armas si éstas no eran feéricas, vampíricas o estaban hechizadas. La mejor defensa, les dijo, era la magia. Killian miró su espada largo rato; hasta aquel momento nunca había pensado que necesitaría otra arma.

Pasaron largos minutos sin que sucediese nada salvo que la niebla seguía arremolinándose a sus pies. River notó que Killian le apretaba el brazo y señalaba hacia la derecha, donde el mago pudo distinguir una figura oscura entre los árboles. River levantó las manos hacia ella murmurando cuál podía ser un buen conjuro de ataque, y antes de poder controlarlo un haz de luz afilada salió despedida de su cuerpo. La figura respondió hastiada, con una voz reverberante que todos reconocieron, y el ataque energético se extinguió con una convulsión en el aire. El recién llegado se convirtió en la forma visible de Eyrien y avanzó hacia el campamento.

—Lo siento, River, pero tendrás que esperar a otro momento para probar tus nuevas habilidades —le dijo—. Y la próxima vez piensa antes de dejar brotar sin medida tu poder. Si hubiese sido Freyn, o Killian, o cualquier mortal, lo hubieses matado.

Eyrien lo observó mientras River, compungido, se frotaba las sienes. Luego se giró hacia los otros dos elfos.

—No van a atacar. Parece una población amazonia numerosa y me extraña que no lo hagan, pero me he dejado ver ante uno de ellos y se ha limitado a gruñirme antes de alejarse entre la espesura. Jamás había visto a un kapre que huyera.

—Cualquiera diría que están dejándonos llegar a Selbast —murmuró River.

Vio que Eriesh y Tirenia intercambiaban una mirada sombría, pero nadie dijo nada más.

—¿Tú crees que es una trampa? —le preguntó Killian cuando regresaron a su tienda.

—No tendría por qué —respondió River alzándose de hombros. Sin embargo el resto de

aquella noche también lo pasó en vela.

Dos días después llegaban a Selbast con el atardecer. Se irguieron en sus monturas por encima de la ciudad neutral, en la colina que emergía de los prados que daban al norte, observando el ajeteo que se sucedía en las murallas. En lontananza se adivinaba el brillo verdoso del mar, y a la derecha se extendían las tierras salvajes y despobladas del sur de Amazonia. En algún punto se alzaba el castillo del vampiro. River descubrió que Eyrien miraba ensimismada en la dirección en la que se encontraba el hogar de Ashzar, pero se tranquilizó cuando ella apartó la vista con un escalofrío; temía que pudiese sentirse atraída por aquel lugar.

—Parece que hay mucho movimiento en la fortaleza selbastiana —comentó Eriesh—. Hay guardias en las puertas, y diría que uno de ellos luce la túnica negra de los Nigromantes.

—Yo no veo nada —dijo Killian, para quien la entrada a la ciudad no era más que una gran muralla de piedra con manchas oscuras moviéndose en su base.

—Hay cuatro guardias de tu raza en las puertas —le dijo Tirenia—. Y tres hechiceros. Uno de ellos podría ser un Nigromante maelvaniense, sí. Detienen a la gente que entra; el Nigromante podría ser un Rastreador de feéricos.

—¿Y eso qué es y cómo va a afectarnos? —preguntó Killian.

—Un Rastreador de feéricos es un Nigromante capaz de detectar a un elfo aunque esté ilusionado —dijo Eyrien sin dejar de mirar a la ciudad—. Huelen la magia feérica. Tenemos constancia de que algunos Nigromantes se entrenan con ese fin, para rastrear y dar caza a los feéricos. Aunque pocos consiguen ser buenos en ello y no son muy numerosos, por suerte para nosotros. Yo neutralicé a uno que iba a perpetrar una matanza en Hermas, poco antes de conoceros a vosotros. Son muy dañinos para los indefensos feéricos menores como las dríades.

—Pero ahora nos preocupa uno que aún vive, Cazadora —dijo Freyn levantando la vista hacia ella—. ¿Cuál es la maravillosa idea que se te ha ocurrido para poder entrar en Selbast?

La Elfa de la Noche llamó a Procyon y rebuscó en las alforjas de River. Nadie le dijo nada, ni siquiera el Mago, pero se inquietó al ver que lo que Eyrien había estado buscando eran sus esposas feéricas. La Dama de Siarta las alzó a la vista de todos con un suave tintineo de la cadena.

—Entraré como prisionera —dijo.



La idea de Eyrien consistía en entrar como prisionera de los dos humanos, que se harían pasar por traficantes mágicos. Desgraciadamente abundaban en aquel tipo de ciudades, y los soldados selbastianos que guardaban la puerta tenían orden de dejar entrar a cualquiera que llevara prisioneros Libres por los que se ofreciera recompensa, o seres mágicos cuya compra valiera la pena.

—¿Cómo van a explicar los humanos que hayan podido cazar a una elfa, nada menos que a una siartana? —preguntó Eriesh—. Hasta el soldado humano más simple sabe que un Elfo de la Noche



es un oponente letal.

—Pues van a explicar nada menos que una verdad —dijo Eyrien—. Como ya me atraparon por primera vez. Por esto —se apartó los sedosos cabellos azules del cuello para mostrar las marcas del ataque del vampiro—. Y esto...

Murmuró algo y se pasó una mano frente al rostro. Cuando la apartó estaba más pálida y con los labios de un color azul más tenue, lo que le daba el aspecto de estar débil. River sintió un escalofrío y Killian se llevó una mano a la nuca con aspecto nervioso; ambos recordaban demasiado bien aquel aspecto, cuando Eyrien había estado cerca de morir en sus brazos después del ataque de Ashzar en la mansión abandonada.

—Y si añado esto... —añadió Eyrien una última vez.

Volvió a murmurar algo y sus rasgos viraron de color para tomar unos tonos verdes que la hacían parecer una Elfa de los Bosques.

—Capturar a un elfo quersiano sería más probable en esta región —asintió Tirenía.

—Las dos sois unas temerarias —gruñó Freyn—. Eriesh, di algo sensato.

El enano miró expectante al Elfo de las Rocas.

—Tengo que reconocer que es una buena idea —dijo finalmente Eriesh, con gesto grave—. Y necesitamos que Nathaniel nos diga lo que sabe sobre la anulación de las comunicaciones telepáticas a larga distancia. Me parece la única opción de que Eyrien lo vea y por tanto la mejor.

—¿Y no podría salir él diciendo que va a buscar leña? —propuso River en un intento desesperado, mientras sostenía las esposas que Eyrien le había puesto en las manos.

—No seas absurdo —le espetó la elfa—. ¿Acaso crees que los soldados cáusticos permiten que Nathaniel salga de la ciudad? Ellos creen que es de su bando pero aun así lo tienen vigilado —dijo, y siguió impaciente su explicación—. Una vez que estemos dentro de la ciudad, nadie tiene por qué saber que me habéis soltado. Para cuando alguien vuelva a interesarse por mí, ya podremos estar fuera. No es la primera vez que hacemos algo parecido.

A nadie se le ocurrió un plan mejor. Además, como les dijo Tirenía mientras River y Killian rasgaban y ensuciaban sus ropas para parecer unos asaltantes cualesquiera, Eyrien había pasado por situaciones más arriesgadas en el pasado. Aun así ambos muchachos se pusieron nerviosos cuando Eriesh cerró una pulsera de zafiro, que había creado a partir de una liana, alrededor de la marca de traición de Eyrien porque era imposible de ocultar con magia.

Cuando estuvieron preparados, Eyrien, River y Killian bajaron a pie por la colina tratando de mantenerse ocultos a la vista. Cuando el camino empezó a hacerse llano y pudieron ver las puertas frente a ellos, la Dama de Siarta se detuvo tras un grueso roble y extendió los brazos hacia River. El Mago titubeó; la última vez que había cerrado sus esposas alrededor de las muñecas de Eyrien, casi la había matado y los acontecimientos se habían desbordado hasta llevarlos donde estaban hoy.

—¿Qué pasa, hechicero? —dijo Eyrien—. Ya lo has hecho antes y esta vez yo insisto.

River ordenó a las esposas que se abrieran y las cerró alrededor de sus finas muñecas.

—¿Aprietan? —le preguntó incómodo.

—No, y tendrían que apretar más, River —dijo Eyrien suavemente, dedicándole una mirada

más cálida de lo que acostumbraba—. Vais a tener que tomaros esto en serio. En la guerra cada uno tiene que actuar como lo requiere la situación. Se supone que sois traficantes de feéricos y que esperáis venderme por una interesante suma de dinero —añadió, y River y Killian sonrieron nerviosos—. Pensad que vuestros padres hicieron cosas no menos insólitas por el bien de la Alianza. Tranquilos, lo haréis muy bien. Vosotros podéis mentir, no lo olvidéis.

River cogió la cadena que unía las esposas, les ordenó que se cerraran más fuertemente alrededor de las muñecas de la elfa y por último las alargó para que pareciera que había estado tirando de ella. La miró por última vez, mientras Eyrien se ponía la capucha de la capa.

—No pasa nada —lo tranquilizó Eyrien mentalmente—. Confío en ti, River.

—Espero que esto salga bien.

—Creo que todo irá bien —dijo Eyrien, con aquella desagradable incerteza tan propia de los elfos.

Tras salir del bosquecillo se pusieron a la cola de la gente que trataba de entrar en Selbast, detrás de las últimas carretas cargadas de los pocos vegetales que perdonaba el invierno. Momentos después, antes de sentirse verdaderamente preparados, ya estaban frente a las puertas de Selbast.



—¡Eh, vosotros! —gritó uno de los soldados que guardaba las puertas de la ciudad—. ¡Daos prisa u os quedaréis fuera!

Killian y River aceleraron el paso mientras la figura encapuchada de Eyrien se dejaba arrastrar, en apariencia, contra su voluntad. Nervioso, River se fijó en los soldados con los que tendría que lidiar en sólo unos segundos. Había cuatro soldados que lucían en sus armillas de acero la librea verde y marrón de Selbast, y un Alto humano que vestía completamente de negro acompañado por otros dos Magos que vestían una túnica de un color gris más aguado.

—Los soldados selbastianos son auténticos caballeros que se rigen por un notable código de honor, así que no tendremos que preocuparnos mucho por ellos —les indicó Eyrien telepáticamente mientras se acercaban—. Los Magos son maelvanienses, y el de negro es un Nigromante de alto rango. Ahora que lo veo de cerca, puedo asegurar que es un Rastreador de feéricos.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó River.

—Porque conocí a uno hace un tiempo —fue la sorprendente respuesta de Eyrien—, y me enseñó muchas cosas sobre ellos.

El brujo maelvaniense se mantenía aparte, inmóvil pese a que parecía impaciente como un perro de presa. Le debió de decir algo telepáticamente al jefe de los soldados selbastianos, porque éste le miró y asintió resignado.

—¿Quiénes sois, y qué venís a hacer a Selbast? —les preguntó deteniéndolos y mirando a

River.

El capitán selbastiano era un hombre joven, quizás de la edad de Killian. Era casi igual de alto que el príncipe de Arsilon, y del yelmo coronado con un penacho verdimarrón escapaban unos mechones de cabellos trigueños. Su expresión era suspicaz, aunque noble. Observaba el aspecto infame del príncipe de Arsilon sin ocultar su menosprecio.

—Somos viajeros de los caminos y venimos a hacer negocios con los maelvanienses de la ciudad —dijo River adoptando un acento vulgar.

El soldado los miró de arriba abajo, aunque se apreciaba que su atención estaba puesta en la capa oscura bajo la que se ocultaba Eyrien.

—Es curioso ver a un Alto y un Bajo humano haciendo negocios juntos —dijo el capitán finalmente—. Especialmente en los tiempos en los tiempos que corren.

—También es curioso ver que los maelvanienses controlan las puertas de una ciudad neutral —se le escapó a Killian.

Eyrien le llamó la atención mentalmente pero el príncipe había dado en el clavo. El capitán bajó la mirada al suelo durante un tiempo casi imperceptible, apretando los dientes con rabia.

—¿Y vuestro compañero enmascarado? —dijo al fin.

River alzó la cadena.

—Es nuestro negocio —dijo con una sonrisa que esperaba pareciera páfida.

El selbastiano los miró con tanto desagrado que casi hizo que Killian se sintiera realmente pequeño y miserable. River observaba con furia creciente al Nigromante. El maelvaniense, adivinada ya la naturaleza feérica de Eyrien, la miraba con una mezcla de anhelo y crueldad, y con una impaciencia que hacía que le hirviera la sangre.

—Destápalo —le ordenó el capitán selbastiano a una orden del Nigromante.

Resignado, pues sabía que aquel momento iba a llegar tarde o temprano, River dio un tirón de la capucha para que todos pudieran ver lo que Eyrien parecía en aquel momento: una Elfa de los Bosques con aspecto desamparado. El capitán selbastiano retrocedió unos pasos, horrorizado, pero el Nigromante avanzó.

—¿Y me pueden decir este rastreador Bajo humano y este Mago de poca monta cómo han cazado ellos solos a una Elfa de los Bosques? —preguntó con una malevolencia que a Killian le puso los pelos de punta.

—Por pura suerte —contestó River.

Se acercó a Eyrien y le apartó los cabellos verdes del cuello para mostrar las heridas de los colmillos del vampiro. El Rastreador maelvaniense silbó, asombrado y satisfecho.

—Vaya una mala suerte que has tenido, ¿verdad, preciosa? Y haberte encontrado con estos dos despojos humanos era ya el colmo de tus problemas —dijo riéndose secamente—. Venga, podéis entrar a venderla; estoy seguro de que alguien pagará muy bien por ella. Incluso yo mismo daría todos mis tesoros por quedármela. ¿Cuánto pides, compañero?

River se dio cuenta de que se refería a él. Notaba que sus ojos estaban a punto de fulgurar de rabia y se obligó a contenerse.

—Más de lo que tú puedes ofrecerme, seguro —le espetó.

El Nigromante le rió la chanza y les indicó que debían dejar las espadas en la garita de los guardias. Admirado, observó la espada vampírica que River dejaba en aquel momento en manos de un soldado.

—No sé qué tipo de Mago serás, pero eres un buen ladrón.

El Nigromante rió su propia gracia, mientras el capitán selbastiano observaba con el ceño fruncido la notable espada arsiloniana de Killian. Si veía en ella algo extraño no lo dijo. Pero cuando el príncipe se proponía dejar atrás las puertas, el Nigromante puso su atención en él y su expresión se tornó glacial mientras le indicaba que se detuviera.

—Amordaza a la elfa —le ordenó.

—Pero si está débil. Ni siquiera ha abierto la boca desde que la hemos encontrado —respondió Killian—. El vampiro la ha dejado exhausta y no puede ni arrastrarse detrás de nosotros.

—Los elfos se recuperan rápido, estúpido. En cuanto menos te lo esperes te liquida con un susurro —dijo el maelvaniense—. Amordázala, o no entras. O mejor ya lo hacemos nosotros. Y ni se te ocurra tocar el nudo o te busco y te aniquilo yo mismo en persona. ¡Aston!

River y Killian se angustiaron. Con las esposas feéricas y los labios sellados, convertirían a Eyrien en una auténtica prisionera desarmada. Sin duda para tranquilizarlos, Eyrien les explicó mentalmente que aquel Aston tenía que ser el hombre del que les había hablado el mensajero de Nathaniel: el capitán que estaba al borde de la insurrección. Y no parecía muy contento con su trabajo. El capitán selbastiano sacó un pañuelo immaculado del interior de su jubón y amordazó con delicadeza a Eyrien, sin mirarla a la cara; le temblaban las manos.

—¡Más fuerte, mentecato! —le espetó el Nigromante—. ¿O acaso crees que ella sería tan delicada contigo, Aston?

El soldado apretó los labios a la vez que el lazo y dedicó a la elfa una mirada acongojada antes de apartarse. Incapaz de ver cómo se la llevaban, Aston permaneció con la vista fija en el suelo. No se dio cuenta de que el Rastreador de feéricos salía corriendo hacia la ciudad por una de las calles laterales.

## Las puertas de Selbast se cierran

Las gentes de la ciudad neutral de Selbast tenían el lema de que lo más importante era la propia supervivencia. Su territorio lindaba por el Noreste y el Este con los elfos de Quersia y Greisan, por el Noroeste con las tierras salvajes de Amazonia y por el Oeste con el mar, donde cuando hacía buen tiempo podían ver, sombría y peligrosa, la isla de Hidria. Su ciudad tan sólo se abría a las tierras «humanas» por el Sur, y allí era donde los selbastianos ponían siempre anhelantes su mirada. Porque la vida entre las murallas se había vuelto más ardua que nunca, y muchos deseaban escapar.

Nadie recordaba ya por qué en Selbast se consideraba a los elfos más peligrosos que en el resto de poblaciones humanas. Algo había sucedido en un pasado lejano, alguna anécdota sombría y quizás sin importancia, que se había mantenido aferrada a la memoria de la población como un constipado mal curado. Poco había ayudado que hacía más o menos cincuenta años, una elfa hubiese asesinado a un miembro de su comunidad sin explicación ninguna. Selbast, decidida a mantenerse neutral en los conflictos entre los ambiciosos Reinos cáusticos de Maelvania y la Alianza con su extraña amistad con los feéricos, no había tomado parte. Preocupada tan sólo por sobrevivir, Selbast no se había dado cuenta de que poco a poco, por un miedo corrosivo y demagógico alimentado con paciencia y tesón, se había vuelto vulnerable a las tretas de Esigion de Maelvania. Siendo la ciudad humana más cercana al Estrecho del Abismo, distanciada voluntariamente de la Triple Alianza, había sido el primer objetivo del oscuro gobernador en su estrategia para colonizar su nuevo mundo. Pese a la resistencia de la honorable milicia de la ciudad promovida por el capitán Aston, pese a la oposición de algunos de los habitantes, parecía que al fin la Neutral Selbast había claudicado.



—Esperad a que estemos sumidos entre el gentío para liberarme —dijo Eyrien telepáticamente cuando abandonaron las puertas—. Es posible que nos vigilen un rato.

Avanzaron un poco a través de las calles adoquinadas de la ciudad neutral, mientras Killian se compadecía en voz baja de la suerte de los soldados selbastianos. Él no necesitaba ser empático como un elfo para comprenderlos, pues los entendía como guerrero. Nadie que tuviera un mínimo de decoro podría aguantar mucho en aquella situación. Era una lástima, aquel Aston podría haber sido un buen guerrero para la Alianza. Killian no se daba cuenta pero empezaba a pensar como el general de un ejército. River, sin embargo, seguía tratando de dominar la furia que le había provocado el Nigromante.

—No sé cómo lo soportas —le dijo a Eyrien mentalmente.

—No me queda más remedio si no quiero llamar la atención; siempre intentan provocarnos.

¿Y acaso crees que es el primer humano que me mira de esa forma?

«No, claro», se dijo River aún más furioso. De pronto se daba cuenta de las muchas veces que Eyrien habría atraído la atención de los indeseables. Sólo tenía que recordar cómo la había tratado el asesino de Gevinen antes de caer fulminado por el hechizo de la elfa. Quiso decirle a Eyrien que él jamás permitiría que la trataran de esa manera, pero se dio cuenta de que la Dama de Siarta permanecía de pronto demasiado callada y alerta. No habían avanzado mucho cuando una docena de soldados maelvanienses se detuvo ante ellos. Frente a la patrulla venía un joven Alto humano, ataviado con una túnica de colores vivos y delicados brocados; tenía los ojos azules y acuosos y el cabello oscuro como el ébano, y su mirada era afectada y algo vil. Killian y River reconocieron en él a un cortesano; habían conocido a algunos de aquellos nobles amantes de los lujos que disfrutaban poniéndose a la sombra de los más poderosos en Arsilon. El joven los miró de arriba abajo antes de sonreír.

—Vosotros, pillos, sois los que habéis capturado a la elfa —dijo con una voz aguda parecida a la del maestro de ceremonias de Arsilon, y fuerte acento maelvaniense—. Mi señor, el embajador selbastiano del buen reino Maelvania, está interesado en comprárosla. ¿Cuánto pedís?

River pensó que su situación empezaba a empeorar por momentos.

—Antes... tenemos que pensar a quién queremos vendérsela —dijo Killian—; no voy a hacer negocios con el primer postor que venga a ofrecernos una mísera suma de oro.

—Bien, entonces dime cuál es el precio máximo que estás dispuesto a pedir —dijo el maelvaniense extendiendo su sonrisa afectada—. Nos da igual. Mi amo es generoso y se ha encaprichado de vuestra mercancía. Se os dará exactamente lo que pidáis —dijo el joven sonriendo aún—. Mi señor está deseando verla con sus propios ojos. Estos guardias os llevarán con el tesorero, allí podréis esquilmarlo cuanto queráis.

River se puso en guardia y Killian se llevó discretamente una mano al cinto vacío.

—Ni se os ocurra, temerarios —dijo Eyrien en sus mentes—. Ni siquiera conserváis vuestras armas. Idos con los soldados y aceptad el dinero, yo encontraré sola a Nathaniel.

River tenía que reconocer que Eyrien tenía razón. Era muy capaz de cuidarse a sí misma y ellos no se podían permitir delatarse en una ciudad llena de enemigos y Nigromantes. La vida del príncipe de Arsilon podía correr peligro si se dejaban llevar por el pánico. Así que se limitó a esconder la tensión que lo embargaba mientras el cortesano de Maelvania se acercaba a Eyrien, y le levantaba las amplias mangas de la capa para dejar al descubierto las esposas feéricas.

—Supongo que se las robaste a ella —dijo el joven mirando a River—. Pero seré generoso y dejaré que te las lleves. ¡Quítaselas! Tengo las mías propias.

Le puso a Eyrien unos pesados grilletes de hierro y River tiró de la cadena para que sus propias esposas se soltaran. La miró, tratando de no reflejar sus verdaderas emociones.

—Ten cuidado —le dijo mentalmente—. Si te vuelve a pasar algo, no me lo perdonaré jamás.

—Tranquilo, he estado en situaciones peores —le respondió ella—. Tú preocúpate de ti y de Killian, parece capaz de provocar un levantamiento armado.

Tenía razón, Killian estaba tenso y apretaba los puños cerrados. Impotentes, fueron reconducidos a la muralla por un grupo de soldados. Junto a la garita de los guardias les esperaba

un hombre grueso con los dedos manchados de tinta, cargado con un pequeño talego de oro; era el tesorero, y parecía evidente que ya había estipulado el precio de la elfa sin consultárselo. Cuando el hombre puso el saco en manos de River sin decir palabra, fueron llevados de nuevo a la puerta de la ciudad. Y los echaron fuera. Aston, el capitán selbastiano, les dedicó una última mirada feroz.

—Os han estafado, y os lo merecéis. Rogaré a los dioses que algún Cazador os haga pagar por vuestras maldades —les dijo en un susurro, para que no le oyeran los maelvanienses—. Si a esa elfa le pasa algo grave, juro por mi honor de caballero que yo mismo os buscaré para despedazaros y ofrecerlos a los chupasangres.

Después gruñó unas indicaciones en voz alta y unos instantes después, las puertas de Selbast se habían cerrado dejando a River y a Killian en el exterior. Y desarmados por añadidura, las espadas habían quedado en el interior de la ciudad. Pasaron unos minutos allí, observando aturridos e impotentes las altas murallas de piedra. Mientras regresaban con los demás colina arriba, Killian se fue poniendo pálido hasta que se detuvo en seco.

—Espero que Eyrien pueda apañárselas sola, no me gusta dejarla ahí dentro.

—Seguro que puede —dijo River, aunque a su mente volvía la imagen de la Dama de Siarta muriendo en sus brazos mientras él la miraba acongojado.



Mientras River y Killian recibían una bolsa de oro que no necesitaban y que cambiarían por tenerla de nuevo a su lado, Eyrien era conducida hacia la zona residencial de la urbe a través de una amplia avenida adoquinada. Al cabo de diez minutos, supuso que los chicos ya estarían fuera de la ciudad. Ahora podía preocuparse sólo de sí misma, y lo primero que tenía que hacer era deshacerse de aquella indeseada compañía. Había algo en el cortesano que no le gustaba, aunque no sabía decir qué. No quería acompañarlos ni un minuto más, los dejaría inconscientes el tiempo suficiente para hablar con Nathaniel y salir rápidamente de la ciudad.

Se ensombreció bajo la capa, contando con que los grilletes harían lo mismo. Pero éstos no sólo no se oscurecieron, sino que brillaron con un fulgor metálico y frío, delator. El joven cortesano maelvaniense se giró al notarlo y sonrió, pero su sonrisa ya no era afectada y presumida sino sarcástica. Si se había sorprendido por el hecho de que su supuesta prisionera de los bosques hubiese tratado de ensombrecerse, no lo demostró; más al contrario, parecía haber esperado algo parecido y se rió por lo bajo. Sin poder usar las manos ni la magia, Eyrien se sentía más vulnerable de lo que le gustaba en aquella situación. Para tranquilizarse, se dijo que en caso de presentarse problemas graves, su llamada telepática podría salvar las murallas y llegar hasta el cercano campamento de la colina. A aquella distancia tan escasa tenía que funcionar. De pronto el cortesano se giró hacia ella, rebuscando algo en sus escarcelas. Eyrien ya no tenía duda de que era otro Nigromante.

—Se me olvidaba —dijo con una dureza poco acorde con su edad—. Tengo un primer regalo para ti de tu futuro anfitrión, elfa. Considéralo un obsequio de bienvenida a Maelvania.

Alzó entonces un colgante de oro con la forma de un reloj de arena. Este minúsculo símbolo era el emblema del reino de Maelvania, y representaba el triunfo de la estirpe de Esigion sobre el desierto y los reinos de Suria. A Eyrien siempre le había parecido una frivolidad que los Esigion se regodearan de su triunfo sobre el desierto, cuando sus intentos de conquistar el Continente Norte respondían al hecho de que la Llanura Áurea amenazaba con reducir y sepultar su imperio.

—Supongo que reconoces esto —le dijo el maelvaniense mostrándole el cordón plateado del que colgaba el pequeño reloj.

Eyrien lo reconoció. El hilo del collar estaba hecho de un filamento llamado colmillo de hidra, tan afilado y resistente que si intentaba arrancárselo de un tirón acabaría cortándose la cabeza. Miró fijamente el colgante que el joven iba a ponerle al cuello, tratando de adivinar cuál sería la finalidad de aquel supuesto obsequio. El reloj de arena parecía inofensivo, pero sus pocillos eran opacos; era imposible saber lo que había en su interior, y Eyrien no creía que fuera la simple arena dorada de la Llanura Áurea. En un mundo donde había miles de sustancias nocivas y mágicas, eso podía suponer un grave peligro. Trató de zafarse cuando el joven se le acercó. Dos de los soldados la sujetaron por los brazos mientras el Nigromante le colgaba el reloj por encima de la capa. Eyrien se sintió repentinamente dispersa, como si hubiese hecho un fuerte esfuerzo mental, aunque quiso creer que estaba siendo demasiado desconfiada y aquella sensación de mareo era solamente producto de su recelo.

Poco después llegaron a una plazoleta poco iluminada y desierta, rodeada de árboles y bancos de piedra, y cuyo suelo era de gravilla. Se detuvieron bajo la luz de un farol. No tuvieron que aguardar mucho, antes de que ocho personas se acercaran desde el otro lado de la plaza. Eyrien decidió que era ya un buen momento para pedir ayuda a los que esperaban fuera; los ocho recién llegados lucían la túnica recta y negra de los Nigromantes de Maelvania. Se concentró rápidamente para comunicarse con Eriesh y Tirenia, pero no lo consiguió. Era incapaz de extender su mente más allá de unos pocos metros, y se notó débil por el esfuerzo. Angustiada, temió que se debiera al colgante maelvaniense que sentía sobre su pecho. Cuando los Nigromantes llegaron frente a ellos, Eyrien ya se había dado cuenta de que estaba en peligro real.



Ocho eran los Altos humanos de Maelvania que se erguían frente a ella, aunque uno solo lucía el ribete dorado que lo señalaba como Maestro Nigromante. Ese brujo era el verdadero peligro para Eyrien. Era un hombre maduro, de mediana estatura y con el poco cabello canoso que le quedaba rasurado muy corto, lo que le daba el aspecto de un clérigo Bajo humano. Pero los ojos azules de mirada pétrea advertían de la poca bondad que había en aquel hombre, que sin duda había dedicado toda su vida a aprender lo que la magia Vodun podía aportarle a su maldad. El hombre le



dedicó una sonrisa torcida, pese a que no podía ver nada bajo su amplia capucha.

—Aquí la tenéis, Maestro Elazar —dijo el cortesano—. Os la he traído intacta, como me habéis ordenado. Ni siquiera la he mirado.

—Y has hecho bien, mi joven Marzac. La paciencia y la continencia son virtudes importantes para la supervivencia —dijo el Maestro de los Nigromantes, cogiendo la cadena de los grilletes de Eyrien—. No por otra cosa eres, de todos, mi preferido. Creo que pronto ganarás tu ribete dorado y quién sabe a dónde podrás llegar si eres bastante ambicioso. Cuando yo ya no esté, alguien tendrá que ocupar mi lugar junto al futuro Esigion de Maelvania.

El resto de los acólitos se removieron, celosos. Esto no sorprendió a Eyrien, quien se había dedicado a estudiar muchos años las costumbres de los Nigromantes entre los antiguos volúmenes de la biblioteca de Siarta que se habían salvado del incendio. Eso sin contar con la información de primera mano que le proporcionara Jayden, el Rastreador de feéricos que llegó a ser su amigo durante un tiempo, aunque se tratara de un triste recuerdo. Sabía que en los Centros Vodun se ensalzaba la envidia y el egoísmo, porque favorecían al envilecimiento y la brutalidad que tan bien identificaba a los miembros activos de los Reinos de Maelvania. Mientras Marzac se quitaba la túnica de colores para quedarse con la negra de Nigromante que llevaba debajo, el Maestro se giró hacia Eyrien.

—Aquí tenemos a la feérica que estábamos buscando —dijo antes de girarse nuevamente hacia sus seguidores—. ¿Queréis verla? Así podréis saber al fin lo que es una Élfica de Nórdica.

Aunque asustada, Eyrien no pensaba darle aquel placer. Permaneció ensombrecida mientras el brujo le arrancaba la capucha de un tirón. Algunos de los acólitos, que habían esperado expectantes, se rieron nerviosos al ver sólo una sombra donde hubiera tenido que estar el rostro de la elfa. También el Maestro Nigromante sonrió, enseñando los dientes como un depredador.

—Esto es lo que pasa con los elfos lunáticos —dijo cuando acalló a sus sirvientes—. Pero mejor para vosotros, así podréis ver cómo se le inculca educación y obediencia a un feérico.

Levantó las manos y tanteó buscando las sienas de Eyrien con los dedos, mientras ella permanecía quieta y desafiante, sin dejarse intimidar; la sensación de peligro había dejado paso a la ira y no iba a mostrar debilidad alguna. Cuando el Nigromante hubo puesto los dedos en la posición correcta, murmuró algo tan bajo que ni siquiera los finos oídos élficos de Eyrien pudieron entenderlo, pero sintió sus consecuencias. Allí donde el Nigromante había puesto los dedos empezó un dolor punzante que se extendió desde las sienas por toda su cabeza, como si estuvieran agujijoneándole la mente con un hierro candente. Era un dolor intenso, atormentador como pocos de los que la Elfa de la Noche había sentido antes. Pero seguía sin estar dispuesta a dejarse vencer por el Nigromante, y resistió, aplicando toda su fortaleza en aquel duelo de voluntades.

—¿Te gusta sufrir? —dijo complacido el Nigromante—. A mí también me gusta que sufras, elfa.

Los acólitos observaban fijamente la escena. Cualquiera de ellos hubiera dado puñados de oro por ponerse en el lugar de su maestro y causar aquel sufrimiento a la elfa que tenían delante. Ya no parecía tan poderosa, el peligro que representaba palidecía bajo las hábiles manos del Maestro

Elazar; poco importaba que si la elfa estaba a su merced, era sólo porque ella se había dejado despojar de todas sus armas. Todos se imaginaban a sí mismos siendo dueños y señores de aquel ser al que odiaban tanto como envidiaban y deseaban.

Cinco largos minutos después, Eyrien empezaba a temer que su cuerpo y su mente sucumbieran a la tortura. Su visión se fue volviendo borrosa, sus piernas empezaron a flaquear y tuvo que separar los labios y dejar surgir el gemido de angustia que se agolpaba en su garganta. Aun así no estaba dispuesta a ceder; seguramente aquello no era nada comparado con lo que podrían hacerle después si sobrevivía. El Nigromante, no obstante, empezaba a preocuparse también. Sentía temblar el cuerpo de la elfa entre sus manos y no tenía orden de causarle daños irreparables.

—¿Va a morir, Maestro Elazar? —preguntó Marzac, disfrutando de la escena.

—A morir no. Pero Esigion el Gran Maestro, tampoco querrá que me adelante a él y se la lleve ya lastimada —reconoció el Nigromante—. Él querrá domar con sus propias manos el espíritu insolente de esta elfa. ¡Maldita! Optaremos por el segundo medio de coacción —dijo recuperando la serenidad—. Es mucho más burdo y menos elegante, pero servirá de todas formas.

Quitó las manos de las sienes de Eyrien y tomando impulso, le dio un revés tan fuerte en el pómulo con el dorso de la mano que la lanzó al suelo. Eyrien, que había perdido su forma sombría por la debilidad y el golpe, notó un pequeño corte en su mejilla mientras intentaba recuperarse del aturdimiento y del dolor que aún palpitaba en su mente. El sello de oro que el Nigromante lucía en el dedo índice le había causado un arañazo poco profundo. Se lo limpió con el dorso de la mano, sin preocuparse de que la sangre brotara de nuevo. Se preguntaba hasta qué punto todo aquello había sido una trampa. Y sobre todo, se preguntaba hasta qué punto sabía Esigion de Maelvania quién era la elfa a la que había logrado atrapar.

A su alrededor, los jóvenes Nigromantes habían empezado a cuchichear entre ellos. Pocos habían visto alguna vez a un feérico, pero tener a sus pies a un Elfo de la Noche indefenso era algo que no habían imaginado ni en sus mejores sueños. La atracción, los celos y el deseo de dar rienda suelta a su crueldad los embotaban en un mar de emociones que casi no sabían controlar. El Maestro chasqueó la lengua y cogiéndola de un brazo, obligó a Eyrien a levantarse de un tirón.

—Pues ésta es una Lunática, ya veis —dijo el Nigromante a sus extasiados seguidores, cogiéndola de la barbilla con fuerza para alzar su rostro a la vista de todos—. Una muy joven, además. Y muy bella, ¿verdad? Sí, muy hermosa. El tipo de ser que a un Nigromante le hace pensar que quizás interesarse por algún otro ser vivo puede valer la pena. Ése es uno de los mayores peligros de los feéricos. Están hechos para tentarnos con la debilidad, para mantenernos sumisos, y por eso los tenemos que eliminar. Recordad cuál es el destino de los traidores que se pasan al otro bando; pensad en el traidor Jayden, nuestro mejor Rastreador, que se dejó embaucar por unas elfas. Disfruté entregándolo a las garras de aquel gul.

Mientras los acólitos se reían del cruel destino de un camarada, Eyrien recordaba perfectamente a Jayden. Él no lo sabía, pero Eyrien era una de las elfas que mencionaba Elazar. Ella e Ynia de la Casa del Mar habían hecho de Jayden su prisionero y su aliado después, en un encuentro inesperado durante su escapada hacía ya años. Y ahora estaba muerto.

—Así que no olvidéis que la beldad es una tentación peligrosa y traicionera, especialmente en una elfa —siguió diciendo el Nigromante mirando a Eyrien a los ojos, con una sonrisa perversa—. Porque una feérica como ésta tiene otro peligro, y es su letalidad. Es poderosa, oh, sí, mucho. Más que yo y que todos nosotros juntos —aquí los acólitos dejaron de reírse, no les gustaba que pusieran en tela de juicio su superioridad—. ¡Miradla! Con esos ojos azules llenos de furor, me está diciendo: ¡quiero verte muerto y como se te ocurra cometer un solo error, vas a suplicar que te mate rápido! Y luego dicen que son pacíficos, estos feéricos.

Los acólitos se rieron de nuevo con desprecio, satisfechos de poder burlarse de la elfa.

—Al Gran Maestro le va a gustar —dijo Marzac.

—No sabes hasta qué punto, mi joven pupilo. ¿Quieres saber quién es esta elfa a la que has traído contigo, a la que has rozado para colgarle eso del cuello?

—Sí, Maestro Elazar. Deseo saberlo.

—Pues es nada menos que el tesoro de los elfos —dijo el Nigromante, volviendo a coger a Eyrien de la barbilla, mientras ella se sentía palidecer—. La Dama de los Lunáticos, el arma de los Sabios, la joya de la Alianza. Os presento a Eyrien de Siarta, tercera hija del Lunático Subinion, Señor de los Elfos. Y ahora, mis fieles muchachos, está en nuestro poder.

Los acólitos la observaron en un silencio intenso, largo, y luego se pusieron a hablar excitados entre ellos; habían ayudado a capturar nada menos que a Eyrien de Siarta. Aquella elfa a la que no conocían pero de la que habían oído hablar prácticamente desde su nacimiento, era uno de sus más poderosos y ansiados enemigos. Esigion de Maelvania estaría más satisfecho que nunca. Mientras sus pupilos hablaban, el Maestro le dio un tirón a Eyrien para encararla con él.

—¿Atónita, elfa? —le dijo con voz sibilina—. Siempre te has escurrido de nuestras manos, pero no esta vez. Oh, sí, nos ha costado muchos esfuerzos hacerte caer en la trampa —dijo, y le acarició una mejilla; Eyrien se echó hacia atrás para liberarse de aquel contacto—. A Esigion vas a gustarle mucho. Ah, el temor empieza a brillar en tus ojos. Ya no te sientes tan poderosa, ¿verdad? Y, ¡ay!, te sientes traicionada por Nathaniel. Pobre Ideólogo; qué iba a hacer él si temía por su preciosísima hijita, ¿no crees? Es así de fácil. En el fondo, los feéricos sois como lindos cervatillos si se sabe cómo atraparos.

La furia y la impotencia crecieron en su mente aún atormentada por el dolor. Eyrien quiso decirle que si lograba liberarse no descansaría hasta matarle. Había caído en la trampa, y hubiese vuelto a hacerlo aunque conociese el riesgo; tal era la obligación moral de los elfos, si otros más débiles estaban implicados. Pero ahora no podía preocuparse por el destino de Nathaniel, debía preocuparse por el suyo propio porque amenazaba a toda la Alianza. Si Esigion de Maelvania decidía usarla de moneda de cambio, ¿qué estarían dispuestos a dar sus aliados para recuperarla? ¿Qué darían sus familiares y amigos, el ahora poderoso y peligroso River, para salvarla a ella? Quizás incluso su propia alma, quizás el desenlace de la guerra. Quizás vendería al resto de los elfos, desencadenando así la Profecía.

—¿Qué se siente siendo tan indefensa como una vulgar Baja humana? —le dijo Elazar tras dejarla unos momentos a solas con sus sombríos pensamientos—. Soy un Alto humano, mucho menos poderoso que tú, pero soy bueno manipulando a la gente, ¿no es así, Dama de los

Lunáticos? —dijo con burla—. No sirve de nada ser poderoso si no usas ese poder, elfa. Esigion te enseñará eso, y si eres lista lo aprenderás. ¡Marzac!

Cuando el Nigromante dejó de agarrarla fuertemente del brazo, Eyrien luchó por mantenerse en pie. Necesitaba liberar sus manos o sus labios para tener algún arma que utilizar. Escuchó cómo el maestro daba órdenes a sus acólitos. Envío a Marzac a reunirse prestamente con Esigion de Maelvania y ordenó a once de sus acompañantes que la llevaran a la morada que habían hecho suya en la ciudad. Él y los demás discípulos se asegurarían de que, al enterarse de lo ocurrido, al capitán Aston no le diera uno de sus arranques de honor y tratara de liberarla.

—Y recordad, Farsey, que si a alguno se le ocurre ponerle un solo dedo encima —les dijo Elazar a los Nigromantes que se llevaban a Eyrien—, me enteraré y sabréis lo que es sufrir como ha sufrido ella.

Asintiendo, el interpelado se acercó a Eyrien y tras observarla un último instante, agarró la capucha y volvió a cubrirle el rostro sin rozarla siquiera. Cogió las cadenas que unían los grilletes y tiró de ellas para obligarla a caminar, mientras los demás custodios la rodeaban.



—Vosotros dos, encabezad la marcha a diez metros por delante —les indicó Farsey, el que llevaba las cadenas, a dos de sus compañeros—. Y vosotros dos, diez metros por detrás. Ya sabéis lo que pasaría si la perdiéramos.

La respuesta del grupo de Nigromantes fue un silencio tenso. Ninguno tenía dudas de cuál sería su final si perdían al mejor trofeo de cuantos podría haber obtenido el reino de Maelvania.

—Andando —dijo el Nigromante, cuando sus cuatro compañeros hubieron obedecido.

—Mira, ni siquiera puede tenerse en pie —dijo al cabo de un rato uno de los siete acólitos que marchaba junto a Eyrien, riéndose.

—Cuidado con subestimarla... —dijo el que llevaba las cadenas de Eyrien, girándose—. ¿Dónde está el grupo de retaguardia?

Parecía que los dos Magos Vodun se habían perdido de vista, pero a Eyrien no le importó. Saber que podría intentar una escapada por detrás le dio renovadas fuerzas. Mientras los Nigromantes que la vigilaban miraban hacia el fondo del callejón buscando a los dos compañeros que debían ocuparse de guardarles las espaldas, ella inspiró fuerte y sujetó con fuerza las cadenas que la inmovilizaban. Con un movimiento brusco y repentino, a una velocidad que los humanos no podían haber imaginado siquiera, Eyrien lanzó las largas cadenas contra el rostro del Nigromante de su derecha. Antes siquiera de que el otro pudiera gritar al notarse la nariz rota, Eyrien alzó la pierna y le dio una patada en la garganta que le partió la nuez.

Sintió que una descarga de electricidad le invadía el cuerpo, haciéndola caer. Si hubiese podido contrarrestar el hechizo podría haberlo neutralizado, e incluso podría haberse mantenido en pie de haber estado menos débil, pero en aquel momento lo único que pudo hacer fue respirar

hondo contra la mordaza para mantener el flujo de aire hacia los pulmones. Noto cómo la agarraba del sedoso cabello para obligarla a alzar la cara, y se encontró con la mirada gélida y furiosa de Farsey, que ahora sujetaba las cadenas enrolladas en su mano. La ira hacía que al Nigromante le temblara la comisura de la boca; Eyrien estaba segura de que él la hubiera matado, de no haber tenido órdenes estrictas de conservarla sana y salva para su amo.

—Cuando el Maestro se entere de esto —le susurró el maelvaniense—, descubrirás que la delicadeza de antes no es nada comparada con el castigo que te impondrá luego. ¡Vamos! Os dije que tuvierais cuidado con esta bruja.

—¿Qué hacemos con éste? —dijo otro de los Nigromantes, pateando el cuerpo del compañero al que Eyrien había dejado tirado en el suelo.

—Dejadlo ahí, se lo merece por idiota. Tú —señaló a uno de sus compañeros—. Atrás.

Reanudaron la marcha más rápido que antes. Todos caminaban algo más separados de ella ahora, por si acaso. Ya sólo eran seis los Nigromantes que rodeaban a Eyrien, y por lo que parecía a tenor de las miradas tensas que dirigían a sus espaldas, los dos de retaguardia no habían regresado ni respondían a las llamadas telepáticas. Caminaron en silencio a través de otra calle oscura, perdiendo de vista en la creciente oscuridad de las zonas menos iluminadas a los dos Nigromantes que encabezaban la marcha. Cinco minutos después, Farsey se detenía de nuevo al frente.

—¿Por qué no responden, maldita sea? —dijo andando de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó el Nigromante que se hallaba a la izquierda de Eyrien.

—Esos idiotas no me resp... —dijo el jefe, girándose hacia ellos—. ¿Dónde está ese imbécil?

Eyrien aprovechó el nuevo descanso para respirar hondo y aliviar un poco el dolor y la pesadez en que la había sumido el conjuro Vodun del Nigromante. Sólo entonces prestó atención a los Nigromantes, pues el que tenía que vigilar su espalda ya no estaba. Los otros cinco acólitos se preguntaban dónde estaba su compañero. El castigo por deserción podía implicar varios grados de dolor e incluso una muerte tan desagradable como la de Jayden, que había sido ofrecido a un gul. Aun así, y por extraño que fuera, el acólito que se había quedado más retrasado vigilando la retaguardia había desaparecido sin dejar rastro mientras avanzaban.

—Sigamos —dijo Farsey—. Informaremos al Maestro. Si ha huido como un cobarde, se va a enterar el muy cretino.

Siguieron avanzando, aunque ahora los Nigromantes lo hacían en silencio y mirando de vez en cuando a su alrededor; los dos a los que se asignó esta vez la posición de retaguardia, caminaron más juntos y más cerca de ellos. Eyrien intentaba pensar en la forma de huir de aquella situación. Si tenía algún amigo oculto que la estaba ayudando, algún aliado inesperado, tenía que aprovechar la oportunidad para escapar. Pero sabía que un nuevo tirón de las cadenas tan sólo serviría para sucumbir otra vez a la tortura.

Diez minutos después se hallaban inmersos en las calles más céntricas y tortuosas de Selbast, que a aquellas horas del anochecer estaban ya desiertas. Los pocos selbastianos con los que se

cruzaban, temerosos de provocar la cólera de los Nigromantes de Maelvania, no se atrevían a levantar la mirada abiertamente hacia ellos. Quizás lamentarían la suerte del prisionero al ver el brillo de las cadenas, quizás sintieran impotencia y rabia, pero lo más seguro es que tan sólo agradecerían que los grilletes no fueran para ellos. Las farolas, que proveían de luz a aquella noche fría y nublada, dejaban grandes islas de sombría oscuridad entre los retazos iluminados; los muros de los edificios que los flanqueaban estaban sumidos en las sombras.

—¡Por el Gran Maestro! —exclamó de pronto uno de los acólitos.

El que había gritado miraba hacia atrás descubriendo que ahora tan sólo eran tres compañeros. Parecía que la posición de la retaguardia estaba gafada, y ya nadie pensaba que los de retaguardia se hubiesen esfumado por su propia voluntad. Los Nigromantes empezaban a ponerse nerviosos, y Eyrien pudo sentir la magia oscura bullendo rabiosa en el interior de todos ellos. El que llevaba las cadenas le dio un tirón que casi la hizo volver a caer al suelo, y la agarró por el cuello encapuchado.

—Por tu bien será mejor que no hayas pedido ayuda a nadie —le dijo en un susurro rabioso.

—La Lunática no ha podido pedir ayuda —dijo otro, señalando el colgante de su cuello—. Su capacidad telepática no debe llegar más allá de los cinco metros.

—Ryckon —dijo Farsey dirigiéndose al tercero de sus compañeros—. Tú eres aprendiz de Rastreador de feéricos, ¿sientes algún otro elfo cerca?

—No —dijo Ryckon husmeando el aire—. No siento a nadie; absolutamente nada.

—¡Ponte en la retaguardia!

El aprendiz de Rastreador rezongó, pues no deseaba ocupar el puesto maldito, pero no iba a arriesgarse a sufrir las consecuencias del castigo de su maestro. Eyrien ni siquiera se fijó en él cuando el joven pasó por su lado y olió hacia ella con una mirada lasciva. «Nada», repitió la Dama de Siarta para sus adentros, y sintió un estremecimiento. Quiso equivocarse, deseó que por una vez sus presentimientos fueran erróneos. Intuía quién podía ser aquel que los seguía, que los acechaba y los hacía desaparecer, y que no era perceptible para los que no lo veían, ni siquiera para el Rastreador: Ashzar.



De pronto, mientras volvían a avanzar más rápido que antes, la idea de Kenion de haberse quedado en casa no parecía tan mala y Eyrien se imaginaba paseando por los bosques de Siarta, enseñándole a River cómo la nieve inmaculada cubría pinos y abetos mientras las huellas de los lobos creaban sinuosos senderos sobre la hierba helada. No pudo evitar un escalofrío, ni siquiera se preocupó de que en sus pensamientos al pensar en el hogar se hubiese inmiscuido el Mago. Si era verdad que el vampiro los seguía, estaba perdida. Se preguntó cómo podría haberla encontrado Ashzar. Aunque estuviese en la ciudad, ésta era grande y demasiado poblada como para haber podido sentir su sangre feérica sin más.

Entonces, estremecida, se acordó de que su sangre no estaba sólo en sus venas sino también sobre la piel de su rostro, allí donde la había herido el anillo del Nigromante. Las pocas gotas de sangre que habían brotado del arañazo habían diseminado su olor con la brisa nocturna hasta llegar al fino olfato del cazador. Y él, sin duda, reconocería esa atrayente fragancia en cualquier parte.

Mientras Eyrien llegaba a estas conclusiones, tensa y alerta, un movimiento entre las sombras a su derecha la hizo volver a la realidad. Los Nigromantes no se dieron cuenta, pero un brillo rojo delató por un instante la presencia de unos ojos grandes y brillantes, ávidos, en la oscuridad de la calle desierta. Eyrien, sintiéndose desfallecer, recordó claramente aquella mirada. La había visto a menudo en sus pesadillas y en otros sueños que prefería no recordar. Sabía que tenía que deshacerse de los Nigromantes y desaparecer. «¿Pero huir a dónde?», se preguntó angustiada, sintiéndose tan acorralada en Selbast como en el parapeto de Senstrist. Desesperada, dispuesta a mantenerse tan lejos del vampiro como le fuera posible, trató de limpiarse la sangre de la cara.

Al advertir que su prisionera movía las manos hacia arriba, Farsey, que la llevaba casi a rastras, le dio un tirón que la hizo caer de rodillas. Se giró a mirarla, creyendo que trataba de escapar, pero enseguida se fijó en que ya sólo le quedaba un compañero, que miraba atónito y asustado a su alrededor buscando a Ryckon. Farsey fijó entonces una mirada furiosa en Eyrien, y le dio un golpe en la cara que le reabrió la herida del pómulo. «¡No!», pensó Eyrien sintiendo el nuevo hilo de sangre. Se concentró para salvar la distancia telepática que la separaba de su captor, y le dijo con esfuerzo:

—Es un vampiro el que nos está atacando, estúpido. El íncubo que ya me atacó antes.

—Mientes, Lunática —le espetó el Nigromante.

Inmediatamente se puso tenso. Recordó que la feérica no podía mentir.

## El regreso de Ashzar

La noche se hizo de pronto más fría y amenazadora para los tres seres que se habían detenido en una de las muchas calles desiertas de Selbast. Sólo había un enemigo equiparable a un Elfo de la Noche en la plenitud de sus fuerzas, y ése era un vampiro. La más oscura de las Cuatro Especies. Rápidos y hábiles como los elfos, sin sus reservas e impedimentos morales, eran seres peligrosos e imprevisibles a los que no se podía sentir hasta tenerlos demasiado cerca. La gente creía falacias tales como que no salían a la luz del día y que los ahuyentaban ciertos tipos de plantas, y no se les encontraba a menudo, pero la muerte siempre venía con ellos si habían salido de caza.

Esto lo tenía muy en cuenta Farsey, el joven Nigromante que sujetaba las cadenas que inmovilizaban a Eyrien. Su mente bullía buscando soluciones, tratando de encontrar un equilibrio entre el temor por sí mismo y el de perder a su prisionera; si abandonaba a la elfa para que el vampiro se conformara con su presa, tendría que enfrentarse a la ira del Gran Maestro de Maelvania. Antes de que pudiera tomar una decisión, una figura alta y delgada, vestida de oscuro, apareció tras él de repente y lo hizo caer de rodillas frente a su prisionera. Eyrien y el Nigromante intercambiaron una breve mirada, unidos un instante por la misma sensación de espanto, antes de que la espada cayera sobre la espalda del joven y sus ojos se cerrasen para siempre. Furioso y aterrado, el otro Nigromante lanzó a Ashzar un potente conjuro demoledor.

En el tiempo que el vampiro tardaba en desviar el conjuro y alzar la espada para acabar con su oponente, Eyrien arrancó las cadenas de las manos del cadáver del Nigromante, se ensombreció y se puso en pie. Echó a correr con sus últimas fuerzas por las calles desiertas, sin siquiera tratar de quitarse la mordaza; eso aminoraría la velocidad de su carrera y seguía teniendo la mente demasiado débil para poder formular cualquier magia útil contra Ashzar. Corrió tan rápido como se lo permitían sus piernas, sintiendo que no resistiría mucho tiempo. Un solo vistazo atrás le reveló que Ashzar ya se había librado del Nigromante y corría en pos de ella.

—Deja de correr, sólo quiero hablar contigo —llegó la voz del vampiro a su mente.

Eyrien casi sonrió amargamente ante el hecho de que el vampiro la creyera tan estúpida, y siguió corriendo. Se había ensombrecido pero su perseguidor no necesitaba verla, pues la olía y la sentía a través de la esencia de su sangre. Consciente de que el vampiro le ganaba terreno a cada zancada, trató de despistarlo en el mar de callejuelas serpenteantes de los barrios bajos de la ciudad. Pero él seguía siendo más rápido; el depredador siempre era más veloz que su presa.

—O te paras, o te paro yo —dijo el vampiro, ya en voz alta, tan cerca estaba.

Eyrien sintió que una mano agarraba la capa que revoloteaba tras ella para dar un tirón y detenerla. Un momento después, ella y Ashzar rodaban por el suelo impelidos por la velocidad que habían alcanzado mientras corrían. Eyrien trató de ponerse en pie, de escapar como fuera, pero el íncubo la agarró de un tobillo con una mano férrea y tiró de ella. Mientras se debatía desesperada, luchando contra su anunciado final, Ashzar consiguió cogerla por las muñecas para evitar que se



quitara la mordaza. Era evidente que el vampiro estaba empezando a perder la paciencia, pues sus ojos volvían a enrojecerse en su rostro pálido y apuesto enmarcado de oscuros cabellos. La lucha tan ardua como silenciosa, se prolongó unos segundos.

—Basta —le ordenó Ashzar en un susurro molesto, aplastando finalmente los grilletes que la encadenaban contra el suelo.

Se arrodilló sobre ella, obligándola a dejar de luchar. Había ganado. Eyrien se quedó mirando el rostro perfecto que el vampiro mantenía muy cerca del suyo, el hermoso heraldo de su muerte. Estaba condenada, lo veía reflejado en la mirada intensa que el vampiro dirigía a la sangre fresca de su mejilla, y tan sólo podía preguntarse si la sensación de ser desangrada sería tan extrañamente placentera como la última vez.

De pronto un gemido de sorpresa hendió el aire silencioso para los finos oídos de la elfa y el vampiro. Una Baja humana, de aspecto humilde y que rozaba la vejez, se había parado en medio de la calle bajo el resplandor de una farola. Probablemente era una de aquellas mujeres pobres que ganaban algunas monedas y algo de comida sirviendo en alguna mansión de la zona rica de la ciudad. Incluso a lo lejos, tanto Ashzar como Eyrien pudieron ver que la mujer empalidecía y dejaba caer un cesto con verduras demasiado maduras para llevarse las manos a la boca. Sus ojos desorbitados estaban fijos en la mirada roja de Ashzar, así como en lo que para ella debía ser una pobre muchacha indefensa, víctima de un ser monstruoso que parecía salido de una leyenda. Eyrien estaba segura de que Ashzar había corrido a silenciar a la humana de no haber tenido que sujetarla a ella para evitar que escapara. Al menos eso salvaría la vida de la pobre mortal.

—Maldita sea, ahora la muy estúpida va a gritar —murmuró Ashzar.

Hubo unos instantes de silencio.

—¡Un vampiro! ¡Socorro! —vociferó entonces la mujer, mientras echaba a correr dejando abandonada su comida—. ¡Ayuda, soldados! ¡Socorro! ¡Un vampiro...!

Eyrien no se sintió aliviada por la intervención de la Baja humana. Si los soldados de Selbast los encontraban, lo único que lograrían sería morir también a manos de Ashzar. Lo miró, preguntándose si el vampiro provocaría una masacre en la ciudad; la Cuarta Especie, los inmortales oscuros, no eran por lo natural una especie belicosa. Se valían ante todo de la discreción y de su capacidad de pasar inadvertidos. Pero Eyrien dudaba que Ashzar fuera a dejar escapar de nuevo la presa que ya antes se le había escurrido de entre las manos. El pálido rostro aparecía tenso mientras el vampiro pensaba su próximo movimiento, los ojos nuevamente grises como la luna neblinosa, fijos en algún punto de la calle aún desierta. Se levantó bruscamente y la alzó con él sin esfuerzo, dando un par de vueltas a las cadenas para evitar que se distanciara.

—Los dos sabemos que por su bien es mejor que no nos encuentren —le dijo Ashzar a Eyrien—. Si no quieres que los selbastianos acaben como los Nigromantes, harás lo que yo te diga.



Ya empezaban a oírse los sonidos metálicos que producían los soldados al desplegarse por las calles de la ciudad, cuando se alejaron hacia una de las callejuelas adyacentes. Los soldados selbastianos, sin duda acompañados por los maelvanienses que ya debían echar de menos a Eyrien, se desplegaron por la zona hasta acorralarlos. Pero Ashzar sólo parecía más molesto que preocupado, y se movía con calculada tranquilidad mientras arrastraba a Eyrien. Cuando tuvo la certeza de que los soldados iban a entrar por la misma callejuela en la que ellos estaban, se detuvo en un lugar donde las paredes de dos edificios que confluían creaban un rincón oscuro. Inmovilizó a Eyrien contra el frío muro de piedra arrimándose a ella, aunque no apartó la mirada del extremo de la calle por donde se oían los crecientes sonidos de pisadas.

—Será mejor que no llames ahora la atención, querida —le advirtió—. Así que haz que tu piel no brille con ese hermoso resplandor dorado.

Eyrien obedeció por el bien de los selbastianos, pero respiraba con dificultad. Las piernas ya no soportarían su peso mucho más tiempo, pero su voluntad seguía impulsándola a huir aunque no tuviera escapatoria. Supo que la herida abierta de su mejilla, de la que aún afloraban pequeñas gotas de sangre, atraería la atención del vampiro hasta que éste, protegido en aquel rincón sombrío, se olvidara de los soldados y terminara lo que había empezado unos meses atrás. Amordazada y aprisionada entre la pared y el cuerpo de su cazador, con el dolor de las sienes nublandole aún el entendimiento, sintió ganas de llorar de impotencia y rabia.

Irrracionalmente, levantó las manos encadenadas para tratar de limpiarse la sangre de la cara. Ashzar sintió el movimiento y giró el rostro hacia ella en un gesto rápido y brusco de amenaza. Cuando vio que lo único que intentaba era restregarse la herida para borrar el rastro de sangre, su mirada se suavizó. Le cogió las manos y las retuvo, casi con delicadeza.

—No hagas ruido. Además eso que intentas hacer es inútil —le dijo mentalmente—, seguiré oliendo tu sangre aunque intentes limpiarla. Sssh, se acercan. Y si nos descubren, tendré que matarlos a todos, maelvanienses o no.

La observó con un amago de sonrisa en los labios, y le puso las manos en las mejillas para obligarla a alzar el rostro. Eyrien reprimió el gemido de angustia que pugnaba por abandonar el nudo de su garganta cuando el vampiro se inclinó hacia ella. Iba a besarla, o a morderla. La Dama de Siarta moriría en aquel rincón oscuro mientras, irónicamente, la ciudad seguía dando la alarma para buscarla. Tuvo que reconocer que temía a la muerte más de lo que había querido creer, simplemente porque era triste morir sola y joven, sin haberse despedido de la vida y de los seres queridos que dejaba atrás tan bruscamente. Se preguntó hasta cuándo la seguirían esperando sus acompañantes en el campamento de la colina, sin creerse que algo iba mal, ignorando que ya no volvería junto a ellos. Paralizada, notó que los labios de Ashzar se posaban sobre la herida de su mejilla con una suavidad que, no por conocida, resultaba menos aterradora. Cerró los ojos, sintiendo el miedo helado que había tenido desde el día en que Ashzar le había dicho que se verían de nuevo.

Incrédula y mareada, volvió a abrir los ojos para ver cómo el vampiro se erguía, relamiéndose

los finos labios y fijando su atención en el escuadrón de soldados selbastianos que aparecía por la esquina. Escéptica, se acercó las manos a la cara y se palpó la herida; estaba limpia y cicatrizada. No se detuvo a pensar en por qué el vampiro se había molestado en sanarla. Teniendo las manos ya tan cerca de los labios, tenía ante ella su única posibilidad de escapatoria. Se preparó para usar sus últimas fuerzas en pronunciar un conjuro que hiciese suficiente daño a su enemigo como para apartarlo de ella. Ya pensaría después en qué haría para salir de la ciudad.

Apenas había movido los dedos hacia la mordaza cuando las facciones de Ashzar se endurecieron. Mientras seguía con la mirada a los soldados, le agarró la muñeca con una fuerza aplastante y la oprimió contra la pared, sin rudeza pero implacable, hasta que los sonidos de pisadas y las voces de los soldados se alejaron lo suficiente para reanudar su propio camino. No se molestó en castigarla ni amenazarla de nuevo; volvió a tirar de ella y se alejaron siguiendo el rumbo que llevaba hacia la muralla oeste de la ciudad. Los minutos pasaron lentos, mientras la Dama de Siarta iba siendo abandonada por sus últimas fuerzas y sus esperanzas de escapar.

Diez minutos después se detenían ante la puerta de una posada del casco viejo, y Eyrien fue sólo consciente en parte de que Ashzar llamaba a la puerta. Se oyeron pasos apresurados y se abrió una mirilla en la gruesa hoja de madera gastada.

—¡Señor Ashzar! —exclamó una voz.

La mirilla se cerró y se abrió la puerta. Al otro lado del portón había un Bajo humano estupefacto, vestido con un pijama de lana burda y armado con una porra y una vela.

—Mi acompañante y yo necesitamos tu hospedaje por un rato, Damien —dijo Ashzar.

El posadero se hizo a un lado para franquearle el paso y Ashzar avanzó hacia unas escaleras que llevaban a un amplio sótano, indicando al Bajo humano que encendiera más velas. El hombre obedeció, y salió rápidamente cuando su señor le ordenó que fuera a ensillar su yegua.

Eyrien, exhausta y con el dolor atormentándole aún la mente, sintió que se desplomaba. Ashzar la sostuvo y la llevó hasta un banco que se apoyaba en una de las columnas que apuntalaban la casa, e hizo un nudo con las cadenas de los grilletes en una argolla que pendía del maderamen. Se inclinó para mirarla con atención. Le acarició la mejilla con dedos suaves, dulces. Eyrien se asustó lo suficiente como para que su mente se despejara.

—¿Te ha hecho daño el Nigromante? —le preguntó el vampiro, y Eyrien desvió la mirada—. Sí, desde luego. No sé si has sido muy valiente o muy temeraria; ese Mago te habría destrozado la mente. Aunque supongo que eso ya lo sabes. ¿Estás mejor, princesa?

La actitud paternalista del vampiro fue el colmo para Eyrien, y lo miró con furia.

—No soy ninguna princesa, soy la Dama de Siarta —consiguió transmitirle Eyrien con esfuerzo, alzando la barbilla—. Y no quiero compasión de quien va a asesinarme para saciar su hambre y su deseo de poder. Muérdeme de una vez y deja de hacerme sufrir, íncubo.

Ashzar entrecerró los ojos grises, desvanecida toda la calidez que había mostrado momentos antes. Se irguió en toda su estatura y la miró desde arriba, obligándola a alzar la mirada si quería seguir vigilándole. Avanzó un paso hacia ella, en silencio, pero se detuvo cuando llamaron a la puerta. El posadero entró para decirle, tratando de no mirar a la elfa, que ya había ensillado al caballo. Recuperada la serenidad, Ashzar se dirigió hacia la puerta levantando por el camino un

dedo en señal de advertencia.

—Vigíla pero no la toques, Damien. Quiero que siga aquí cuando vuelva —dijo antes de salir y cerrar la puerta tras él.

Damien se quedó mirando a Eyrien, aterrado. Por su expresión, ella supo que jamás iba a ayudarla.



En el sótano pasaron los minutos, silenciosos, como si el tiempo se hubiese detenido en aquel pequeño espacio de Selbast. El Bajo humano se armó de valor y fue a sentarse al otro lado de la estancia, sobre un tonel de hidromiel lleno de polvo. Seguía mirando a Eyrien con pavor. Pese al estado en que se hallaba, para el mortal seguía siendo una peligrosa y gloriosa Elfa de la Noche. El sótano estaba lleno de polvo pero contenía multitud de tinas de hidromiel y cajas de verduras, así como colchones enrollados de aspecto pulcro y lámparas de aceite en desuso. El posadero era un mortal joven, no mucho mayor que River, y sus ropas precarias pero limpias hablaban de una vida difícil pero honesta en aquella ciudad en guerra.

—Damien —lo llamó Eyrien, esforzándose por salvar la distancia mental que los separaba.

El hombre dio un respingo al notar la voz de la elfa en su mente.

—¡Por favor, señora, por favor! —imploró arrodillándose en el suelo—. Que la ira de todos los elfos caiga sobre mí si lo merezco, ¡pero no me pidáis que os libere, por favor! ¡Él me castigaría!

—Tranquilízate, no voy a pedirte nada parecido —le respondió Eyrien con suavidad—. Las disputas entre elfos y vampiros no se extienden sobre los mortales. Sólo quería preguntarte por qué un Bajo humano como tú llama señor a un vampiro.

El hombre apretó los labios, pensando qué mal haría en responder y aliviar a la hermosa y desdichada elfa de sus pesares por un rato.

—Lo conozco desde hace unos meses —dijo finalmente, con la voz aún ronca—. Por aquel entonces yo vivía aquí en la posada, con mi tío y mi querida prima Leire. ¡Mi prima era tan hermosa que todos decían que parecía una Alta humana de las más poderosas! Sus caballos eran naranjas y sus ojos verdes como esmeraldas. Todos los hombres la pretendían y mi tío se complacía, pues consideraba que podría casarla con algún rico comerciante o un noble de Maelvania y obtener una buena dote que le permitiera abandonar la posada.

»Pero mi prima se enamoró de un soldado selbastiano —continuó—. Yo le guardé el secreto, pues el soldado la correspondía con un amor honesto, pero mi tío los descubrió juntos en el establo. Al soldado lo mató antes de que pudiera advertir ni tan sólo su presencia, y a mi prima la arrojó a la calle llamándola desvergonzada, calumniándola y dándole patadas delante de todos. Los gritos convocaron a mucha gente, pero todos se hicieron a un lado al aparecer un caballero joven y elegante, de cabellos negros y ojos grises, que parecía un Alto humano poderoso e

importante. Mi tío se quedó atónito cuando el joven le indicó con voz autoritaria que dejara a Leire en paz. «¡Es mi hija y hago lo que quiera con ella!», dijo mi tío, levantando del suelo a Leire de un tirón. Cuando el caballero desmontó de su caballo blanco, mi tío se acobardó y le espetó que si tanto le preocupaba podía quedarse con ella, porque él no quería volver a verla. La arrojó a sus pies, donde mi prima quedó tendida sollozando. Mi tío se encerró en la posada y el caballero miró en silencio a su alrededor, consiguiendo que la gente se dispersara al momento.

»Él no sabía que yo espiaba desde el almacén y cuando creyó que estaba solo, le tendió una mano a mi prima. «Mi nombre es Ashzar. No tengas miedo», le dijo con voz suave. Ella tomó su mano y se puso en pie. Conmovida por la amabilidad del desconocido, se puso a llorar con el rostro apoyado en el torso del joven mientras él, paciente y dulce, le acariciaba los cabellos. Pero algo debió ocurrir porque de repente mi prima dejó de llorar y se puso pálida, observando el pecho del joven en el que había estado apoyada como si hubiese algo raro en él.

—Quizás se dio cuenta de que no respiraba, y de que en aquel pecho no latía ningún corazón.

—Quizás —dijo Damien empalideciendo—. Yo jamás hubiera creído que eso podía llegar a suceder fuera de los cuentos. Los ojos del señor Ashzar se volvieron rojos como la sangre y entreabrió los labios dejando ver unos colmillos largos y afilados. Mientras mi prima seguía llorando y lo miraba con ojos aterrados, inmóvil, le apartó lentamente los cabellos del cuello y la mordió, pero...

La puerta se abrió y Damien se quedó callado, pálido, con una expresión culpable tan intensa que no podría ocultar que había hecho algo malo. Ashzar los miró a ambos.

—He sido yo quien lo ha incitado a darme conversación —le dijo Eyrien mentalmente.

—No lo dudaba —le respondió Ashzar; luego miró a Damien, que temblaba—. Ya puedes retirarte. Nosotros nos iremos enseguida. Cuanto menos veas menos tendrás que olvidar después.

Damien se acercó hasta la puerta, horrorizado pero sin una mirada atrás. Eyrien no pudo culparle de ser un cobarde; la vida no era fácil para los mortales, y mucho menos en una ciudad donde se enseñaba que lo más importante era la propia supervivencia. Ashzar se acercó a ella y la miró con expresión severa, antes de liberarla de la argolla. Eyrien levantó las manos con rapidez y trató de golpearle con las cadenas, pero Ashzar detuvo el golpe y se rió por lo bajo mientras la cogía con fuerza de las muñecas para evitar un nuevo ataque.

—Tienes carácter. Quizás demasiado, por ahora ya me está bien —dijo divertido—. Te necesito despierta y lúcida, si no, no me sirves de nada. Ahora que has recobrado fuerzas podemos irnos —dijo sujetándola de los hombros para obligarla a levantarse—. No hace falta que te recuerde que cuanta menos gente nos vea, menos gente tendrá que morir.

Se encaminaron a los establos de la posada aparentemente vacía. Allí esperaba una yegua élfica, tan nívea como las que habían relatado el posadero y el carpintero del pueblo de Selbast a cuya hija Idaira se había llevado Ashzar años atrás. Eyrien se sorprendió de que el animal no sólo no se asustara de aquel ser depredador que tenía por amo, sino que se mostrara tan feliz de verle. Cruzado sobre su grupa había un bulto grande y negro, que tenía la forma de un hombre cubierto por un gran manto.

Caminaron rápidamente por las calles de Selbast, mientras la yegua trotaba en silencio tras

ellos ajena a la morbosa carga que llevaba para su amo. Evitaron las voces que delataban a los soldados que aún patrullaban las calles, dando rodeos si era necesario, hasta que se hallaron en aquel barrio que en todas las ciudades se asociaba con los pendencieros y los asesinos, y donde ni siquiera los soldados trataban de poner orden. Se cruzaron con algunos personajes pintorescos, pero ninguno se acercó a ellos; había algo en la presencia de Ashzar que los mantenía apartados. Llegaron a una taberna instalada contra la muralla, y se desviaron hasta el establo, donde había un socavón disimulado en el grueso muro de piedra. Sin duda servía para que aquellos cuya presencia no era deseada en la ciudad pudieran entrar y salir de ella y ahora, tras darle unas monedas a un mozo desarrapado, les serviría a ellos para salir de Selbast sin que los soldados interrumpieran los planes de Ashzar.

Cuando se hubieron alejado un poco de las murallas, el vampiro hizo un alto.

—Los Nigromantes no tardarán en enviar a los Rastreadores a buscarte —dijo—. Así que dime, ¿dónde están tus eternos acompañantes? Porque no habrás venido sola hasta aquí, Eyrien.

Era la primera vez que la llamaba directamente por su nombre, y en su tono había una amenaza velada que invitaba a responder prestamente. Pero Eyrien no iba a permitir que sus amigos sufrieran su mismo destino. Se mantuvo callada, con la barbilla alta, dispuesta a mortificar al vampiro hasta su último aliento. Ashzar se acercó y se inclinó muy cerca de ella.

—Te crees muy astuta —le dijo con voz suave, avanzando y haciéndola retroceder hasta que la retuvo el tronco de un árbol—. ¿Acaso crees que si me haces enfadar voy a darte una muerte más rápida? Tienes demasiado buen corazón para poder ponerte en el sitio de alguien como yo —añadió Ashzar suavemente pese a la frialdad de sus ojos—. Podría vengarme alargando dolorosamente tu muerte, o mantenerte viva saciándome de ti durante meses, hasta que me rogases la muerte. O podría arrancarte la vida delante de aquellos que sabes que te quieren.

Sonrió al ver que la mirada desafiante de Eyrien se desvanecía.

—No, eso no lo habías pensado, ¿verdad? Pobre elfa inocente, tan sabia pero tan ajena a lo cruel que puede llegar a ser el mundo lejos de tu bella Siarta —dijo acariciándole los cabellos.

La miró en silencio, evaluándola, mientras Eyrien permanecía incapaz de apartar los ojos de aquella mirada tan fascinante como aterradora. Inspiró con fuerza cuando Ashzar se inclinó hacia ella, rozando su cuello con los labios atemperados y suaves como la seda.

—No sabes lo maravillosa que eres —dijo el vampiro con suavidad, sin apartar la boca de su garganta—. Qué fácil sería olvidar con el dulce sabor de tu sangre que se te escapa la vida mientras te abrazo. Ni te imaginas lo bien que hueles, y lo bien que sabes, Eyrien de Siarta. Tan deliciosamente que resulta casi doloroso. Podría matarte sin darme cuenta —murmuró rozándole la oreja con su aliento inexistente—, si dejara de controlarme.

Siguió recorriendo la curva del rostro de Eyrien, lentamente, hasta que sus labios se detuvieron y le besaron la garganta.

—Sí, sería fácil olvidar y matarte... Pero no será ahora —añadió apartándose, y Eyrien despertó del helado ensueño que le habían provocado las aterradoras divagaciones del vampiro—. Ahora estás asustada, y me alegro. Tu actitud impertinente me cansa. Pero ya no hace falta que me digas dónde están tus amigos, los encontraremos igualmente. Puedo oler desde aquí al elfo frío al

que llevaste tan imprudentemente a mi hogar. Su olor, como el tuyo y el del insípido enano, impregnan ahora cada habitación de mi castillo.

Cogiendo las cadenas que la aprisionaban volvió a tirar de ella, siguiendo un camino invisible que Eyrien sabía muy bien que llevaba allí donde estaba Eriesh.



Habían pasado pocas horas desde que Eyrien había sido conducida al interior de la ciudad, pero en el campamento de la colina ya se notaba la impaciencia. Freyn llevaba tanto tiempo afilando su hacha que el sonido se había incrustado en el cerebro de todos, y Killian, que se contagiaba de la preocupación del enano, se levantaba cada pocos minutos para acercarse a observar el campo de luces en que se había convertido Selbast con la caída de la oscuridad. Tirenía permanecía junto a los caballos, Procyon y Elarha, tranquilizándolos para que dejaran de patear nerviosos el suelo; ella misma estaba tensa como la cuerda de un arco. El único que guardaba la calma era Eriesh: el Elfo de las Rocas permanecía sentado y erguido junto al pequeño fuego que había encendido en un agujero del suelo. River fue a sentarse a su lado.

—Admiro tu estoicismo —le dijo.

—Tú solo ignora al enano y pronto no oirás el constante chirriar de su hacha —respondió Eriesh con una sonrisa—. Yo estoy igual de preocupado que los otros, o más. La seguridad de mi Dama es un peso en mi conciencia —dijo fijando sus ojos grises en el fuego, antes de volver a mirar a River—. Pero no podemos permitirnos ser superados por las circunstancias, hechicero. Nuestra mente debe estar clara y dispuesta para... ¿Has visto eso?

River asintió y fijó la mirada en el follaje del Este, donde parecía crecer un resplandor de luz clara como las estrellas. Momentos después también dejó de oírse el sonido de la piedra de afilar sobre el hacha de Freyn.

—Si es Eyrien no responde a las llamadas telepáticas —dijo Tirenía, que ya había desenfundado su alabarda—. Coged vuestras armas.

Antes de que pudieran moverse, un resplandor cegador les hizo cerrar los ojos y apartar la mirada del follaje. Por ello no vieron llegar a Eyrien hasta que dejó de iluminarse. Mientras sus ojos se acostumbraban de nuevo a la penumbra, escépticos, vieron cómo el vampiro al que todos temían, con los ojos rojos y el rostro endurecido en una expresión de hastío, lanzaba a Eyrien al suelo de un empujón. Antes de que pudieran reaccionar, Ashzar había desenvainado su espada curva y la posaba en la garganta de Eyrien. Cuando la tuvo inmovilizada levantó la mirada hacia ellos, estudiándolos con calma. River trató de pensar en algún conjuro con rapidez, pero entonces los ojos del vampiro se clavaron en él hasta traspasarlo.

—Ni te atrevas a despegar los labios o te quedarás sin elfa por la que suspirar, Inhumano —le advirtió, pasando la punta de la espada por debajo del collar que Eyrien llevaba al cuello—. Esto es colmillo de hidra; una leve vacilación de mi pulso, y vuestra Dama se degüella. Es una elfa

deliciosa, en muchos sentidos, pero si muere lo soportaré y la olvidaré; no creo que vosotros lo veáis de la misma forma. Así que cuidado con hacerme perder la concentración.

Nadie se movió, aunque la mirada de color rubí de Tirenía estaba encendida por la cólera y sus nudillos aparecían blancos alrededor del mango de su alabarda. Eriesh puso una mano sobre el hombro de Freyn y la petrificó, temiendo que el enano pudiera dejarse llevar por la furia.

—No te atacaremos —dijo el Elfo de las Rocas—. Y puesto que Eyrien sigue viva, deduzco que no vas a matarla... ahora —añadió al ver la expresión del vampiro—. Dinos qué quieres.

—Ahora quiero varias cosas, en realidad —dijo Ashzar observando a Eyrien sin dejar de tensar el cordón alrededor de su cuello—. Pero de momento simplemente os lo devuelvo, ya que queda claro que ella no es muy propensa a mantenerse viva.

Tras esas palabras Eyrien, inmóvil en el suelo aún, entrecerró los ojos con ira. Y sin embargo, alarmantemente, seguía sin responder a cuantas preguntas trataban de hacerle todos los telépatas que estaban presentes.

—¿Y qué quieres a cambio? —le preguntó Eriesh al vampiro con calma.

—Ella tiene mucho interés en encontrar a los Sabios de Siarta, y yo también lo tengo —respondió Ashzar—. La necesito viva para que me lleve hasta ellos, y eso es lo que hará a cambio de regalarle un poco más de tiempo de vida. De vosotros tan sólo quiero que evitéis que se meta en una trampa de nuevo, si es que esta vez podéis hacerlo —dijo fijando una mirada condescendiente en River y Killian.

Eriesh mantuvo aferrado a Freyn y sujetó a Killian con la otra mano, mientras Tirenía le advertía mentalmente a River que no se moviera.

—Tenemos que escuchar la opinión de Eyrien —le dijo Eriesh a Ashzar sin abandonar su cortesía—. Suéltala y lo hablaremos entre todos.

—Podéis hablar sin necesidad de que la suelte, elfo —respondió Ashzar con una sonrisa—. Por algo sois todos telépatas. Todos menos el enano y el príncipe arsiloniano, por supuesto, pero está claro cuál es su opinión... Lo había olvidado —dijo mirando el extraño colgante de Eyrien—. Hay que quitarle esto; sois demasiados y estáis muy lejos para que llegue a vuestras mentes en su estado.

Levantó un poco más el reloj de arena que pendía del cuello de Eyrien con la punta de la espada, mientras ella fruncía los labios al sentir el hilo cortante apretándose contra su piel. Agachándose junto a ella, Ashzar le apartó los cabellos azules de la espalda y trató de manipular el broche que cerraba el colgante. Un instante después apartó la mano, sacudiéndola con una expresión que mezclaba la exasperación y el dolor.

—El cierre está conjurado, habrá que cortarlo. Ponte de pie —le ordenó a Eyrien.

Ella lo miró colérica y no se movió.

—Impertinente —murmuró hastiado el íncubo, mientras la cogía del brazo y la obligaba a levantarse—. Y ahora no te muevas, princesa. Puedes obedecerme o no, por supuesto, pero si no lo haces estarás muerta antes de tiempo.

Apartó los cabellos de Eyrien poniéndolos por delante de su hombro izquierdo y cogió con los finos dedos el hilo del collar. Lo separó un poco del cuello de Eyrien, procurando que no se



tensara demasiado. Sus ojos enrojecieron y sus colmillos se alargaron, y se inclinó hacia el cuello de Eyrien. Ella tuvo el impulso de alejarse de él, pero Ashzar la retuvo sujetándola de un hombro con firmeza.

—Hemos pasado por esto tantas veces que tendrías que estar acostumbrada —dijo—. Pero no te preocupes y no te muevas, ahora sólo voy a cortar el hilo. Tranquila...

Ashzar se mostró paciente, casi arrullador, mientras luchaba contra el instinto de Eyrien. Cuando ella estuvo quieta, respirando de una forma forzada pero controlando el estremecimiento de su cuerpo, tensó el hilo contra uno de sus colmillos. Estaban hechos de una materia tan dura y afilada como las garras de los guls, así que consiguió partir el hilo de colmillo de hidra con un sonoro chasquido. En cuanto el hilo se retorció, perdida su tensión, el colgante empezó a arder con un fuego verdoso. El vampiro lo apartó rápidamente del cuello de Eyrien y lo tiró al suelo, donde se consumió hasta que sólo quedaron cenizas.

—Ahora nunca sabréis lo que había dentro —dijo el vampiro mirando el polvo y sin soltar las cadenas que inmovilizaban a Eyrien—. Qué le vamos a hacer, vuestro destino es seguir en vuestra ignorancia habitual. Me debéis ya muchos favores, princesa; algún día tendré que cobrármelos.

Eyrien apartó los labios todavía amordazados pero no respondió de ninguna otra forma al vampiro. Notaba las turbulentas divagaciones que River enviaba a su mente.

—River —le dijo Eyrien de la misma forma—. Si Ashzar hubiese querido matarme lo hubiese hecho ya. Le han sobrado ocasiones esta noche. Y si lo que te preocupa es que vaya a exigirme que me vaya con él, tampoco tiene que preocuparte. Es suficientemente vanidoso como para no creer que tenga que obligarme a hacerlo.

Entonces se dirigió al vampiro, de forma que todos pudieran escucharla en sus mentes.

—¿Y qué te hace creer que voy a permitir que te acerques a los Sabios Videntes?

—Mi asunto es con la sabia Hizel únicamente, y no es de tu incumbencia. Y respecto a por qué ibas a permitir que vea a los Sabios... —Ashzar se rió suavemente, dejando a la vista sus dientes perfectos y blancos—. No te lo puedo decir, puesto que estoy juramentado, pero te aseguro que al final serás tú quien desee que te acompañe ante su presencia.

Su respuesta hizo que Eyrien parpadeara, desorientada, pero River sintió un estremecimiento. Las palabras de Ashzar delataban que él sabía mucho más de lo que estaba diciendo, y el posible significado no le gustaba nada.

—¿Y por qué esperas que nos creamos que no vas a volver a aparecer por su espalda cuando vuelva a estar indefensa? —le espetó Tirenía al vampiro.

—Como ya he dicho, de momento me interesa que viva —respondió el vampiro—. Ella es mía, es mi justo pago, pero estoy dispuesto a esperar un poco más. No atacaré a la Dama de Siarta hasta que haya resuelto mis diferencias con vuestra Sabia Hizel. Lo juro por la sangre de Eyrien.

—¡Cómo te atreves! —exclamó Freyn indignado, tratando de deshacerse de la presa que la mano petrificada de Eriesh mantenía sobre él.

—No, Freyn, tranquilo —le dijo Tirenía interponiéndose en su camino—. Es un juramento válido. Si el vampiro incumple su promesa, la sangre de Eyrien se volverá tóxica para él y no podrá atacarla nunca. Jamás podría volver a beber su sangre porque sería letal para él.

Aquello significaba mucho, pero no suficientemente, al menos para River. Le hacía hervir la sangre ver al íncubo tan cerca de Eyrien, dedicándole aquellas sonrisas que simulaban que no deseaba desangrarla hasta matarla. Sin embargo, y aunque pensarlo hacía que se sintiera mareado, era innegable que Ashzar podría haber matado a la Dama de Siarta en vez de llevarla allí.

—No me parece suficiente —dijo Killian; él no estaba tan lúcido, viendo a Eyrien en aquella situación—. ¿Y qué sucederá después, cuando encontremos a los Sabios?

—Que me cortaré yo mismo la cabeza para que tú te quedes tranquilo —dijo Ashzar, y le dedicó una sonrisa condescendiente—: Lo que ocurra entonces, humano, es algo entre la elfa y yo por mucho que vosotros os empeñéis en ser sus sombras —añadió en tono mordaz mirado a River—. Los Nigromantes no tardarán en darse cuenta de que ha escapado y saldrán a buscarla con los soldados que ya me buscan a mí. Si la atrapan de nuevo, aseguró que Elazar será aún menos delicado que antes.

—¿Los Nigromantes? —dijo River.

—Eyrien, ¿de qué está hablando? —preguntó Freyn a su vez, en tono sombrío.

Eyrien no respondió, aunque si fue porque no quería o porque las cosas se estaban precipitando en aquel momento nadie lo supo. Tanto ella como el vampiro y los dos Elfos de las Rocas se pusieron tensos, escuchando algo que para los demás seguía siendo un enigma.

—De momento acepto tu trato, suéltame —le dijo Eyrien a Ashzar.

—Está bien, pero no olvides la situación en la que estabas —le susurró él mientras le desanudaba la mordaza.

El oído de Freyn, algo más fino que el de los humanos, empezó a captar algo de lo que había alertado a los feéricos y al íncubo. Les dijo a Killian y a River que habría batalla, que los Nigromantes habían salido de Selbast. Eyrien se sacudió las manos del vampiro en cuanto la mordaza se aflojó y arrancándosela de un tirón, gritó una orden y los grilletes cayeron humeando al suelo. Se alejó del íncubo, poniendo distancia pero advirtiéndole a los demás que no atacaran a Ashzar. Miró severamente a River, que seguía bullendo de rabia.

—No seas ridículo, te mataría en unos segundos —le espetó—. Necesitas mucho más entrenamiento para vencer a un vampiro como ése, y no es momento de heroicidades. Y te necesito a mi lado —añadió con más suavidad. Agudizó el oído ante el creciente sonido de voces, y habló en voz alta—. Llevan Rastreadores, no tiene sentido huir. ¡Coged vuestras armas!

—¡No tenemos armas, se las quedaron los soldados selbastianos! —dijo Killian enfadado—. Tengo que recuperar mi espada; era de mi padre.

—Yo lucharé con magia —dijo River—. Y me da igual no recuperar la espada, era del vampiro.

Ashzar lo miró entrecerrando sus hermosos ojos grises, pero a River le dio igual; deseaban tener cualquier excusa para atacarle. Estaba convencido que todos juntos podían llegar a matarle.

Ahora los sonidos de la persecución se oían más cerca. Eyrien llamó a Killian y le tendió su espada feérica activada, diciéndole que absorbería buena parte de los conjuros que le lanzasen. Luego le pidió a Tirenía en un susurro que cuidara del príncipe.

Algún enemigo vio el brillo de su fogata y gritó que los habían encontrado, y de pronto el

ruido de la persecución se hizo ensordecedor.

—¡Alerta, flechas! —gritó Eriesh para que todos lo oyeran.

Estuvieran preparados o no, la batalla había empezado. Y para bien o para mal, en aquel momento Ashzar estaba de su lado.

## Nathaniel el Ideólogo

Las flechas que volaban a través de la hojarasca se estrellaron contra el muro protector que Eriesh había erigido en torno a ellos, cayendo ingravidas y mansas al suelo. Entonces hubo unos breves segundos de calma. Killian volteó un par de veces la espada feérica de Eyrien para acostumbrarse a su uso, mientras Tirenía se situaba a su lado con la espada en una mano y la alabarda en la otra. Tensa y con la mirada fija en la penumbra del bosque, los cabellos y los ojos reluciendo en tonos granas a la luz de las ascuas de la hoguera, resultaba aterradora.

—Procurad no herir de gravedad a los soldados selbastianos —ordenó Eyrien en las mentes de todos—. Sólo cumplen lo que se les ha ordenado.

—Y procurad no sangrar mucho —añadió el vampiro con una fina sonrisa, mirando a los elfos. Cuando los ruidos de pisadas se hicieron más cercanos, Freyn dobló las rodillas sujetando su hacha con ambas manos, dispuesto a saltar sobre el primer atacante que osara adentrarse en el claro.

—Ya vienen —murmuró Eriesh.

Esperaron el ataque, pero los tres primeros soldados maelvanienses que entraron en su campo de visión cayeron bajo un conjuro demoledor de Eyrien. Estaba aún más pálida de lo que era habitual en ella, pero los ojos entrecerrados destellaban con un suave brillo dorado de furia.

—¡Qué estúpidas ganas de morir tienen a veces los humanos! —murmuró Ashzar.

River lo miró. El vampiro se mantenía muy tranquilo, con una mano en el bolsillo y la otra apoyada al descuido en el pomo de la espada aún envainada. Vigilaba ahora Eyrien la llegada de sus atacantes, como si su única intención fuera asegurarse de que no habría excesivo peligro en torno a la Dama de Siarta. River frunció el entrecejo, no podía evitar sentirse molesto.

Los soldados atacaron desde todos los flancos, intentando concentrarlos en el centro del claro. River, a salvo gracias a su escudo protector, pudo tomarse el tiempo suficiente para mirar a su alrededor y apreciar la gravedad real del peligro. Calculó que habría unos cuarenta enemigos en torno a ellos, entre soldados maelvanienses y Nigromantes. Pero éstos se mantenían aún en la penumbra del follaje que rodeaba el claro, poco dispuesto a arriesgar su vida más de lo necesario. Sorprendido, River se dio cuenta de que los soldados selbastianos no aparecían por ninguna parte; quizás habían decidido que no iban a sumarse a una batalla que desbaratase por completo su ya casi inexistente neutralidad.

Pero los cáusticos atacaban con fiereza a los feéricos, tal era su odio contra ellos, y se unían en grupos para embestirlos. Eyrien, cedida su espalda, se defendía con magia, que le servía al mismo tiempo de escudo y de arma. Ni siquiera se molestaba en bajar la voz para no revelar posibles conjuros a los enemigos que se mantenían aún en las sombras, estaba decidida a no dejar a ningún maelvaniense vivo. Eriesh se mantenía cerca de ella, con el brazo derecho petrificado para parar los golpes mientras empuñaba la espada con la izquierda. Tiernia usaba sus dos hojas cerca de Killian, tratando de quitarle de encima todos los enemigos que pudiera. Freyn, hacha en mano,

guardaba las espaldas del príncipe de Arsilon. Aparecía y desaparecía de la vista, a medida que derribaba a los maelvanienses que se le echaban encima considerándolo equívocamente el oponente más débil del grupo. A Ashzar no osaba enfrentársele nadie, el vampiro parecía observar tranquilamente el espectáculo.

Pronto casi todos los Bajos humanos maelvanienses estaban inmóviles en el suelo. Rabiosos, los Nigromantes salieron de las últimas filas e iniciaron su ataque. Antes de que pudiera hacerlo, Eyrien, Eriesh, Tirenía y Ashzar, River lanzó un golpe de energía a la primera línea de hechiceros Vodun que habían aparecido en el claro. Tres cayeron bruscamente, fulminados, pero los demás levantaron los brazos a modo de escudo bloqueando su ataque. River mantuvo la presión, sin esfuerzo, descubriendo que los Nigromantes no podían sostener su contraataque mucho tiempo. Antes de que pudiera siquiera sentirse cansado, sus adversarios cayeron exhaustos al suelo. Lo único que notó River, cuando hubo vencido a seis enemigos, fue que sus ojos ardían con un tono verde muy intenso, acumulando energía para la próxima descarga de poder. Y se sentía exultante, incapaz de creer hasta dónde alcanzaba su poder.

—Bien hecho, hechicero —le dijo Eriesh, ignorando al Nigromante que caía muerto a sus pies con el cuello cercenado—. Pero ahora Esigion recordará tu nombre.

River sintió un escalofrío, pero la excitación de la batalla le ganó el pulso a la preocupación por su seguridad futura. Odiaba a los Nigromantes, habían tratado de arrebatarle a Eyrien y ahora iban a pagarlo caro. Atacó sin culpa ni remordimiento y probó varios conjuros, descubriendo que podía neutralizar los ataques que recibía casi con tanta facilidad como Eyrien había podido neutralizar los suyos. Incluso podía traspasar frugalmente los escudos protectores que sus oponentes creaban frente a él. También descubrió que era especialmente hábil lanzando bolas de fuego, que brotaban fácilmente de sus manos con la potencia de un relámpago; su memoria ígnea parecía haberse adueñado de su cuerpo y se sentía vivo, más vivo y enérgico de lo que se había sentido nunca. Abrió las manos hacia dos Nigromantes que pretendían lanzar un conjuro a Tirenía y a Killian desde la penumbra del bosque, y se regocijó cuando los vio caer con las túnicas humeando.

De pronto oyó que Ashzar le preguntaba a Eyrien a dónde iba, con un tono de voz que rayaba la irritación. No tuvo tiempo de girarse a mirar lo que sucedía, porque de repente alguien apareció a su lado sin que él hubiese podido detenerlo a tiempo. Trató de atacar, pero se descubrió paralizado antes de poder hacerlo.

—Soy yo, River —le dijo Eyrien con voz cansada, levantando su conjuro en cuanto estuvo segura de que no iba a atacarla—. Si estuvieras usando el cerebro te habrías dado cuenta de que sólo un elfo puede moverse tan rápido. ¿Estás cansado ya de masacrar a otros humanos?

—No. Estoy bien —dijo ceñudo; vagamente consciente de que Eyrien lo reprobaba.

—Ven conmigo —dijo la elfa, usando la telepatía para que la oyera por encima de los gritos, los ruidos metálicos y los zumbidos que seguían a los conjuros de los Nigromantes.

Le dijo algo a Eriesh, quien los miró entre las figuras en movimiento y asintió con la cabeza. Con un susurro que sonó como un latigazo, Eyrien tumbó a dos soldados maelvanienses que vigilaban y abrió un hueco en la muralla humana para poder salir del claro.

River trató de seguir a Eyrien por el bosque, pero allí las copas de los árboles tapaban el resplandor de la luna y las estrellas y la oscuridad era casi total; la Elfa de la Noche estaba allí en su elemento, y era tan silenciosa y liviana que resultaba casi imposible saber dónde estaba. La melena del color de la noche de la elfa ocupaba prudentemente la brillante palidez de su rostro. Llegó un momento en que River tuvo que detenerse sin saber por dónde seguir, temiendo que si encendía una luz mágica donde pudieran verlo desde las cercanas murallas de la ciudad.

—Eyrien, aunque no te ensombrezcas, no puedo verte de noche si estás de espaldas —dijo.

Cuando empezaba a no saber qué hacer, unos ojos azules de pupilas verticales brillaron muy cerca de él y River dio un respingo, como siempre. Le parecía increíble que Eyrien estuviera realmente a sólo unos centímetros de su propio cuerpo y no lo hubiesen notado. Sin decir nada, la elfa le cogió la mano y tiró de él en la oscuridad. River se dejó llevar. Al darse cuenta de que se estaban acercando demasiado a las puertas de Selbast, estrechó más fuertemente la mano de Eyrien y la retuvo. Los ojos felinos se giraron a mirarlo, molestos.

—No eres tan tonto, River —dijo la elfa impaciente—, sabes perfectamente a dónde vamos.

—Te has vuelto loca.

—Vale, pues no me acompañes —le contestó Eyrien, soltándose la mano y abandonándolo en la oscuridad—. Vuelve a seguir probando la brutalidad de tus poderes contra los Nigromantes.

Los dos sabían que ella entraría en la ciudad y que él la acompañaría, pero River no cesó en su intento de hacerla entrar en razón.

—Hemos estado cerca del desastre en Selbast. ¡Acabas de salir por poco, Eyrien!

—Y ahora voy a volver a entrar.

River puso las manos sobre sus hombros, sintiendo el deseo de zarandearla para que recuperara la cordura.

—A veces sí pareces una temeraria —le dijo al final, vencido.

Los ojos de Eyrien se entrecerraron con ira y brillaron, mientras River sentía que los hombros de la elfa se ponían tensos bajo sus manos.

—Si no fuera por mi temeridad, hechicero, tú ni siquiera seguirías vivo ahora, porque hubiese sido yo misma quien te habría matado. Así que cuidado con poner en entredicho mis acciones.

—Lo sé, no te enfurezcas —dijo River—. ¿Por qué no me dices al menos lo que vamos a hacer?

—Porque soy la Dama de Siarta y la más inteligente del grupo, y porque no tengo por qué darte explicaciones —dijo Eyrien aún molesta, empezando a caminar hacia la ciudad—. Y ahora cállate; si sigues poniéndome trabas la próxima vez te dejaré en el campamento.

A River no le quedó más remedio que enmudecer y acatar sus desplantes, pues en el fondo se sentía dichoso de que Eyrien lo hubiera escogido a él y no a otro. Siguió a la elfa hasta el final de la arboleda, desde donde las murallas parecían elevarse hasta el cielo.



Las puertas de Selbast estaban abiertas y desiertas en aquel momento. Era lógico que los selbastianos pensaran que a nadie en su sano juicio se le ocurriría volver a entrar en una ciudad amurallada, cuando había tenido que salir huyendo de ella. A nadie excepto a ellos, pensó River frunciendo los labios mientras seguía a Eyrien. La elfa, indiferente pero alerta, le hizo un gesto para que la siguiera y se acercaron al refugio que ofrecían las sombras de la pared de los edificios cercanos. A la luz mortecina de las farolas, Eyrien estaba pálida y sus ojos tenían la expresión angustiada de quien trata de vencer a algún demonio interno. En su mejilla había un arañazo que no había tenido por la tarde, pero que ya parecía estar cicatrizado; sus ropas estaban llenas de polvo como si se hubiese caído al suelo.

—Eyrien...

—No —lo atajó la elfa en un susurro—. Ahora no, River.

Los ojos de Eyrien, oscuros pozos profundos nuevamente, brillaron mientras lo miraba y señalaba hacia una avenida lateral que se adentraba en la zona este de la ciudad. Allí las calles estaban muy separadas unas de otras, y el silencio hacía que se oyera con toda claridad las voces de los soldados que aún patrullaban por las avenidas cercanas. Tomaron aquel pasaje y avanzaron con premura, alertas, hacia el interior de la zona acomodada de la ciudad. Pero no tuvieron percances. River empezó a relajarse hasta que entraron en un vasto cementerio donde tumbas y panteones, cubiertos de musgo y telarañas, se alzaban tenebrosamente del oscuro césped del suelo.

Aquella vez ni siquiera trató de preguntarle a Eyrien dónde lo llevaba, se limitó a seguirla zigzagueando entre las lápidas que brotaban de forma desordenada. La elfa se dirigió hacia un mausoleo pequeño y maltratado por el tiempo, en el que nadie hubiese reparado pues no era especialmente raro ni bello. Eyrien saltó ágilmente y segundos después desaparecía por el interior de la estrecha abertura del único ventanuco del muro del panteón. Un instante después, River oía descorrerse el cerrojo de la puerta y ésta se abría chirriando en el silencio de la noche. Al otro lado, Eyrien le indicaba que entrara y volviera a cerrar la puerta.

—Es curioso que un mausoleo tenga un candado por dentro, y conjurado además —dijo River, mirando a su alrededor mientras Eyrien encendía una bola de luz azulada sobre su mano.

—Cierto, pero tienes que ser capaz de entrar por el ventanuco o tener una llave para darte cuenta de ello —le respondió Eyrien mientras se acercaba a una columna en forma de gárgola carcomida por el tiempo—. Ábrete.

La horrenda gárgola se abrió en dos mitades, dando paso a un túnel que se hundía en el suelo.

—Este pasadizo lleva directamente a la mansión de Nathaniel el Ideólogo —dijo Eyrien mientras se adelantaba por el túnel—. Aunque en un principio se construyó para que Nathaniel pudiera escapar con su familia en caso de ser descubierto, es el camino que toman los informadores de la Alianza para llegar a él desde que Selbast se ha vuelto tan peligrosa.

—Yo creía que el filósofo ése te había...

—Ssh —le chistó Eyrien—. Oigo ruidos y explosiones. Y a la niña llorando. Llegamos tarde.

River tuvo que correr para que Eyrien, con sus largas zancadas, no se perdiera de vista en la oscuridad. Poco después una rampa empinada los llevaba a una compuerta que se abría en el suelo

de una bodega. River fue consciente entonces de los sonidos que delataban que se estaba produciendo una batalla. A la niña no la oía, pero escuchaba una especie de alarido ultrasónico y constante, semejante al ruido que podía producir un delfín nervioso. Serena pese al caos evidente que se desarrollaba a su alrededor, Eyrien abrió una puerta que daba a una cocina amplia y bien amueblada que evidenciaba la alta posición que había tenido el Ideólogo en las esferas de poder de la ciudad. Ahora sin embargo estaba siendo atacado por todos los flancos, y los golpes mágicos chocaban una y otra vez contra un escudo protector que rodeaba la casa.

Del techo se desprendía polvo y los muebles vibraban y caían por todas partes. Habían llegado justo a tiempo, aunque River no sabía muy bien lo que habían ido a hacer allí. Por lo que él entendía Nathaniel había traicionado a Eyrien, ayudando a los Nigromantes a tenderle una emboscada. Por culpa de aquel hombre, honrado por la Alianza, Eyrien casi había acabado presa de Esigion en Maelvania. Pero era una tontería ir hasta allí para matarlo cuando era evidente que los Nigromantes ya estaban por la labor. De nuevo volvió a escucharse aquel grito agudo y potente. Sintiendo que iba a perforarle los tímpanos, River se tapó los oídos y miró a Eyrien. Ella no parecía sufrir los efectos de aquel sonido punzante que resquebrajaba las vitrinas de la casa.

—¿Qué es eso? —le preguntó a gritos mientras seguían buscando en las distintas estancias.

—Es Enora, la hija de Nathaniel —le contestó Eyrien mentalmente—. Su ancestro fue un Elfo de Agua y el miedo la hace defenderse, pero si sigue así va a echar la casa abajo.

Llegaron al recibidor de la casa y se detuvieron en el umbral. En el centro de la estancia había un hombre maduro de cabellos canos, bien vestido, de ojos de un azul turquesa como el mar. Estaba arrodillado de frente a la puerta de la casa, con los brazos extendidos y manteniendo a duras penas su conjuro. Con cada nuevo ataque del exterior, el hombre se convulsionaba al sentir en su propio cuerpo la agresión sobre el escudo mágico con que protegía su casa. Un hilo de sangre le corría desde la comisura de la boca crispada y las gotas de sudor perlaban su frente, arrugada por la tensión y el dolor.

—Por todos los dioses —murmuró River.

El hechicero alzó bruscamente la vista y su expresión se tiñó de aprehensión. Parecía pensar que la Dama de Siarta había venido a sumarse a los que buscaban venganza contra él.

—Lo siento, Eyrien —dijo con voz ronca, mientras sus brazos temblaban—. Amenazaron con llevarse a mi Enora a Maelvania. A mi pequeña e inocente niña, para convertirla en uno de los suyos. ¡No podía permitirlo! —dijo entre sollozos, mientras su temblor se volvía más convulso.

—¿Dónde está tu hija, Nathaniel? —le preguntó Eyrien con voz suave.

El Ideólogo la miró a los ojos; era fácil olvidar que los elfos, tan peligrosos y letales, tan temibles, eran incapaces de acometer aquel tipo de venganzas como lo harían los humanos. Su expresión dio paso al alivio cuando le indicó a Eyrien que su hija estaba escondida en un falso sótano que se abría bajo la mesa de la sala de al lado.

—River, ve a buscarla —dijo Eyrien mientras se arremangaba para ayudar al hechicero.

—Pero yo puedo ayudar —la contradijo.

—Tú tirarías la casa abajo sin darte cuenta, River —le respondió Eyrien con suavidad—. Haz lo que te digo.



River fue corriendo al salón vecino, consciente de que la casa parecía a punto de derrumbarse; podía oír cómo la sólida piedra de los muros se resquebrajaba a su alrededor bajo la presión de los continuos hechizos que se lanzaban desde ambos lados. Apartó la mesa y la alfombra de un puntapié, y tiró de la argolla disimulada en el maderamen del suelo. Asomó la cabeza al interior del oscuro refugio y descubrió unos ojos turquesas brillantes por el miedo. La niña gritó. Mientras se tapaba los oídos con las manos, River recordó que en el Centro Umbanda les habían explicado que los Hijos del Agua utilizaban aquella habilidad para hundir los barcos de Maelvania. Si la niña humana podía emitir un sonido así, River prefería no escuchar nunca a un verdadero Elfo del Agua. Parpadeó para apagar sus ojos y soportando a duras penas aquel sonido alargó las manos hacia la pequeña para sacarla; no podía permitirse más retrasos.

—Tranquila, Enora —le dijo a la niña tratando de ser amable—. Soy amigo de tu padre. He venido a sacarte de aquí y ponerte a salvo.

La niña lo miró asustada, respirando con pesadez. Su melena rubia estaba revuelta y de sus ojos de color turquesa ya enrojecidos, brotaban nuevas lágrimas de miedo. La voz de Eyrien retumbaba como un látigo en la casa, y las paredes se resentían cada vez más. Fuera los Nigromantes empezaban a gritar que había un elfo en la casa, pues también ellos oían su voz reverberante. Recrudecieron sus propios conjuros, excitados ante la posibilidad de acabar con la vida de una feérica. River supuso que aquellos Magos no suponían quién era ella.

La casa tembló hasta los cimientos y la niña se sobresaltó. River la protegió entre sus brazos de los trozos de yeso que se descolgaron del techo, y volvió al recibidor. Entre los muebles caídos y los escombros, Nathaniel seguía temblando arrodillado en el suelo; la sangre que brotaba de la comisura de sus labios ya le manchaba la túnica. Eyrien miraba hacia la puerta con los ojos dorados, furiosos pero lúcidos, y sus cabellos se removían a su alrededor. Extendía las manos murmurando hechizos de protección que, aunque conseguían neutralizar los conjuros de fuera, amenazaban con hacer saltar la puerta en pedazos. La llamó. Ella giró bruscamente, con una expresión tensa que se convirtió en alivio cuando vio a Enora.

—Bien —dijo con la voz entrecortada—. Nathaniel, ve hacia...

—No —dijo el hechicero—. No, mi Dama. Hay demasiados hechiceros ahí fuera. Alguien tiene que mantener la casa en pie mientras los otros huyen, y sé que tú no estás fuerte. Yo voy a morir igualmente —añadió al ver la expresión obstinada de la elfa—, la magia ha consumido mi cuerpo. Siento que parte de mí se evapora sin remedio. Llévate a Enora. Si mi hija vive y tú me perdonas, yo moriré en paz y cumpliré mi castigo.

—Te perdono, Nathaniel —le dijo Eyrien mientras indicaba a River que retrocediera hacia la cocina.

—¿Cuánto tiempo necesitáis? —le preguntó Nathaniel a Eyrien con un hilo de voz.

La Dama de Siarta lo miró, calculando cuánto más podría exigirle a Nathaniel.

—Tres minutos —dijo al fin—. Yo protegeré el túnel hasta que salgamos de él.

—Bien. Tenía información... de verdad —dijo el hechicero con un último esfuerzo—. Tenía que decirte...

Un nuevo ataque y una nueva convulsión lo hicieron estremecerse.

—Cuídate de las Flores del Sueño... —consiguió decir—. Y busca en las Fortalezas de Piedra... Todos están allí, mezclados. Todos, menos...

No pudo seguir. Un nuevo ataque contra su escudo hizo que se le crispara el rostro y que el hilo de sangre que manaba de su boca se hiciera más espeso.

—Cuando Enora crezca, sabrá lo que hiciste por las dos —le dijo Eyrien—. De tu nombre se hablará con honor y te recordaremos con calidez en nuestros corazones. Adiós, Nathaniel.

El hechicero asintió aliviado, temblando más violentamente ahora que Eyrien había dejado de contraatacar con fiereza los ataques que venían de fuera. River tuvo que sujetar a la niña, que trató de desembarazarse de él para correr junto a su padre. La apretó contra sí, compadecido. Eyrien se acercó a ellos lanzando un último conjuro contra la puerta, y fuera se oyó un grito agónico de dolor. La casa volvió a temblar y la ventana más cercana se resquebrajó detrás de los postigos.

Mientras volvían hacia la bodega donde estaba la entrada del túnel, River notó que las lágrimas le humedecían los ojos a él también. Eyrien, a su lado, tenía un aspecto sombrío como no se lo había visto nunca. Mientras la casa retumbaba a su alrededor cada vez con más fuerza, Eyrien abrió la compuerta del suelo de la bodega y dejó bajar a River con la niña.

—Enseguida vuelvo —murmuró.

Antes de que River dijera que no volviera, ella ya había desaparecido de su vista. Tardó sólo dos minutos en volver, pero cargaba con un petate lleno de libros y manuscritos, y una bolsa de cuero que tintineaba cada vez que la movía. Se dejó caer por la compuerta y la cerró. Aún no habían avanzado ni dos metros cuando un temblor atronador que arrancó cascajos del techo del túnel, les indicó que la casa se había derrumbado sobre sus cabezas. Eyrien lanzó un conjuro para mantener el pasadizo intacto, aunque el polvo siguió cayendo.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo—. Yo tampoco estoy en mi mejor momento.

River la miró y asintió, apretando a Enora contra su pecho mientras la niña sollozaba sin consuelo; no debía tener más de seis años, pero no hacía falta ser mayor que eso para saber que no sólo había perdido su casa sino también a su padre y un futuro sin penas. Cuando atravesaron de nuevo la apertura de la gárgola, un sonido como un alud delató que también el túnel se había venido abajo tras ellos; al menos los maelvanienses jamás sabrían por dónde habían escapado al descubrir que sus cuerpos no estaban entre las ruinas. Eyrien se acercó a la puerta del sepulcro, concentrando sus finos sentidos en captar cualquier sonido de peligro.

—Enora —dijo Eyrien, haciendo que la niña volviera la cabeza para mirarla, no sin asombro por el timbre reverberante de su voz—, ahora debemos ser cautelosos para poder escapar. A tu padre le gustaría que nos pusiésemos a salvo, así que tenemos que guardar silencio y ser discretos como las sombras de la noche. ¿Lo entiendes?

Enora asintió, convirtiendo sus sollozos en un llanto casi silencioso. Eyrien se quitó su capa y la puso sobre la niña, protegiéndola tanto del frío de fuera como de las miradas inoportunas. Lanzó un conjuro a la bolsa de cuero para que dejara de tintinear. Miró a River, que asintió; estaba deseando estar de nuevo fuera de aquella ciudad de horrores a la que no deseaba volver mientras viviera. Salieron del cementerio, por el lado opuesto al que habían entrado.

Eyrien los llevó por otras calles de la ciudad en las solitarias zonas comerciales. Se sorprendió

cuando entraron en los barrios bajos de la ciudad, recordando la última vez que había seguido a Eyrien a un lugar así; en aquella ocasión había visto cosas que habían hecho que su vida diera un vuelco. Pero Eyrien no estaba de caza. Tras recompensar generosamente a un tabernero que tenía su establecimiento apoyado contra la muralla, se les abrió un portón en la misma que daba al exterior de la ciudad. River respiró aliviado cuando se adentraron en el bosque tranquilo y silencioso, alejándose al fin del peligro que ocultaba la aparente neutralidad de Selbast. Enora, exhausta, se había dormido en sus brazos.



Cuando llegaron al campamento, al filo de la medianoche, la batalla ya había terminado y todos sus compañeros se hallaban ilesos —salvo unos cuantos arañazos y moretones de los que Killian y Freyn eran los más servidos—. Habían movido sus cosas para alejarlas de los cuerpos caídos y la sangre, y Eriesh, arrodillado frente a Freyn, le trataba una herida en el hombro derecho. Nadie le exigió a Eyrien explicaciones sobre su súbita desaparición, únicamente se quedaron mirando con expresión sombría a la niña y las bolsas que llevaban entre ambos. River se acercó a Killian, que se taponaba una herida del brazo con un pañuelo. El príncipe echó un vistazo bajo la capa de Eyrien e interrogó a River con la mirada. Éste no le respondió, sólo quería asegurarse de que su amigo no había sufrido daños en su ausencia. Eriesh se le acercó, apartando la capa de Eyrien. La niña aún dormía, pero sus mejillas seguían mojadas.

—¿No es la hija del Ideólogo? —preguntó Tirenía acercándose también.

—¿Y Nathaniel? —preguntó Eriesh.

Eyrien negó con la cabeza, desviando la vista al suelo con furia. Llamó a Elarha, y cuando la pegaso se acercó, sujetó con delicadeza a la niña aún dormida en su lomo. Liberó de sus fardos a la pegaso y ató a sus flancos los legajos de pergamino y el saco de cuero, que constituía ahora toda la herencia de la hija de Nathaniel el Ideólogo.

—Duerme hasta que llegues a Arsilon —dijo Eyrien en lengua élfica, inclinándose sobre Enora. Luego fue a acariciar el morro de Elarha—. Llévala al Centro Umbanda de Arsilon. Hedar sabrá lo que hacer, tanto con la niña como con los documentos de Nathaniel. Si no me equivoco, es todo lo que salvó de los Antiguos Reinos de Suria. Ahora entiendo por qué Nathaniel nos pidió asilo para su acólito Willem; sabía lo que iba a pasar, tanto si obedecía como si no —suspiró, y besó la testuz de la pegaso con dulzura—. Vuela alto, Elarha, que no te vean. Después vuelve a mi lado, pero tan sólo si los caminos del aire siguen siendo seguros.

La pegaso extendió las largas y suaves alas plateadas y en completo silencio alzó el vuelo. Eyrien la observó mientras se alejaba y luego miró pensativa a su alrededor.

—¿Dónde está el vampiro? —preguntó.

Ashzar surgió silenciosamente de los árboles tras ella y se acercó mucho a su espalda.

—Aquí —le susurró con su voz dulce y amenazadora al oído.

Los músculos del cuerpo de Eyrien se tensaron pero, si se había asustado, no lo dejó traslucir.

—No vuelvas a hacer eso —le dijo Ashzar inclinándose hacia ella—. No te he salvado la vida para que la arriesgues de nuevo. Recuerda que tenemos algo así como un trato.

Eyrien no le respondió, pero se fijó en el bulto que cargaba el vampiro. Ashzar desenvolvió el hato de telas entre las que se ocultaban la espada de Killian y la suya propia que había llevado River. Las había recuperado de alguna caserna de los soldados selbastianos en su ausencia.

—No estaba dispuesto a dejar mi espada en manos de esos ignorantes —dijo mientras le tendía la espada arsiloniana a un Killian atónito. Luego le tendió la suya a River—. Quédatela, Inhumano. Ahora tengo otra —dijo, apoyando la mano en el pomo veteado de mineral violeta del arma que llevaba colgada al cinto—. Casi me ganaste aquel día en Sentrism, considéralo un botín de guerra.

River volvió a envainar la espada de Ashzar, pero no le agradeció ni el regalo ni el piropo. Intentaría matarlo con aquella misma espada en cuanto el juramento cayera, y el ícubo volviera a ser un peligro para Eyrien. Ella, mientras tanto, observaba en silencio la espada curva que el vampiro llevaba al cinto, y parecía especular algo que los demás no entendieron.

—¿Por qué llamas Inhumano a River? —le preguntó finalmente.

—Porque eso es lo que es, ¿no? —contestó Ashzar, mientras Killian lo miraba indignado y Freyn gruñía—. Ya ni siquiera es humano del todo.

—Entonces lo sabes —aseveró Eyrien, y los demás guardaron un silencio tenso—. Sabes lo que le ha pasado a River, y sin duda sabes por qué y quién lo ha hecho.

—Sé más que tú, desde luego —dijo el vampiro sonriendo—. Pero me temo que no puedo contártelo, estoy juramentado.

—Y sin duda sabes muchas otras cosas —dijo Tirenica—. Como por qué no podemos usar las comunicaciones telepáticas.

—Sin duda —dijo Ashzar sin abandonar su magnética sonrisa, mientras fijaba sus evaluadores ojos grises en la Elfa de las Rocas—. Os había traído a alguien que podía deciros todo lo que necesitáis saber —dijo acercándose a su yegua y levantando el manto que ocultaba su grupa. El prisionero, el Rastreador de la puerta, tenía una flecha clavada en el lado izquierdo de la garganta—. Pero me temo que ha caído en nuestra breve batalla y no va a poder deciros nada.

Eyrien se llevó los dedos a los labios azules, pensativa.

—Nathaniel también sabía cosas —murmuró—. Todos están en las Fortalezas, mezclados. «Todos menos»... ¿Quiénes serán todos, mezclados, y quién faltará?

—¿Y se puede saber qué hacen los Sabios Videntes en un lugar maldito como son las Fortalezas de Piedra? —preguntó Killian.

Tanto River como Killian sabían que la Fortalezas habían sido el primer hogar de los enanos. Un hogar rico y pacífico, hasta que se inició su lucha contra los elfos y los enanos guerreros se trasladaron a Enadar y Riskaben. Maelvania asoló lo que quedaba de la antigua raza en aquel lugar ahora abandonado. Y desde que los femorianos eran enemigos de la Alianza, era un sitio prácticamente inaccesible, demasiado cerca de la región del Estrecho y de Maelvania, si es que no estaba ya en su poder. Así que resultaba un lugar extraño para ser la nueva morada de los Videntes

de Siarta. La forma de pensar de los Hijos de la Noche era incomprensible.

—No sé por qué han ido allí, pero lo averiguaré —dijo Eyrien, y siguió paseándose—. Y debo cuidarme de la Flor del Sueño —se detuvo y se giró hacia Ashzar—. Me sentí mareada cuando me colgaron aquel colgante del cuello. Quizás tenía eso dentro... ¿Es la Flor del Sueño la que nos impide comunicarnos?

El vampiro sonrió por toda respuesta.

—Eso es un sí. Pero no puedes hablarnos de ello... —aceptó Eyrien—. ¿Podrías mostrármela?

Ashzar volvió a sonreír, observando apreciativo a la Dama de Siarta; aquellas miradas hacían que River sintiese el sabor amargo del odio y que Killian se llevara la mano a la empuñadura de la espada. Eyrien, sin embargo, no parecía ser consciente de que aquel ser estaba dispuesto a beber su sangre hasta matarla en cuanto lo hubiese llevado donde deseaba. River miró a los dos Elfos de las Rocas, pero ellos permanecían tranquilos también, si bien sus rostros estaban sombríos. Incluso Freyn parecía haber aceptado la situación con estoicismo.

—Eres una elfa lista —respondió Ashzar—. Creo recordar que hay una no lejos de aquí.

Al ver que los demás empezaban a recoger sus cosas, River se acercó a Eyrien.

—No lo dirás en serio, ¿verdad, mi Dama? No podemos seguir a este...

—¿Acaso puedo escoger? —le preguntó Eyrien mentalmente, con voz cansada, acabando de empacar sus cosas. Luego habló en voz alta—. Pero hay una forma de que os quedéis todos más tranquilos.

Sacó la daga que llevaba al cinto y se hizo un corte en el interior del brazo con ella. Aunque era superficial, su sangre rojo-dorada no tardó en brotar de la herida. La expresión de Ashzar se volvió temible y amenazante, ávida hasta la desesperación, pero en cuanto dio el primer paso hacia ella giró bruscamente la cara y retrocedió.

—Elfa malcriada —murmuró furioso pero sin mirarla, mientras Eyrien buscaba entre sus alforjas el botecito de savia curativa—. Llegará un día en que no haya juramento que te proteja de mí.

—A mí me parece prueba suficiente —dijo Eyrien ignorando la amenaza y aplicándose la savia en el brazo sin quejarse—. ¿Por dónde? —preguntó mirando a Ashzar.

El vampiro se encaminó hacia el Este para rodear la ciudad hacia el Norte; su yegua trotaba silenciosa tras su sombra. Pero poco a poco, con reticencia, los demás empezaron a seguirle. River, caminando en silencio junto a Killian, observaba la espalda del vampiro sin poder creérselo. Hacía sólo unos meses que aquel mismo ser casi había destruido lo que más le importaba en el mundo. Y ahora, por algún motivo que se le escapaba, el destino los había reunido y parecía que el vampiro los ayudaba. Pero quizás sólo lo parecía.

## La memoria de un vampiro

Guiados por Ashzar, caminaron en silencio durante varias horas hacia el Norte, adentrándose en la linde boscosa que separaba Centria de Amazonia. No hablaban, ni se quejaban del largo tiempo de caminata tras la reciente batalla. Se limitaban a sortear las grandes rocas musgosas que, a la luz de la luna, brotaban de repente frente a ellos. Observaban la esbelta espalda del vampiro con las más turbulentas emociones. Killian, cuando estuvo demasiado cansado para caminar, se subió al lomo de Jano y trató de mantenerse despierto. Observar con furia al ser que encabezaba la marcha lo ayudaba a mantener los sentidos despiertos. River tampoco conseguía apartar la mirada del vampiro. Aquel ser al que odiaba y temía más allá que a todo el reino de Maelvania, el que poblaba sus pesadillas, el que quería arrancar uno de los pilares que, inalcanzable pero vital, hacía que la larga y solitaria vida que tenía por delante se hiciera llevadera. Necesitaba saber, de los muchos pensamientos que parecía albergar el vampiro, cuál era el que predominaba en su mente depredadora cuando pensaba en Eyrien.

De pronto River sintió que se evadía, que el mundo desaparecía a su alrededor dejando visible sólo al vampiro como un foco luminoso. Y sintió urgencia, una sed atroz; una atracción irresistible hasta llegar a ser dolorosa, un turbulento mar de sensaciones que se resumían en hambre voraz, y deseo.

—O sales de mi cabeza o te saco yo, Inhumano —dijo Ashzar sin dejar de caminar.

—¡River! —restalló la voz de Eyrien—. Te dije ya una vez que no entrometieras en la mente de la gente. Todos los Elfos de la Noche tenemos esa capacidad, y por tanto ahora tú también, pero no la usamos. Es un atentado contra la intimidad.

River parpadeó, sintiendo que la bruma que espesaba su cabeza se dispersaba en jirones de humo. Miró a Eyrien impotente y confuso, pero después volvió a acordarse de lo que había leído en la mente del vampiro.

—Pues quizás deberías empezar a leer algunas mentes, antes de tomar decisiones precipitadas —le dijo mentalmente—. Si supieras...

—¿Acaso crees que necesito algo más que su mirada para saber lo que hay en la mente del vampiro? —lo cortó Eyrien, y su mente sonó como un siseo—. No seas ridículo.

River no insistió. Advertía que no era un buen momento para oponerse a ella. Además sabía, desde que estuvo en Siarta, que ella había aprendido mucho de los íncubos en su gran biblioteca, posiblemente era una de las elfas que más conocimientos poseía sobre los vampiros. Así que tenía que reconocer que era absurdo tratar de sermonearla. Apoyó la mano en el flanco de Procyon, y acarició distraídamente su largo pelaje dorado. Buscaría un momento más apropiado para intentar hacer entrar en razón a Eyrien.

Siguieron andando en silencio hasta que el penetrante frío invernal hizo patente que habían entrado en la madrugada. A aquellas alturas también River había subido a lomos de Procyon, y Freyn había cogido una rama del suelo para usarla como bastón en el que apoyarse para caminar.

En aquellas situaciones, era más clara que nunca la diferencia que había entre ellos y sus incansables acompañantes élficos. Sin embargo poco después, Eriesh se acercó a Eyrien y le rodeó la cintura con un brazo. El vampiro captó el movimiento, y se giró a mirarlos.

Ashzar juzgó pertinente detenerse al fin. Habían avanzado veinte kilómetros y se habían alejado lo suficiente de Selbast como para no temer que los siguieran enseguida. Liberaron de sus cargas a los caballos y a Procyon, y extendieron sus mantas en el suelo. River encendió una fogata con magia y se sentaron a su alrededor, arrullados por el susurro de las hojas y los extraños idiomas de los animales del bosque. Eyrien parecía exhausta. Se acurrucó contra el costado de Procyon, y cerró los ojos mientras el pegaso la rodeaba con un ala plumosa. Eriesh se sentó cerca de ella y permaneció largo rato mirando silenciosamente al vampiro, enroscando distraídamente un cordón de cuero entre sus largos dedos. Era imposible reconocer emoción alguna en el rostro pétreo del elfo.

—El hecho de que os esforcéis en permanecer despiertos y vigilantes —dijo Ashzar mirando a los mortales—, no va a cambiar nada. No voy a atacar a Eyrien, pero en el caso de que decidiera hacerlo tampoco podrías hacer nada por evitarlo. Ahora no podría morder a Eyrien salvo que ella me dejara, y no creo que esté muy dispuesta. Así que aprended de la sabiduría de vuestra joven Dama y descansad, porque os esperan muchos días de camino y lo peor estará al final.

Poco a poco el cansancio fue venciendo la reticencia de cada uno de los compañeros, hasta que tan sólo Ashzar, Tirenía y Eriesh permanecieron despiertos.



Cuando llegó el amanecer, Killian despertó y ya ni siquiera se sorprendió de ver que no sólo el vampiro y los Elfos de las Rocas, sino también River, estaban ya sentados y en silencio alrededor de las humeantes ascuas del fuego. Frunció el ceño al no ver a Eyrien con ellos. Procyon estaba acurrucado todavía al otro lado del claro, con la cabeza arqueada hacia las patas como si estuviera protegiendo algo. Tenía un ala medio desplegada, y de debajo de ésta asomaban largos cabellos azules que se extendían sobre su flanco dorado.

—¿Qué le hicieron los Nigromantes? —preguntó Killian en voz baja, preocupado.

—No estoy seguro, yo no soy Mago y no estaba presente —dijo Ashzar apoyando los brazos en las rodillas con una envidiable elegancia natural—. Por lo que pude averiguar de mi prisionero, el Maestro Nigromante torturó su mente con electricidad por no sé qué.

—Sé cuál es ese conjuro —murmuró River—. Incluso podría realizarlo, supongo.

Se dio cuenta de que había hablado en voz alta cuando los demás se giraron a mirarle. Freyn fruncía el ceño, igual que Killian, pero los elfos mantenían en él una mirada pensativa, resignada, como si estuviesen meditando algo que pese a ser desagradable no tenía solución posible.

—¿Vosotros también podríais hacerlo, no? —les preguntó River.

—Conocemos el conjuro, por supuesto —respondió Tirenía con voz grave—. Pero jamás

podríamos usarlo. La magia Vodun no está hecha para ser usada por los feéricos, los únicos poseedores lícitos de la magia. Somos elfos, River. No disfrutamos matando, y sólo atacamos cuando nos atacan primero. Tú, en cambio, parecía que te divertías ayer.

—Se lo merecían, y fue más fácil de lo que pensaba. Subinion tenía razón, aún tengo que descubrir hasta dónde llegan mis poderes —dijo River. Luego cayó en la cuenta de la expresión de Eyrien cuando le había preguntado si ya se había cansado de matar Nigromantes—. ¿Por eso Eyrien me mira a veces como si fuera un peligro? ¿Cree que podría gustarme matar como si fuera un Nigromante?

—Bueno, tú eres humano, y no te comprendemos bien —dijo Eriesh amablemente—. Hay cosas, y poderes, que ningún elfo en su sano juicio utilizaría jamás. Tú, en cambio, no tienes esos impedimentos morales. Subinion, por ejemplo, muy posiblemente sería capaz de destruir una ciudad entera, y no dudo que Eyrien también. Pero jamás lo harían.

—Pues quizás eso nos iría bien —dijo Killian—. Podrían ir a Maelvania y...

—No todos son culpables ni merecen morir incluso en Maelvania.

—Ah, ahí lo tenéis —dijo Freyn con una mueca—. Jamás lo harían porque son feéricos. Y River ha desequilibrado la balanza.

—¿Por qué creéis si no que aún no han ganado los feéricos esta larga guerra vuestra? —añadió el vampiro, mirando a su alrededor con gesto aburrido—. Si no tuvieran esos escrúpulos, ya habrían acabado con todos los humanos del Continente Sur, o incluso de la Tierra. Pero mejor para vosotros, ¿no? Porque os consideran una lacra. Debéis estar agradecidos de que la sufriente Dama os tenga en tanta estima. Demasiada, creo yo, teniendo en cuenta que arriesga la vida en ello. La dejaremos dormir un poco más. Necesita recuperarse.

—Estoy despierta y estoy recuperada —dijo de pronto Eyrien; se había levantado sin hacer ruido y permanecía erguido junto a Procyon. Tenía mejor aspecto que la noche anterior, así que no la molestaron preguntándole cómo se encontraba; sabían que no le habría gustado—. Y no los consideramos una lacra. Simplemente pensamos que necesitan aprender a respetar la Tierra. Los reinos de la Antigua Suria nos demostraron que los humanos podían llegar a ser honorables, y consecuentes con sus actos.

—Pero siempre habría un reino de Maelvania para aplastar a tan dignos caballeros —dijo Ashzar—. Los humanos son así, no podéis cambiarlos. Cuanto antes lo aceptéis, antes tomaréis medidas para no extinguirnos vosotros, elfos.

A sus palabras siguió un silencio tenso. Killian miró a Eyrien preocupado, esperaba que ella no tuviera en cuenta las sombrías advertencias de Ashzar. Lo que menos necesitaba ahora la Alianza era que los feéricos decidieran ser egoístas y se ocuparan tan sólo de sus propios asuntos. La Dama de Siarta no cambió su expresión, sin embargo. Se limitó a mirar a Ashzar en silencio, quizás hablando telepáticamente con él, mientras sus cabellos y sus ojos adoptaban un tono más claro con el avance de la mañana temprana.

—Indícanos qué senda tenemos que seguir —le dijo la Dama finalmente en voz alta, sin emoción alguna—. Quiero ver esa Flor del Sueño y seguir mi camino cuanto antes.

—No quieras apresurarte tanto a llegar al final, pues podría ser también el tuyo —le advirtió



Ashzar telepáticamente.

Aquel paternalismo hizo que a Eyrien le hirviera la sangre. Apartó sus ojos de él para no volver a mirarlo y se puso a recoger sus cosas. Pero Freyn la detuvo.

—Un momento —dijo—. Eyrien, ¿vas a hacer el favor de explicarnos qué pasó ayer?

La Dama de Siarta suspiró, seguramente porque adivinaba el revuelo que se formaría tras reconocer que Esigion de Maelvania le había tendido una trampa. Discutieron largamente las implicaciones que esto tenía. Estaba claro que Esigion tenía interés en ella, pero lo que más preocupaba a Freyn era que de nuevo los maelvanienses estuvieran utilizando a los humanos para coaccionar a los elfos. Porque éstos siempre caerían en la trampa. Inesperadamente, salió a relucir el nombre de Arla de Udrian, pero antes de que River pudiera preguntar Eyrien los conminó a todos a seguir la marcha. Nada conseguirían perdiendo allí unas preciosas horas hablando de problemas que en aquel momento no podrían solucionar.

Desayunaron en silencio y reiniciaron el trayecto siguiendo a Ashzar bajo la luz engañosamente alegre de la mañana. Eyrien iba delante, pero se mantenía tan lejos como podía del vampiro. River quiso preguntarle cómo se encontraba, pero tenía la sensación de que la confianza que había renacido entre ellos en Siarta se había desvanecido. Además se sentía indignado, a medida que comprendía cuál era el temor que tenían los elfos respecto a él. ¿De verdad creían que podía volverse un asesino salvaje como los Nigromantes de Maelvania? Bueno, estaba claro que sí, y la Profecía no ayudaba. Se preguntaba cuándo podría ganarse la confianza de alguien. Él no había escogido lo que le habían hecho, pero no iba a desperdiciar un poder tan necesario en la guerra.

Así avanzaron durante toda la jornada, haciendo una breve pausa para comer y prosiguiendo la marcha en la tarde por el bosque cada vez más tupido que los llevaba hacia el interior de Amazonia Exterior. No había sendas visibles, ni daba la sensación de que por allí hubiera más seres vivos que los animales que habitaban la hojarasca, pero tanto los elfos como el vampiro y el enano se mostraban alertas. Cuando acamparon por la noche, se permitieron montar las tiendas. Ashzar aceptó la que Freyn no usaba y se sentó frente a ella, observando el fuego que Tirenía había encendido con magia. El vampiro parecía relajado, tranquilo, pero River no podía dejar de vigilarlo. Al fin y al cabo si lo dominaba la sed, aquel ser podía ser un oponente imbatible. Los elfos parecían bastante apaciguados con su juramento, e incluso Freyn se había resignado pese a que acariciaba el filo de su hacha mientras miraba al vampiro, pero River no toleraba su presencia. Entró en su tienda, tratando de no golpear nada en su furia porque Killian ya estaba durmiendo.



Prosiguieron el camino a través del denso territorio boscoso y solitario de los lindes de Amazonia Exterior. Avanzaban a una velocidad asombrosa, y Killian había perdido la cuenta, exhausto, de la cantidad de kilómetros que habían recorrido. Los árboles eran cada vez más gruesos y nudosos,

espaciados pero haciendo del bosque un lugar muy cerrado. El viento empezaba a soplar frío, y las nubes finas y grises que se extendían por el cielo daban a la mañana un aspecto triste. Repentinamente, algo llamó la atención de Eyrien. Los chistó a todos, y se oyó una especie de ulular agudo y sentido, expresivo y melodioso, en lo alto de la arboleda.

—Vaya —murmuró Eyrien.

Miró hacia arriba de nuevo ladeando la cabeza. Se puso en pie sobre el lomo del pegaso, y saltó ágilmente para colgarse de una rama que se alzaba a bastante altura del suelo. Después, desapareció silenciosamente entre la hojarasca del árbol. Procyon se detuvo, paciente, mientras Ashzar volvía atrás y se detenía a su lado. No parecía menos desconcertado que los demás.

—Qué criatura tan extraña y extraordinaria es esta elfa —murmuró.

Poco después volvió a oírse el agudo ululato, aunque aquella vez el sonido delataba alegría y alivio. River se preguntó, sacudiendo la cabeza, cómo podía adivinar alivio en el graznido de un pájaro. Eyrien se dejó caer con gracilidad al suelo, algo por detrás de Procyon y protegiendo algo dorado entre las manos. River lo reconoció de pronto y silbó asombrado, tan sólo había visto a los fénix en los libros del Centro Umbanda; sabía que los Elfos Ígneos habían utilizado estos minerales en sus guerras como bombas camicaces que estallaban en fuego contra sus enemigos antes de renacer de sus cenizas. Pero el espécimen que Eyrien rodeaba con sus largos y pálidos dedos era un fénix muy pequeño, de un palmo de longitud. Su plumaje naranja y rojo, brillante, le daba un aspecto flamígero.

—¿Qué hace ese animal tan lejos de Vulcania? —preguntó Freyn irguiéndose cuanto podía para observar al animal que piaba alborozado entre las manos de Eyrien.

—Seguramente era un mensajero, pero debieron derribarlo desde el bosque mientras volaba. Por su tamaño, debe hacer unos seis meses que renació de sus cenizas. Eso coincide con mi... nuestra visita a Senstrist —dijo Eyrien, y Killian miró al vampiro de reojo—. Pero no sé a quién podría venir a buscar aquí. En todo caso, es una suerte que lo hayamos encontrado. Tirenia puede acercarlo hasta Greisan cuando parta, y desde allí será fácil que alguien lo venga a buscar desde Vulcania. Mientras tanto no te preocupes, pequeño —dijo suavemente, rozando su nariz con el pico del fénix—. Nosotros te cuidaremos. Acércate, River.

River frunció el ceño, pero se acercó. Miró de cerca al animal, y dejó que Eyrien lo encaramara a su brazo.

—¿Lo ves? —dijo Eyrien sonriendo—. Le gustas. Tu esencia es ígnea, así que está cómodo contigo.

—Precioso retoño, ¿es vuestro? Si ya lo habéis adoptado —dijo Ashzar con ironía—, podríamos seguir adelante.

Eyrien volvió a tomar en sus manos al fénix y montó sobre el lomo de Procyon.

—Me pregunto si podremos seguir adelante sin acumular más seres indefensos que reclamen la atención de la elfa —dijo Ashzar, y miró a River—. ¿No te parece que ya somos demasiada compañía?

—Sí, pero si tuviese que deshacerme de alguien empezaría por ti —dijo River.

Ashzar le dedicó una de sus turbadoras sonrisas que asustaban más que animaban, pero en sus

ojos se adivinaba diversión.

—¿Y aún no sabes volar? —le preguntó Eyrien al fénix ignorando su discusión—. Ven, enséñame lo que haces.

El fénix extendió las alas membranosas a los lados y tras un momento empezó a batirlas estirando el cuerpo hacia arriba, mientras Eyrien mantenía las manos debajo por si caía. Tras un verdadero esfuerzo y unos saltitos, el animal consiguió elevarse unos centímetros antes de caer de nuevo en las manos de Eyrien con un ululato de triunfo.

—¡Vaya, muy bien! —dijo Eyrien sonriendo. Luego se giró hacia ellos y dijo—: Ya casi lo tiene, ¿verdad?

—Casi, casi —dijo Ashzar con ironía.

El resto de la mañana Eyrien siguió sentada sobre Procyon con las piernas cruzadas, animando al fénix a aprender a volar. Se reía constantemente y le dedicaba una dulzura y una atención que River nunca le había visto desplegar antes. El fénix era sin duda el que más disfrutaba ahora del viaje. Con absoluta impunidad trepaba por las crines de Procyon o las ropas de Eyrien, y hacía pruebas de vuelo para ganarse los elogios y las caricias de ésta, que parecía no cansarse de dedicarle sus atenciones al fénix. A media tarde el animal ya era capaz de elevarse un metro por encima de Eyrien, y ésta le aplaudía mientras el animal flamígero ululaba contento. Una de las veces en que el fénix revoloteaba a trompicones por encima del regazo de Eyrien sopló una fuerte ráfaga de viento del Este, y desestabilizó su precario equilibrio yendo a parar fuera del alcance de las manos de Eyrien.

—Oh —exclamó la elfa, y se inclinó hacia atrás tratando de coger al fénix antes de que cayera al suelo.

Procyon se volvió dorado de nuevo y extendió el ala izquierda, de forma que Eyrien quedó estirada sobre ésta mientras el fénix le caía sobre el pecho. La elfa ni siquiera parecía haber dudado de que el pegaso evitaría como fuese que cayera al suelo. Ahora se reía, mientras el fénix ululaba contento después de aquella aventura y Procyon caminaba con el ala extendida.

Tirenía y Eriesh discutían sobre la forma en que los Cazadores podrían ser útiles de nuevo, y Killian y Freyn hablaban de las antiguas armas feéricas; el príncipe de Arsilon deseaba saber si podían recuperarse o si podrían llegar a fabricarse de nuevo. Freyn buscaba la forma de decirle amablemente que el sol se helaría antes de que los enanos volvieran a fabricar armas mágicas para otros seres. Respecto a recuperarlas, tan sólo sabían hacerlo los guls, hábiles en encontrar las tumbas olvidadas de los muertos.

River era el único que seguía tan obsesionado con el vampiro como el día anterior. No era capaz de pensar que Eyrien sabía lo que hacía, como Freyn y Killian, ni confiar en el juramento del vampiro y aceptar el curso de los acontecimientos, como Tirenía y Eriesh. Incluso Procyon había cedido ante la amenaza que suponía el íncubo, y caminaba a su lado mientras Eyrien se sentaba con las piernas cruzadas sobre su lomo. Le carcomía la idea de estar enfadado con Eyrien, y sentía celos. La vida había sido tan fácil cuando tan sólo habían estado ellos dos en las frías y serenas tierras de Siarta...

—Hemos llegado —dijo Ashzar de pronto, acallando todas las conversaciones.

El vampiro hizo un ademán del brazo para señalar una planta alta, de medio metro de altura, hermosa como pocas de las que había alrededor. Tenía todo el aspecto de ser un espécimen tropical, y resaltaba entre los árboles y las plantas oscuras y pequeñas de aquel ambiente frío y continental. Las hojas, largas y lustrosas, brotaban como una corona en la que había engarzadas grandes flores de color púrpura y blanco. Los estambres eran también púrpuras, y se enroscaban adoptando formas extrañas.

Eyrien demostró de Procyon y fue a ponerle a River el fénix en los brazos. El animal ululó de nuevo y trepó con las patas y las uñas de sus alas escamosas hasta su hombro, donde se aovilló extendiendo la cola alrededor de su cuello. River acarició al animal, que no tardó en quedarse dormido, mientras veía a Eyrien acercarse a la planta e inclinarse sobre ella. A la elfa le gustaba aquella planta, como feérica apreciaba las obras de la naturaleza. Extendió la mano, acercando deliberadamente el dedo al estambre de una de sus flores, pero de pronto se produjo un movimiento brusco y Ashzar estaba a su lado, agarrándole la muñeca con fuerza.

—De verdad que no entiendo cómo has sobrevivido tanto tiempo —le susurró el vampiro furioso, inclinándose hacia ella sin soltarle aún la mano—. ¿No has oído esa expresión humana de «la curiosidad mató al gato»? Aunque ellos pueden tocarla si quieren, no les pasará nada.

Eyrien, confusa, se soltó de su mano férrea. Si la había asustado, lo había disimulado bien.

—Eso quiere decir que es venenosa sólo para los feéricos. Entiendo. ¿Toda ella? —Movié la mano sobre toda la planta, esperando a que Ashzar la detuviera de nuevo.

—Sólo el polen. Supongo que eso es lo que contenía el colgante de los maelvanienses.

Miró la planta de cerca, cuidándose de tocarla, e inspiró profundamente para oler los estambres. Entonces cerró los ojos con fuerza y se llevó una mano a las sienes.

—Esto es lo que nos debilita, no hay duda —dijo. Calló un momento, y miró a Eriesh mientras Ashzar sonreía y volvía con los demás—. Eriesh, ¿no me oyes?

—¿Qué? —dijo el elfo frunciendo el ceño.

Eyrien trató de comunicarse mentalmente con todos los presentes sin éxito ninguno, cada vez más mareada. Miró la planta. Era tan hermosa, tan atractiva, era...

—Exacto, una trampa mortal —dijo Ashzar en voz alta—. Yo sí te he oído, a los vampiros no nos afecta.

—Eso no es ningún consuelo —murmuró Freyn, expresando la opinión de todos.

Lo que estaba claro era que aquella planta no era nativa del Continente Norte. Del Continente Sur conocían poco, puesto que la mayoría de su historia se había perdido con los Antiguos Reinos de Suria, pero era probable que allí la hubiesen conocido. Lo que estaba claro era que alguien se había tomado la molestia de distribuirla por el Continente Norte, con discreción y la habilidad suficiente como para impedir las comunicaciones de la Alianza. Parecía que Esigion llevaba largo tiempo preparando su táctica. Eyrien lanzó un conjuro que hizo arder la planta en segundos y miró a su alrededor, preocupada.

—El bosque está muy silencioso —murmuró—. Tirenia, cuando te alejes, ¿podrías llamar a las dríades y advertirles del peligro que entrañan estas flores? Si las llamara ahora no se acercarían, tanta gente las asustaría.

—Claro —dice la Elfa de las Rocas—. Espero que no hayan sufrido muchas bajas por culpa de esto. No he visto a un solo feérico menor a nuestro alrededor.

—Me he dado cuenta —suspiró Eyrien—. Pero no podemos detenernos ahora a comprobarlo, o el tiempo perdido se convertiría en un mal mayor —se giró hacia Ashzar, que permanecía junto a Tirenia con las manos en los bolsillos y aspecto aburrido—. Gracias por tu ayuda.

—De nada —respondió sonriendo—. Y ahora que ya estás satisfecha, creo que es hora de seguir camino. Hemos dejado atrás las ciudades de Riskaben y Greisan, o El Águila y La Flecha, como diríais vosotros en vuestra secreta jerga de la Alianza —dijo haciendo que todos se preguntaran qué otros secretos conocía—. Pero nuestro destino queda lejos.

Tirenia suspiró, y se encaminó hacia su caballo Gneis.

—Será mejor que me vaya. Si tenemos que transmitir la noticia de la presencia de las Flores del Sueño y tratar de destruirlas, será mejor que lo hagamos cuanto antes. Cualquiera de los nuestros podría caer si se encuentra con una de ellas y decide acariciarla.

Freyne le pidió que pasara también por Riskaben en su camino de retorno. El enano estaba decidido a no apartarse de Eyrien y nadie le llevó la contraria.

—Lo haré.

Eyrien abrazó a Tirenia, deseándole un viaje seguro. Luego tomó al fénix del hombro de River y se lo dio a Tirenia. El animal ululó quejumbroso ante el frío contacto de la elfa de magia fría, pero acabó por acurrucarse en su hombro, entre la espesa melena. Tras despedirse de todos, observaron alejarse a la Cazadora hasta que el brillo de sus cabellos granates se desvaneció entre el verde de los árboles.

—Será mejor que reemprendamos rápidamente el camino nosotros también —dijo Ashzar—. Aún podemos avanzar muchos kilómetros antes de comer.



Cuando prosiguieron camino, River se fijó en que Eyrien ya no se mantenía tan apartada del vampiro. Si River no hubiese estado tan ofuscado por el hecho de que ella hubiese aceptado la presencia del vampiro con tanta facilidad, se hubiese dado cuenta de que era resignación y no tranquilidad lo que embargaba a la elfa de Siarta. Killian, sin embargo, no notaba diferencia alguna en el comportamiento de la Dama, y seguía meditando sobre el estado de la guerra y su futuro reino; la responsabilidad de saberse el futuro rey de una tierra amenazada y convulsa no le dejaba relajarse. Y lo que más miedo le daba era que llegara el día en que los feéricos les dieran la espalda, o peor aún, que se levantaran en armas contra ellos.

—¿Y qué pasaría si los elfos perdierais a alguien importante en esta guerra? —le preguntó a Eyrien a media mañana—. ¿Ni aun así querríais vengaros?

—Ya hemos perdido a muchos, decenas —le contestó Eyrien—. Entre ellos a toda una raza. Los humanos creéis que los de la Niebla no son más que un mito, pero existieron. Eran nuestros

hermanos, pero su territorio se fue perdiendo con las guerras de Suria y acabaron sucumbiendo. Hace casi dos mil años que desaparecieron. Y no son los únicos. Hemos perdido a muchos más. Como a dos Cazadores, al hermano mayor de Beleren y Maialen de Boreanas, y a Erandor de Greisan.

—Greisan... ¿El padre de Islandis? —preguntó River.

—Sí. Fue apresado por Maelvania hace más de doscientos años. Ignoramos si aún vive.

Se oyó una risa suave y todos miraron al vampiro, que siguió caminando sin girarse. La conversación decayó, pero Eyrien no dejó de observar la espalda vestida de oscuro del íncubo. Le dolía pensar en la Casa de Greisan, porque el destino parecía haberse cebado especialmente en ella. Ahora sólo quedaba Islandis de toda una familia de poderosos elfos antiguos, destinada a cargar pese a su juventud con el destino de toda su raza. Dayane, la abuela de Islandis, había tenido la desgracia de toparse con un vampiro poderoso, y había perdido, desapareciendo del mundo. La madre de Islandis había muerto al darla a luz y su padre Erandor, tras una vida abrumada por la pena de la pérdida, había sido hecho prisionero por los Nigromantes cuando regresaba de un viaje a Boreanas. Islandis había quedado huérfana a los ciento doce años, una edad a la que cualquier elfo necesitaba todavía el amor y la guía de sus padres. Había sido acogida en Siarta como una hija más de la familia de Subinion, y educada por él, pero la Elfa del Diamante había decidido afrontar sus responsabilidades con sólo doscientos años, habiendo alcanzado apenas la madurez emocional. Ahora tenía trescientos sesenta y ocho años, y vivía una vida que dedicaba enteramente a su pueblo, con la angustia de no saber qué había sido de su familia.

River asintió. La soberana de las Rocas siempre había infundido en él un gran respeto y un sentimiento de calidez, pero al conocer su triste historia la vio con unos nuevos ojos. Su porte regio y fuerte se hacía ahora algo más frágil y su templanza se hacía más admirable, pues no habían sido pocas las desventuras de su relativamente corta existencia. Miró a Eriesh, que era greisiano, y se sorprendió al ver que el rostro del elfo reflejaba dolor. Killian, mientras tanto, murmuraba con la furia de la impotencia lo que deberían hacer para tratar de salvar a Erandor de Greisan si aún estaba el Maelvania.

—Ya lo hemos pensado, Killian —dijo Eyrien—. Pero Maelvania es fuerte y sus ejércitos numerosos, y los elfos, aunque poderosos, somos pocos. La mayoría son incapaces de luchar, como deberíamos serlo todos los de mi especie si la maldad de Maelvania no nos obligara a hacerlo para defender la tierra.

—Nosotros podríamos... —empezó a decir Killian, no muy convencido.

—¿Podrías hacer que los humanos se decidieran a luchar con los «extraños y temibles» elfos contra la poderosa Maelvania? —dijo Eriesh con suavidad—. Eso es algo que ya intentó tu tío, y antes tu abuelo, y ahora es más difícil que nunca.

—Y que lo digas —dijo Freyn con amargura—. Ahora los Bajos humanos desconfían de los Altos y éstos a su vez de los elfos. Tendremos suerte si no acabáis iniciando otra guerra racial en el Continente Norte.

—Como si los enanos fuesen un ejemplo de cordialidad —dijo Ashzar.

Antes de que estallara una nueva discusión, Eyrien los conminó a reanudar la marcha. Sin

embargo ella no dejó de observar al vampiro, mientras River la observaba a ella con el ceño fruncido. Trató de serenarse y seguir el ejemplo de Eriesh, que se limitaba a observar atentamente lo que sucedía a su alrededor con una serenidad pasmosa. Pero él recordaba muy bien cómo Eyrien le había revelado su miedo en casa de Tristan tras despertar del ataque del íncubo y se preguntaba si ya lo habría olvidado. No pudo evitar hacer arder el trozo de pan que sostenía en la mano mientras recogían para ponerse en marcha, hasta convertirlo en cenizas, cuando vio que Eyrien se apresuraba para marchar al frente junto a Ashzar.



Eyrien sintió pena al notar la turbulenta reacción de River al chocar contra ella. Lamentaba hondamente la tensión que estaba provocando al Mago toda aquella situación, se la hubiese ahorrado si hubiera podido. Y sin embargo, qué difícil sería hacerle entender que ella estaba tan asustada como él. Pero no podía rechazar una oportunidad de tratar de esclarecer un poco las lagunas del pasado. Abandonó todos aquellos pensamientos cuando los ojos grises y penetrantes del íncubo se fijaron en su rostro un momento antes de desviarse al frente de nuevo.

—No quieres saberlo —dijo Ashzar. Cuando Eyrien frunció el ceño, añadió—: Sé lo que vienes a preguntarme, y la respuesta incitaría otras cuestiones cuyas respuestas no deseas.

—¿Y quién eres tú para saber lo que yo quiero y lo que no? —le preguntó Eyrien molesta—. Soy una Elfa de la Noche, la Dama de Siarta, y soy más inteligente que tú aunque sea más joven. No te atrevas a tratarme como si fuese una niña.

—Eres una niña, Eyrien —le dijo Ashzar—. Una niña muy lista y muy poderosa, pero una niña al fin y al cabo. Pero si no quieres seguir mis consejos, te complaceré y te explicaré lo que quieras... y pueda. Quizás tu visión de tu mundo cambie.

—Cuéntame qué sucedió con Erandor de Greisan —dijo Eyrien—. Sé que lo sabes.

—Muy lista. Tenéis razón en que a Erandor de Greisan lo atacaron los Nigromantes cuando volvía de Boreanas. Por lo que sé, fueron muchos, y aunque el Señor de Greisan y sus pocos acompañantes lucharon con fiereza, no pudieron ganar. Especialmente porque cuando los Nigromantes se vieron en peligro, sacaron a relucir su mejor arma: la coacción. Habían secuestrado a un par de niños en Fernost y amenazaron a los elfos con matarlos si no se dejaban prender. Y ellos, como los elfos sois así de sacrificados, lo hicieron. Ni que decir tiene que aquellos niños murieron igual que los compañeros de Erandor. A él le amputaron los dedos y la lengua para que no pudiera usar ni sus armas ni su magia. Y lo torturaron, claro, pero tenían órdenes de llevarlo vivo a Maelvania. Pero nunca llegó allí. Salma, una súcubo a la que conozco, los interceptó y mató a los maelvanienses. Tal como estaba Erandor... él no quiso vivir. Salma lo mató limpiamente con su sable.

—¿Por qué? —preguntó Eyrien, que se había llevado una mano a la boca y trataba de retener las lágrimas—. ¿Por qué una súcubo iba a hacer eso pudiendo beber la sangre de un ser tan

poderoso como el Señor de Greisan?

—Porque yo se lo ordené así —miró a Eyrien mientras ésta abría los ojos con asombro y un vago temor—. Erandor de Greisan era mi hermano mayor —estiró la mano para tomar a Eyrien del brazo y no llevársela por delante, pues la elfa se había quedado parada por la impresión—. No es que eso signifique mucho para mí, un elfo sigue siendo un elfo y no es mucho más que alimento, pero mi padre fue muy claro en que teníamos que cumplir la última voluntad de mi madre —miró a Eyrien—. También os equivocáis con respecto a Dayane de Greisan. Ella no murió a manos del vampiro con el que se topó. Al menos no en aquel momento. Ese vampiro era mi padre, uno de los más poderosos de la Tierra. E incluso alguien como Dayane de Greisan no pudo resistirse a su poder. Vivió muchos años todavía, los suficientes para engendrar a mi hermana Lilith y a mí, y ver crecer a su hijo Erandor. Suerte tuvo de no vivir lo suficiente para ver lo que sucedió después. Pero fue clara cuando decidió que no quería seguir viviendo. Exigió a mi padre que se ocupara de que sus hijos feéricos tuvieran una vida segura en lo que a los míos se refería. Era una petición excesiva, pues la familia de Greisan es poderosa y quedaría vedada para todos los íncubos, pero mi padre la amaba. Y tenía el poder suficiente sobre nuestra raza para asegurarle que así sería. Igual que yo.

Eyrien permaneció en silencio unos minutos, aturdida. Sus ojos llenos de horror aparecían tan oscuros como la tarde que anochecía.

—Pero tú salvaste a tu hermano por amor a tu madre.

Ashzar le sonrió casi con compasión.

—Así sois los elfos —dijo—. Siempre queriendo buscar un lado amable a las desgracias. No te engañes, princesa. La única hermana que he tenido ha sido Lilith, y Dayane no era mi madre, sólo fue la elfa que me dio a luz. Yo soy un vampiro. Si cumplí su petición fue porque se lo juré a mi padre.

—Islandis...

—Islandis estará a salvo de los míos mientras yo viva.

Eyrien asintió con la cabeza. Al fin había conseguido encontrar algo bueno en toda aquella siniestra explicación.

—Tampoco olvido que en Sentríst —Eyrien se estremeció—, cuando ibas a matarme y River se metió en la pelea, dijiste que él no podía morir aún. ¿Ésa era tu tarea para ganarme a mí? ¿Mantener vivo a River?

—Eres una elfa muy perspicaz —dijo el vampiro sonriendo pensativo—. Pero como comprenderás tampoco puedo hablarte de ello. Tan sólo te diré que estás equivocada en parte. Y que no he hecho un único trato —reflexionó—. El poder del Mago ha crecido; me atrevo a decir que será determinante en vuestra guerra. Aunque ya se verá para qué bando, de los muchos que hay.

Eyrien asintió de nuevo, aunque aquello tiraba por tierra sus teorías. Parecía que en aquel asunto había involucrados más bandos de los que ella creía. Ashzar la miró en la creciente oscuridad.

—¿Estás bien? —le preguntó inclinándose un poco hacia ella.



—Yo...

Ashzar sonrió.

—Tú necesitas asimilar que el mundo no es tan sencillo y dulce como tú querías, Dama Eyrien. Sin duda sería un mundo mucho mejor, pero no todos piensan con tu mismo candor —dijo el vampiro, y miró al cielo. Luego se giró para mirarlos a los todos—. Nos detendremos aquí a pasar la noche.



Mientras montaba el campamento, Eyrien se apartó de Ashzar hasta interponer a todos los demás entre ellos, y se limitó a asentir con la cabeza cuando Eriesh se acercó a preguntarle algo. Luego levantó la mirada hacia River. Éste fingió no haberse enterado. Lo que fuera que le pasara se lo merecía, después de haberse pasado toda la tarde con Ashzar. Por los dioses, ni siquiera parecía haberse asustado cuando éste la había agarrado del brazo. Le daba igual que Eyrien tuviera un aspecto desamparado, triste y algo asustado, y que sus manos pálidas deshicieran su hatillo con movimientos lánguidos y algo temblorosos. Se lo había buscado. Ni siquiera le importó que cada vez que Eyrien buscaba su mirada, sólo encontrara una expresión pétrea y gélida de disgusto.

River se preguntaba si debería acercarse a ella y hablarle. Le había prometido a Subinion que la cuidaría, y se había jurado a sí mismo que lo haría aún a costa de su propia vida; lo que no podía creer es que tuviera que protegerla de sí misma. Negó con la cabeza, decepcionado e impotente. Se dejó caer al lado de Killian, mientras algo más allá Tirenia y Eriesh hablaban telepáticamente y Freyn observaba a Ashzar acariciando con el dedo el filo de su hacha. River era consciente de que sus ojos fulguraban demasiado, y Killian no tardó en notarlo también.

—¿Qué pasa? —le susurró su amigo, que era el que más acusaba el hambre y mordía su ración de queso y pan con avidez mientras se arrebujaba en la capa.

—Eyrien —le dijo telepáticamente River, para que nadie más le oyera—. Está perdiendo la cordura.

—Eriesh dice que ella sabe lo que hace —pensó Killian sabiendo que River estaba en su mente, aunque sonaba escéptico y asustado.

—Pues yo no estoy tan seguro. Un día de estos la Dama de Siarta va a meterse en problemas tan graves que no podrá salir airosa. Y se lo merecerá por jugar con fuego.

Killian dejó de masticar, mirándole fijamente ahora.

—No hablas en serio —le dijo finalmente, sin dejar de mirarlo.

River soltó una carcajada seca y amarga por toda respuesta.

—No seas tan duro con Eyrien, River —le dijo Killian mientras volvía a masticar su ración de comida de viajero—. Si algún día llegas a tener razón, lo lamentarás toda la vida.

Después guardaron silencio. River era consciente de que su amigo estaba en lo cierto. Si algo le sucediese a Eyrien, jamás se lo perdonaría. Y, sin embargo, su ira hacia ella no disminuía. La

observó mientras se levantaba y paseaba por la linde del claro, cabizbaja, hasta que se perdió entre los árboles. River miró a su alrededor. Killian estaba adormilado a su lado y Freyn y Eriesh hablaban al otro lado del fuego con Ashzar sobre cuántas eran las posibilidades de que se cruzaran con algún destacamento cáustico.

Aprovechando que todos parecían ocupados, River se levantó en silencio y siguió a la Dama de Siarta.

## En los bosques de Amazonia

River encontró a Eyrien a tan sólo unos metros del campamento, sentada en el tronco de un árbol con la frente apoyada en las manos. River no dudaba de que parte del malestar de la empática elfa se debía a los sentimientos turbulentos que emanaban de él, pero en aquel momento no sentía compasión alguna por ella. Si estaba angustiada, se lo merecía.

—No estoy de ánimo para discutir contigo, River —le dijo la Dama de Siarta sin mirarle.

—Ah, ya veo. Pero con el maldito chupasangre sí.

Eyrien se puso tensa, y se giró para mirarlo lentamente. Tenía los ojos vidriosos.

—¿Qué quieres decir?

—Que parece que estás olvidándote de cuál es la verdadera naturaleza de Ashzar. Me pregunto si aún eres consciente de lo que es ese ser y de lo que lo mueve a acercarse a ti.

River, que esperaba ser objeto de la ira de la elfa, no estuvo preparado para su reacción. La Dama de Siarta se limitó a hundir los hombros y suspirar con el aliento entrecortado.

—No sabes de lo que hablas, River —le dijo la elfa con una voz que reverberaba aún más de lo normal—. Si no sabes comprenderme, vete. Y no vuelvas a llamar chupasangre a Ashzar, te mataría. Aunque no lo creas, eso me entristecería. Ahora, déjame sola.

River, pasado el temor de ser escarmentado, se pellizcó impotente el puente de la nariz. Era evidente que nunca sabía cómo abordar las discusiones con Eyrien, pero el tono dolido con el que le había hablado había hecho que se desvaneciera parte de su enfado.

—Pues explícamelo —dijo finalmente—. Ayúdame a comprenderte, porque no me explico cómo puedes acercarte de esa forma al ser que casi te ha matado en dos ocasiones. ¡Por los dioses, Eyrien! ¿Sabes cómo me siento viendo a ese depredador tan cerca de ti, cuando casi moriste en mis brazos por culpa suya? ¿Y cuando creí que te mataba en Senstrist?

Eyrien miró al cielo, parpadeando repetidamente. River no supo si aquello era un intento de contener las lágrimas.

—Sé que para ti puede ser duro —dijo la elfa—, pero no puedo hacer nada para aliviarte esa angustia. El vampiro seguirá ahí. Aunque no te parezca, también es duro para mí.

—¿Entonces por qué has pasado todo el día a su lado?

—Deja de mostrarte tan celoso, River. Eso no es bueno para ti —le recriminó con suavidad—. Ashzar es un vampiro antiguo, sabe muchas cosas que nosotros ignoramos. Tenía que aprovechar su presencia para descubrir cuanto pudiera. Cuando mencioné a Erandor y se rió, yo... —suspiró, y le miró a los ojos—. Prométeme que jamás hablarás de lo que voy a decirte con nadie.

—Me llevaré tus secretos a la tumba —le respondió inmediatamente.

Lo que Eyrien le explicó dejó a River asombrado, pues se daba cuenta de hasta qué punto la Alianza vivía, tal como Ashzar había dicho, en la ignorancia.

Según las palabras del vampiro, Erandor de Greisan, padre de Islandis, sí fue emboscado cuando puso pie en el Continente Norte tras volver de Boreanas. Cómo supieron los maelvanienses

de su lugar de atraque no pudo decirlo, aunque la traición era una causa más que probable. Muchos Nigromantes cayeron sobre su reducido grupo, y consiguieron atrapar a Erandor. Le amputaron los dedos de las manos para impedirle empuñar las armas y la lengua para impedirle usar la magia, y se lo llevaron. Pero jamás llegó a poner pie en Maelvania. Una súcubo amiga de Ashzar los interceptó y le dio muerte por la espalda tras deshacerse de sus captores. Tan curioso comportamiento en una súcubo sorprendió a River.

—¿Y por qué mató la súcubo a Erandor por la espada pudiendo haber chupado su sangre?

—Porque así se lo ordenó Ashzar, quien había recibido tal petición de su padre, en nombre de su madre —Eyrien volvió a parpadear—. La abuela de Islandis. Dayane de Greisan, madre de Erandor y abuela de Islandis, había pedido al vampiro con el que se había unido, antes de dejar que la matara, que protegiese a todos sus hijos, elfos y vampiros. ¿Lo comprendes, River? —dijo Eyrien, aunque River estaba confuso—. Dayane de Greisan no murió a manos del poderoso vampiro que le dio caza, sino que se dejó seducir por él. Mientras todos creíamos que estaba muerta, ella engendraba a Ashzar y a su hermana Lilith. Y los Nigromantes consiguieron hacernos creer que Erandor era su prisionero, cuando hacía mucho que había muerto por la piedad de su madre.

Permaneció en silencio unos minutos, mientras River trataba de controlar su horror.

—Ahora yo sé todo esto, y me pregunto qué debo hacer —murmuró Eyrien—. Para los Elfos de las Rocas el destino incierto de sus Señores siempre ha sido un motivo de pena, pero la verdad no los aliviará. Y cómo explicarle todo esto a Islandis. Que el vampiro que casi me mató es su tío, y que fue quien le ahorró una agonía más larga a su padre.

—¿Por qué no se lo explicas a Eriesh? Él es de Greisan y...

—No puedo explicárselo. Islandis y él se aman, y estarían juntos de no ser porque ella tiene un deber mayor para con su pueblo... No puedo explicárselo antes a él. Ojalá pudiera explicárselo todo a mi padre.

Eyrien volvió a apoyar el rostro en las manos. River no sabía qué hacer. Alargó la mano y le apretó con suavidad una muñeca, tratando simplemente de infundirle ánimos. La Elfa de la Noche suspiró, y dirigió hacia él su mirada vidriosa.

—Y estoy asustada. Ashzar es un vampiro de alta estirpe, hijo de dos seres poderosos. Dayane era una elfa antigua, una de las que nació en Greisan en los primeros tiempos. Y mi sangre corre por las venas de Ashzar también. No sé si seré lo suficientemente fuerte para enfrentarme a él.

—Yo estaré a tu lado —le dijo River.

Eyrien se rió, sin duda de él. Debía considerar lo poco que podía hacer frente a Ashzar.

—No —le respondió la elfa con suavidad—. No puedes interponerte. Pero la batalla no terminará hasta que uno de los dos muera. Ese momento llegará, así que me alegro de tener un poco más de tiempo para solucionar mis otros problemas. Y le tengo miedo, sí, pero prefiero tenerle delante que temer que aparezca a mi espalda de nuevo. ¿Comprendes? Así, quizás la próxima vez el enfrentamiento sería más justo.

—Entiendo —dijo River.

—Y hay tantas cosas que sabe... —dijo Eyrien—. Sabe quién me vendió a él, quién te hizo a ti

esto, sabe qué armas usa Esigion, el porqué del poder de su estirpe, y cuáles serán los próximos obstáculos a los que tendremos que enfrentarnos, a ciegas si los Sabios no vuelven junto a los nuestros.

—¿Y por qué no nos dice todo eso? —dijo River—. ¿Por qué no nos ayuda?

—No puede, está juramentado. Aun así se ha mostrado todo lo comunicativo que podía, pero sus respuestas tan sólo me han suscitado más preguntas. Y la sensación de que en esta guerra hay involucradas más fuerzas de las que creemos. No veo que nuestra victoria vaya a ser fácil. Me dijo que no querría conocer las respuestas a mis preguntas —hizo una pausa—. Y me asusta que sea verdad que yo misma lo quiera llevar ante la Sabia Hizel.

La elfa de Siarta calló, triste. Era incapaz de revelarle que Ashzar había hecho algún trato respecto a él también. River la abrazó, sin importarle que a ella le pareciera inapropiado o no. Su estancia en Siarta le había enseñado, al verla con su familia, que la Dama en el fondo era poco más que una niña con demasiadas cargas. Cuando Eyrien apoyó el rostro en su pecho, le acarició los cabellos y en un acto irreflexivo, se los besó. La elfa se puso tensa entre sus brazos y se separó; River tan sólo la miró en silencio mientras ella aspiraba profundamente para recuperar la serenidad, levantando el rostro hacia el cielo estrellado. No parecía enfadada por su osadía.

—No debería haberte explicado todo esto —dijo Eyrien, evadiendo cualquier comentario sobre aquellos últimos instantes—, debería permitirte ser tan feliz como lo permitan estos tiempos. Pero es tan fácil hablar contigo... Al menos cuando no te obstinas.

River se abstuvo de mencionarle que en un concurso de obstinación ella siempre ganaría.

—No te irrites tanto por Ashzar, River. Confía en mí —le dijo la elfa—. Yo sé lo que hago, aunque no te haga partícipe de todo.

—Lo sé. Y lo intentaré, Eyrien, de veras —dijo River—. Con toda mi alma.

—Bien, eso ya es algo. Entonces, buenas noches.

River entendió que la Elfa de la Noche deseaba estar sola un rato, así que le soltó la mano y tras desearle buenas noches también, se alejó. «Y gracias», oyó en su mente cuando se hubo alejado unos pasos. Siguió caminando, ignorando el deseo de volver atrás y abrazarla de nuevo, y prometerle que la protegería de todos los males del mundo. Era estúpido, además de imposible.

Cuando entró en la tienda, Killian todavía estaba despierto y lo miró desde debajo del montón de mantas con que se protegía del frío que los demás sentían mucho menos que él.

—Habéis hecho las paces.

—No nos habíamos enfadado.

—No, claro —resopló Killian—. Tú... sabes lo que haces, ¿verdad, River?

—Claro —contestó su amigo—. Sigo teniendo los pies en el suelo, no te preocupes.

Se acostó y miró al techo de lona de la tienda élfica, por donde se filtraba tenuemente la claridad de la luna. Killian estaba en lo cierto con sus advertencias, pero otra voz en su mente, aquella que no abandonaba nunca la esperanza, le decía que la Dama de Siarta no era un sueño tan inalcanzable como parecía.



Y mientras la noche se extendía fría y plácida en los confines de Amazonia Interior, mientras River luchaba contra su esperanza vana, en la ciudad costera de Sentríst se vivían momentos de angustia. El gobernador Suinen seguía reunido con sus mandatarios más leales, ignorando que las horas pasaban y que le robaban nuevamente las horas de sueño. El número de barcos que habían perdido desde hacía ya varias semanas y los testimonios sobre guls e hidras marinas de los pocos supervivientes que llegaban a puerto, lo obligaban a tomar una decisión desesperada.

—Cerraremos definitivamente el puerto —les dijo a los hombres que esperaban su edicto.

—Es la única vía de contacto en el Continente Sur, si no contamos con los Elfos del Aire.

—No podemos permitirnos perder más hombres —dijo Suinen—. Y de todas formas, hace semanas que no recibimos noticia alguna de Niaranden ni de la Casa del Mar. El último elfo de Boreanas que vimos fue el que trajo la noticia de la masacre del Centro Umbanda de Quersis hace ya meses. No podemos seguir esperando a unos mensajeros que nunca llegan, arriesgando nuestra propia ciudad. Tendrán que buscar sus propias soluciones, igual que nosotros. Para los sentristianos, el mar ya no es un aliado.

—Y por el Norte las columnas de trasgos siguen acosando a los pobladores rurales que nos alimentan —dijo otro consejero—. En Fernost tienen problemas con los kapres, y se dice que los elfos de Centria están siendo rodeados por los chupasangres. Y sin contar con las profecías de los Sabios, nunca sabremos cuándo vamos a ser atacados, ni por quién.

—El rey Ian asegura que la Dama Eyrien está buscándolos —contestó Suinen—. Esperemos que los Elfos de la Noche solucionen sus propios problemas, porque los necesitamos.

Suinen, como muchos otros humanos, empezaba a darse cuenta ahora de hasta qué punto la vigilancia permanente de los Hijos de la Noche les había proporcionado una relativa pero tranquilizadora seguridad.

Aquella madrugada, después de tantas noches sin dormir, River cayó en un sueño plácido y despertó cuando el sol ya despuntaba. En el exterior, brumoso y húmedo, incluso Killian se hallaba ya desayunado. A un lado de la hoguera Eyrien y Ashzar parecían discutir, aunque lo hacían telepáticamente. Finalmente el vampiro suspiró con aspecto hastiado y asintió con la cabeza.

—Está bien —dijo en voz alta—. Preparaos para la marcha.

River tuvo que desayunar su ración de carne seca y galletas mientras empacaba sus mantas y las llevaba a las alforjas de Procyon. Allí coincidió con Eyrien.

—¿Estás bien? —le preguntó mentalmente.

Desde el otro lado del lomo del pegaso, Eyrien se limitó a sonreírle. Pero era una sonrisa cálida y sincera, como hacía días que no se la veía. Empezaron la marcha. La elfa miró a Procyon cuando éste relinchó.

—No te he hecho mucho caso hoy, ¿verdad? —le dijo con dulzura al pegaso, que empezó a restregarse contra ella con tanto ímpetu que la desviaba del camino trazado.

Se oyó un relincho y Eyrien giró hacia la blanca yegua de Ashzar.

—Vamos, ven aquí —le dijo Eyrien extendiendo un brazo hacia ella—. No tienes que ser tímida; si quieres caricias no tienes más que decírmelo.

La yegua se acercó inmediatamente con la cabeza gacha y se dejó acariciar por las suaves y largas manos de Eyrien, que se puso a hablarle con esa confianza y locuacidad con que los elfos hablaban a todos los animales. También Eriesh se acercó a acariciarla; era un elfo y todos sentían la misma debilidad por los animales. Todavía sonriendo se volvió hacia Ashzar.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—No tiene nombre.

Eyrien se detuvo bruscamente, haciendo que la yegua le empujase las manos con el hocico para recuperar su atención. Eriesh parpadeó perplejo.

—¿Cómo que no tiene nombre? —preguntó el elfo de Greisan.

—Es cosa de feéricos esa obsesión de ponerle nombre a todo, elfito —dijo Ashzar—. Mi yegua no tiene nombre porque siempre acude a mí cuando pienso en ella. Simplemente, nunca he tenido necesidad de llamarla en voz alta, ¿verdad?

La yegua se giró entonces a mirarlo, alzando las orejas con gesto interrogante. Cuando estuvo segura de que Ashzar no requería nada de ella, volvió a dar golpecitos con el morro a Eyrien para que siguiera dedicándole sus atenciones. Eyrien sonrió y le rascó el cuello.

—Entonces le pondré yo un nombre —dijo con resolución.

—Ya lo suponía —murmuró el vampiro.

—Se lo pondré yo —dijo Eriesh.

Los elfos iniciaron una breve discusión en que Eriesh acabó acusando a Eyrien de ser una niña mimada y ésta le reprochó a él que siempre tratara de parecer más sensato. Pero ambos se reían. Killian y River estaban atónitos, aunque a los elfos les gustaba jugar como si fueran niños pequeños, pocas veces tenían la oportunidad de ver a aquellos dos olvidarse por un rato de sus preocupaciones y bromear como dos elfos normales. Eyrien murmuró algo y una gran cantidad de burbujas de agua del arroyo cercano se abalanzaron contra Eriesh. Sin embargo él alzó una mano y las gotas, convertidas en pequeños zafiros, acabaron cayendo al suelo, sobre el musgo de la senda.

—Desde luego si algún campesino acaba pasando por aquí tendrá el hallazgo de su vida —dijo Killian asombrado.

—¿Cuántos años se supone que tenéis? —les preguntó Ashzar mordazmente.

—¿Y tú, Ashzar? —le respondió Eyrien, mientras trataba de apartar a Eriesh de la yegua.

—Yo no tengo edad —dijo el vampiro.

—Ya, ya sabemos que vosotros no contáis el paso de los años —dijo Eriesh por encima del hombro de Eyrien—. Pero en algún momento tuviste que nacer, ¿no?

—Hace mucho tiempo de eso —se limitó a decir Ashzar—. Y eso es todo lo que puedo concretar. Pero desde nuestra última charla Eyrien puede hacer cuentas y hacerse una idea aproximada, ¿no es cierto, princesita? Incluso el Inhumano podría hacerse una idea.

River se removió inquieto. No había visto al vampiro al volver al campamento pero estaba seguro de que le había visto ir detrás de Eyrien. Ella sin embargo ignoró el comentario. Se quedó pensativa.

—Tiene menos de mil quinientos pero más de mil años —dijo la elfa finalmente.

—Vaya —dijo Eriesh abriendo los ojos grises—, ¡eres muy antiguo!

—Ni siquiera mis dos hermanos y yo juntos sumamos la edad que tú tienes —dijo Eyrien—. A mí me quintuplicas la edad.

—Bueno, será por eso que yo me comporto como un adulto y tú no —dijo Ashzar.

—Seguro —dijo Eyrien burlona—. Pero seré yo quien le ponga nombre a la yegua.

Le echó un conjuro de afonía a Eriesh, que acabó por reírse mudamente y besarla en la frente, vencido. La elfa fijó en la yegua sus profundos ojos azules, muy concentrada.

—Te llamaré Rea si tú quieres —dijo—, porque tu pelaje es tan blanco y hermoso como la superficie del más helado y pálido de los satélites de Saturno. ¿Te gusta el nombre? Entonces te llamaré así —dijo Eyrien, y besó el morro de la yegua—: Rea.

—Lunática... —murmuró Ashzar, mirando a River con una sonrisa.

River no le devolvió el gesto. Killian, sin embargo, no pudo dejar de fijarse, cuando reemprendieron el camino, en que los zafiros quedaban olvidados atrás. A saber qué historia se imaginaría cualquier humano, si llegaba a encontrarlos. Miró a Ashzar.

—Si tienes más de mil años, tienes que haber vivido la mayoría de sucesos de la historia que nosotros ya casi no podemos recordar salvo con libros y sagas polvorientos —dijo finalmente.

—Habla por ti, humano —le dijo Eriesh con una sonrisa—. Los elfos lo recordamos todo. Bueno, lo que sabemos al menos.

—Y yo sé muchas cosas, es cierto —dijo Ashzar sin dejar de caminar, con aquella voz calma y sugerente que encandilaba a cualquiera—. Yo he visto cómo los feéricos repudiaban a los Altos humanos que se habían aprovechado de sus profundos conocimientos. Cómo los elfos olvidaban que habían querido a los humanos hasta que los dos pueblos se enfrentaron entre ellos en las Guerras de Magia, una guerra sangrienta. También he vivido para ver cómo el padre de nuestra princesita consiguió algo inaudito de veras: reunir en armonía a los beligerantes enanos, los humanos destructivos y los elfos obstinados para enfrentarse a un enemigo común que amenazaba con quitarles sus últimas tierras. He visto retroceder a los pegasos hasta encerrarse en su región de Équida, cuando antes cabalgaban por todo el Continente Norte en libertad, y he vivido las luchas internas de los habitantes de Amazonia. Pero todo eso es el pasado —dijo alzándose de hombros, como si aquel hecho le quitara toda importancia a lo que había dicho—. El pasado hay que dejarlo pasar.

Eyrien resopló mientras Eriesh negaba con la cabeza; era evidente que los elfos no estaban de acuerdo con la filosofía del vampiro.

—Recordar los errores del pasado, Ashzar, puede ayudar a evitar cometer esos mismos errores en el futuro —dijo Eyrien.

El vampiro se rió con ganas pero no dijo por qué, como si fuera una broma privada.

—Eso es lo que dicen los elfos, y cargáis con una memoria histórica tediosa cada vez mayor



debido a que también sois inmortales. ¿Tú me ves a mí preocupado por el futuro? —le preguntó a Eyrien—. Los vampiros nos hemos mantenido felizmente al margen de la multitud de problemas y rencilla en que os habéis visto inmersos todos vosotros, elfos, humanos y enanos. ¿Y te imaginas cuál es el problema? Que no olvidáis, y por tanto recordáis los rencores del pasado. Ahora estáis aliados, pero estoy seguro de que viviré para ver un nuevo enfrentamiento. De hecho, tengo aquí delante a los dos humanos que deben catapultar esa nueva guerra entre elfos y humanos, ¿no? —dijo mirando a River y a Killian.

—Eso no va a suceder —dijo Killian, y River se limitó a asentir resolutamente.

—A mí me da igual —dijo Ashzar—. Seguirá sin afectar a los de mi especie.

Para cuando llegó el anochecer y acamparon, el príncipe de Arsilon, impotente, seguía dándole vueltas al mismo asunto. Miró a Ashzar, que estaba sentado al otro lado del fuego.

—De todos modos yo opino que los vampiros sí participan en esas rencillas —dijo Killian—. Y de la peor forma. Los humanos, los elfos y los enanos podemos habernos peleado entre nosotros, pero todos os tenemos a vosotros como enemigos comunes. Los vampiros no gustan, desgarran familias y atemorizan a seres que de otra forma vivirían felices. Vosotros condenáis a la gente a la muerte sin escapatoria posible, haciendo que la vida de algunos se convierta en un infierno.

Se había puesto vehemente, pues no podía evitar recordar los horribles momentos que vivieron tras encontrar a Eyrien casi desangrada. El vampiro lo miró con calma, sin una pizca de maldad ni enojo en los grandes ojos grises.

—Pero por cada ser al que matamos, ¿cuántos más dejamos vivir con tranquilidad? —le dijo Ashzar—. Además la mayoría ni siquiera tienen tiempo de sufrir, o se entregan voluntariamente. Muy pocos elfos o humanos han tenido que sufrir por causa de un vampiro, y aun así uno en cada generación es una proporción desechable. Todos tenéis suerte de que los vampiros no seamos tan crueles y desalmados como creéis. Nuestras... guerras, son particulares y afectan a una sola persona. Incluso esa persona puede pensar que más vale ella sola que otras muchas más también —dijo, y fijó su estremecedora mirada gris en Eyrien—. ¿No estás de acuerdo, princesa?

Eyrien no respondió, se limitó a mirarle con suficiencia. River sentía en su interior unas ganas punzantes de atacar al vampiro con todas las fuerzas mágicas y no mágicas. Sin embargo volvió a mirara al íncubo cuando Killian le comentó a Ashzar:

—Seguro que tú sabes incluso cuál es el misterio del poder de todos los Esigion de Maelvania.

—Algo sé —dijo el vampiro evasivamente—. Pero me temo que otros han sido suficientemente inteligentes como para... invitarme a no hablar de ello. Lo siento, pero se os han adelantado. No obtendréis esa información de mí.

—¿Por qué no? —dijo Killian impotente—. Tú mismo has dicho que no te importan nuestras guerras. ¿Entonces por qué guardas silencio, por qué guardas lealtad a un bando determinado?

—Porque he obtenido algo muy interesante a cambio, y yo debo cumplir mi parte del trato. Los vampiros no podemos romper nuestras promesas.

River siguió la mirada del vampiro, descubriendo que éste fijaba sus turbadores ojos grises en la tienda en cuyo interior había desaparecido Eyrien tras escuchar su respuesta. Aunque tanto

Killian como Freyn parecían confundidos con las insinuaciones y las respuestas a medias del vampiro, Eriesh miraba al frente con aspecto apesadumbrado y River creyó intuir por qué. Ashzar no podía hablarles claramente de sus oscuros asuntos, pero al menos les permitía tener información suficiente para sacar sus propias conclusiones. Y eran espeluznantes. River jamás hubiese pensado que el maldito trato que había puesto a Eyrien a los pies del vampiro tendría que ver con Esigion de Maelvania, pero ahora casi empezaba a verlo claro. River trataba de no inmiscuir a los elfos en todo ello, pero no podía evitar que su mente quisiera incluir a los Sabios Videntes en aquel espantoso entramado. Era imposible, los siartanos jamás ofrecerían en recompensa a la valerosa heredera de su pueblo; tenía que haber sin duda otra explicación, aunque ellos fueran incapaces de verla clara. Seguramente aún había más manos tejiendo el hilo de aquel desatinado cruce de destinos y Maelvania tenía sin duda mucho que ver en ello. Y lo peor era que, en medio de todo aquello, estaba Eyrien. Como si no fuera más que un bien que se pudiera entregar o conseguir, la Dama de los Elfos vivía con impotencia y desconocimiento en medio de aquella vorágine de intenciones dudosas y conductas encubiertas.

Se levantaron antes del alba y todavía había poca luz cuando recogieron el fugaz campamento para ponerse en camino. De pronto una ráfaga de aire los azotó desde el Este; la dirección del viento había cambiado por la noche y ya no venía tan frío desde los hielos perpetuos del Norte. Pero no fue esto lo que dejó asombrados a River y a Killian. Tanto los feéricos como Ashzar se habían quedado inmóviles, tensos y alertas. Freyn, más habituado a los elfos, se limitó a sujetar con fuerza el mango de su hacha y a aflojar los cordones con que la sostenía a su cinto.

—Apesta a trasgo —dijo Ashzar, provocando un revuelo de armas.

—¿Tú también lo notas? —le preguntó River a Eriesh, que estaba a su lado.

—Sí, pero puedes fiarte de Ashzar —dijo el elfo, sacando su larga espada de la vaina—. Su olfato es incluso más fino que el nuestro, es un depredador.

Todos miraron a su alrededor con la tensión impresa en el rostro.

—Será mejor que vayamos a su encuentro; si nos detectan y dan la alarma tendremos problemas —dijo Eyrien, que había sacado su espada feérica y la sostenía inactivada en la mano izquierda, en cuya muñeca relucía la marca de traición—. River, cuento contigo para ayudarme a proteger al grupo si nos atacan.

El hechicero asintió con la cabeza y sus ojos verdes brillaron un poco más. Cuando volvieron a ponerse en camino, tanto los elfos como el vampiro lo hicieron en un silencio absoluto que maravillaba a Killian: las hojas no crujían bajo sus pies. Incluso Procyon, con toda su envergadura, trotaba sin rozar apenas el suelo.

—También yo noto ahora el hedor —dijo Freyn—. Diría que huele a trasgo muerto.

Poco después Ashzar se detuvo de nuevo y puso un brazo por delante de Eyrien para obligarla a detenerse también. El sol, todavía débil y cubierto por las brumas matinales, apenas llegaba a alumbrar un bulto que se extendía algo más allá en el camino.

—Sí, sea lo que sea parece que está muerto —dijo Ashzar, y siguió avanzando.

Poco después se acercaban a lo que había sido un trasgo en vida. Sus ropas mugrientas olían tan mal como su propio cuerpo pardusco. Sus dos metros de altura estaban extendidos ahora en el

suelo, y su boca entreabierta dejaba a la vista sus largos colmillos amarillentos. Algo más allá había otro, y unos diez metros más adelante se veían los pies de otro trasgo junto a los matorrales que se extendían junto al camino.

—Parece que no hace mucho que los han abatido —dijo Eriesh—. Dos o tres días, quizás.

El rastro de cadáveres seguía. Cuando los examinaron, pudieron comprobar que todos habían sido abatidos de lejos con unas flechas empenachadas con plumas marrones. Eyrien arrancó la flecha que se incrustaba en la garganta del primero de los trasgos y la observó de cerca.

—Es una flecha centaura.

—No sabía que los centauros se aventuraran tan al Sur, creía que su territorio empezaba por encima de las Minas —comentó Ashzar.

—Lo que *ellos dicen* que es su territorio —dijo Eyrien—. La tierra no es de nadie, pero en todo caso pertenecería a los pegasos como Procyon, que ya vivían allí antes que ellos. Y sí, han osado aventurarse donde no deben, por lo que parece. Habrá problemas graves entre nuestros aliados amazonios.

Más adelante, el octavo trasgo muerto estaba tirado a la izquierda de la vereda, de forma que el rastro de cadáveres se desviaba hacia el interior del bosque. Y Killian y River, tras haberse enfrentado a ellos, sabían que los trasgos siempre viajaban en columnas de veinte. Eyrien se detuvo y alzó la mirada hacia Ashzar.

—No perdemos nada yendo a mirar qué ha pasado con los otros doce —dijo.

—Perdemos el tiempo —repuso Ashzar—, pero podemos ir a mirar.

Mientras avanzaban aún encontraron otros tres trasgos muertos, hasta que en un pequeño claro encontraron lo que había sido un escenario de batalla cuerpo a cuerpo. Sin embargo, todos los indicios indicaban que había sido una pelea desigual. Diseminados por el suelo se hallaban los cuerpos de los nueve trasgos restantes, y esta vez saltaba a la vista que les habían causado la muerte con armas blancas. Algunos habían sido degollados, otros mostraban profundas incisiones en el vientre o en el tórax, pero de sus atacantes no había ni rastro.

—Parece que alguien ha perdido el arco —dijo Killian levantando del suelo un largo arco tan parecido a las flechas que habían visto que tenía que ser centaurio—. ¿Será que no ha muerto nadie del otro bando o que se los han llevado?

—Yo más bien hubiese jurado que no existía ese otro bando si no fuese porque a estos trasgos ha tenido que matarlos alguien —dijo Ashzar inclinándose casi por la mitad para estudiar el suelo—. No hay huellas más que de orcos, ni sangre centaura, ni siquiera un arma o un trozo de ropa salvo ese arco. Es muy extraño, los centauros no son precisamente livianos que digamos. El olor a trasgo es demasiado fuerte —dijo Ashzar—. Y el aroma dulce de los dos elfos se sobrepone a todo en mi mente.

Ashzar ni siquiera se fijó en que los demás posaban en él una mirada recelosa. Siguió analizando las huellas del suelo sin reparar en nada más. Mientras tanto, Eriesh se había acercado a examinar las ramas de los árboles cercanos. Deteniéndose junto al tronco de un olmo, había llamado a Eyrien para señalarle una zona de la corteza del árbol que estaba quemada. River alcanzó a oírla comentarle al elfo que sería demasiada coincidencia. Se quedó con las ganas de

saber el qué.

—Bueno —dijo Ashzar dando su análisis por concluido—, yo juraría que han sido elfos o vampiros, porque no han dejado ni una mísera huella. Pero igualmente los héroes ya se han ido, y nosotros deberíamos hacer lo mismo. ¿Sigues decidida a desviarte? —le preguntó el vampiro a Eyrien sacándola de sus cavilaciones.

—Sí.

—¡Es cierto! —dijo Freyn de pronto—. Me he dado cuenta al venir siguiendo el rastro de los trasgos. Nos habíamos desviado al noreste en vez de al noroeste, o yo no soy un enano.

Como cualquier enano, él sabía muy bien dónde se hallaban las Fortalezas de Piedra, y además él ya había estado en Karstia con Eyrien cuando se habían enfrentado a los gigantes femorianos.

—Muy agudo —murmuró Ashzar.

—Tienes razón, Freyn —dijo Eyrien—. Nos dirigimos a las Minas de Fuego., Nos conviene obtener un poco de información sobre cómo están las cosas por aquí. Además... bueno, ya sabes quién está allí.

Freyn la miró con las cejas alzadas y después frunció el ceño lanzando una mirada fugaz a River.

—Ah, ya —dijo.

River estaba a punto de preguntarle qué demonios pasaba con él ahora, pero Ashzar hizo un comentario que le hizo pensar en cosas más importantes.

—Me parece muy mala idea, como ya he dicho —dijo el vampiro mirando fijamente a Eyrien—. Estamos entrando en Amazonia Interior, y en esta zona han ido aumentando los destacamentos cáusticos itinerantes. Los kapres parecen haber desaparecido, pero hay más chupasangres.

—¿Y cómo sabes tú todo eso? —le preguntó River receloso.

—Me limito a mantener los ojos abiertos y la mente despierta, Inhumano.

De pronto Ashzar hizo un movimiento de barrido con el brazo y a su derecha, las hojas de un árbol cayeron convertidas en finas virutas.

—Mi paciencia tiene límites, Inhumano —dijo Ashzar.

Todos miraron a River.

—Lo siento, ha sido sin querer —dijo el Mago sin arrepentirse lo más mínimo, aunque se sintió triste por la mirada que le dirigió Eyrien.

—Llevar a éste a cualquier sitio ya es un peligro de por sí, princesita —le dijo Ashzar a Eyrien—. Llamará la atención casi tanto como tú. Y ni siquiera os conviene que vuestros propios súbditos sepan en qué se ha convertido. Además a estas alturas, los Nigromantes de Selbast ya podrían haber enviado a alguien a las Minas en vuestra busca.

—¿Antes que nosotros? —preguntó Killian—. Imposible, teniendo en cuenta la velocidad a la que hemos avanzado.

—Nos desviamos mucho hacia el Oeste para encontrar la Flor del Sueño, príncipe de Arsilon —le dijo Ashzar—. Si fuésemos directamente a las Fortalezas estaríamos cerca pero las Minas caen en la dirección opuesta. En línea recta desde Selbast y a caballo, unos humanos podrían llegar allí antes que vosotros.

—¿Y es tan importante que vayamos? —preguntó River.

—Lo es —dijo Eyrien tajante, dando a entender que no había discusión posible.

—Entonces me voy —dijo Ashzar.

—¿Te vas? —respondió Eyrien sorprendida—. ¿Nos dejas?

—Tú despiertas mi sed, y tengo hambre —le dijo Ashzar mentalmente, dedicándole una sonrisa—. Y supongo que no estarás dispuesta a concederme al Elfo de las Rocas ni al Inhumano para la cena —ensanchó su sonrisa al ver que el rostro de Eyrien palidecía y adoptaba una expresión desafiante, defensiva—. Tal como te dije, tengo asuntos que resolver con la Sabia Hizel —añadió en voz alta—, pero tengo otras cosas que hacer mientras tú te dedicas a remover el pasado. Volveré cuando me llames.

Eyrien reprimió un escalofrío.

—¿Y cómo sabrás cuándo?

—Puedo enterarme de todo lo que quiero, princesa, ya deberías saberlo —le respondió Ashzar, y su tono sonó a advertencia—. Así que buen viaje, y procura no volver a ponerte en peligro de muerte, por favor. Como ya te dije, no estoy manteniéndote con vida por pura misericordia. Estaré vigilando, y te aseguro que tarde o temprano, me llamarás.

Cambiaron algunas palabras más telepáticamente, y Eyrien asintió con la cabeza un poco más relajada. River hubiese dado cualquier cosa por saber qué se habían dicho.

Nadie lo detuvo cuando montó a Rea, pues todos deseaban que se alejara de Eyrien y no volviera. La única que parecía afectada por su marcha era la propia Dama de Siarta, aunque tampoco dijo nada para retenerle. Minutos después, Ashzar desaparecía entre los apretados árboles del bosque a lomos de su yegua blanca.

—¡Eso es! —dijo Killian golpeándose con el puño la palma de la otra mano—. Si no buscas a los Sabios, jamás podrá atacarte. Lo que tienes que hacer es no ver a los Sabios nunca más.

—No puedo hacer eso, Killian —dijo Eyrien con paciencia—. Están más ligados de lo que tú crees a esta guerra. Tengo que encontrarlos, y saber al fin... —sus palabras se perdieron, y lo que pudiera pensar sobre los Videntes fue un misterio para todos—. Se hace tarde —murmuró mirando al cielo que clareaba.



Mientras empezaban a alejarse casi por el mismo camino que había tomado Ashzar, permanecieron unos minutos en silencio. La repentina marcha del vampiro había sido tan desazonadora como su llegada. Eyrien había tenido razón, pensó River. Era mucho mejor tenerlo cerca que esperar a que volviera a aparecer por su espalda. Pero tenía el consuelo de que el juramento seguía en pie, y Ashzar no podía atacarla al menos a ella. Pero podía atacar a los demás, y podía influir en la Dama de Siarta de muchas otras maneras. Sólo de pensarlo a River le hervía la sangre, pues le aterraba la idea de que Eyrien pudiese seguir el camino de Dayane de Greisan.

—El vampiro tenía razón —dijo de pronto Freyn, sacándolos a todos de sus pensamientos—. Debemos andar con cuidado en esta zona. Nuestros enemigos maelvanienses no son nuestro único obstáculo. Estamos en territorio de amazonas.

—¿Qué...? ¡Yo pensaba que las amazonas no existían! —dijo Killian atónito.

—De la misma forma que llamáis luciérnagas a lo que creéis que son insectos —se burló Eriesh.

Killian parpadeó confuso, pero volvió al tema que le interesaba.

—Creí que eran leyendas... Ruego a los dioses que llegue a ver una algún día.

—No te gustaría —dijo Freyn—. Te aseguro que no te darían una bienvenida calurosa.

—Aun así valdría la pena —respondió el príncipe arsiloniano.

—Te llevarías una decepción, Killian —dijo Eyrien—. Hace bastante tiempo que las amazonas pueblan el mundo, aunque la mayoría de los humanos las consideréis un mito. Viven en lo profundo de Amazonia Interior, lejos de los tuyos, y han creado una cultura propia que en términos humanos se remonta bastante atrás en el tiempo. Son Bajas humanas pero no se consideran de tu misma raza. Se unieron durante muchas generaciones a los Elfos del Agua pero no se convirtieron en hechiceras, la magia que obtuvieron era más instintiva que eso. Sólo tienen hijas cuando se reproducen, tatúan su cuerpo, y no desean más contacto con los hombres que el imprescindible para perpetuar su propia raza. Ya ves que no se alegrarían de verte, aunque seas príncipe de Arsilon, Killian. Te considerarían tan molesto como a un centauro. Y odian a los centauros con todo su corazón.

A pesar de sus palabras, Killian siguió rumiando distraído el resto del día. No volvió a hablar hasta que por la noche se sentó con Eriesh junto al fuego para discutir la estrategia del día siguiente. Volvió a sacar el tema de las amazonas.

—¿Por qué esa fascinación por una raza que ni siquiera creía que existiera realmente?

Killian se alzó de hombros, aunque se había ruborizado un poco.

—Quizás podríamos conseguir una alianza entre ellas y Arsilon —respondió al final.

—No, no lo creo —dijo Eyrien—. Al menos no ahora, tal como están las cosas. Tanto los maelvanienses como las gentes de la Alianza que viven aquí las hostigan, así que quieren a Arsilon casi tan poco como a los cáusticos. No, no creo que quisieran reunirse con Arsilon. Aunque ahora... el peligro es grande, lo siento a mi alrededor.

Freyn y los humanos miraron en torno a ellos como si los estuviesen acechando.

—Sentimos que este bosque es muy peligroso —aclaró Eriesh—, aunque el peligro no se encuentre cerca de nosotros. Los feéricos menores prácticamente lo han abandonado, y el bosque se está muriendo. Y hay seres peligrosos a nuestro alrededor. A veces los percibo, a veces los huelo, y estoy seguro de que, sin ser del Continente Sur, sirven a los fines de Maelvania. Las amazonas están en un peligro mayor del que creíamos, lo que quiere decir que los centauros y pegasos también. Estamos perdiendo el Oeste.

Hubo un gran silencio. La certeza de que ya estaban perdiendo parte del continente era un hecho que no querían aceptar, y ya no podían seguir en aquel estado de pacífica preparación para la guerra; tenían que reconocer que ya estaban inmersos en ella. Preocupado, Killian jugueteaba

con las cintas de la vaina de su espada. Se había vuelto muy consciente de las necesidades de su futuro reino, y de lo poco que podían hacer para protegerlo de tantos enemigos desconocidos.

—Supongo que nunca nos hemos preocupado mucho por el Oeste, ¿verdad?

—Nosotros sí —le respondió Eriesh.

—Pero nosotros no —reconoció el príncipe arsiloniano—. Porque no nos rinde pleitesía, lo hemos dejado abandonado. Si las amazonas nos odian, es porque lo merecemos.

—Ése no es un pesnamiento revelador —le dijo la Elfa de la Noche, aunque no lo contradijo—. Quizás ha llegado el momento de que los dirigentes de Arsilon miren más allá de sus fronteras, y amparen bajo su protección incluso a aquellos que no los desean como tutores.

Esa noche fue el príncipe quien no durmió, pensando en las palabras de la elfa de Siarta.

Pasaron tres días más de largas caminatas y noches silenciosas. Eyrien, poco a poco, fue recuperando el buen ánimo y sus largos períodos de autismo. Pero River la entendía, eran muchas las cosas en las que la Dama de Siarta tenía que pensar. Y se alegraba de que compartiera con él muchas de ellas.

Ahora, con la caída de un nuevo atardecer, empezó a llegar hasta ellos el olor a humo y estiércol y el rumor de voces les indicó que se hallaban cerca de una población. Un poco más adelante vieron bajo la colina en que se encontraban una multitud de luces e hilos de humo que delataban una población humana.

—Las Minas de Fuego —dijo Eyrien con un suspiro.

Parecía de pronto atribulada y River, que había llegado a conocerla bastante bien, incluso juraría que se sentía vulnerable o insegura. Sabiéndose observada, la elfa clavó en él la insondable oscuridad de sus ojos azules.

—¿Te gustaría ver a tu tía Liana, River?

River tardó un rato en responderle, vagamente consciente de que Killian había retenido el aire en los pulmones por la sorpresa. Hacía casi una década que no veía a su tía, cuando ésta había abandonado su hogar en Udrian y él había dejado de pasar los veranos en su casa con sus primos. Pero no era la inesperada sorpresa por este reencuentro lo que le había acelerado el corazón, sino la expresión de ansiedad que Eyrien trataba de mantener lejos de su rostro.

—Mi tía... —murmuró River sin poder creerlo—. Eyrien, ¿de qué estás hablando? ¿Mi tía está aquí?

—Tendrás muchas respuestas... cuando llegemos a las Minas —recalcó la Dama de Siarta dando por finalizada la conversación.

River no insistió, pues parecía abrumada. Mientras la seguía, se preguntó hasta qué punto sus preguntas sobre el pasado iban a ser contestadas. Y si le iba a gustar lo que pudiese descubrir con ellas. Echó un rápido vistazo a Freyn y a Eriesh, y comprobó que ambos parecían abstraídos. No, definitivamente no le iban a gustar algunas respuestas, adivinó.

Bajaron en silencio hacia la pequeña población, mientras las dudas abrumaban a todos y en la mente de River bullían mil preguntas. Se obligó a tener paciencia; si veía a su tía, quizás podría averiguar alguno de aquellos secretos sombríos sobre su familia que tanto lo incomodaban y que Eyrien no quería aclarar. Nuevamente dejaron a los caballos en el bosque, y se encaminaron a pie

a la empalizada que rodeaba el pueblo.

Un gruñido bajo, grave, se elevó en el aire de la tarde cuando ya ni los elfos podían escucharlo.



## La Casa de los Tres Elfos

No les costó que los dejaran entrar en las Minas de Fuego. Era una ciudad grande, la más occidental de las ciudades pobladas por gentes de la Alianza, y un punto de encuentro para comerciantes, viajeros y estudiosos de las incógnitas tierras que existían más allá. Prevenido por Eyrien, que se había conjurado igual que Eriesh para parecer Altos humanos, River se inventó una excusa frente a los guardias de las puertas. Eran hombres de pueblo, con ropas gastadas y complexión ruda de Bajos humanos. Les soltó un relato sobre que eran estudiantes que se entrenaban como Rastreadores de feéricos y que habían acudido a Amazonia para hacer prácticas, porque se decía que allí abundaban los uldras y las dríades. Era una mentira, al menos en aquellos tiempos, ya que no se veía a los feéricos menores por ninguna parte. Pero los guardias no parecían haberse dado cuenta. Tampoco les costó explicar por qué tres Altos humanos iban acompañados de un Bajo humano y un enano. Cuando les dijo que Killian era su sirviente y Freyn su guardián, ninguno de los centinelas puso en duda su relato. Sin apartar la mirada del hermoso rostro ilusionado de Eyrien, los dejaron entrar.

—Killian, Freyn, podéis ir a la taberna que hay al final de la calle principal; después buscaremos a nuestros amigos de la Alianza —les dijo Eyrien cuando hubieron dejado atrás a los guardias. Avanzaban entre los pocos aldeanos que quedaban en las calles, que se los quedaban mirando por ser extranjeros en aquella ciudad tan pequeña—. Eriesh, ve a dar una vuelta; necesitamos saber cómo están las cosas aquí. River, ven conmigo.

El Mago aceleró para seguir el paso raudo de la elfa.

—¿Vamos a ver a mi tía? ¿Vive aquí? —se sorprendió River; no parecía un lugar apropiado para unos Altos humanos.

—Sí a las dos cosas —le respondió la Dama; no parecía tener ganas de conversar.

Avanzaron por una calle lateral. Tuvieron que alejarse mucho hacia la periferia alta de la ciudad y se encontraron inmersos en el casco de los artesanos. Había allí diversos talleres, y aunque la mayoría ya estaban cerrados aún podían verse algunas mercancías expuestas. Abundaban los útiles caseros hechos de madera, tales como platos, sillas o cubiertos, pero también había productos como vasos de vidrio o estatuillas de mineral. De pronto Eyrien se detuvo, observando paralizada un taller cerrado en cuyo escaparate aún podían verse algunas estatuillas que estaban a la venta. Todas eran similares, estaban trabajadas en alabastro y representaban a una mujer hermosa y elegante, una Alta humana, con tal perfección y exquisitez que parecía una copia exacta de la modelo que había inspirado a su escultor.

—¿Qué pasa? —preguntó River, al ver que Eyrien parecía más pálida de lo normal.

—Ya he visto esa imagen antes.

—¿Dónde?

«En el castillo de Ashzar», pensó Eyrien. Era su hermana; había visto un cuadro de gran tamaño en lo alto de la escalinata de piedra. Se obligó a apartar la mirada de las estatuillas y a

controlar su desbocado corazón, consciente de que River estaba alarmándose.

—Te lo explicaré en otro momento, vamos.



Quince minutos después, tras haber accedido a una pequeña urbanización pegada a la parte más alta de la empalizada, se detenían frente a las puertas de una de las casas más aisladas de la pequeña ciudad. Era un lugar hermoso y acogedor, lujoso, una de las pocas construcciones que tenía dos pisos y cristal en las ventanas. Las paredes eran amarillas, lo que hizo que River se sintiera repentinamente emocionado. El amarillo siempre había sido el color preferido de su tía Liana.

—Será mejor que vayas tú primero —le dijo Eyrien—. Y que apagues tus ojos, por ahora.

River llamó con los nudillos, nervioso, parpadeando repetidamente para atenuar la luz verde de sus ojos. Poco después se oyeron pasos sordos y la puerta se abrió, mostrando a una mujer de unos cuarenta años, rubia como River, alta y de hermosos rasgos. Pero de ojos ambarinos. La hechicera se quedó paralizada unos instantes, hasta que la sorpresa dio paso a la alegría y abrazó a su sobrino con cariño.

—¡River! —exclamó—. Por todos los dioses, ¿cómo has llegado aquí, hijo?

Liana de la Casa de los Tres Elfos retuvo a su sobrino entre sus brazos algunos minutos, antes de decidirse a liberarlo y mirarle de arriba abajo. Después, tras la sorpresa, la falta de lógica de aquella situación se impuso en su mente y miró a River con extrañeza. En teoría, nadie sabía de su paradero desde que había abandonado Udrian con su familia.

—¿Cómo has llegado aquí, cariño? —le preguntó, abriendo la puerta para dejarle pasar.

—No he venido solo.

Liana se fijó entonces en la figura que esperaba en el porche. Cuando Eyrien avanzó y se expuso a la luz que salía de la casa, toda expresión desapareció del rostro de Liana.

—Debería haberlo supuesto —dijo.

Dentro de la vivienda, cerrada ya la puerta, Liana se enfrentó a Eyrien de Siarta.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó de malas maneras.

—No seas ridícula, Liana —respondió Eyrien, manteniendo sorprendentemente la serenidad—. Sabemos que estás aquí desde que te mudaste. ¿Acaso crees que este lugar sigue siendo un lugar oculto y seguro por la valentía de sus habitantes?

La hechicera acusó el golpe apretando los labios.

—Gracias por traerme a mi sobrino, pero no me alegro de que tú estés aquí —se fijó en el anillo que Eyrien llevaba en el pulgar—. ¿No crees que va siendo hora de que se lo devuelvas?

—¡Tía! Yo se lo regalé... —exclamó River—. ¿Acaso no sabes con quién estás hablando?

—Lo sé de sobra. Conozco a la Dama de Siarta desde hace mucho más tiempo que tú, River —dijo Liana—. Y ella sabe perfectamente por qué no es bienvenida en mi casa.

River abrió la boca, pero no encontraba palabras. La actitud de su tía era intolerable, pero aún le sorprendía más que Eyrien todavía no se hubiese dejado llevar por la furia. Miró a ambas mujeres, que se estudiaban la una a la otra como si hubiesen olvidado que no estaban solas. Era muy probable que estuvieran hablando mentalmente, apartándole de la conversación.

—River, ve fuera a esperar a tus primos —dijo Liana sin apartar la mirada de Eyrien.

—Ya no tengo diez años...

—River, haz caso a tu tía —le ordenó Eyrien—. Y ni se te ocurra espiar la conversación, ya sabes de lo que te hablo.

Incrédulo, sin entender lo que estaba sucediendo, River salió fuera y se sentó en los escalones del porche. No comprendía la actitud de su tía. Pero tampoco se atrevía a dejarse llevar por la curiosidad y arriesgarse a meterse en la mente de Eyrien. Pensando en qué habría en el pasado que fuera todavía tan venenoso en el presente, se dedicó a recordar lo que sabía él de la hermana de su padre. Siempre la había considerado una persona vitalista y decidida, valiente; pero atacada por la melancolía y una amargura corrosiva cada vez que hablaba de la Alianza. La tristeza la embargaba siempre que se hablaba de su hermano Lander, el padre de River. Habría tenido tres años más que ella.

Liana había vivido en Udrian desde que River tenía uso de razón, aunque le constaba que antes de eso había tenido su hogar en Arsilon junto con su hermano. Ambos formaban parte de la élite de la Triple Alianza, y su lugar estaba en el Consejo junto al rey Ian. Liana se había casado con un hechicero guerrero de la Guardia Gris poco después de que Lander se casara con Robin, y había tenido a su hija Lyra, que era un año mayor que River. Pero su esposo había muerto en alguna de las muchas batallas que se habían producido en aquellos tiempos, y se alejó de la Alianza. River no había supuesto que hubiera tenido más motivos que ése para dar la espalda a la lucha y a su gente. Bastante tiempo después, Liana se había vuelto a casar con un Bajo humano, algo inaudito y francamente cuestionable, sobre todo teniendo en cuenta quién era ella y a qué estirpe estaba dando fin. El primo pequeño de River, Unai, de ocho años, apenas conservaba algunos poderes mágicos. River ni siquiera lo conocía, había nacido después de que anularan sus visitas anuales a Udrian; tan sólo reconocería su rostro por el retrato familiar que Liana le enviaba cada fin de año desde su retiro oculto.

—¿River?

Unos ojos verdes le permitieron enfocar en la oscuridad la figura que tenía delante. Una cascada de cabellos de un color rubio rojizo caía en bucles sobre sus hombros.

—¿Lyra?

—¡River!

Su prima se lanzó a sus brazos, humedeciendo la capa de River con lágrimas de alegría. Todos los problemas se le olvidaron por un instante mientras abrazaba con fuerza a Lyra. Siempre la había querido muchísimo, siempre habían sido grandes amigos y pasaban los veranos practicando magia y jugando en los amplios bosques de Udrian. Sin que Liana lo supiera, River se había dedicado desde pequeño a enseñarle a su prima todo lo que aprendía en el Centro Umbanda, ya que Liana no quería oír hablar de enviar a Lyra a ninguno de aquellos centros de enseñanza de la

Alianza.

—¡River, me estás estrujando! —rió Lyra.

Sentados en el porche, parecía que no hubiese pasado el tiempo y estuviesen de nuevo bajo el sol del verano hablando de lo que habían pasado aquel año. Pero River se daba buena cuenta del paso del tiempo al observar a Lyra; ya no era una adolescente flaca y larguirucha llena de inocente vitalidad, ahora era una mujer hermosa de actitud decidida.

Su prima le explicó que trabajaba de sanadora en el pueblo. Que nunca se había casado porque no le gustaban los Bajos humanos ni los Nigromantes maelvanienses que aparecían por allí de vez en cuando, y porque —y esto se lo dijo en voz baja— deseaba salir de allí y volver al seno de la Alianza. Pero le daba miedo enfrentarse a Liana, que entraba en cólera siempre que le hablaba de esa posibilidad. Tan sólo esperaba el momento oportuno para decir adiós a su madre, su padrastro y su hermanastro, y encaminarse a Udrian o a Arsilon para aportar sus conocimientos. Al fin y al cabo, ella también pertenecía a la Casa de los Tres Elfos. Y aunque su poder era menor que el de River porque su linaje paterno no era tan puro, era consciente de que su poder potencial podría ser de ayuda en aquellos tiempos sombríos.

—¿Y tú qué haces aquí? —le preguntó Lyra cuando acabó de explicar su historia.

Antes de que River pudiese pensar qué contestarle, se oyó un chillido dentro de la casa.

—¡Unai! —exclamó Lyra, y se lanzó escaleras arriba seguida de River.

La maga abrió la puerta de la casa con un golpe de energía y se lanzó al interior. En la sala de estar se encontraron una escena que parecía congelada. Liana y Eyrien se habían levantado de la mesa en que tomaban una infusión, y miraban al niño regordete y vestido con ropas de abrigo, que permanecía parado en la puerta que venía de la cocina. River lo reconoció como su primo pequeño, Unai. Debía de haber entrado por la puerta de atrás y se había encontrado con una Elfa de la Noche en el salón de su casa.

—No pasa nada, Lyra —dijo Liana manteniendo la calma—. Unai, ése es tu primo River.

—¡El primo River! —exclamó el niño acercándose a él—. Lyra siempre me habla de ti, es como si fueses mi hermano mayor.

«Y tan mayor», pensó River mientras se inclinaba frente a Unai y recibía con gusto un abrazo del niño. Pero enseguida la atención del pequeño de la casa volvió a la elfa de rasgos azules que permanecía inmóvil aun lado de la mesa; Lyra no había apartado todavía los ojos de ella. Liana apretó los labios, sin duda se estaba dando cuenta de que ya nada volvería a ser como antes tras aquella aparición. Se adelantó un paso.

—Y ella es... —dijo—. Os presento a...

—A Eyrien de Siarta —dijo Eyrien—. Qué más da.

Lyra se quedó boquiabierta, y miró a River con los ojos abiertos de par en par, antes de mirar a Eyrien, como si no pudiese creer que lo que estaban viendo sus ojos era real. Unai se acercó a Eyrien maravillado; jamás había visto un elfo, ni le habían hablado de política feérica, y tampoco había escuchado que a los elfos se les tuviese que temer.

—¿Tienes las orejas en punta? ¿Y eres inmortal? —le preguntó el niño, y Eyrien asintió con la cabeza, sonriendo con paciencia—. Eres muy guapa, ¡más que Lyra! ¿Eres la novia de mi primo?

—le preguntó Unai alegremente.

Liana lo reconvino y Lyra se agarró al respaldo de la silla más cercana.

—Soy una amiga —respondió Eyrien un poco tensa, tras tomarse su tiempo para asimilar la impertinencia—. Y ahora, también soy amiga tuya. Pero tendrás que guardarme el secreto, no puedes decirle a nadie que he estado aquí —se llevó un dedo a los labios y el niño imitó el gesto, sonriendo. Después Eyrien se giró hacia Liana—. ¿Qué podrías decirme del escultor del pueblo?

—¿Del escultor? Poco. Se llama Brandon, no sabemos de dónde viene pero llegó hace menos de un mes —respondió la tía de River, con educación pero con una frialdad que rayaba la descortesía—. A todos les encantan sus estatuillas, por repetitivas que sean. Siempre representa a la misma mujer. Es un hombre taciturno, más viejo de lo que le corresponde por su edad. Ahora lo cuida una joven, no sé si es familiar suya.

—Iré a verlo —dijo Eyrien cogiendo su capa—. River, espera aquí.

—¿Por qué? —le preguntó River.

—Porque sí —le respondió Eyrien. Después se giró hacia él y su expresión se suavizó mientras volvía a ilusionarse para parecer una Alta humana—. Necesitas un tiempo a solas para reencontrarte con tu familia.

—River... —dijo Lyra repentinamente—. ¿Por qué te brillan tantísimo los ojos?

No se había dado cuenta de que con el cúmulo de emociones había perdido el control de su mirada feérica. Y aunque sabía que lo de Eyrien había sido una excusa, River se daba cuenta de las muchísimas cosas que tenía que explicar a su familia.



Eyrien tardó tan sólo unos minutos en regresar al taller del escultor, pero el camino se le hizo eterno. El encuentro con Liana había sido tan duro como había temido todos aquellos años. La hechicera no la había perdonado, y ella misma seguía considerando que la hermana de Lander tenía razón; la culpa volvía a ser una carga insoportable en su pecho. Se repitió a sí misma que había hecho bien yendo allí aunque le doliera, porque Liana tenía que volver a donde era necesaria. Y Lyra debía tener la oportunidad de dedicar su vida a lo que deseara, y River tenía derecho a tener de nuevo una familia propia. Además parecía que el destino le sonreía por una vez, pensó mientras miraba las estatuillas de alabastro que representaban a la hermana de Ashzar con una perfección que estremecía. Salvo por la falta de color, cada figura era casi una copia del inmenso retrato de Lilith que Eyrien había visto en el castillo del vampiro algunos meses atrás.

Junto al taller vacío había una puerta de madera que llevaba a una casa pequeña, de un solo piso, adosada al taller artesanal. Eyrien llamó, sin estar segura de qué era lo que esperaba encontrarse. No sabía si deseaba o no que fuera Ashzar. Cuando una joven de cabellos naranjas, rostro pecoso y ojos verdes, hermosa para ser una Baja humana le abrió la puerta, se quedó tan sorprendida como ella.

—Tú eres Leire, la prima del posadero de Selbast —dijo ocultando el timbre reverberante de su voz.

La mujer se sobresaltó al oír su nombre, pero el aspecto encantador, tan hermoso y delicado de la elfa conjurada, despertó antes su amabilidad que su alarma. Sonrió a la recién llegada, obligándose a guardarse las preguntas para después y ser educada.

—¿Qué deseáis, noble dama? —preguntó.

—Vengo a hablar con el escultor —le dijo Eyrien a la joven.

—Ahora no está, pero podéis pasar a esperarlo —dijo la doncella.

Poco después Eyrien se sentaba nuevamente a la mesa de un humano, rodeando con las manos una taza de infusión de hierbas que no iba a tomar. La casa era austera pero acogedora, y el calor de la chimenea era agradable. La mujer, sentada frente a ella la miraba mordiéndose los labios, sin poder contener más su emoción.

—¿Conocéis a Damien? —preguntó finalmente con anhelo.

Eyrien se estremeció. Recordaba cómo había conocido al posadero de Selbast: había entrado prisionera en su posada, retenida en su sótano creyendo que Ashzar iba a matarla.

—Lo conocí, y me explicó parte de tu historia —dijo—. No llegó a explicarme el final, aunque veo que Ashzar no te mató —al ver que la joven empalidecía, Eyrien entendió qué era lo que la estaba asustando—. No soy una súcubo, no temas. Sé que ahora debo tener aspecto de vampiro, pero no voy a hacerte ningún daño —hizo una pausa—. ¿Te lo hace él?

Leire se llevó una mano al cuello. Como había supuesto Eyrien, Ashzar se alimentaba de ella. Y lo había hecho quizás hacía sólo un rato.

—Ya se ha ido —dijo la joven al ver que Eyrien miraba a su alrededor—. No me importa que se alimente de mí. Me salvó la vida y así no mata a nadie —añadió en voz baja, como si pronunciar esas palabras estuviera prohibido—. Tampoco es una sensación desagradable, no me importaría morir así —miró a Eyrien a los ojos—. Pero ellos son peligrosos, no deberíais haber venido aquí. El señor Ashzar fue muy bueno conmigo; me mordió, pero no me mató y me trajo aquí para cuidar de Brandon. Me dijo que cuando la vejez se llevara a su sirviente podría quedarme con la casa y todos sus bienes, si mientras tanto lo cuidaba bien. Pero ahora no quiero que Brandon se muera, lo quiero mucho y aunque siempre está triste es cariñoso. Es mejor padre que el mío. Me enteré por el señor Ashzar de que mi padre murió de pena poco después de echarme, pero no lo lamento. Mató a mi amado.

Eyrien oyó pasos en el exterior y se puso tensa. Al cabo de un momento la puerta de la calle se abrió y entró un humano. Pese a que no parecía tan anciano, sus cabellos eran blancos y ralos, y su rostro estaba surcado de arrugas crispadas. Sus ojos eran pozos llenos de tristeza y amargura. Enseguida fijó su atención en Eyrien.

—¿Una elfa? —dijo con voz cascada—. Una Elfa de la Noche... —dijo; Leire se retiró un poco de la mesa mirando a Eyrien con temor—. No quiero hablar con ninguno de vosotros. Tengo protección, no querríais enfrentaros a mi señor.

Eyrien tardó unos segundos en recuperarse de la impresión. Aquel hombre tenía que haber visto a más de un elfo de Siarta para saber que ella, aún bajo el efecto de la ilusión, pertenecía a

aquella raza.

—Sé quién te protege —dijo finalmente—. Y quizás conmigo sí quieras hablar.

Se apartó los cabellos del lado izquierdo del cuello y dejó al descubierto las marcas de los colmillos que aún adornaban su piel. Leire se llevó una mano a los labios, pero el anciano escultor frunció el entrecejo.

—Así que tú eres la causa de todo esto. La Hija de Siarta... —el anciano se tomó su tiempo para quitarse el abrigo mientras Leire se levantaba para cogerlo. Le pidió una infusión a la joven, que fue rápidamente hacia la cocina contigua. Sólo entonces el hombre volvió a sentarse a la mesa—. Yo no soy un vampiro, no sé cómo de atractiva puede ser tu sangre, pero reconozco que eres hermosa, Dama de Siarta. Incluso más que mi amada Lilith, y te pareces a ella. Ahora puedo entender por qué se arriesgaron tanto, por qué Lilith dijo al final que había valido la pena... —carraspeó para controlar el nudo de su garganta, antes de mirar fijamente, furioso, a Eyrien—. No sé cómo has llegado a mi puerta, pero ya que lo has hecho mereces que dé respuesta a las preguntas que has venido a hacerme. Tú, hija de Siarta, eres una víctima igual que yo, igual que mi señora Lilith... Mi señor Ashzar no se mostrará contento de que te explique esto, pero quizás así los elfos abráis los ojos. Quizás así te des cuenta, elfa, de que el mundo estaría mejor sin alguno de vosotros, tan generosos, tan sabios y tan dispuestos a manejar las vidas de los demás.



Mientras Eyrien escuchaba espantada la historia de Brandon, River les explicaba a su tía y a su prima los cambios que se habían sucedido en los últimos meses de su vida. Cuando River había empezado a hablar de experimentos y sufrimiento, Liana había enviado a Unai a dormir; no deseaba que su hijo pequeño, nacido lejos de la Alianza, se enterara de todo aquello. Lyra no supo cómo reaccionar ante las noticias de su primo. Le apretó el brazo con cariño, para demostrarle lo poco que le importaba que ya no fuera un humano normal. River le sonrió agradecido; hasta que se había encontrado con su familia no se había dado cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Pero Liana se mostraba sombría y se cogía las manos con fuerza.

—Es esa elfa —dijo finalmente—. Siempre ha traído desgracias a nuestra familia.

—Tía —dijo River empezando a enfadarse—. Eyrien se convirtió en una traidora para su pueblo por salvarnos la vida a Killian y a mí. Casi muere en Sentrism para salvar únicamente a una ciudad llena de humanos. E incluso Subinion está sufriendo disensiones entre su gente para salvaguardar la paz con los humanos. No puedes hablar de ella de esa forma, no voy a tolerarlo.

—River, cariño. Yo no digo que Eyrien destruya las vidas de los humanos que la rodean intencionadamente. Lejos de mí insinuar tal cosa...

Liana se calló, pero por su expresión parecía que estaba escuchando algo en su mente. Cuando anunció que Eyrien estaba de vuelta, River se preguntó si la elfa no los habría advertido para que se callaran antes de que ella pudiese captar con su fino oído una conversación privada e insultante

como lo era aquella. La puerta de la calle se abrió y Eyrien entró sin llamar. Tenía el rostro pálido y desencajado, distante, como si aún tratase de asimilar algo horrible.

—¡Eyrien! —exclamó River levantándose de la mesa de un brinco—. Qué...

La elfa alzó la mano, pidiéndole calma, y aspirando hondamente se irguió recuperando su serenidad habitual.

—Cuando estés listo podemos irnos, esperaré en el banco del jardín hasta que te despidas de tu familia —miró a Liana—. Entonces, ¿puedo contar con que regresarás a Arsilon a ayudar a Ian?

Liana apretó los labios.

—No lo hago por ti —aclaró mientras su hija la miraba boquiabierta.

—Con que lo hagas, ya me sirve —dijo Eyrien—. No puedes seguir dando la espalda a tu pueblo, te necesita. Parte cuanto antes, los niños de Udrian llegarán pronto a la ciudad fortaleza. No te preocupes por el viaje, los feéricos cuidarán de que tu camino sea seguro.

—No necesito vuestra ayuda.

—Nadie te ha pedido tu opinión. Procyon os esperará a la salida de la ciudad. Os acompañará, y si hay algún problema os llevará volando hasta Arsilon.

—Procyon —murmuró Liana, sonriendo ante sus propios recuerdos.

—Ian te ha echado de menos, Liana, también habías sido su amiga. Sé más amable con él, no te ha hecho nada malo —dijo Eyrien con suavidad, antes de salir de nuevo de la casa.

—¿Iremos a Arsilon, mamá? —preguntó Lyra emocionada.

—Iremos, porque eres mayor y no puedo obligarte a quedarte aquí. Pero tu hermano se quedará. Es el lugar más seguro para él, en todos los sentidos —añadió mirando a River.

Al ver la tensión que había entre ellos, Lyra se excusó y salió en pos de Eyrien.

—No le hagas preguntas impertinentes, hija, no les gusta —le advirtió Liana.

River se encaró con su tía cuando se quedaron solos.

—Eres muy dura, tía. Eyrien sufre con tu frialdad.

—¿Que ella sufre? —repitió Liana—. Tú no sabes lo que he sufrido yo, River. Entiendo que la admires, hijo, sobre todo si ella te ha dado su amistad. Pero los humanos no estamos hechos para caminar junto a los elfos, y menos junto a una como ella. Te has enamorado, lo veo, pero te acabará destrozando el corazón. Ya perdí a tu padre, y a tu madre...

—Basta, tía —la atajó River—. Eyrien ya me explicó los problemas que tuvo con mi madre. Pero te recuerdo que mamá la perdonó, el anillo que le regaló lo demuestra. Y yo también la perdono, lo que sucediera...

—No me hables del pasado, River —le dijo Liana furiosa—. Yo estuve allí, y tú no. Aún no lo sabes todo.

—Pues explícamelo —suplicó River.

—No, hijo —dijo Liana más calmada, apretándole la mano entre las suyas—. Será la maravillosa Dama de Siarta quien te lo explique. Si alguna vez tiene el valor suficiente.

River se despidió de su tía con más frialdad de la que le habría gustado. Esperó que cuando se reencontraran en Arsilon pudieran hablar más abiertamente de aquello que hacía que Liana creara aquel muro inexpugnable a su alrededor. Se dio cuenta de que, al menos en aquel momento se



estaba considerando más adulto que su tía, y se preguntó si eso tendría que ver con su razonamiento siartano. Cuando salió fuera, vio que Lyra hablaba alegremente con Eyrien en el banco de madera que se hallaba bajo un haya gigantesca. No necesitó ver la expresión encantada de Lyra para saber que ella, al menos, ya admiraba a Eyrien. Pero sí necesitó ver el rostro de la elfa para darse cuenta de que ella estaba sufriendo; podía leer su angustia en la falta de brillo de su mirada.

—Podemos irnos —dijo River, y Eyrien asintió con la cabeza.

—¿Me enseñaréis más cosas en Arsilon? —le preguntó Lyra a la Dama de Siarta.

—Te pareces a tu primo —dijo Eyrien sonriendo—. Si puedo, lo haré.

Lyra no cabía en sí de gozo. Abrazó a River con fuerza; estaba emocionada.

—Nos vemos en Arsilon, primo. Tienes muchas cosas que explicarme —añadió mentalmente, dedicándole una mirada fugaz a la elfa.

—No tantas como tú crees —le respondió, para luego decirle en voz alta—: Claro, nos veremos pronto en Arsilon. No dejes que Liana te convenza de que te quedas.

Lyra le respondió con una carcajada.

Diez minutos más tarde River seguía a Eyrien por la calle, mirándola con angustia. La elfa trataba de imprimir a sus pasos su resolución habitual, pero su respiración entrecortada delataba que su espíritu no estaba en calma. Finalmente la elfa se detuvo en un callejón sombrío y se llevó las manos al pecho, como si le doliera el corazón.

—Eyrien, por los dioses —dijo River—. Háblame. No hagas caso a mi tía...

—No es eso... —dijo Eyrien—, solamente.

—¿Es por el escultor? Eyrien, te lo ruego, dime qué pasa.

La Dama lo miró largamente.

—Entra en mi mente —dijo al fin. Cuando River se sobresaltó, le sonrió con calma—. Sabes hacerlo. Y te estoy dando mi permiso ahora.

River se dejó llevar por la curiosidad que sentía y se concentró en los pensamientos de Eyrien; enseguida todo lo demás dejó de existir. Notó que una visión se filtraba en su conciencia, estaba viendo aquello mismo que atribulaba la mente de Eyrien. Y vio a una mujer muy hermosa encerrada en un torreón, una joven que en realidad no lo era pues parecía antigua, mucho más que Eyrien. Una mujer de largos cabellos oscuros, piel pálida y perfecta y ojos grises como la luna entre la niebla; se parecía un poco a Eyrien cuando se conjuraba. Y era la modelo de las estatuillas de alabastro. La mente de Eyrien le dijo que era una súcubo, Lilith, la hermana de Ashzar, y se aferraba a la vida: había tratado de permanecer cuerda cuando aquella hambre atroz, desconocida hasta entonces, se había apoderado de su voluntad hasta el punto de enloquecerla. Pronto vendrán, se repetía la súcubo, incapaz de creer que fueran a dejarla morir de hambre, incapaz de asimilar que sus anfitriones elfos se hubiesen convertido en crueles e indiferentes carceleros. La Sabia Hizel había sido tan amable... Y así, día tras día, anochecer tras anochecer, había esperado con ansiedad que la gruesa puerta de la torre se abriese. Lilith estaba asustada. Ya ni siquiera tenía hambre, tan solo un leve hormigueo que de vez en cuando se extendía por su cuerpo y sus extremidades le recordaba que aún luchaba por vivir.

De pronto la visión cambió y se hizo mucho más nítida, y River comprendió que aquello había sido una reconstrucción hecha por la mente de Eyrien mientras que lo que sucedía ahora era un recuerdo real, explicado por otra persona. Vio a un Elfo de la Noche joven, de rostro compasivo, abrir la puerta del torreón. River supo que era Konogan, el Cazador siartano que había sido amigo de Eyrien. Sin detenerse a darle las gracias, un hombre maduro, el escultor de las estatuillas, traspasó la puerta y buscó frenético a la súcubo a la que había amado. Lilith estaba sentada en un banco de la terraza, apoyada en la pared, pero todo en el lenguaje de su cuerpo, antes enérgico y fuerte como las tormentas, delataba que la vida la estaba abandonando. Sintiendo su presencia, la súcubo se giró hacia él. Sus cabellos negros enmarcaban un rostro que se había afilado y empaldecido más de lo que era habitual en él; sus ojos grises habían perdido su brillo. Pero había paz en su semblante, y una triste despedida.

«¡Mi señora!», exclamó Brandon lanzándose a su lado y arrodillándose para cogerle las manos. «¡Mi señora, qué os han hecho! Por qué no habré llegado antes. ¡Bebed! Bebed de mi sangre. Prometisteis no volver a hacerlo, y sé que ya no será gustosa como hace años, pero ¡por favor, mi señora! Desangradme si así conseguís salvaros». La súcubo le dedicó una sonrisa, a la vez cálida y temible, como tantas veces desde hacía más de cuarenta años. Era tan hermosa, aún a las puertas de la muerte, que hacía que el hombre estuviese dispuesto a dejarse llevar por ella al infierno. La mano de la inmortal, ni fría ni caliente, se deslizó por su cara arrugada. «Ya es tarde para mí», dijo con una voz dulce que sonaba alarmantemente débil. «Hace demasiado tiempo que no como... demasiado. Tan sólo he esperado para poder despedirme. Recuerda que te quise, mi querido Brandon, recuerda que te amé... demasiado». «¡Lo sé, mi señora!», dijo Brandon entre sollozos, uno de los pocos a quien la súcubo había amado de verdad. «Lo sé, Lilith».

La abrazó como hacía mucho tiempo que no la abrazaba. Había sido su víctima, su amante, y cuando envejeció, su más fiel vasallo. Ahora recordaba cuánto se habían amado, y creyendo que sería él quien abandonaría el mundo primero, jamás se había preparado para ver morir a la inmortal. «Y dile a mi hermano que no tiene culpa. Valía la pena...», añadió Lilith con un hilo de voz, el rostro apoyado en el hombro del humano. Brandon sólo tuvo tiempo de mirarle un último instante el rostro, antes de que su amada se convirtiera suavemente en un polvo oscuro y suave que se alejó de él con la brisa. Sin dejarle ningún otro recuerdo que las lágrimas que humedecían su hombro.

—Dioses —murmuró River horrorizado.

La emoción con que Eyrien le había transmitido sus pensamientos había conseguido que sintiera pena por la súcubo, aunque fuera hermana de Ashzar. Cuando la visión se disipó, vio de nuevo el rostro de Eyrien frente al suyo bañado por las lágrimas. Así que ése era el motivo por el cual Ashzar buscaba a la Sabia Hizel, para pedirle explicaciones por la muerte de su hermana. Lo que no se explicaba River era la razón por la que la súcubo era una «invitada» de los Sabios, ni por qué después la habían dejado morir de una forma tan atroz. Ni por qué Konogan se había apiadado y Brandon estaba ahora en aquella pequeña población de Amazonia. Lo que sí entendía era el estado de Eyrien, que no dejaba de repetirse que los Sabios no podían ser tan crueles.

—Por eso quiere Ashzar ver a Hizel —dijo angustiada—. Por eso cree que lo llevaré

voluntariamente ante los Sabios. Porque merecen un justo castigo por lo que han hecho, permitiendo que un ser vivo muriera de hambre. ¡Oh, no! —se tapó los ojos con las manos—. Cómo han podido...

—A mí lo que más me importa es saber qué hacía esa súcubo en las Fortalezas.

—Eso está claro —dijo Eyrien—. Ashzar hizo algún trato con ellos, y Lilith era la prenda de buena voluntad de los vampiros. Y sólo se me ocurren dos opciones: o la misión de Ashzar consiste en protegerme y salvar mi vida en vez de matarme por orden de otro, o yo soy el premio por lo que sea que tenga que cumplir.

River no salía de su asombro. Estaba horrorizado. Aquello que Eyrien suponía con lógica frialdad era lo más grave que él había oído hasta ese momento. Y ella seguía angustiada por la súcubo muerta. No supo qué decir, pues lo primero que se le ocurría era pedirle a gritos que se preocupara por su propia situación en vez de indignarse por el oscuro comportamiento de los Sabios. La cogió suavemente por los hombros, para obligarla a mirarle a los ojos.

—La cuestión está en descubrir qué es lo que prometió hacer el vampiro.

—Eso no lo sé.

Los ojos de Eyrien volvieron a humedecerse. Nuevamente los acontecimientos se precipitaban a su alrededor, enredando aún más a Eyrien en un destino funesto sin que él pudiera hacer nada.

Lo único de lo que quería estar seguro era de que odiaba a los Sabios, que los aborrecía con toda su alma porque toda su sabiduría los había vuelto insensibles y ególatras. Y sabía que no le importaría verlos muertos, si Ashzar lograba llegar hasta ellos. De repente él mismo se moría de ganas de llevar al vampiro hasta ellos. No se le ocurrió que de esa forma, abandonándose a aquellos pensamientos, estaba reafirmando la Profecía que las estrellas habían hilado en torno a él. Trató de abrazar a Eyrien, que seguía ahogada en sus propios pensamientos, pero ella no se dejó.

—Ahora no —dijo la elfa poniendo las manos en su pecho para apartarle—. Si prestaras atención, te darías cuenta de que Killian tiene problemas y está pidiendo nuestra ayuda.

River notó entonces que aquella molesta llamada que pedía auxilio a gritos en sus mentes y que había intentado ignorar era de Freyn, que los conminaba a dirigirse cuanto antes al cobertizo que se hallaba junto a la taberna del pueblo.

# 13

## Alana

Frey y Killian entraron en la taberna de las Minas de Fuego poco después de que Eyrien y River hubiesen tomado una de las calles laterales de la población para dirigirse a la casa de Liana de la Casa de los Tres Elfos, y Eriesh desapareciese furtivamente de su lado. Killian no salía de su asombro porque la poderosa hechicera hubiese escogido aquel lugar como hogar para su familia, tan lejos de Udrian y cualquier otra comunidad decente de Magos. Él no había visto nunca a Liana, pero había oído hablar de ella a menudo.

—Espero que a River le vaya bien con su tía —dijo mientras él y Frey se sentaban a una mesa pequeña en la taberna abarrotada y llena de humo, y pedían unas jarras de cerveza. El rumor de muchas voces lo obligaba a alzar la voz para que el enano lo oyera.

—Bueno, Liana siempre fue bastante decidida —dijo Frey—. Una buena mujer, igual que su hermano. Pero en ella el ancestro que emerge con más fuerza es el ígneo, y es enérgica y pasional. Quizás demasiado. Fue una gran aliada de la Alianza mientras permaneció en Arsilon, pero luego... no quiso saber nada más.

—Me pregunto por qué Eyrien siempre parece angustiada con el tema de la familia de River.

—Eso —dijo Frey tras dar el primer sorbo a la jarra de cerveza que le había traído un mozo de la taberna—, no seré yo quien te lo diga, príncipe. Cuando Liana decidió dar la espalda a la Alianza, tuvimos que olvidarnos de ella por su propia seguridad; si nosotros no la recordábamos tampoco Esigion lo haría, y de esa forma ha estado segura. Y los elfos la vigilan, por eso sabíamos dónde estaba. Nadie culpa a Liana por su marcha, aunque no la entendamos. La suya es una historia triste.

—¿Y cuál no? —contestó Killian suspirando.

El enano se puso tenso de pronto mientras miraba hacia la puerta. Le hizo una seña a Killian para que girara y mirara también. El Bajo humano también se giró discretamente, pero tuvo que estirar el cuello para poder ver lo que le señalaba Frey en la taberna abarrotada de bebedores. Acababan de entrar en el establecimiento dos hombres vestidos de oscuro pero con ropas de calidad; miraron a su alrededor con gesto adusto y seguro.

—Maelvanienses —susurró Frey—. Será mejor que no sepan quiénes somos, príncipe.

—¿Cómo sabes que son maelvanienses? —le preguntó Killian en un susurro también.

—Los años de verlos y matarlos, hijo. Y ahora a callar, porque vienen hacia aquí.

El enano agarró con fuerza el mango de su hacha mientras miraba por encima del hombro tenso de Killian cómo se acercaban los dos sureños. Se relajó un poco y soltó el arma cuando los maelvanienses se sentaron en la mesa vecina y empezaron a hablar con su ocupante, un hombre rudo que vestía muchas pieles. Parecía que el nativo era cazador y que tenía algo que podía interesar a los dos recién llegados; esperaban llegar a un acuerdo. El cazador les explicó a sus acompañantes que hacía dos días que tenían una presa valiosa, intacta, que podían venderles por veinte piezas de oro sureño.

—Veinte piezas de oro —dijo el cazador—. Y será vuestra. Tu capitán podrá hacer con ella lo que le plazca, ¡si se atreve a acercarse a ella, claro! Esa niña es una fiera.

Killian y Freyn se dieron cuenta horrorizados de que la presa de la que estaban hablando era humana.

—Eso es lo que le gusta a nuestro capitán —dijo uno de los maelvanienses con una sonrisa lasciva que hizo que Killian llevara la mano a la empuñadura de la espada sin darse cuenta—. La queremos ya, tenemos que llevarla lejos.

—Pues vamos, la tenemos en el cobertizo de la taberna. Podréis ver que está en buen estado y que no la hemos tocado. A ésa —el cazador se rió—. Había dos más, pero eran viejas y las matamos después de pasar una noche divertida con ellas.

Los tres hombres se levantaron y se alejaron hacia la puerta, comentando que las viejas no servían para nada más que para disfrutar un rato y deshacerse de ellas. Killian respiraba con dificultad, no podía creer lo que estaba oyendo. Le indicó a Freyn que se levantara y los siguieran, pero el enano hizo girar la jarra de cerveza entre sus manos y no se movió.

—Killian, yo tengo que ocuparme de tu seguridad —dijo—. Eso que hemos oído es el pan de cada día cuando hay guerra, pero tú eres el único príncipe de Arsilon que tenemos. ¿Comprendes?

—Comprendo —dijo Killian, y para alarma de Freyn no volvió a sentarse—. Pero yo voy a ir a rescatar a esa doncella, y si quieres preocuparte por mi vida será mejor que me acompañes.

Freyn tuvo que seguir al arsiloniano casi corriendo hacia la puerta, rezongando, mientras aflojaba la cinta con que aseguraba el hacha a su costado.



No les costó localizar el cobertizo, pero se tomaron su tiempo para acercarse a él. Corrieron hacia una de las paredes laterales, sumida en la sombra, y miraron el interior a través de una de las muchas rendijas que se abrían entre los listones de madera gastada. Vieron a varios hombres reunidos en torno a un tonel que estaban usando como mesa para contar dinero. Además del cazador y los dos maelvanienses había otros cinco hombres, cazadores también como el primero a juzgar por sus ropas hechas de jirones de pieles. Otro hombre más permanecía cerca del fondo del cobertizo, junto a las balas de heno, vigilando a la joven que habían encadenado a una de las vigas de madera.

Sin duda aquella prisionera era una amazona, tal y como las había descrito Eyrien. La chica llevaba todo el cuerpo decorado con tatuajes azules, finos y sinuosos. Las líneas y los pequeños símbolos subían por sus brazos, bajaban por sus piernas y se escondían bajo sus ropas de cuero de color marrón y granate, como si alguien hubiese pasado una pluma sobre su cuerpo escribiendo en algún idioma desconocido de la naturaleza. Incluso su rostro joven parecía bellamente esculpido con delicados motivos feéricos. Su figura esbelta, bien proporcionada, de piel dorada por el sol y cabellos tostados como las espigas de otoño, que caían por su espalda en ondas tan salvajes como

su altivo rostro. En aquella tez dorada los labios carnosos armonizaban encantadoramente con unos pómulos rosados; sus ojos tenían un color maravilloso que mezclaba el amarillo dorado y el azul claro de una forma imposible. Era aquel un rostro tan infantil, encantador y sensual como traicionero. Cuando el cazador que contaba el dinero le dio la orden, el hombre que la vigilaba se acercó para deshacer el nudo con que había atado las cadenas a la viga. Vigilándolo tensa, preparada para atacar, la joven le dio una brusca patada en el estómago y cuando el cazador se inclinó hacia delante, estiró las manos para arrancarle la daga que llevaba al cinto y se la clavó al hombre en el cuello. Al derrumbarse con un gemido ahogado, el cazador se llevó a la joven al suelo con él, arrancando la viga de cuajo y sepultando a la amazona bajo su cuerpo.

Antes de que el jefe de los cazadores pudiese acabar con su exabrupto, Killian corrió hacia la puerta y abriéndola de una patada, gritó para desafiarlos a todos. Espada en mano, el gesto amenazante, su primer objetivo era que los hombres se olvidaran de vengarse de la chica. Tres de los cazadores se lanzaron contra él mientras Freyn se apresuraba a contener a otros dos; los maelvanienses lo miraban todo sin meterse en la pelea. Mientras Freyn no se molestaba en mirar dónde empleaba los tajos letales de su hacha, cercenando a sus oponentes y tiñendo de sangre el suelo cubierto de paja, Killian se esforzó por no herir de muerte a ninguno de los cazadores. Sabía que a Eyrien no le haría gracia, y prefería esperar a que la elfa llegara y decidiera el justo final de aquellos hombres; al fin y al cabo, ella era la Cazadora. Los tramperos no fueron rival para él, pero Killian tuvo que saltar a un lado cuando Freyn le gritó y sintió el veloz zumbido de una espada hendiendo el aire cerca de su espalda. Se giró rápidamente y con un movimiento instintivo, agresivo, describió un arco con la espada que abrió en canal el pecho del maelvaniense que había tratado de ensartarlo por la espalda. Al ver caer a su compañero, el otro cáustico huyó.

—¡No! —gritó Freyn al verlo escapar.

Le lanzó el hacha, que se clavó en la puerta poco después de que el maelvaniense saliera corriendo y se perdiera en la oscuridad.

—Ha escapado —dijo preocupado Freyn.

—No importa —dijo Killian apoyando las manos en las rodillas para recuperar el aliento.

—Sí importa —murmuró Freyn.

Se aseguraron de que los enemigos heridos no supondrían un problema. La amazona, mientras tanto, había conseguido salir con esfuerzo de debajo del cadáver del cazador, pero las cadenas habían quedado enganchadas de nuevo y se acuclillaban para intentar soltarlas. Killian se acercó a ayudarla, ignorando a los cazadores que gemían en el suelo.

—¡Señorita! —exclamó—. Permitid...

Los reflejos le salvaron la vida. En el momento en que fue a tomar a la joven del brazo, ésta se levantó con un movimiento brusco, describiendo un arco con el largo cuchillo que había arrancado del cuello del Cazador. Antes de que Killian pudiera recuperarse, volvió a atacarle otra vez. El príncipe retrocedió agachando la cabeza, oyendo el silbido del acero cerca de sus oídos, y desenvainó su propia espada otra vez en un gesto instintivo. Segundos después se erguía frente a una oponente inesperada que estaba más que dispuesta a enzarzarse en una lucha sin cuartel. La joven flexionaba las rodillas, pasando el peso del cuerpo de un pie a otro y estaba medio agachada,

dispuesta a saltar sobre Killian si se le acercaba. Las cadenas pendían tensas de sus brazos perdiéndose bajo el cuerpo del cazador.

—Voy a soltarte —dijo Killian, sorprendido ante la actitud desafiante de la amazona.

El odio que destilaba la joven, pese a que no debía superar los veinte años, lo abrumaba.

—Suéltame —dijo la amazona furiosa—, ¡y te rebanaré el pescuezo!

—¡No! —gritó de pronto Freyn—. ¡Ayuda, elfos!

Killian tuvo el tiempo justo de girarse para ver cómo Freyn se interponía entre él y un hombre que se encontraba en la puerta del granero. El enano salió despedido del suelo y aterrizó entre las balas de paja tres metros más lejos.

—¡Freyn! —gritó Killian, pero no corrió hacia él.

Sus ojos se desviaron hacia la entrada del granero. Reconoció la túnica negra del hombre que sonreía desde la puerta, la había visto ya en las afueras de Selbast cuando habían sido atacados. Segundos después aparecieron otros dos Nigromantes.

—Esa amazonas es nuestra, niño —dijo el primero que había llegado—. Cómprate una propia.

—Me parece que éste no quería comprarla, sino rescatarla —dijo otro, mirando a los cazadores y el soldado maelvaniense, que tapizaban el suelo cubierto de paja del granero—. Yo creo que éste es de la Alianza, y un noble seguramente a juzgar por su actitud.

—Pues tú te ocupas de interrogarlos a él y al enano mientras nosotros nos llevamos a la fiera de los tatuajes.

Killian agarró la espada con más fuerza, sabiendo que lo más probable era que muriera en aquella batalla desigual. Se interpuso frente a la amazona, levantando la espada, mientras los Nigromantes se reían. Pero se rieron demasiado pronto. Aprovechándose de su falta de atención, Killian desenvainó la daga de su cinto y la lanzó contra el pecho de uno de los Nigromantes. El Mago Vodun sólo tuvo tiempo de agarrar el mango del arma, que se había clavado entre sus costillas, antes de caer de espaldas al suelo.

—Maldito niño norteno —escupió el que parecía estar al mando, sin dedicar una mirada a su compañero muerto—. Te aseguro que te arrepentirás de lo que has hecho.

—Lo dudo —le contestó Killian.

El Nigromante, cuyos ojos acuosos brillaban de furia mientras su rostro permanecía inexpresivo, le dedicó una sonrisa torcida.

—Enséñale lo que pasará si decide no hablar luego —le ordenó a su compañero.

El otro Nigromante alzó las manos hacia Killian y murmuró algo. Segundos después el príncipe de Arsilon notó cómo se abrían cortes, poco profundos pero largos, en los brazos que tenía levantados. Gimió dolorido, viendo cómo las mangas de su camisa se teñían de rojo y sintiendo la profunda laceración en la piel. Pero no se movió, y siguió interponiéndose entre la amazona y los Nigromantes. Si tenía que morir, no iba a ponérselo fácil a los maelvanienses, si aguantaba lo suficiente quizás los elfos o River llegaran para ayudarles.

—No dejes de sujetar tu cuchillo —le dijo a la amazona, a la que oía respirar detrás de él.

Se giró un poco hacia la derecha, con la espada en alto todavía, cuando el otro Nigromante

trató de acercarse a la amazona. Entonces el dolor empezó a asaltar también su mente y notó que un hilo de sangre brotaba de su boca. Se sintió caer de rodillas, oyó gritar a la amazona y trató de ponerse en pie. Por el rabillo del ojo vio cómo el cuchillo que había sostenido la amazona en sus manos salía despedido, inútil, hacia la pared de la derecha. Lanzó la espada al Nigromante que aferraba a la chica de las cadenas, mientras ella se debatía con furia. Pudo ver cómo su arma, lanzada a tuestas, chocaba contra la pierna del Mago Vodun haciéndole doblar una rodilla con un grito de dolor. Vio también a la amazona, mientras su vista se tornaba borrosa, tratar de golpear a su raptor en la cabeza con los grilletes. Killian respiró hondo, tratando de sobreponerse al sufrimiento.

—Aguanta... —le dijo a la chica con voz ronca.

El Nigromante que torturaba a Killian soltó una imprecación, mientras el otro le advertía que no lo matara hasta que lo hubiese hecho hablar. Mientras se acercaba casi a rastras al Mago Vodun que trataba de atrapar a la amazona, ésta la atacó con un golpe de energía que la envió contra la pared. La joven cayó sin sentido, los cabellos rubios extendidos a su alrededor manchados de sangre.

—No... —murmuró Killian haciendo un esfuerzo por ponerse en pie mientras el conjuro del Nigromante le taladraba el cerebro.

Entonces recibió un fuerte golpe en la cabeza y cayó al suelo cubierto de paja, sin ser consciente de nada más.



—Te pondrás bien —le dijo una voz que reverberaba cuando Killian recuperó el conocimiento y se agitó—. Y Freyn sólo tiene un golpe en la cabeza, así que tranquilo.

Killian intentó erguirse del suelo de paja en que estaba estirado pero una mano fría se lo impidió; era la de Eriesh.

—Quédate donde estás, Killian —dijo el elfo con suavidad—. El Nigromante está muerto.

—¿Qué ha pasado aquí? —se oyó de pronto la voz de Eyrien desde la puerta.

Cuando sus ojos volvieron a enfocar la realidad, Killian giró la cabeza para ver a la Dama de Siarta y a River entrar presurosos por las puertas del granero. Tras una rápida mirada alrededor las cerraron, ante la certeza de que la batalla podría llamar atenciones indeseadas.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Eyrien enfadada.

La elfa reparó en la amazona que se encontraba todavía al fondo del granero, alerta.

—¡Alana! —gritó Eyrien, y se acercó corriendo con aquella velocidad inhumana a la que podía moverse.

—¡Eyrien! —dijo la joven con voz entrecortada mientras dejaba que Eyrien la abrazara.

—¿Pero qué haces aquí, pequeña? —le preguntó Eyrien mientras le acariciaba la espalda—.

¿Estás bien?



La amazona asintió valerosamente.

—Estoy bien. Gracias, Eyrien.

—¿Conoces a esa amazona? —dijo Freyn, que acababa de incorporarse y se masajeaba el golpe de la cabeza—. Casi le rebana el pescuezo a Killian después de que la salvara.

Eyrien no se sorprendió. Se limitó a acercarse a la amazona, rodeándola aún con un brazo, a donde Killian se levantaba del suelo con la ayuda de Eriesh y River.

—Alana, te presento a Killian, príncipe de Arsilon —dijo.

—Es un placer. Y lamento mucho el trato que has recibido, noble amazona por... —Killian se cayó ante la expresión de la joven.

Alana miró a River antes de fijar su expresión desdeñosa en Killian.

—Sé quién eres —le espetó—. No fuiste tan amable cuando tú y el hechicero traicionasteis a Eyrien para salvar vuestras indignas vidas, y casi conseguís que el vampiro la matase.

—¿Cómo sabes...? —empezó a decir Killian dolido, pero River lo interrumpió.

—Oye, tú —dijo el Mago acercándose—. Háblale con más respeto. Es el heredero de Arsilon y su futuro rey, así que le debes lealtad y obediencia.

—¿Mi futuro rey? —dijo la amazona con una carcajada furiosa—. Yo no debo lealtad a ningún hombre. Y yo ya tengo una reina: Calista, mi reina y la de todas las Amazonas. Y además es mi abuela. Para mí, éste —señaló a Killian— no significa nada.

—¡Alana! —la atajó Eyrien—. No quiero más peleas. Te recuerdo que es gracias a este caballero que ahora estás libre. Muéstrate más amable, mira lo que le han hecho por ti —la besó en la sien; la amazona era un palmo más bajita que ella—. Y a mí también me gustaría saber cómo has averiguado todo eso, me alegraría saber que Calista está comunicada con el mundo exterior. Pero ahora tenemos que marcharnos de aquí enseguida, y buscar a alguien que arregle todo este estropicio, Eriesh.

El elfo asintió y salió por un ventanuco alto, evitando abrir las puertas. Mientras la amazona recuperaba un arco, un sable ancho pero de aspecto liviano y un macuto de piel del rincón donde los cazadores acumulaban sus cosas, Eyrien le pasó a River la botella de savia curativa que siempre llevaba encima.

—Oh, no —suspiró Killian—. Prefiero las cicatrices.

River sonrió; se le notaba aliviado.

—No haberte hecho el héroe contra esos Nigromantes entonces —le espetó—. Me he preocupado cuando te he visto ahí tirado. Aunque tengo que decir que te has defendido bien, compañero.

Killian ignoró el dolor que le producía el líquido sobre los largos cortes de sus brazos, y se fijó en que Eyrien comprobaba el estado de sus enemigos. Parecía que Alana le había abierto la cabeza al Nigromante que trataba de llevársela, y Eriesh debía haber matado al otro porque estaba tirado cerca de la puerta con un tajo en la espalda. Los cazadores seguían inconscientes en el suelo, o quejándose asustados, pero ninguno más que su jefe, a quien Eyrien se había acercado. La elfa se inclinó sobre él, abandonada cualquier ilusión que la hiciera parecer humana.

—Os dejaré vivir por esta vez, a ti y a tus hombres —le dijo al trampero—. Pero os aconsejo

que busquéis pronto otra forma de ganáros la vida, o volveré. Y si alguien te pregunta, os peleasteis entre vosotros y jamás habías visto a esos Magos, ¿de acuerdo?

—Lo juro —balbuceó el hombre mientras se encogía ante su presencia.

—Y es más de lo que merecéis —dijo Freyn, que pese a que se masajeara la cabeza y tenía briznas de paja enganchadas a la ropa parecía encontrarse bien.

Eyrien se irguió y le dio la espalda, ignorando las promesas atropelladas del humano. Casi todos dieron un respingo cuando Eriesh se dejó caer en silencio de nuevo al interior del granero, seguido de un Alto humano que tuvo muchos más problemas que él para saltar y que cayó en pie a duras penas. Era joven, no mucho mayor que River y Killian, y tenía una mata de cabello de un castaño algo azulado y los ojos grises.

—A ti no te conozco —le dijo Eyrien—. ¿Eres descendiente de un Elfo del Lago de Plata?

—Sí, señora, mi ancestro feérico fue un Elfo de Agua dulce. Y no me conocéis porque hace mucho tiempo que no veníais por aquí, pero yo sí sé quién sois vos: el resplandor en la oscuridad —susurró—. Mi nombre es Lance.

River sabía que ése era el significado del nombre de Eyrien en el idioma feérico antiguo, el que se hablaba aún en Siarta.

—Bien, Lance —dijo la elfa—. Necesitamos que te ocupes de esto. ¿Crees que encontraremos camas en la posada?

—Sí, señora —dijo el Mago—. Cuantos más cáusticos vienen aquí, menos gente de la Alianza lo hace. Pero no debéis preocuparos ahora. Hay otro destacamento maelvaniense aquí, pero son Bajos humanos de los que patrullan los bosques. No se preocuparán por la desaparición de éstos —dijo señalando a los Nigromantes muertos con la cabeza.

Eyrien asintió. Les preguntó a Killian, a Freyn y a Alana cómo estaban, y los conminó a todos a abandonar el cobertizo. Killian se apoyó en el hombro de River, que lo sacó casi a rastras. Aunque no quisiese entorpecer la marcha, el príncipe estaba bastante vapuleado y tenía que concentrarse para soportar el escozor de la savia. Aún le martilleaba la cabeza.

—Perdona que no te pregunte ahora por tu familia —le dijo a River mientras se dirigían a la posada.

—No te preocupes —le dijo el Mago, aunque Killian adivinó que algo había sucedido lo suficientemente grave como para crispar el rostro de su amigo.

Pero River no podía hablar ahora. No dejaba de fijarse en Eyrien, intuyendo la angustia bajo aquella máscara de determinación que había adoptado la elfa. Pobre Dama de Siarta, nunca se podía permitir un momento para sentirse vulnerable y perdida ella también. River se preguntó si, como él, Eyrien estaba pensando en el papel del vampiro en toda aquella locura y en lo que podía significar. Ayudó a Killian a subir por las escaleras de la puerta de atrás de la posada, donde el posadero los esperaba ya por orden de Eriesh. Les ofreció todo el segundo piso con tres habitaciones y el uso privado de un saloncito; si aquel hombre era de la Alianza o simplemente un hombre neutral que no veía problemas en mantener la boca cerrada, River no lo supo ni lo preguntó. Lo turbaban dilemas mucho más apremiantes. Si los Sabios habían vendido a Eyrien a Ashzar, por favorecedor que fuera el trato, los mataría. Aunque quiso pensar que los Sabios le

habían salvado la vida pactando con el vampiro para que no la matara. Pero, de todas formas, después de lo que habían hecho a su hermana, quién sabía lo que podían esperar de Ashzar.

—Podéis dejar vuestras cosas —dijo Eyrien de pronto.

Habían llegado a un cuarto con un sofá cuyo cobertor de lana parecía un poco raído. En el centro de la habitación había una mesa desportillada en una esquina rodeada de sillas desaparejadas. Pero el lugar parecía aceptablemente limpio.

—Alana, puedes ir a darte un baño a nuestra habitación, si quieres —le dijo Eyrien con amabilidad—. Tienes ropas limpias, ¿verdad? Bien —dijo cuando la amazona asintió—. No te preocupes, nadie te molestará.

Mientras la amazona se alejaba en silencio con unas cuantas ropas de ante marrón apretadas contra el pecho, los demás se sentaron alrededor de las mesas. Al cabo de un momento Eriesh, que abandonó la ilusión que lo hacía parecer un Alto humano de cabellos de un tono ceniza y ojos gris oscuro, les ofreció unas infusiones calientes que había traído de la taberna de la posada en una bandeja. Eyrien les pidió a él, a Freyn y Killian que le explicaran qué había sucedido desde que se habían separado.

—Conozco a Alana desde hace tiempo, igual que a Calista —le dijo Eyrien a Killian cuando terminaron la explicación—. Y sé que lo que has hecho quizás haya abierto una esperanza de comunicación entre Amazonia y Arsilon. Pero tú no lo sabías, sólo estabas salvando a una muchacha indefensa. Has sido muy valiente, príncipe.

—Nada que no...

Killian calló, pues Alana había regresado saliendo de una de las habitaciones. Tenía los cabellos mojados pero lisos de nuevo, y los tatuajes asomaban por debajo de sus ropas limpias. Su rostro mostraba la insondable inexpresividad de quien no quiere afrontar sus propios fantasmas, pero aun así crispó los labios cuando se sintió observada. Al único que no miró con desprecio fue a Eriesh, pues las Amazonas respetaban a los elfos aunque fueran machos, fijó su mirada en Killian y sus ojos de aquel extraño color azul dorado llamearon.

—¿Y tú qué miras? —le espetó.

—Yo...

—Oh, sí —lo interrumpió la amazona—. Claro. Estás horrorizado. Y crees que has solucionado todos mis problemas salvándome de ellos. ¿Sabes cuántas Amazonas han pasado ya por eso? ¿Sabes cuántas mujeres, cuántos niños, cuántos feéricos y animales mágicos luchan su propia guerra aquí en Amazonia? —dijo alzando cada vez más la voz—. No sabes nada, príncipe de Arsilon.

—Tienes razón —dijo Killian—. Pero me gustaría saberlo.

—Las Amazonas nos las hemos arreglado siempre solas —le respondió la joven apretando los puños—. No queremos otro rey con deseos de poder aquí en Amazonia; tenemos suficiente con el de Maelvania.

Killian acusó el golpe como si lo hubieran rociado con un cubo de agua fría. Compararlo con Esigion era ya demasiado. Estaba a punto de replicar cuando se fijó en que la joven se sentaba junto a Eyrien después de que ésta le estirara del brazo pidiéndole que se calmara. La amazona

temblaba, y era obvio que trataba de contener las lágrimas mientras Eyrien le acariciaba los cabellos.

—Cuéntanos qué pasó —dijo Eyrien mientras Eriesh le acercaba una taza humeante.

—Como sabes, soy embajadora de mi abuela desde hace dos años. Soy una de las pocas que sale de nuestro hogar de vez en cuando. Incluso he llegado a visitar Selbast, en más de una ocasión. Vigilaba esta parte de la frontera con Amalia y Lavinia —dijo Alana subiendo las piernas a la silla y rodeándose las rodillas con los brazos—, cuando encontramos el rastro de un pegaso herido y decidimos seguirlo para ver si podíamos ayudarlo. Últimamente los cazadores de las minas, los súbditos de éste —miró a Killian—, se dedican a cazar animales mágicos para vendérselos a los maelvanienses. Es más fácil que trabajar en las minas. De pronto un grupo de diez hombres cayó sobre nosotras. Parecían cazadores, y se cubrían con pieles de muchos animales. No pudimos hacer nada contra tantos, nos cogieron desprevenidos y sólo éramos tres. Nos ataron y amordazaron, y nos llevaron a su campamento. No escuchamos cómo decidían qué harían con nosotras. Sólo más tarde supe que a mí me consideraban valiosa porque aún era joven y hermosa. A Amalia y Lavinia las violaron y las mataron después —hizo una pausa tratando de mantenerse fuerte—. A mí me explicaron que tenía suerte porque pensaban venderme a los maelvanienses. Pagarían por mí más que por el pegaso.

La amazona calló y permaneció inmóvil, con la mirada perdida en las llamas del fuego de la chimenea que River había encendido con los dedos. Nadie se atrevió a decir nada más; a saber lo que estaba viendo la joven en la negrura de sus recuerdos. No se quejó cuando Eyrien la envió a dormir asegurándole que estaría protegida, pero sus ojos volvieron a adquirir un brillo de rabia cuando su mirada se posó en Killian y en River antes de desaparecer por una puerta.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Freyn al cabo de un rato—. Si esa niña es nieta de la reina Calista, las Amazonas van a enfadarse mucho con lo que ha pasado.

—No tenéis que preocuparos mientras avancéis conmigo. Las Amazonas no nos atacarán —dijo Eyrien—. Pero quizás ha llegado en verdad el momento de que Arsilon modifique su política exterior —dijo mirando a Killian—. Para empezar, teniendo paciencia.

Killian asintió; para Eyrien debía ser fácil leer la confusión y la indignación que sentía ante la forma en que lo trataba Alana.

—Y ahora será mejor que todos durmamos un poco. La próxima noche también la pasaremos aquí pero no podemos estar ociosos. Tendremos que averiguar cómo están las cosas aquí y en la senda que nos conducirá durante la última etapa del camino hasta las Fortalezas.

Cuando Eyrien se levantó para coger sus cosas de las alforjas de Procyon que compartía con River y que habían dejado tiradas junto a la puerta, River se acercó a ella simulando buscar algo también.

—Eyrien...

—Ahora no —le respondió mentalmente la elfa—. Necesito pensar antes de que me avasalles con tus dudas y tus malos pensamientos hacia los Sabios.

—¿Aún estás dispuesta a ir allí? ¿Aun sabiendo que quizás te han vendido a Ashzar?

—O quizás lo que han hecho es salvar mi vida —respondió Eyrien con dureza, apretando entre

los dedos una cincha de cuero de las alforjas—. Los elfos no somos así, River —dijo, y su tono parecía un súplica—. No podemos ser así.

—Sé que tú no, y que muchos otros tampoco, pero... —dijo River, y dejó el final de la frase en el aire porque Eyrien ya sabía lo que quería decir—. No seas inocente, no te metas en una trampa mayor.

Eso la hizo fruncir el ceño y dirigirle una mirada afilada.

—¿Inocente? ¿Crees que no sé lo que hago? —preguntó—. Aunque los Sabios me hubiesen vendido a Ashzar, aunque realmente sean capaces de entregar mi vida, no corro ningún peligro yendo a su encuentro. Primero, porque un elfo jamás haría daño a quien viene por propia voluntad a su encuentro. Y segundo —dijo antes de que River replicase—, porque si es verdad que me han entregado a Ashzar como pago por la tarea que sea que le hayan encomendado, ¿crees realmente que se atreverían a dejarlo sin su premio, especialmente después de haberle arrebatado ya a su hermana?

No, River no había pensado en ello.

—Pero no puedo evitar pensar que todo esto es anterior a que los traicionaras por nosotros. Yo creo que Killian y yo somos sólo una excusa. Y me preocupa lo que les están haciendo a los míos y lo que dijo Nahtaniel el Ideólogo. ¿Quiénes serían todos esos que están «mezclados» en las Fortalezas? Me pregunto quién está allí con los Sabios.

—Lo averiguaremos —dijo Eyrien con seriedad—. Necesitamos saber quiénes son todos nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos. Los que conocemos, y los que no.

River comprendió entonces con sorpresa que Eyrien tenía muchos más recelos hacia sus antiguos mentores de los que dejaba traslucir. Y lo entendió todo. Eyrien, y quizás Subinion, también se habían dado cuenta de que algo escondían los Sabios.

—No te preocupes, River —dijo la elfa después de darle tiempo para meditar en sus palabras—. Te regalé una vida cuando tenía que matarte. Una vida que puede durar centurias ahora, y no voy a permitir que te la arrebaten. Ni a Killian, aunque seáis un peligro. Ni a ningún otro ser inocente si puedo evitarlo, porque ninguno de vosotros tiene culpa en los manejos de los que se creen con el derecho de controlar las mareas del mundo.

Eyrien le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Dioses, cuánto poder irradiaba ahora, pensó River. La elfa rozó su mano con los largos dedos tenuemente dorados cuando pasó por su lado para volver con los demás. Y River supo que la Dama de Siarta no descansaría hasta desvelar todos los misterios que los envolvían y los conducían a ciegas por todas aquellas revueltas del camino. Y supo también que en parte lo hacía por él.

Ojalá hubiese podido, simplemente, preguntarle si le quería.



En Fernost, la ciudad de la Alianza que se hallaba inmersa en los más profundos bosques de

Centria, estaban ya acostumbrados a lidiar con la presencia de trasgos y chupasangres. Seren, su gobernador, ya había enviado noticia a Arsilon para informar de que en los últimos tiempos la presencia de chupasangres se había reducido considerablemente, para ser sustituida su amenaza por otra aún más temible: la de los kapres. Nadie entendía qué hacían allí tantos de aquellos espíritus malévolos, cuando siempre habían preferido bosques más húmedos, ni tampoco se explicaban a dónde habían ido los chupasangres. El único que se hacía una idea era Ian, que desde Arsilon recibía todas las noticias y se daba cuenta de que sus enemigos se estaban redistribuyendo para atacar allí donde más daño podían hacer. Los chupasangres se habían diseminado por los lindes de los territorios élficos, especialmente en Greisan y Quersis, porque si para los humanos su mordedura era venenosa y los convertía en wendigos, para los elfos era mortal. Los kapres, a su vez, se habían trasladado a los territorios originarios de los chupasangres para hostigar a los Bajos humanos, que poco podían hacer contra ellos por su naturaleza sobrenatural. Ian veía la mano negra de Esigion de Maelvania detrás de todo aquello.

Fernost estaba amenazada por un mal inesperado, pero contaba con la ayuda de los pocos Magos que habitaban en la ciudad y la de los enanos del valle de Enadar, sus vecinos, que eran valientes y tenían armas poderosas. Ante el alarmante crecimiento de las poblaciones de kapres también habían acudido en su ayuda algunos de los Elfos Ígneos de la cercana Vulcania, que trataban de obligar a retroceder a los espíritus malignos hacia las inhabitadas Grandes Selvas del Este. Pero no habían podido contar con la ayuda de los Elfos de los Bosques Leñosos, aliados suyos anteriormente, pues estaban ocupados tratando de crear un camino seguro para los niños del Centro Umbanda de Alto Udrian, cuando al fin iniciasen su exilio hacia Arsilon.

Sin embargo, aquella noche, a Seren de Fernost se le presentaba otro problema grave.

—¿Otra vez? —preguntó cuando uno de sus capitanes entró, sin llamar a la puerta, en el despacho en el que conversaba con la esposa de Urist, el rey enano del valle de Enadar.

El capitán venía sucio, lleno de polvo y sangre seca, y su rostro delataba que estaba cansado hasta la extenuación.

—Sí, señor —dijo el hombre haciendo una leve reverencia ante la mujer enana que se hallaba sentada junto a su señor—. Hemos perdido otra patrulla. Siguieron unas luces creyendo que eran las antorchas de mi grupo y cayeron en una emboscada. Al oír los gritos acudimos en su ayuda, pero hubiésemos muerto también si dos elfos de Vulcania no hubiesen llegado para salvarnos a todos. Los elfos opinan que los culpables de nuestras pérdidas son los volgas, señor.

—¡Volgas! —repitió la enana—. Lo que nos faltaba, por el Gran Creador.

Hylga, la esposa del rey del vecino reino enano, era una invitada muy especial para Seren. Los enanos no solían dejar a sus mujeres participar en las guerras, pues las protegían como a un tesoro, y salían poco de sus hogares. De ahí que muchos humanos poco cultos pensarán que las enanas no existían, o que se parecían tanto a sus hombres que no era posible distinguirlas. Nada más lejos de la verdad; Hylga era una enana hermosa, de labios carnosos, espesa melena cobriza y corpiño ceñido a su fuerte y generosa complexión ósea. La presencia de Hylga en su palacio era una bendición, ya que los enanos querían demostrar así que todavía daban su amistad a los humanos, pese a que también allí en Selbast, los Altos y Bajos humanos se preocupasen más de avivar sus

propias rencillas de la guerra que se cernía sobre ellos. Al menos así había humanos por igual y éstos se habían unido de nuevo para hacerles frente.

—¿Qué son los volgas? —le preguntó Seren preocupado, mesándose la barba negra.

—Los volgas son *otros* seres sobrenaturales —dijo Hylga—. Son espíritus incorpóreos, pequeños, que toman la forma de pequeñas llamas de color azul y tacto frío. Fuegos fatuos, los llamáis popularmente los humanos. Y sí, existen de verdad. No son malvados por naturaleza, aunque les gusta extraviar a la gente en los bosques. Nunca había oído decir que se dedicaran a atraer a la gente hacia los kapres.

—Cualquiera pensaría que todos los seres de este continente se están volviendo locos —dijo Seren golpeando la mesa con el puño—. Esigion de Maelvania está detrás de esto también.

—Si lo está, la pregunta es cómo —dijo la enana.

Suspiró, antes de recobrar la compostura y hacer llamar a uno de sus consejeros para enviarlo a Enadar y a Arsilon con las malas nuevas.

## Las Minas de Fuego

—¿Y por qué las llaman Minas de Fuego?

Era casi mediodía, pues todos habían aprovechado para dormir; excepto quizás los elfos, que dormían poco pero pensaban mucho. Ahora estaban sentados alrededor de la mesa de nuevo, mientras almorzaban los huevos con tocino que Freyn había subido muy satisfecho de la taberna. Era el primer desayuno decente que probaban desde hacía días.

—Pues tiene gracia la historia —dijo el enano, y se dispuso a iniciar uno de sus largos relatos—. Hace algunos siglos vivían por aquí unos cuantos Elfos de las Rocas...

—Creí que todos era de Greisan —dijo Killian.

—No todos los elfos nacieron allí donde viven ahora —dijo River, agradecido de nuevo del favor que le había hecho Subinion dejándole visitar Antigüedad—. Brotaron por todas partes, allí donde hubiera feéricos menores, y luego se juntaron con los que nacieron primero, en sus moradas ancestrales. Por eso a los que nacieron en Siarta, Greisan, Vulcania, Quersis, Casa del Mar y Boreanas se les llama los Antiguos, a ellos y a sus estirpes, porque son los que nunca salieron de sus hogares, y los más poderosos.

—Sí —dijo Eriesh sorprendido—. Eso es.

—No quedan muchos Antiguos —añadió Freyn, retomando su papel de narrador—. De Greisan, por ejemplo, tan sólo quedan Islandis y alguna familia noble como la de Eriesh aquí presente, pero eso no quiere decir que los demás no sean poderosos. Bueno, volvamos a los elfos que vivían en Amazonia. Cuando los maelvanienses empezaron a ocupar Selbast, muchos de los que simpatizaban con la Alianza, o que simplemente no querían caer bajo el yugo maelvaniense, se exiliaron de la ciudad y remontaron la frontera de Amazonia Exterior para buscar un lugar en el que quedarse. Salieron en primavera y todo les fue bien, pero fueron unos insensatos; al llegar el invierno se dieron cuenta de que no podían subsistir de lo que les daba la naturaleza en estas regiones frías y no tenían dinero para comerciar. Además las amazonas los hostigaban en cuanto se acercaban demasiado a su territorio, por lo que no iban a obtener ayuda alguna de ellas.

—Ellos ya nos habían hecho retroceder suficiente —intervino Alana molesta—. No queremos más humanos cerca de nuestros territorios, bastante tenemos con los centauros. Si los hombres necesitan ayuda, que acudan a su rey de Arsilon...

—Alana... —la hizo callar Eyrien.

La amazona, pese a lo joven que parecía y la vivencia que había pasado, se mostraba fuerte y enérgica. Se había colgado la espada y el arco con el carcaj de la espalda, parcialmente ocultos por la cascada de cabellos dorados. Despertaba respeto, por mucho que a River no le gustara demasiado, y sentía mucha curiosidad por ella. Aquella muchacha tenía una magia propia, y mirarla era como entrever la impetuosidad de la naturaleza hecha persona. Era realmente hermosa, para ser humana.

—Alana tiene razón —dijo Killian con una inclinación de cabeza—. A partir de ahora, Arsilon



se asegurará de que la gente que depende de su rey no moleste a las Amazonas.

Alana lo miró con un ligero desconcierto; si había valorado positivamente la actitud de Killian, lo escondió bajo una máscara de incrédulo desdén.

—No necesitamos vuestra ayuda —le espetó con cuanta rabia pudo—. ¿Qué te pasa, príncipe? —le dijo con diversión, al ver que él parpadeaba confuso—. ¿A tu mente de aclamado caballero le cuesta entender que una mujer pueda querer valerse por sí misma? Por supuesto, al príncipe de Arsilon debe costarle aceptar que una chica como yo no se desmaye por el simple hecho de tenerle delante.

—Alana, cálmate —dijo Eyrien, aunque sonreía.

—Si la culpa es de las humanas principalmente —reconoció la amazona, sumida en un encantador desaliento.

—Tú también eres humana —comentó Freyn.

—Pero no soy como las humanas de las ciudades —dijo Alana con manifiesto desdén—. Yo soy una amazona —dijo con orgullo, mientras sus tatuajes parecían refulgir contra la piel tostada de su cuerpo—. Yo no necesito a ningún hombre para que me socorra ni para que me diga lo que tengo que hacer. Estuve en una gran ciudad una vez, y esas chicas pusilánimes de las cortes de la Alianza me provocan náuseas. En lo único que piensan es en estar bellas y arrebatadoras para agradar a los hombres, en encontrar un esposo con un brazo rico e influyente del que colgarse. ¿Acaso creéis que esas mujeres piensan en otra cosa que en sí mismas? A mí me gusta ser libre, no que me compren con regalos caros; a mí me gusta luchar por lo que creo. Soy una buena guerrera, soy una buena persona, y vivo por ganarme un honor por el que merecer un respeto que no entienda de sexos. Eso es lo que a mí me importa, le agrade a los hombres o no.

—Estoy seguro de que ésta es una actitud que agradaría a muchos hombres —dijo Eriesh sonriendo, mientras miraba de reojo a Killian—. Eres todo un tesoro entre las mujeres, pequeña amazona.

—Además las humanas son estúpidas por querer rivalizar entre ellas —dijo Alana alzándose de hombros, pero complacida por el elogio del elfo—. Estoy segura de que la mayoría de arsilonianas miran mal a Eyrien. Yo en cambio le aprecio por todas sus virtudes en vez de sentirme empequeñecida por ella. Es más bella que yo, es maravillosa, y yo estoy orgullosa de poder estar a su lado. Puedo aprender muchas cosas de ella y no voy a desperdiciar esa oportunidad sólo porque se lleve todas las miradas.

—Decididamente sí eres diferente a las mujeres que conozco —reconoció Killian mirando a Alana con respeto—. Si todas las Amazonas son como tú, consideraré que tu pueblo se parece más al de las valerosas elfas que al de las mujeres del mío, con la disculpa de la Dama Eyrien.

—Tienes mis disculpas —dijo Eyrien con una sonrisa deslumbrante.

—Como si a mí me importara lo que opina él —contestó Alana en cambio.

Siguieron unos segundos de silencio. River, igual que Killian, se sentía un poco incómodo. Aquella chiquilla podía conseguir que se tambaleara el ego del hombre más seguro de sí mismo. Quizás era verdad que para los guerreros, uno de sus pilares, era que las mujeres dependieran de ellos.

—¿No querías una amazona? —le susurró River a Killian mentalmente—. Pues ya tienes una. Apuesto a que ya no te gustan tanto, ¿eh?

El príncipe parpadeó despojándose de la sorpresa y la incomprensión ante semejante muestra de desdén y le dio un puñetazo en el hombro a su amigo.

—Los elfos que os digo se apiadaron de aquellos exiliados humanos —continuó Freyn con su historia sobre las Minas de Fuego ahora que se habían calmado los ánimos—, y un Hijo del Ópalo de fuego empezó a crear gemas que los humanos encontraban en el río. Gracias a ello pudieron comprar víveres para el invierno a las amazonas, que se avinieron a comerciar con ellos.

—Nos lo pidieron los elfos —puntualizó Alana—. Y ellos sí son nuestros amigos, porque nos respetan. Así que les hicimos ese favor. A ellos.

—Claro —aceptó Freyn, antes de continuar su historia—. Los humanos sobrevivieron a aquel invierno, pero vendrían más. Por eso los elfos les buscaban un medio de ganarse el sustento sin que tuvieran que depender de un pueblo belicoso que no los deseaba cerca. Encontraron las minas de oro y el Elfo del Ópalo de fuego los fue atrayendo con joyas hasta allí para que las encontraran. ¡Como palomas siguiendo migas de pan! —se rió el enano—. Los humanos os mostráis a veces bastante inocentes y demasiado confiados, pero el caso es que funcionó. Aquellos exiliados abrieron las minas y pudieron comerciar con el oro que extraían de ellas. Ahora los centauros con sus mejores clientes y la colonia se ha extendido creando muchos poblados. Llamaron a la mina y su pueblo la Mina del Fuego en honor al «espíritu de los bosques» que los ayudó a sobrevivir en sus primeros años. Cuando ya aquellos elfos que los habían ayudado se habían encaminado a Greisan, aún se hablaba con veneración en las Minas de los «Entes del bosque», y los aldeanos son muy respetuosos con la naturaleza. Nunca han querido enfadar a los guardianes de los bosques, esperemos que siga siendo así.

—Teniendo en cuenta que permiten que los Nigromantes tengan amazonas como mascotas, lo dudo —dijo River.

—La verdad es que sí, las cosas parecen haber cambiado mucho aquí.

—Pronto lo veremos —dijo Eriesh—. Bajaremos a la taberna ahora, y nos reuniremos con Lance y otros miembros de la Alianza.

—¿Por qué tenemos que bajar a la taberna? —preguntó Alana—. Estará lleno de hombres.

—Porque necesitamos recoger toda la información que podamos, y descubrir si hay otras amazonas atrapadas —le respondió Eyrien con dulzura—. Después te acercaremos a casa mientras nos dirigimos a las Fortalezas.

—Pero allí habrá hombres —repitió Alana.

—Lo sé, pequeña —dijo Eyrien mientras ella y Eriesh se conjuraban para parecer Magos—. Puedes quedarte aquí si quieres.

—No —dijo Alana levantando el mentón surcado de finísimas líneas azules—. Soy embajadora de la reina Calista, y lo que aquí suceda nos interesa a nosotras también.

—En ese caso la amazona tendrá que conjurarse también —observó Freyn.

—Pues qué lástima —dijo Alana—, yo no puedo...

—Pero Eyrien sí —la interrumpió Freyn.

—Pero no va a hacerlo. ¡Eyrien! —exclamó levantándose, dolida al ver que ella dudaba.

—Creo que será lo mejor, Alana —dijo la elfa transformada.

Alana dio una patada en el suelo con desaliento; sabía tan bien como todos que llevarle la contraria a Eyrien era inútil, además de peligroso. Cuando la elfa levantó las manos, retrocedió.

—Lo siento, Alana, no hay otra solución posible.

Murmuró algo por lo bajo, y a la amazona se le borraron los tatuajes del cuerpo como si alguien estuviese pasando sobre ella una goma de borrar. Ahora su piel era sonrosada y tostada, sin mácula alguna. Enfundada en sus ropas de cuero parecía una simple viajera; a los demás les resultó extraño verla como una simple pero hermosa Baja humana. La más consternada fue la propia Alana, que se miró de arriba abajo con el rostro congestionado.

—Me siento desnuda así —dijo con tristeza, mirándose los brazos extendidos y arremangándose las mangas de cuero granate.

Killian y River intercambiaron una sonrisa; ellos podían asegurarle que no mostraba más piel que antes, lamentablemente.

—No te angusties —le dijo Eyrien—. Los tatuajes siguen ahí aunque no puedas verlos, y te los devolveré en cuanto salgamos de las Minas. Te lo prometo. Por cierto, Alana. ¿Cómo sabías lo que ha sucedido estos últimos meses? Pocos saben lo que vivimos River, Killian y yo.

—Ah —dijo Alana—. Mientras yo todavía estaba en casa, vino a visitarnos Freyo de Vulcania, el Cazador. Nos explicó todo esto para que pudiésemos contárselo a Phynos y que así éste volviera a casa.

—¡Phynos! —exclamó Eyrien—. Lo sabía, sólo pudo ser él quien matara a los trasgos con fuego y flechas centauras.

River frunció el ceño. No sabía cómo reaccionar ante la noticia de que el heredero de Vulcania, que parecía haber tenido una relación intensa con Eyrien, se hallaba cerca. Eyrien se giró hacia ellos y miró a Killian, que parecía desconcertado.

—Phynos de Vulcania pasa largas temporadas con los centauros de Équida. Aprende cosas de ellos, pues son duchos en las artes de la guerra.

Alana soltó una imprecación en un idioma desconocido.

—¿Y lo habéis encontrado? —preguntó Eyrien.

—No, según nos dijo Freyo hace más de un año que no contactan con él. Le enviaron mensajes, pero creen que jamás llegó a recibirlos, y sin las comunicaciones telepáticas...

—El fénix que encontramos debía ser uno de los mensajeros —dijo Eriesh—. Debieron abatirlo antes de que llegara a encontrar a Phynos.

—Supongo que sí. Ése era otro de los motivos por los que patrullábamos tan lejos de casa: tratábamos de encontrar a Phynos. Espero que esté bien; no entiendo cómo un elfo puede disfrutar en compañía de los centauro pero mi abuela le tiene mucho aprecio.

—Claro que sí —murmuró Freyn de forma que sólo River y Killian pudieran oírle—. Phynos tiene fama de ser el elfo más apuesto de estos tiempos, rivalizando solamente con Asier.

—Estará bien —dijo Eyrien—. Si fue él quien mató a los trasgos, pasó por aquí hace no mucho tiempo. ¿Sabes si ha estado visitando a Calista últimamente?

—Hace dos años. Creo que intuía que tendríamos problemas, y estaba decidido a que firmáramos una tregua con los centauros. Y nos explicó cosas interesantes.

—Cuéntamelas —dijo Eyrien—. Los demás podéis ir bajando a la taberna.

Las dejaron solas, y River notó que la comida se le indigestaba mientras bajaban las escaleras. Celoso, era incapaz de pensar que seguramente lo que Eyrien quería saber eran cosas relacionadas con la guerra.



A aquella hora la taberna no estaba llena todavía. Los hombres del grupo escogieron una mesa relativamente apartada, asegurándose de que no hubiera maelvanienses demasiado interesados en ellos. Pero salvo un grupo de soldados maelvanienses que fanfarroneaban junto a la barra, el resto de los presentes parecían hombres de las Minas; rudos y bulliciosos, pero gentiles. Sin duda la mayoría de las gentes de las Minas respetaban aún al bosque y vivían vidas honradas. Había también un pequeño destacamento de soldados vestidos de verde y marrón, como si hubieran llegado de Selbast, y algún que otro comerciante de zonas lejanas. Había pocos Altos humanos, quizás un par más además de River; aún se preguntaba cómo su tía podía haber vivido allí. Deseó que ya se hubiese ido, antes de que se enterase de lo que había sucedido en el granero.

Pero por una vez desde hacía días, se sintieron relajados y bromearon sobre la actitud de Alana; ni Killian ni River habían conocido jamás a una mujer así, y todavía se sentían pasmados por sus creencias. Para cuando Eyrien y Alana bajaron de nuevo, el salón de la taberna se había llenado considerablemente de gente, en su mayoría trabajadores de las minas cercanas. El ruido era atronador, pero el volumen general bajó de repente cuando la elfa ilusionada hizo su aparición en las escaleras. Tenía los cabellos negros sueltos en ondas a su espalda, y se había puesto un vestido de manga larga que no dejaba más que parte del pálido cuello al descubierto. Aun así era tan hermosa que parecía irreal.

—Esa elfa llama demasiado la atención incluso estando ilusionada —murmuró Freyn, que estaba de espaldas y no necesitó girarse para saber qué era lo que había reclamado la atención de los comensales.

—Alana tampoco pasa desapercibida —murmuró Killian, mirando a la joven rubia que bajaba tras la Dama de Siarta.

—Y yo no soy la única elfa que llama la atención aquí —dijo la voz de Eyrien en sus mentes; aún desde lejos su fino oído había captado los comentarios.

River frunció el ceño y miró a Eriesh. Luego se fijó en que dos de las mozas de la taberna estaban detrás de él, cuchicheando con las mejillas arreboladas.

—Si quieres saberlo, también hablan de ti —le dijo el Elfo de las Rocas en voz baja.

River enrojeció un poco, pero apartó la mirada de las dos chicas.

Mientras tanto, ignorando la atención que habían despertado, Eyrien y Alana sorteaban mesas

y sillas para llegar hasta ellos. Recibieron varios comentarios obscenos, alguna invitación impropia, pero ningún hombre de los que estaban allí se atrevió a propasarse con Eyrien. En aquella parte de continente se veían pocos Altos humanos, y los Bajos les tenían casi tanto temor como a los elfos. Ninguno se atrevería a enfurecer a lo que consideraban una maga de desconocidos poderes. Así que Eyrien y Alana se sentían seguras aunque molestas. Sin embargo, una llamada diferente a las demás las hizo detenerse bruscamente.

—¿Alana?... Alana, ¿eres tú?

Un hombre joven, alto, de cabellos trigueños y ojos oscuros se había levantado de una mesa cercana y se acercaba con cara de no poder creer lo que estaba viendo. Alana se arrimó a Eyrien y le cuchicheó:

—No te preocupes, lo conozco. Es de Selbast, ya te he dicho que he estado allí —se ruborizó—. Es... el primer hombre que conocí. Es un buen hombre —añadió a regañadientes.

Eyrien, para su sorpresa y alarma, también lo conocía. Aquel hombre era, o al menos había sido, el capitán selbastiano que les había abierto las puertas de la ciudad neutral. Era el capitán Aston, de la guardia de Selbast, y si no le lanzó un conjuro aturridor fue porque también era consciente de que el hombre se había mostrado reticente a dejar que los maelvanienses la dañaran; tampoco había estado presente en el ataque del bosque. Además el soldado estaba demasiado atónito mirando a Alana como para fijarse en ella, y reconocerla como la supuesta elfa quersiana a la que había amordazado con reticencia.

—Alana... ¿eres tú? —repitió el hombre.

—Hola, Aston —dijo Alana. Cuando el selbastiano la miró de arriba abajo, incrédulo, se ruborizó—. Mi amiga es una Alta humana y ha conjurado mis tatuajes para que no llame tanto la atención. Las Minas ya no son tan amigas de las amazonas como antes.

Eyrien sonrió, asintió, y se despidió rápidamente alegando que sus amigos se preocuparían si al menos una de ellas no se reunía con ellos en la mesa. Mentalmente advirtió a Alana que no revelase más información de la pertinente, y la conminó a averiguar qué hacía allí el capitán de la guardia de Selbast. Cuando fue a la mesa donde estaban los demás y les dijo que la amazona se había encontrado con un conocido, Killian frunció el ceño. Parecía indignado ante la idea de que Alana se mostrara tan poco cortés con ellos, y en cambio se aviniera a sentarse a la mesa de otro hombre.

—Mujeres —murmuró Freyn, pero Eyrien lo oyó y le dirigió una mirada fulminante.

Al cabo de un rato Alana regresó y se sentó en la silla que le habían reservado entre Eyrien y Eriesh. Mientras los demás la observaban inquisitivamente ella se inclinó hacia la Dama de Siarta y le susurró al oído cuidando de no dejar al descubierto la oreja puntiaguda de la elfa. Los demás la miraron con curiosidad, sin saber, excepto quizás Eriesh, lo que estaba revelando a la Dama en secreto. River tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que su mente se introdujera en la de alguna de ellas para saber de lo que hablaban.

—Muy interesante —dijo Eyrien al fin, y se giró hacia el príncipe de Arsilon—. Killian, será mejor que vengas con nosotras, esto puede ser también de tu interés.

Sorprendido, Killian dejó de escandalizarse por el hecho de que la amazona se hubiera

dedicado a intimar con los habitantes de las Minas e hizo lo que le decía la Hija de Siarta. Las siguió a ella y a la amazona hasta la mesa donde el amigo de Alana esperaba a solas. Frunció el ceño, pero aún lo frunció más cuando se dio cuenta de que el hombre le resultaba familiar. El otro le devolvió la misma mirada de reconocimiento y se sobresaltó.

—¡El traficante que vendió a la elfa de Quersia! —dijo Aston alzándose como un resorte.

Antes de que el capitán selbastiano pudiera llegar a empuñar su arma, Eyrien se interpuso en su camino con un movimiento rapidísimo. El hombre se sobresaltó. La elfa murmuró algo en voz muy bajita y sus ojos, fijos en el selbastiano, viraron al verde por un momento. El soldado la miró boquiabierto, lívido, antes de comprender y sentarse de nuevo a la mesa. Se mesó los cabellos trigueños y miró aturdido a Alana, que se alzó de hombros antes de volver a la mesa donde aún permanecían River, Eriesh y Freyn.

—Sois vos —dijo el capitán Aston mirando a Eyrien—. No erais una elfa; erais una Alta humana disfrazada con magia.

Eyrien no respondió a eso, puesto que no podía mentir. Era mejor dejar que el capitán siguiera pensando que ella era una Alta humana con grandes poderes.

—Alana me ha explicado qué haces aquí, capitán —le dijo al selbastiano con suavidad—. Y me ha parecido correcto que supieras que no hubo ninguna elfa muerta en Selbast por culpa tuya. Yo era esa elfa, y este chico y el Mago venían conmigo. Pertenecemos a la Triple Alianza.

—Ah... —dijo el selbastiano aún boquiabierto—. Cuánto me alegro, señora. Juré no perdonármelo jamás y perseguir a aquellos pillos —calló y miró a Killian.

—Pues este cazador al que querías dar caza es Killian de Arsilon, Aston —dijo Eyrien—, y quizás tu historia le interese. Explícanos...

Se calló al ver que Lance, el joven Mago que acudió a su llamada el día anterior, se acercaba a ella con aspecto atribulado. Eyrien dejó a Killian con Aston y se alejó hablando con el joven Mago. Al volver a mirar al selbastiano, el príncipe de Arsilon se dio cuenta de que éste ahora lo miraba con una mezcla de admiración, sorpresa y disculpa que en otras circunstancias hubiese resultado cómica.

—Siento el susto que te dimos, amigo —dijo Killian. Se olvidó de que el hombre le disgustaba por haber sido amigo de Alana—. Mmm, ¿y qué te trae por aquí?

Killian se concentró en lo que el hombre le explicaba de la historia reciente de Selbast. Parecía haber empeorado por momentos desde que ellos la dejaron.

—Por eso muchos de mis hombres y yo decidimos abandonar nuestros puestos y la ciudad —dijo Aston con la segunda jarra de hidromiel—. El suceso de la elfa y la batida fuera de la ciudad fueron las gotas que colmaron el vaso. ¡Nosotros somos caballeros! —exclamó golpeando la mesa con el puño—. Nos amenazaron con destituirnos y encarcelarnos si no salíamos a luchar contra vosotros, señor, pero nos negamos. Y también nos negamos a que nos juzgaran los maelvanienses; ellos no eran nuestros señores. Así que en la confusión de aquella noche decidimos abandonar la ciudad y venir aquí, donde todo ciudadano puede ser libre o proscrito. Pero sé que mi ciudad está perdida, señor, y queremos recuperarla. Hemos venido aquí tratando de encontrar otros renegados, pero sólo hay mineros y maelvanienses.

—Comprendo —dijo Killian; ahora sentía verdadera simpatía por aquel caballero que se había visto obligado a desobedecer las órdenes para mantener intacto su honor.

Al cabo de un rato Alana se reunió con ellos, sorteando las mesas abarrotadas, para informar a Killian con un cuchicheo de que todos excepto los elfos habían vuelto al piso superior. Luego permaneció en silencio, mientras oía cómo los dos caballeros hablaban sobre hipotéticos levantamientos de las ciudades neutrales. Ahora miraba a Killian con más curiosidad que desdén, aunque éste no se diera cuenta. Estaba concentrado en Aston, que parecía ofrecerle hombres y pedirle ayuda al mismo tiempo.

—Los maelvanienses han subido los impuestos en nombre del gobernador. Dicen que necesitamos más armas y más soldados ahora que los elfos nos acechan y que los Nigromantes más importantes han abandonado la ciudad para dirigirse a algún lugar del Noroeste. No hay leña, ni comida, ni oro. Todo es para los maelvanienses. Los selbastianos han dejado de ser neutrales por coacción, pero me consta que no quieren ser cáusticos —defendió Aston a su ciudad mientras hacía girar entre las manos su tercera jarra de hidromiel de la tarde—. Y aún querrían serlo menos si supiesen que pueden seguir a alguien noble como usted, señor. Entonces todos seríamos de la Alianza. Los primeros, mis veinte hombres y yo. Y muchos más, si nos ayudarais a rescatar Selbast de las garras de los maelvanienses. Selbast sería una nueva aliada contra Maelvania.

Killian admiró la vehemencia con que hablaba aquel capitán. Recordaba haber pensado ya en Selbast que un hombre así a su lado sería valeroso, y ahora lo tenía delante y le pedía su aprobación con toda la claridad que le permitían su honor y su orgullo. También su paso por Gevinen, en su primer viaje con Eyrien, le había hecho meditar profundamente sobre la injusticia a la que estaban sometidas las gentes de bien que vivían en las ciudades neutrales, invadidas ahora por los maelvanienses. Recordaba a la aldeana a la que Eyrien había regalado la orquídea de zafiro; a menudo se preguntaba si ella y su hijo estarían bien, o si el soldado de la puerta de Gevinen habría llegado alguna vez a cumplir su amenaza de dejarla fuera de la ciudad a merced de los chupasangres. Miró a Aston a los ojos, y quiso leer veracidad en su mirada.

—No miente —le llegó de pronto la voz de Eriesh dentro de su mente, haciéndole dar un respingo—. Ese hombre es sincero y su corazón es tan noble como parece.

Killian se alegró de que el Elfo de las Rocas, sin duda por orden de Eyrien, hubiese estado espionando su conversación desde algún rincón cercano.

—Para mí sería un honor, capitán Aston, que lucharas a mi lado en esta guerra —dijo Killian, al modo en que se entendían los caballeros—. Y tus hombres también, si son tan valerosos como tú.

—Entonces tenéis veinte buenas espadas a vuestro servicio, señor —dijo Aston orgulloso—. Os lo juro por mi honor de caballero.

—Te creo —dijo Killian.

Alana casi sonrió. Eyrien llegó entonces repentinamente junto a ellos, inhumanamente rápida y silenciosa. Su rostro pálido estaba tenso y parecía preocupada.

—Killian, Alana, debemos reunirnos con los demás —dijo—. Arriba, ya.

Killian se alarmó, pero lo que más le preocupaba en aquel momento era abandonar allí a unos

hombres que le habían jurado lealtad. Era ahora responsable de ellos, y no podía ni quería dejarlos atrás. Pero reconocía que quizás se había pasado de la raya al no tener en cuenta la opinión de un miembro más importante de la Alianza. Eyrien pareció leer sus pensamientos.

—Has hecho bien, Killian. Tu generosidad y tu visión de futuro han sido acertados —lo tranquilizó mentalmente—. Capitán Aston, sube con nosotros. Esto puede incumbirte también.

El hombre asintió, y se alejó un momento para advertir a sus hombres, que estaban sentados en dos mesas cercanas, que pronto volvería. Luego siguió a los miembros de la Alianza hacia la segunda planta. En el pequeño comedor, ya estaban reunidos Eriesh, River y Freyn; parecía que el elfo de Greisan los había conminado a preparar el equipaje y ya había varios bultos junto a la puerta.

—Tenemos que irnos —dijo Eyrien—. Parece ser que todos los cáusticos que había en la ciudad han salido subrepticamente poco después de que nosotros bajáramos a la taberna. Será mejor que abandonemos este lugar antes de que atraigamos alguna desgracia.

—¡Mi tía! —dijo River.

—No te preocupes, lo he comprobado. Ya se ha ido —dijo Eyrien—. Y Lance se ocupará de que tu primo Unai y su padre estén a salvo.

—Parece que el trampero no cumplió su palabra de mantener la boca cerrada —dijo Freyn con voz ronca.

—Podría ser —dijo Eyrien. Después se giró hacia Aston y le dijo—: Capitán, los maelvanienses también podrían haber recibido órdenes respecto a vosotros. Reúne a tus hombres. Por el momento vendréis con nuestro grupo. Pero no des más detalles de los necesarios sobre nosotros.

—Sí, mi señora —dijo prestamente el selbastiano y salió de la estancia. Oyeron sus pasos pesados bajar presurosos por las escaleras.

Treinta minutos después volvían a salir de la ciudad, sin que los guardias de la puerta se atrevieran a preguntarles por qué su grupo había aumentado en veintiún Bajos humanos, sin librea que los identificara pero con armas de soldados, caballos de batalla y vestidos con los inconfundibles colores de Selbast. Tampoco los selbastianos hicieron preguntas respecto a la nueva compañía, y se limitaron a seguir a su capitán cuando éste les dijo que se habían unido a importantes miembros de la Alianza. Ni Eriesh ni Eyrien abandonaron su imagen ilusionada, para no asustarlos en aquel momento en que la situación era ya de por sí tensa. Cuando los caballos se reunieron con ellos poco después, River acusó la ausencia de Procyon; lo iba a echar de menos. Sumó su equipaje y el de Eyrien al que ya llevaban Jano y Debris. Pero no había tiempo para apenarse, la Dama de Siarta quería alejarse un buen trecho de las Minas antes de decidir qué hacer con los veinte selbastianos que los seguían.

No se habían alejado ni cinco kilómetros antes de que Eyrien y Eriesh se detuvieran bruscamente y miraran tensos a su alrededor.

—Huele a azufre —dijo Eriesh.

—¿A azufre? —repitió Killian.

Freyn los miró con gesto sombrío, mientras aflojaba el hacha del cinto.



—Chupasangres —aclaró.

## Chupasangres

—¡Chupasangres! —exclamó Killian en voz baja, no queriendo alarmar todavía a los soldados selbastianos que se habían apiñado un poco más allá, en un pequeño claro del bosque oscuro.

Los soldados miraban ahora con recelo a Eriesh y a Eyrien, pues aunque seguían con el aspecto ilusionado se movían de una forma que resultaba antinatural en los humanos. Los dos elfos se habían erguido y puesto tensos, y parecían oler y observar el aire como depredadores al acecho del rastro de un aroma. Al cabo de un largo momento, Eyrien se giró, abandonada ya toda ilusión y con el rostro rígido, para ordenarles silencio llevándose un dedo a los labios azules. Al mismo tiempo Aston alzó una mano para tranquilizar y acallar las posibles exclamaciones de los más nerviosos de sus soldados ante semejante descubrimiento. Eso era lo bueno de los soldados, pensó River mientras su mente se disparaba en pensamientos fatuos para aliviar la tensión, que obedecían las órdenes sin rechistar. Y Aston, simplemente, parecía pensar que ya lo había visto todo en el mundo. River se giró para ver cómo la elfa se soltaba el arco de la espalda y se colgaba con facilidad de una rama baja de un fresno cercano.

Subió un poco más arriba, en un silencio total, y clavó una rodilla sobre la rama para afianzar la puntería con el arco. Casi no se la veía en la oscuridad. Eyrien disparó sus flechas sin cesar, una detrás de otra hacia la espesura. Los demás la observaron en silencio, acongojados, mientras la elfa se deshacía de todas sus flechas a una velocidad pasmosa. Cuando estaba apuntando la penúltima de sus saetas contra un oponente que ellos no podían ver, Freyn no aguantó más.

—¿Cuántos son, Eyrien? —le urgió.

—Eran alrededor de medio centenar, aunque no todos avanzan —dijo la elfa—. Ahora son quince menos, pero me he quedado sin flechas y están cerca.

—Volvamos a la ciudad —dijo Freyn.

—No llegaríamos a tiempo —dijo Eyrien mientras bajaba de un salto al suelo.

—Y no acercaremos a esas bestias a un lugar habitado —añadió Eriesh—. Tendremos que defendernos aquí.

—Malditos escrúpulos de los elfos —murmuró el enano, mirando preocupado a los soldados selbastianos a los que habían arrastrado a aquella trampa.

Eyrien estuvo de acuerdo con Eriesh, pues los veinte soldados podían defenderse con sus armas y sus escudos mientras que en las minas habría labriegos, niños, mujeres y ancianos que serían presas fáciles para los antropófagos. La elfa repartió instrucciones rápidamente. Ordenó a los selbastianos permanecer en un círculo cerrado, defendiéndose mutuamente las espaldas. Los instó a permanecer en el centro del claro, ya que los chupasangres podían valerse de su bipedismo para trepar a los árboles y saltar sobre ellos si les daban la oportunidad. Los selbastianos se apresuraron a obedecerla y, aunque estaban asustados tanto por los chupasangres como por los dos elfos, formaron una circunferencia perfecta mirando hacia fuera. A los caballos, Eyrien les indicó que se alejaran al galope en la otra dirección y que no volvieran hasta que los llamase; era la única

forma segura de protegerlos de los chupasangres. Pese a que la Dama de Siarta trató de convencer a Alana y a Killian de que se fueran con los caballos, no hubo forma de persuadirles y ambos se sumaron al grupo que formaban los soldados de Selbast. La amazona miró duramente a Aston y a Killian cuando ambos se situaron a sus flancos con el fin evidente de protegerla.

—Sé cuidar de mí misma —dijo con valentía, pese a que estaba pálida bajo los tatuajes azules que Eyrien había dejado de ilusionar.

Cuando Eyrien se giró para mirar a River, que se acercaba en aquel momento a Killian, Freyn tomó a la elfa del brazo para retenerla a su lado.

—Ni lo intentes —le dijo suavemente—. El Mago tampoco se irá.

Eyrien suspiró, sólo Freyn y Eriesh sabían el tormento por el que estaba pasando la elfa en aquel momento. Ajeno a aquella situación, River se detuvo junto a Killian. Desenvainó la espada vampírica y se la ofreció a su amigo por la empuñadura de madera fosilizada.

—Sé que tu espada fue de tu padre —le dijo—, pero ésta es más poderosa y quiero que la conserves tú. Yo puedo defenderme con magia, y me quedaré más tranquilo si sé que tú también tienes una buena arma para defenderte, príncipe.

Killian observó el rostro de su amigo, y cuando leyó verdadera ansiedad en él aceptó el cambio de espadas. En su fuero interno él mismo se había dado cuenta ya de que si quería ser útil en un futuro contra los gólems, los kapres o los conjuros de los Nigromantes con los que tendrían que enfrentarse, necesitaría un arma distinta que las habituales entre los Bajos humanos. La espada del vampiro no era una feérica como la de Eyrien, pero también estaba imbuida de magia y tenía la capacidad de repeler los conjuros que se lanzaban contra ella y su dueño. Además, a diferencia de la de la elfa, ésta no necesitaba absorber energía de la mano que la empuñaba, y estaría en perfectas condiciones mientras Ashzar, dondequiera que se hallara, también lo estuviera.

—Toma —dijo Killian dándole su espada para aceptar el intercambio.

Sintió algo de pesar al desprenderse de ella. Más del que habría reconocido en voz alta.

—La cuidaré —dijo River adivinando sus pensamientos.

O leyéndolos; Killian no lo sabía, pero tratándose de él tampoco le importaba.

—Lo sé —respondió.

Intercambiaron una mirada emocionada, como siempre que por cualquier motivo fortuito descubrían que se habían hecho mayores, que las aventuras que soñaban de niños eran ya muy reales. Y peligrosas. Alana los miraba en silencio, lo que pasara por su mente era un misterio. Se sobresaltó cuando un rugido ronco, bajo y siniestramente inteligente resonó fuera de su campo de visión.

River y Eriesh se envolvieron con escudos protectores y Eyrien protegió a todos los demás pese a que sabía que sus defensas no durarían mucho tiempo ante la cantidad de animales que tratarían de echárseles encima.

—¡Alerta! ¡Escudos! —gritó Eyrien de pronto.

Lanzó su daga hacia la copa de un árbol cercano y al seguir la trayectoria del filo que brillaba a la luz de la luna, vieron a un chupasangre encaramado a las ramas bajas. Tenía aspecto de lobo, aunque era mucho más grande y su piel sin pelaje parecía la de un reptil, llena de manchas

grisáceas sobre fondo pardusco. Tenía seis gruesas garras en cada pata, y los ojos grandes, rojos como la sangre, delataban astucia. El animal parecía un vigía, pero si había estado a punto de saltar sobre los elfos o tan sólo esperaba ya no llegaron a saberlo; cayó muerto entre la hierba con la daga de Eyrien clavada en el cuello. Al cubrirse el suelo con su sangre humeante el olor a azufre fue evidente para todos. Como si fuera una señal para el ataque, los compañeros del chupasangre muerto alzaron sus broncas voces al aire nocturno y se abalanzaron sobre ellos. El olor a peligro despertó a los selbastianos, que clavaron los escudos ovales ante ellos para que les protegieran la parte inferior del cuerpo.

—¡Carbonízalos! —exclamó River en lengua feérica ígnea, levantando las manos hacia los cuatro animales que brotaron entre la espesura frente a él.

Tres de los chupasangres cayeron humeando al suelo, retorciéndose, pero el cuarto se irguió sobre sus patas traseras y saltó a un lado para apartarse de la trayectoria del conjuro. «Mierda», pensó River; no había contado con que el bipedismo de aquellas bestias las hacía más ágiles y veloces. Siguió lanzando conjuros, tratando de crear una línea inviolable frente a Killian que los monstruos no pudieran traspasar, pero eran demasiados y pronto los chupasangres consiguieron superar la primera barrera que formaban los tres hechiceros del grupo. Entonces tanto River como Eyrien y Eriesh sintieron que los escudos que los protegían empezaban a tambalearse ante la agresividad de sus atacantes.

—¡Armas! —gritó Eyrien cuando no pudo mantener el escudo frente a la cantidad de animales que se abalanzaban hacia ellos—. ¡No dejéis que os acerquen las fauces a la piel!

Se creó un caos de metales al ser desenvainados, de escudos al ser golpeados y de gruñidos roncacos de los chupasangres. Pronto se sumaron a estos los sonidos característicos de las batallas que Killian y River habían aprendido a ignorar en Sentríst: gemidos de esfuerzo, golpes contra el suelo y aullidos de dolor. River seguía lanzando conjuros a los chupasangres que no habían llegado hasta los Bajos humanos, mientras que con la otra mano lanzaba sin cesar bolas de fuego a los animales que trataban de acercársele. Por el rabillo del ojo trataba de vigilar a Killian, pero pronto tuvo que olvidarse de mantener la mente en dos sitios a la vez; el escudo con el que protegía su cuerpo de los colmillos y las zarpas de los chupasangres estaba empezando a ceder. Se dio cuenta de que, astutos, los chupasangres trataban de arrancarle las manos con sus zarpas letales para impedirle lanzar más hechizos. Desenvainó la espada de Killian.

El príncipe de Arsilon tenía su propio dilema. Notaba el brazo izquierdo de Alana contra el suyo, y su instinto de caballero le decía que tenía que protegerla como fuera. Al otro lado de la amazona, también Aston cubría a la joven mientras exhortaba a sus hombres a voz en grito a mantener la formación. Si los hombres a su espalda se movían o caían, estarían perdidos. Por suerte muchos de los selbastianos tenían lanzas o alabardas, con las que podían mantener a los chupasangres más lejos, impidiéndoles acercar las fauces sin caer muertos. Al otro lado de Killian, a su diestra, uno de esos soldados trataba de mantener alejados a dos chupasangres con una lanza de doble punta. Killian dio una patada en el flanco a uno de ellos, retirando la pierna rápidamente antes de que se concentrara en él. El otro antropófago se puso en pie y le arrancó la lanza de las manos al soldado de un zarpazo, partiéndola en dos. Mientras las astillas volaban,

ambos animales se lanzaron contra el hombre desarmado y le cayeron encima; el hombre aulló de agonía. Killian clavó su espada en el cuello de un chupasangre, que estaba sumido en un frenesí voraz que anulaba su raciocinio, y el soldado del otro lado hizo lo mismo con el otro. Pero el soldado caído ya estaba muerto, tenía el cuello desgarrado y la caja torácica parcialmente abierta. Killian y el soldado que se encontraba al otro lado del cuerpo se miraron unos segundos, sin saber si sentirse derrotados o aliviados; al menos el hombre descansaría en paz y no se convertiría en un wendigo.

—¡Estrechad el círculo! —gritó Killian sobreponiéndose, y retrocedió un poco para entrar en contacto con el soldado y evitar que quedara un hueco entre ellos.

—Diosas —dijo Alana al ver al soldado muerto, que quedó a merced de los monstruos.

La amazona descargó un mandoble con su sable a un chupasangre que se había escabullido del conjuro de rotura de huesos que River le había lanzado. Volvió a fijar la mirada en el cadáver del selbastiano, consciente de que su expresión de horror debía ser pareja a la de Killian y Aston. Dos chupasangres se habían desentendido de la lucha para devorar el cuerpo del soldado que había quedado tendido un metro más adelante, entre la hierba empapada. Mientras miraban, los dos animales se encendieron en llamas igual que el cadáver.

—¡No, River! —gritó Eyrien desde algún punto que no pudieron ver, mientras los animales caían al suelo fulminados por dagas de energía antes de que pudiesen echar a correr tratando inútilmente de sofocar las llamas—. ¡Puedes incendiar todo el bosque!

Y así sucedió. Una chispa escapó para ir a caer a un cúmulo de maleza seca que prendió y creció, abrazando al árbol más cercano.

—¡Arréglalo! —rugió Eyrien furiosa, al otro lado del círculo defensor.

Antes de que River fuera capaz de reaccionar, sin saber qué hacer, Eriesh ya había convertido las llamas en una escultura de zafiro que destellaba tétrica a la luz de la luna.

—Gracias —dijo ahora que se podía tomar un respiro, pues los chupasangres se habían quedado inmóviles por unos segundos por la sorpresa ante semejante exhibición de magia.

—Tranquilo —le respondió Eriesh volviendo a su lugar.

Al menos ya ninguno de aquellos carroñeros se comería aquel cadáver, que seguía ardiendo en una pira misericordiosa.

Sin embargo el drama se repetía por todo el círculo que formaban los soldados selbastianos. Se veían incapaces de mantener a raya a treinta chupasangres, ya que eran muchos los que escapaban a los conjuros de Eriesh, River y Eyrien y se abalanzaban contra la fila de espadas, lanzas y alabardas que se erguían contra ellos. Y su piel gruesa y fuerte soportaba muchos de los ataques. El hacha de Freyn estaba tinta en sangre. El enano la clavó volteándola sobre su cabeza en el cráneo de un chupasangre que había creído que su posición era la más vulnerable; casi no se le veía detrás de los tres antropófagos a los que ya había dado muerte. Pero la expresión de su rostro, salpicada de sangre parduzca, era intensamente agresiva. Él ya había luchado durante la Alianza Negra que había caído sobre Arsilon, y sentía una fuerte determinación a proteger a los humanos, más débiles que él; pues aunque un chupasangre lo mordiera, ni lo mataría como a los elfos ni lo convertiría en un wendigo como a los humanos. Tan sólo lo dejaría incapacitado unas semanas; tal

era la fuerza interior de los enanos.

Los elfos sin embargo, corrían un peligro mayor, pues el veneno de los chupasangres era letal para ellos, aunque también eran sus oponentes más complicados, y eran guerreros letales. A la derecha de Freyn, Eriesh extendió el brazo en el que no sujetaba la espada con aparente descuido. Cuando un chupasangre se lanzó a morderlo, el Elfo de las Rocas lo petrificó y clavó la hoja de su arma sobre la cabeza del animal cuando éste se encontró desconcertado mordiendo piedra. Alrededor del frío feérico había media docena de cadáveres. Sin embargo era una estrategia arriesgada, y los selbastianos que se habían salvado de ser acometidos gracias al elfo que se hallaba ante ellos no dejaban de dar vítores cada vez que un nuevo oponente caía ante el guerrero elfo.

Algo más allá, cubriendo la porción del círculo de Bajos humanos opuesta a las de River y Eriesh, la espada feérica de Eyrien relucía en la penumbra de la noche, aunque desdibujada por la velocidad a la que se movía y desaparecía para volver a aparecer. También Eyrien había desarrollado su propia técnica para enfrentarse a los chupasangres durante la Alianza Negra. Se ensombrecía y cambiaba de lugar para atacar a los chupasangres desprevenidos, aunque cuando la oían se apartaban de ella; por alguna razón los antropófagos se mantenían a una cierta distancia de la elfa.

Veinte minutos después el suelo estaba sembrado de al menos quince cadáveres de chupasangres y cinco selbastianos; otros tantos soldados permanecían heridos en el interior del círculo de combatientes, que se hacía cada vez más estrecho e inestable. Los chupasangres que aún vivían ya no se mostraban tan agresivos, pese a que los soldados selbastianos estaban exhaustos y muchos habían perdido sus escudos o sus armas. Los antropófagos no habían esperado una defensa tan enconada, y los dos elfos y River aún seguían lanzándoles conjuros si se atrevían a salir entre la densa negrura del follaje alrededor del claro. Eyrien, gracias a su visión nocturna, los veía todavía en la oscuridad y los obligaba a mantenerse agazapados entre la maleza o parapetados detrás de los gruesos árboles.

Tras unos segundos de calma aparente, atacando por la zona opuesta del claro para evitar la penetrante vigilancia de la elfa, otros dos chupasangres se lanzaron contra sus víctimas evadiendo a River. El Mago, exhausto y furioso, con los ojos brillando con un fulgor verde peligroso, dejó que se le acercaran. Les lanzó pequeñas dagas de energía, que abrieron profundos cortes en las patas delanteras y el pecho de los antropófagos, pero éstos no se detuvieron. Observaban al Mago con maligna inteligencia. River les devolvió la mirada; quería que se rindieran. Los atacó con pequeñas bolas de fuego, les rompió algunos huesos, y a uno le llegó a cortar una oreja, observando fascinado cómo aquellos animales se tambaleaban para luego seguir caminando hacia él. Eran la encarnación de la voracidad y la insensibilidad. Siguió atacándolos, probando sus poderes contra ellos.

De pronto notó por el rabillo del ojo que Freyn se situaba a su lado. Fue a decirle que se pusiera a cubierto, pero el enano habló primero.

—Ya que Eyrien no está aquí para llamarte la atención, supongo que tendré que hacerlo yo... —dijo—. Humm, River. Me pregunto si no estás olvidando de ser compasivo.

River tardó un poco en reaccionar, y entonces se dio cuenta de que los chupasangres habían dejado de avanzar. La sangre los cubría casi por entero y sus pieles humeaban. Uno todavía trataba de mantenerse en pie. River se dio cuenta horrorizado de lo que estaba haciendo, y lanzó una daga de energía contra el corazón de sus oponentes para permitirles una muerte pronta.

Fue la última demostración de fuerza que convenció a la docena de chupasangres supervivientes de que la lucha por la cena no valía la pena. Se fueron escabullendo lentamente, entre roncros rugidos de ira y desaliento, dejando de acechar al grupo con sus brillantes ojos rojos desde la oscuridad. Pasaron unos minutos tensos, esperanzadores, en los que los grillos y el susurro de la brisa entre las hojas volvieron a oírse con claridad en el silencio del bosque.

Los dos elfos, en puntos opuestos del claro, alzaron el rostro al viento, moviendo la cabeza a un lado y a otro.

—Se han ido —dijo Eyrien finalmente.

El ambiente se relajó como si las palabras de la Dama de Siarta hubiesen roto un conjuro. Los soldados respiraron aliviados, recuperando la serenidad antes de poder pensar en nada. Algunos lloraron, en respuesta a la tensión que habían estado soportando en su interior mientras luchaban. Ni siquiera se preocupaban ya de que, inesperadamente, estuviesen en compañía de dos elfos poderosos, una amazona y un Mago de ojos extraños.

—Dioses —murmuró River mirando a los chupasangres que había frente a él.

—No te preocupes, aún tienes que aprender a controlar tu poder —le dijo el enano poniéndole una mano en el brazo—. Al fin y al cabo errar es de humanos, ¿no?

River se obligó a sonreír ante el intento de Freyn de quitarle hierro al asunto.

—Al menos me alegro de que hayas sido tú quien me haya llamado la atención —dijo.

—Bah, por mí Eyrien no va a enterarse —dijo Freyn, pero ni falta que hacía.

—¡River! —la voz de Eyrien denotaba furia; se había acercado para comprobar que él, Killian y Alana estaban bien y miraba ahora los cadáveres destrozados de los chupasangres—. ¿Se puede saber qué pasa por tu cabeza? ¿No te han enseñado nada en Siarta sobre el poder y su control? ¿Sobre la compasión? Los elfos no...

—Yo no soy un elfo —la interrumpió River, creyendo importante recalcar aquel problema de base.

—No, no lo eres —susurró Eyrien—. Pero tampoco había llegado a creer que realmente tuviera que preocuparme por tus actos.

Aquel golpe fue más duro que cualquier conjuro que la elfa pudiese haberle echado para castigarlo. River se sintió abatido, preguntándose hasta qué punto iba Eyrien a empezar a pensar que se estaba convirtiendo en un ser demasiado peligroso.

—Déjalo, Eyrien —se solidarizó Freyn—. No tiene importancia.

—Sí la tiene —dijo Eyrien, pero no siguió insistiendo.

—Nunca habíamos tenido chupasangres en esta región de Amazonia —dijo Alana rompiendo el silencio que siguió a aquella disputa.

Se pasaba un brazo tembloroso por la frente para apartarse los cabellos y limpiarse las manchas de sangre de chupasangre; algunos de los monstruos habían estado muy cerca.

—No, no son de aquí —dijo Eyrien—. Pero tampoco pertenecen a la colonia de Dreisar.

—Atended a los heridos —ordenó Eriesh a los hombres que aún se tenían en pie—. Y enterrad a los caídos.

—Eyrien —dijo Freyn limpiando su hacha en la piel de un chupasangre muerto—. ¿Acaso también conocías a esos chupasangres? Se han mantenido lejos de ti.

—No, no los conocía —la elfa se alzó de hombros mientras volvía a soltarse los cabellos, que se había recogido durante la lucha—. Quizás ya se habían encontrado con otro Elfo de la Noche antes. River, límpiame y limpia a los demás para asegurarnos de que no están heridos.

Desazonado, River se lanzó a sí mismo un conjuro de limpieza, que ahora sabía que pertenecía a los Elfos del Agua, ya que utilizaba la humedad ambiental para limpiar las manchas. Después hizo lo mismo con Killian y Freyn.

—Mi Dama... —le susurró Freyn a Eyrien, apartándose un poco—. No seas tan dura con River. Es verdad que no es un elfo, aunque tú quisieras que lo fuera —alzó la mano cuando Eyrien fue a responderle—. Te conozco, hermanita mágica. Yo sólo digo que el muchacho hace lo que puede. Pero está un poco perdido, no tiene ni tu sabiduría, ni tu experiencia. Aunque lo intenta. Se esfuerza de veras, y lo hace por ti.

—Quizás tengas razón —dijo Eyrien finalmente, tras pensar unos segundos. No especificó si el enano tenía razón sólo en parte de lo que había dicho o en todo—. He sido dura con él. Pero me asusta que se desvíe del recto camino; no quiero perd... no quiero que lo perdamos.

—Entonces, guíalo —dijo Freyn.

Le dio una palmadita en la mano, y se alejó para ayudar a los soldados mientras la elfa alzaba la vista al cielo y se ensombrecía. «Y que el Gran Creador sepa guiaros a los dos», pensó Freyn, mientras miraba también al cielo.

Un aullido ronco, estremecedor, se alzó en la noche dejándolos paralizados pese a que venía de lejos. De pronto otro aullido se levantó tan cerca de ellos que muchos gritaron y cogieron de nuevo sus armas antes de girarse. La mayoría se quedaron boquiabiertos cuando lo único que vieron fue que la Elfa de la Noche era la única que permanecía en el lugar del que había provenido aquel sonido.

—¿Hablas chupasangre? —le preguntó Killian atónito.

—Soy una Elfa de la Noche, puedo comprender cualquier forma de comunicación —dijo Eyrien tan concentrada que ni siquiera adornó su voz con el habitual timbre de impaciencia—. Aunque esto ni siquiera llega a ser un idioma.

—¿Qué dicen? —le preguntó Freyn.

—Que han cumplido su trabajo, y merecen igualmente su premio. Yo les he preguntado que cuál es, espero que me reconozcan como un miembro de la manada.

Un nuevo aullido se elevó en la noche, más seco que el anterior. Eyrien se puso tensa y agarró su espada tan fuertemente que se le pusieron los nudillos blancos. Miró a Eriesh, y también éste abrió los grandes ojos grises con horror.

—¿Qué pasa, qué han dicho? —preguntó Freyn viendo alarmado como Eriesh dejaba el cadáver de un selbastiano que había apartado de los chupasangres muertos para coger nuevamente



su espada.

—Han dicho «las Minas, estúpido» —dijo River sorprendiéndose a sí mismo.

Killian lo miró asombrado, obligándose a recordar que River tenía nuevos poderes ahora, antes de asimilar el significado de sus palabras y ponerse pálido.

—¡Van a atacar las Minas! —exclamó—. Y aquella estúpida empalizada no los detendrá.

—¡Preparaos...! —empezó a ordenar Aston a sus soldados supervivientes.

—¡No! —lo atajó Eyrien con dureza—. Os quedaréis aquí. Eriesh y yo llegaremos más rápido a las Minas, y contra una docena de chupasangres podremos arreglárnoslas. No nos ayudaréis si tenemos que evitar que os acechen y os embosquen por las callejuelas de la ciudad. Atended a los heridos. Freyn, vigilarás que no se acerquen nuevos chupasangres.

—Pero... —dijo Killian.

—No —repitió Eyrien con dureza—. No vendréis ninguno de vosotros.

—Yo sí —dijo River.

—No.

—¿Estás castigándome por lo de antes?

—No, no estoy castigándote —dijo Eyrien con calma—. Sin embargo eres poderoso. Más que ningún humano y más incluso que muchos elfos de los que conozco. Es un hecho tan insólito como potencialmente preocupante, tendré que pensar detenidamente en ello.

A River no le resultó muy tranquilizador que Eyrien fuera a pensar en ello con tanta gravedad, y una rápida mirada a Killian le indicó que el príncipe también volvía a mostrarse tenso; ambos recordaban perfectamente el breve lapso de tiempo en que Eyrien los había considerado un peligro y creía que debía matarlos. Pero a River le preocupaban otras cosas más importantes en ese momento.

—No puedes impedirme que vaya...

—¡No!

Eyrien acompañó el mandato con una onda expansiva que golpeó a River y lo hizo retroceder dos pasos. Ella ni siquiera había pronunciado un conjuro, pero lo había lanzado.

—Ni se te ocurra, River —lo amenazó la elfa antes de seguir a Eriesh, que ya se perdía veloz y silencioso entre la espesura del bosque.



—Pero qué... —dijo River confuso, cuando pudo dejar de observar el lugar por el que había desaparecido Eyrien—. ¿Freyn?

El enano miró al suelo, estaba claro que él sabía por qué Eyrien se había mostrado tan inesperadamente brusca y agresiva.

—Tú sólo hazle caso.

—¡Pero doce chupasangres son muchos para ellos dos! Y puede haber más.

—Hazle caso, River.

—¡Mi primo está allí!

Freyn suspiró y le dio una palmadita en el brazo antes de ir a ayudar allí donde Aston trataba de decidir cuáles de sus hombres heridos necesitaban ayuda más inmediata y cuáles requerían tan sólo unas palabras de ánimo en sus momentos finales. River se fijó en que Killian parecía igual de preocupado que él. El príncipe desenvainó la espada al oír un ruido furtivo a sus espaldas, pero suspiró aliviado cuando fue Jano el que apareció entre la espesura acompañado de Debris. Contento, River se acercó al caballo feérico que acompañaba siempre a Killian y le palmeó el cuello castaño.

—Tienes que llevarme a las Minas, tenemos que ayudar a Eyrien —le susurró en lengua feérica, sabiendo que lo entendería.

—Eyrien le ha ordenado al Mago que se quede —le advirtió Freyn al caballo, recalcando sus palabras en el idioma de Arsilon con una negación de cabeza.

Jano resopló y sacudió el cuello. No dejó que River montara pero era evidente que estaba nervioso.

—Son doce chupasangres contra Eriesh y la Dama —le dijo River—. Eyrien puede estar en peligro.

Jano pateó el suelo, indeciso, los ojos dilatados fijos en River. Bruscamente, agachó el cuello y River se agarró a las largas crines para montar de un salto. El caballo inició un galope tan repentino que River no pudo comprender lo que Freyn le gritaba mientras se alejaban.

—¿Por qué se ha pasado River de la raya? —le preguntó Killian al alarmado enano—. ¿Va a hacerle algo Eyrien por haberle desobedecido? La Profecía...

—No es la Profecía —dijo Freyn rascando el suelo con la boca—. Es el miedo.

## Fantasma del pasado

Los hombres que guardaban las puertas de las Minas ya estaban muertos cuando River llegó al interior de la empalizada. La entrada ni siquiera había sido forzada, los chupasangres se habían limitado a saltar por encima de la penosa barrera de troncos entrelazados.

—Bien, amigo —le dijo River a Jano, palmeándole el cuello—. Tú mantente apartado, yo ayudaré a los elfos. No te preocupes, estaré bien —lo tranquilizó cuando el animal le rozó el hombro con el morro—. Y me aseguraré de que a Eyrien no le pase nada.

Los gritos aterrados de los habitantes de las Minas habían empezado a elevarse en el denso silencio en algún punto de la ciudad. Mientras se protegía con un escudo mágico y avanzaba cauto por las calles desiertas, a la mente de River llegó la voz de Eyrien, que alertaba a todos los vecinos de las Minas de que permanecieran encerrados en sus hogares o allí donde se encontraran, y que taparan puertas y ventanas con todo lo que encontraran.

Un sonido sutil, de piedrecillas cayendo, alertó a River de que no estaba solo en el callejón. Se agazapó instintivamente, como había visto hacer a los elfos, y miró hacia arriba. Allí, en el tejado inclinado de una casa, un chupasangre trataba de acercarse hasta la ventana medio abierta de la buhardilla. Era uno de los antropófagos más grandes que River había visto hasta aquel momento. El enorme animal era sigiloso, pero las seis garras de sus patas se clavaban tan hondamente en las tejas que desprendían polvillo. Tratando de afinar su puntería, no queriendo dañar la casa y facilitarle el acceso, se preparó para lanzarle una daga de energía, precisa y letal.

Su susurro sonó demasiado fuerte y llegó a los finos oídos del depredador. El chupasangre lo vio, esquivó el conjuro y poniéndose en pie, dio un ágil salto que lo llevó al tejado del otro lado de la calle, que era más bajo y lo acercaba más a River. Fue zigzagueando a una velocidad pasmosa, acercándose alarmantemente a él, mientras River trataba de alcanzarlo con dagas energéticas que se perdían en la noche. En el último salto del animal, el que conseguiría derribarle, River le envió una potente onda expansiva que le partió varios huesos. El chupasangre cayó pesadamente sobre un costado, gimiendo roncamente mientras trataba de ponerse en pie.

River lo dejó allí, presto a encaminarse al lugar donde estuvieran los elfos, sabiendo que su aroma feérico atraería a la mayor parte de la manada. Pero fue aminorando el paso hasta detenerse. Miró hacia atrás. El chupasangre seguía debatiéndose con el dolor, moviendo la única pata que tenía ilesa para tratar de incorporarse, arañando el suelo apisonado con sus garras ahora inútiles. y gemía. Pese a que su voz seguía siendo ronca y amenazadora, River se dio cuenta de que, en aquel momento, tan sólo transmitía dolor y miedo. Se acercó al animal hasta poder verle el rostro. Ahora comprendía River por qué los elfos eran misericordiosos incluso con sus enemigos; éstos no eran menos sensibles al miedo a la muerte que ellos. Incluso le pareció, aunque de esto nunca estuvo seguro, que en los ojos rojos que lo miraban vidriosos, desorbitados, había una súplica muda. River alargó la mano y concentró tanta energía como fue capaz. La canalizó en una punta afilada que se iluminó y atravesó la sien del chupasangre provocándole la muerte en el acto.

El cuerpo del antropófago se relajó, los espasmos cesaron, y River suspiró.

Antes de llegar a la plaza mayor de las Minas, donde Eriesh y Eyrien habían tratado de atraer a los animales, River aún mató a otros dos chupasangres que habían tratado de coger desprevenidos a los habitantes de las Minas que no habían hecho caso del aviso de Eyrien y no habían tapiado sus casas.

—¡River! —exclamó Eyrien cuando le vio.

River se sorprendió, pues la elfa parecía aterrorizada de verle. Sintió que un nuevo escudo protector se superponía al suyo. Quiso decirle a Eyrien que no era necesario, pero los chupasangres habían aprendido de su anterior encuentro y ahora habían rodeado la plaza y a los elfos que se encontraban en ella. Había unos veinte depredadores, parecía que una parte de la manada no había participado en la emboscada del bosque. Su tamaño era mayor, su presencia más apabullante, y River no necesitó que nadie le explicara que aquellos eran los miembros alfa de la manada. Se habían mantenido en un aparte para no resultar heridos y participar únicamente del botín.

—Le diré a Jano que venga a buscarte y te lleve de vuelta al bosque —dijo la voz de Eyrien en su mente.

—No —dijo River.

La Dama de Siarta no pudo responder. Varios de los chupasangres se lanzaron hacia las casas más cercanas en un intento de penetrar por las puertas y las ventanas tapiadas. Los elfos y River abandonaron el centro de la plaza para atacarlos, y el resto de los animales se les echaron encima ahora que se habían separado y puesto su atención en los chupasangres que habían actuado como cebos. La batalla fue brutal. River desenvainó la espada de Killian y trató de impedir que los chupasangres alcanzaran su cuerpo para que los escudos que lo protegían no se debilitaran. Atacó con la mano diestra a los chupasangres que tenía más cerca. Varias de las bolas ígneas que lanzó se estrellaron contra las paredes de las casas, pero otras dieron en el blanco. Los animales no se incendiaron en llamas como los del bosque, sino que acabaron tendidos en el suelo con grandes agujeros chamuscados, crepitantes, en los flancos. El hedor a carne quemada se sumó al olor a azufre que despedían las bestias. River tardó un rato en darse cuenta de que su cuerpo, respondiendo al peligro, se había calentado tanto que incluso la espada que sostenía estaba al rojo vivo.

Los gritos de terror se alzaban desde el interior de las casas más cercanas como respuesta al caos del exterior, donde las voces de los hechiceros, los golpes metálicos y los roncós gruñidos de los chupasangres se mezclaban en una sinfonía discordante y tenebrosa. Siempre que tenía oportunidad, River se giraba para mirar a Eyrien descubriendo que ella, pálida y angustiada, tenía los ojos puestos más en él que en sus enemigos. Empezaba a sentirse molesto porque la elfa se preocupara tanto de él sacrificando su propia seguridad.

—¡Cuidado! —le gritó Eyrien de pronto.

River lanzó un revés con la espada instintivamente, encontrando una gran resistencia cuando la hoja se trabó en el grueso cuello de un chupasangre que había tratado de saltarle a la espalda. Cuando se hubo asegurado de que estaba muerto volvió a mirar a Eyrien. Estaba paralizada, los

ojos muy abiertos, mientras sus cabellos dorados revoloteaban a su espalda. La espesa energía dorada que manaba de ella parecía turbulenta, inestable, tan nerviosa como ella. River no tuvo tiempo de gritar antes de que un chupasangre corriera directo hacia la elfa para saltarle al cuello. Eyrien apartó la mirada a regañadientes de River para observar al depredador que se le echaba encima. En otro punto de la plaza un chupasangre gruñó, al Mago le pareció entender que decía «A la elfa no», pero entonces sucedieron varias cosas a la vez y River se olvidó de ello. Para su horror Eyrien no se movió. Tan sólo en la última fracción de segundo pareció reaccionar al peligro y hubo una pequeña explosión de energía. La Dama de Siarta desapareció en una nube de vapor dorado que el chupasangre atravesó como si fuera niebla. River comprendió que Eyrien era esa nube de energía cuando la vio hacerse corpórea de nuevo, tambaleándose.

—¡Eyrien! —exclamó Eriesh, con una nota de espanto en la voz.

River se giró a mirarle a tiempo de ver que también el Elfo de las Rocas se había quedado paralizado mirando a Eyrien, sin prestar atención al chupasangre que saltaba hacia él desde un tejado.

—¡Eriesh! —gritó River.

Lanzó una bola de energía que pasó rozando al elfo, para estrellarse en el cráneo del chupasangre. El animal cayó de espaldas al elfo, que se había petrificado instintivamente.

—Gracias —dijo Eriesh volviendo a la vida, fijando su mirada en Eyrien.

Ella se batía ya con otro chupasangre, valiéndose de los dos filos de su espada.

Tardaron media hora más en matar a todos los chupasangres que había en la plaza. Sólo entonces, cansados y cubiertos de sangre espesa y parda, consiguieron reunirse de nuevo. River vio que Eriesh observaba a Eyrien angustiado todavía, y comprendió que el elfo de Greisan no se había preocupado por la seguridad de Eyrien frente a los chupasangres sino por el hecho de que ella, inexplicablemente, se hubiese convertido en energía pura. Sin embargo no pudo pensar más en el tema porque cuando la Dama de Siarta se irguió frente a él, se dio cuenta de que algo iba peor de lo que pensaba.

—Vuelve al bosque, ahora —siseó la elfa con un tono estremecedor—. Jano.

El caballo llegó trotando veloz junto a ellos, mientras River miraba atónito a Eyrien. Incluso el mismo Jano parecía querer marcharse cuanto antes.

—Vete —le ordenó la Dama de Siarta. Al ver que River se disponía a replicarle, entrecerró los ojos aún dorados y bajó la voz para advertirle—: Ahora. Por tu bien.

—Haz lo que dice —dijo la voz de Eriesh en su mente.

River obedeció, sin comprender todavía qué le pasaba a la Dama de Siarta. Ya la había desobedecido otras veces, y ni siquiera se había alterado tanto cuando la había amordazado y esposado en su penoso viaje a Senstrist. mientras montaba en Jano y éste se alejaba al galope, River vio cómo los dos elfos se apresuraban en direcciones distintas por las callejuelas de las Minas para asegurarse de que ningún chupasangre había eludido la masacre. A partir de ahora, los habitantes de las Minas vivirían sumidos en el terror.



River tan sólo tuvo tiempo de aliviar la preocupación de Killian y explicar a sus compañeros lo que había sucedido en las Minas antes de que llegaran los elfos, raudos y silenciosos, al claro donde habían dejado a los selbastianos. Mientras Eriesh se reunía con Freyn para hablar en voz baja, la Dama de Siarta se interesó por el estado de Killian y Alana y los heridos de Aston. La mayoría había sufrido heridas superficiales de las garras de los chupasangres, y habían sido atendidos diestramente. Pero Aston estaba preocupado por uno de sus lanceros más jóvenes. El chico tan sólo tenía un desgarró en el muslo derecho, largo pero poco profundo, aunque temblaba y sudaba y sufría terribles dolores. Eyrien se agachó junto a él y estudió la herida con manos delicadas y palabras amables. Su rostro se puso tenso cuando levantó los jirones de ropa y observó la forma de la herida. Cuando miró a Aston a los ojos, éste supo con certeza lo que iba a decirle a la elfa y se dejó caer junto al joven para cogerle la mano. El lancero no acababa de comprender lo que estaba pasando.

—Te ha clavado los colmillos —le dijo Eyrien con suavidad.

Aston contuvo un sollozo mientras el chico se removía entre los brazos de ambos, aterrado.

—Eso... —dijo mientras trataba de retroceder como si quisiera expulsar así el veneno que lo corroía por dentro—. ¡Dioses, ayudadme!

—Me temo que ya no puede hacerse nada, valiente humano. El veneno ya corre por tus venas y pronto llegará al corazón y al cerebro, momento en que perderás tu conciencia humana.

—Te llevaremos al bosque de Dreisar —dijo Aston tratando de que no se le quebrara la voz—. Allí hay otros wendigos.

Un silencio pesado cayó entre los soldados de Selbast; algo más allá Alana se había llevado una mano a la boca. El lancero negó con la cabeza, horrorizado. Miró a Eyrien.

—No pasa nada, nadie te juzgará por ello —le dijo la elfa con ternura, acariciándole el rostro húmedo de lágrimas—. Muchos escogieron esa forma de vida durante la Alianza Negra, y nosotros nos limitamos a empujarlos hacia las Grandes Selvas donde no harían daño a nadie. Es la única alternativa a la muerte.

El lancero comprendió, y aunque su expresión era el vivo reflejo del terror, consiguió decir con voz segura que prefería morir a ser un humanoide carnicero. Aston se llevó una mano a la frente, en un gesto nervioso, mientras con la otra sostenía la del joven. Estaba claro que no tendría el valor de matar a uno de sus propios hombres. Eyrien le miró a los ojos y centró de nuevo su atención en el joven lancero. Acarició su rostro con delicadeza; estaba claro que, pese a sus palabras, el chico estaba aterrado ante la llegada de la muerte.

—No debes tener miedo —le dijo la elfa con suavidad—. No dejaré que sufras ningún dolor más. Confía en mí. Has sido muy valiente, y todos tus compañeros recordarán tu honor y tu dedicación a las causas justas. Descansa.

La segunda vez que le acarició el rostro, mientras el joven cerraba los ojos y relajaba las mandíbulas arrullado por la ternura de la elfa, ésta llevó suavemente la mano a su sien y se produjo un destello repentino. Antes de que se apagara, el joven ya había caído pesadamente al suelo, con la misma expresión de paz, sin haberse dado cuenta siquiera de que había muerto.

—Es lo que él deseaba —le dijo Eyrien a Aston, que asintió con la cabeza pese a que las lágrimas corrían por sus sucias mejillas.

Cuando Eyrien se levantó, River se dio cuenta de que el sufrimiento se agazapaba bajo aquella máscara de serenidad. Estaba empezando a asustarse: jamás había visto a la estoica Dama de Siarta tan emocionada. Aunque no era para menos, acababa de dar muerte a un buen hombre. Y ella era una elfa muy joven; River era incapaz de imaginarse a Negander, que tenía su misma edad, en la misma situación. Sin embargo se acercó a ella, la ira volvió a reflejarse en el rostro de la Hija de la Noche.

—Cómo te atreves a desobedecerme. Has hecho que Eriesh y yo perdiéramos la concentración. Cómo te atreves a exponerte al peligro cuando te había dicho...

—Tú también te has expuesto al peligro —la interrumpió River—. Además, tú no eres mi Dama. Killian es mi príncipe y el único al que debo obediencia en ausencia de Ian o el Consejo de Magos, y a él no le ha parecido mal que me fuera.

—A mí no me metas —dijo Killian asustado.

Eyrien entrecerró los ojos.

—No quiero que sigas a mi lado —dijo—. Volverás a Arsilon y te quedarás allí, River.

—No puedes obligarme —respondió River mientras el silencio volvía a hacerse tenso a su alrededor—. Y seguiré poniéndome en peligro si tú también lo haces. Le prometí a Kenion que te cuidaría, y eso voy a hacer aún a costa de mi propia...

No pudo acabar la frase. Eyrien levantó las manos y le lanzó un potente conjuro ígneo, que lo hizo retroceder, dando traspiés. Tan fuerte fue el ataque que incluso las ropas élficas de River se ennegrecieron un poco, pese a que eran naturalmente inmunes a su magia.

—¡Eyrien! —murmuró River, desconcertado y dolido, mientras se tocaba la ropa caliente del pecho.

Se apartó cuando ella pasó como una exhalación a su lado y se perdió entre los árboles cercanos. De no haber sido un conjuro ígneo lo habría matado, aunque supuso que ella ya lo sabía. Pasados unos segundos, los selbastianos volvieron a sumirse en sus propias penas. Alana y Killian se quedaron a un lado, cohibidos, sin comprender lo que había sucedido; tampoco ellos habían temido a Eyrien tanto como en aquel momento. River miró a Freyn y a Eriesh, todavía impresionado.

—Me ha atacado de verdad.

—Te lo dije —dijo Freyn—. Has llevado al extremo las emociones de un elfo, y eso siempre es peligroso, amigo. Aunque has salido bien librado. Si hubiera querido hacerte daño de verdad, no te hubiera lanzado un conjuro ígneo.

—¿Pero por qué? —dijo River—. Ya la he airado otras veces. ¿Por qué se ha puesto así?

—Eriesh, por favor —dijo Freyn—. El chico no puede seguir en esa inopia angustiosa.

—Tienes razón —dijo Eriesh mirando a River—. Te mereces una explicación. Verás que todo está relacionado.

Se apartaron del grupo y se sentaron en una zona del claro libre de cadáveres de chupasangres. El Elfo de las Rocas parecía un poco reticente pero aun así inició un extraño relato que se remontaba veinte años atrás, cuando la Alianza Negra mató a sus padres.

—No es ningún secreto que tu madre no le tenía mucho aprecio a Eyrien —dijo el elfo—. La admiraba, apreciaba su labor en la Alianza y seguramente la hubiera considerado una buena amiga, como hacía Syana, la madre de Killian, si tu padre no hubiese estado en medio. No, no me malinterpretes. Ella nunca se interpuso, jamás consideró a tu padre nada más que un amigo. Era humano —dijo como si eso fuera ya suficiente explicación, y River se removió inquieto—. Pero tu madre se sentía amenazada igualmente, porque Eyrien era hermosa, una gran hechicera, la Dama de Siarta... mientras que ella era solamente una Alta humana. La relación entre ellas fue siempre tensa, pese a que Eyrien hacía lo posible porque tus padres estuviesen bien y no se pelearan por su causa. Hizo cuanto pudo para que tu madre comprendiese que era simple fascinación, la que todos los Altos humanos sienten por los elfos a los que llegan a conocer bien, lo que sentía Lander por ella.

»Finalmente, poco antes de la Alianza Negra, sucedieron varias cosas que llevaron a tu madre a reconciliarse con tu padre, con Eyrien y con la Alianza —dijo sin dar detalles—. Fueron días felices. Pero entonces los kapres y los chupasangres se aliaron y atacaron Arsilon. Sé que Eyrien ya te ha explicado parte de lo que sucedió, pero no todo —hizo una pausa; parecía que el recuerdo le resultaba doloroso—. Tu padre cayó a los pies de tu madre, yo lo vi. Y vi a Eyrien luchar con desnudo para acercarse hasta Robin. Cuando llegué junto a ellas, tu madre ya estaba herida en el suelo y Eyrien se inclinaba sobre ella. No comprendí al principio por qué lloraba Eyrien, pues la herida de Robin no parecía mortal.

River sintió un escalofrío, comprendiendo lo que el elfo trataba de decirle con suavidad.

—La mordió un chupasangre, como a ese chico —dijo River mirando hacia atrás, donde los soldados cavaban agujeros en el suelo para enterrar a sus muertos mientras cantaban una canción selbastiana de duelo. Killian, Freyn y Alana los ayudaban.

—Así es —dijo Eriesh—. Tu madre estaba ya perdida y cuando yo llegué, estaba tratando de convencer a Eyrien de que le diera muerte. Eyrien estaba aterrada. Pero tu madre no dejó que se culpara de lo que había pasado, le dijo que ahora comprendía de veras, y que en el fondo siempre la había querido. Le pidió perdón por todas las angustias que le había provocado y le rogó que cuidara de ti tan bien como había cuidado de Lander. Le regaló su anillo de bodas, y Eyrien jamás se lo quitó. Aún lloro aquella pena cuando recuerdo la expresión tan desamparada de mi Dama, mientras ayudaba a Robin a poner su mano dentro de la mano extendida de tu padre. Cumplir el último deseo de tu madre y arrebatarle la vida fue la cosa más difícil y dolorosa que Eyrien ha hecho nunca. Después de eso, como ya sabrás, desapareció tres años. Cuando volvió con nosotros había recuperado la serenidad, pero la pena y la culpa la han acompañado siempre. Por eso no le gusta matar wendigos, por eso se aterra cuando los chupasangres atacan y no sabe si podrá proteger a todos los humanos que están en peligro. Por eso yo me he angustiado tanto cuando la he



visto convertirse en energía. Los elfos nos convertimos en nuestras esencias cuando no deseamos seguir corpóreos, aunque nos consta que algunos pueden hacerlo a voluntad, como los Elfos Ígneos. Pero para los Elfos de la Noche es muy difícil. Es la primera vez que veo a Eyrien hacerlo, jamás lo había intentado que yo sepa.

—¿Quieres decir que lo ha hecho conscientemente? —preguntó River asustado.

—No lo sé, pero creo que estaba tan alterada, tan angustiada, que ha perdido el control de sí misma. Ha sido el miedo por ti, River. Por eso te había ordenado que te quedaras. Le provoca terror la idea de que se repita la escena que ya se llevó a tu madre, ¿comprendes?

River asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. Eriesh le palmeó el brazo con su mano gélida y lo dejó solo. Se sentía en parte traicionado porque Eyrien le hubiese ocultado esa parte de la historia. Comprendía por qué ella se había puesto tan nerviosa, pues se preocupaba hondamente por él, y se sentía complacido. Pero tampoco podía dejar de lado la idea de que Eyrien había matado a su madre igual que había hecho con el lancero de Selbast. Ni siquiera sabía si debía enfadarse o sentirse de alguna forma por ello. Lo que sí sabía era que necesitaba encontrarla y hablar de todo aquello con ella. Se alejó del claro por el mismo sitio por donde ella había desaparecido y deseó que no se hubiera ensombrecido para poder encontrarla.



Eyrien no estaba muy lejos. De hecho estaba lo suficientemente cerca como para haberse percatado, gracias a su fino oído, de que Eriesh le había explicado aquella funesta parte de su historia familiar. Estaba sentada sobre una gruesa rama que se inclinaba hasta el suelo, con las rodillas encogidas junto al pecho y el rostro alzado hacia el cielo. Cuando estuvo junto a ella, River vio que lloraba en silencio; las lágrimas corrían por sus mejillas en un torrente amargo, constante, doloroso.

—Por los dioses, Eyrien, me pone enfermo verte llorar. Lo siento —dijo compadecido—. Si hubiera sabido todo esto, te juro que no me habría comportado de la misma forma. Yo...

—¿Que tú lo sientes? —dijo Eyrien—. Fui yo quien provocó que ya no tengas padres.

—No debes culparte por haber ayudado a mi madre a morir, fue ella quien te lo pidió.

—De eso no me he arrepentido nunca —dijo Eyrien con vehemencia—. Tu madre me pidió un último deseo y estaba en mi mano concedérselo. Sólo que la echaré de menos —sus sollozos se hicieron más profundos. Lo miró fugazmente antes de apartar la vista de nuevo—. Fue culpa mía, River. Por eso tu tía me odia. Robin abandonó a tu padre unos meses antes del ataque de la Alianza Negra, y se fue a Udrian con tu tía llevándote a ti con ella. Tu padre sufrió terriblemente, pues amaba profundamente a tu madre. Entonces yo lo dejé todo y fui a Udrian a buscarla. Le rogué que volviera. Eso hizo que Robin se ablandara. Entonces volvió a Arsilon... Si yo no hubiese ido a Udrian a buscarla, ella no habría estado en Arsilon durante la Alianza Negra. No habría muerto —dijo Eyrien sollozando mudamente de nuevo—, y quizás tu padre tampoco habría

caído tratando de defenderla. Por eso me odia, tu tía siempre me culpó de la angustia de tu madre y de su muerte y la de Lander. Y tiene razón.

—No hagas caso a mi tía —dijo River enfadado—. La culpa no es tuya, Eyrien. No eres la culpable de que mi padre te admirara ni de que mi madre se sintiera celosa. Quizás si no hubieses conseguido que volviera a Arsilon mi padre hubiese muerto de todas formas, triste y solo, y mi madre aún se castigaría por ello.

Eyrien se llevó las manos al rostro para ocultar sus ojos llorosos. River se dio cuenta de que quizás ella siempre había necesitado escuchar aquellas palabras de su boca. Por Dios, sólo era una joven asustada por la posibilidad de que le recriminaran su participación en aquella tragedia, su simple existencia que hechizaba a tantos humanos.

—¿Temías que te culpara por la muerte de mis padres? —le preguntó con suavidad.

—Deberías —contestó la elfa y suspiró—. Les echo de menos. A ambos. No quiero que suceda lo mismo contigo. No me lo perdonaría jamás, y no lo soportaría.

River sintió un estremecimiento de placer aún en aquel momento en que el sufrimiento de la elfa era evidente. Deseó preguntarle por qué era tan importante para ella, pero no quiso forzarla.

—Lo sé, Eyrien. Pero no debes preocuparte tanto por mí, no soy de cristal —le respondió con delicadeza—. No sé si eres consciente pero te has convertido en energía. Y Eriesh se ha asustado tanto que casi lo derriba un chupasangre. Al final he sido yo quien ha salvado la situación.

No consiguió arrancarle una sonrisa a Eyrien pero notó que ella respiraba hondo, tratando de serenarse. Ya no lloraba, pero tampoco lo miraba a la cara. Pasaron así unos minutos, en paz, y River luchó contra el impulso de alzarle el rostro y besarla. De pronto ella se apartó, como si le hubiese leído los pensamientos. Se giró para mirar hacia la espesura en el mismo momento en que Killian aparecía apartando las ramas. «Siempre a tiempo para evitar que cometa otra estupidez», se dijo River, tan aliviado como decepcionado. El príncipe no parecía haberse dado cuenta de la situación, porque River lo vio avanzar con el ceño fruncido y la actitud nerviosa de quien ha concebido una idea que no va a dejar de lado.

—Eyrien...

—La respuesta es no, príncipe de Arsilon —dijo la Dama de Siarta.

Killian se detuvo, desconcertado, hasta que la sorpresa dio paso al desaliento.

—¿Pero por qué no?

—¿Por qué no qué? —dijo River.

—La actitud de Aston es loable, pero no podemos ayudarlo a sublevar Selbast —dijo Eyrien como si momentos antes no la hubiera consumido la angustia—. Es una ciudad neutral, no podemos imponernos a ella por la fuerza, Killian. Aston desea verla libre de maelvanienses, pero no todos los habitantes piensan igual.

—La mayoría sí.

—Eso es lo que dice y desea él —dijo Eyrien con suavidad—. Lo comprendo, y me gustaría que tuviera éxito, pero no podemos entrometernos en el destino de quien ha decidido mantenerse al margen de la Alianza.

Killian suspiró. A regañadientes tenía que reconocer que Eyrien hablaba con sabiduría.

—Y si... —meditó—. ¿Y si descubriéramos de alguna forma que la inmensa mayoría de los selbastianos, tal como él asegura, desea verse libre de cáusticos e incluso unirse a la Alianza?

—En ese caso —dijo Eyrien con cautela—, y sólo en el caso de que eso quedara demostrado, te daría el permiso de la Alianza para iniciar la batalla. Incluso te acompañaría a liberar Selbast.

—¡Eso es magnífico! —exclamó Killian—. Si la Cazadora de Siarta nos acompaña, venceremos seguro. Gracias, mi Dama —dijo, y deshizo contento el camino hacia el campamento.

River retuvo a Eyrien de la mano para que no se alejara todavía.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Mejor —dijo Eyrien—. Necesitaba que supieras la verdad, pero no sabía cómo decírtelo.

—La próxima vez dime lo que sea antes de cargar veinte años con una culpa innecesaria. Me digas lo que me digas, nunca podré enfadarme contigo.

—Si eso fuera verdad, también me preocuparía.

—No me enviarás de vuelta a Arsilon, ¿verdad? —la elfa no contestó, y River temió que cumpliera su amenaza—. No me alejes de ti, por favor —suplicó.

—No lo deseo pero lo haré si no me obedeces —dijo Eyrien finalmente—. Esta noche me has hecho sufrir, y eso no me gusta.

—Ya lo he notado —dijo River masajeándose el pecho.

Esta vez Eyrien sí sonrió, y se apartó de él para mirar su armilla ennegrecida antes de levantar los ojos hacia él y dejarle ver que no se arrepentía de lo que había hecho. Se le aceleró el corazón cuando Eyrien se alzó de puntillas para darle un beso en la mejilla, y aún más cuando tardó unos segundos de más en separarse de él. Era mucho lo que Eyrien estaba diciendo con aquel gesto, pero no se atrevió a moverse. «Dioses, qué peligrosa es», pensó River. Tan letal como encantadora; y sin embargo la atracción que sentía era más intensa que nunca.

—Volvamos —dijo Eyrien al ver que él no tenía intención de abandonar aquel pequeño reducto de intimidad—. Killian está excitado, está descubriendo que será un buen dirigente para Arsilon. Quiere cambiar el mundo.

—¿De verdad vamos a atacar Selbast?

—Podría ser —respondió Eyrien mientras volvían hacia el campamento; no quedaba rastro de sufrimiento en ella, pero River la conocía lo suficiente para saber que la procesión iba por dentro—. Mi padre cree que quizás ha llegado el tiempo de cambiar la historia, y yo estoy de acuerdo. Si la guerra se recrudece, no será viable permanecer en la cuerda floja.

River asintió. Se preguntaba qué estaría pasando en el resto del continente mientras ellos permanecían aislados en aquella remota región de Amazonia. Lo angustiaba pensar que el otro Centro Umbanda de Udrian hubiese caído antes de que hubiesen puesto a los niños a salvo. Temía que la guerra se hubiera recrudecido ya en otras zonas de la Alianza. Y en parte se sentía culpable por ser feliz aún en aquella situación, sabiéndose importante para la elfa que caminaba a su lado. Eyrien era su mundo, aunque ella no quisiera aceptarlo.

## El ocaso de la paz

Era el primer día de febrero. En el Centro Umbanda de Arsilon, mientras el nerviosismo se extendía entre alumnos y maestros ante la próxima llegada de los alumnos supervivientes de Udrian, nadie se fijó en que los miembros del Consejo de Magos expulsados por Eyrien de la Alianza se reunían entra la noche en una de las aulas de estudio vacías. Craig y Mirena estaban en ascuas, sabían que Obiun había estado moviendo hilos entre sus conocidos después de que todos se percataran de que River de la Casa de los Tres Elfos había vuelto muy cambiado de su repentino y largo viaje a Udrian. Ahora Obiun parecía conocer el motivo de su larga ausencia, y quedaron horrorizados al conocer el secreto del experimento al que habían sometido a River.

—No, no —dijo Obiun—. No debemos considerarlo una desgracia, sino una bendición para nosotros. Cierto que ha sido un atentado contra su salud y su vida, y que quien lo haya hecho, ha obrado contra natura. pero River ha sobrevivido, y ahora es poderoso. El más poderoso de nosotros. Me atrevería a decir que el el Más Alto humano, y eso es lo que necesitamos.

—¿Cómo sabemos que todo eso es verdad? —preguntó la maestra Mirena.

—Tú misma viste la mirada de River cuando se enfadó. Sus ojos parecían dos linternas verdes, los ojos de un Elfo de las Rocas alterado. Willem, el acólito de Nathaniel que descanse en paz, me ha estado hablando de ello creyendo que yo también lo sabía. Él es ahora el brazo derecho de Hedar, y parece que eso le ha merecido el privilegio de enterarse de las cosas que no quieren decirnos a los demás. Y es una suerte que no sepa que ya no estamos dentro de la élite de la Alianza, y que lo comente todo conmigo.

—Esperemos que esa fuente de información dure mucho tiempo —dijo Craig.

—Imaginadlo —siguió diciendo Obiun—. Si River piensa ahora como un Elfo de la Noche, ¿sabéis lo que eso significa?

—¿Que se ha vuelto muy extravagante?

—¡Exacto! —dijo Obiun golpeando la mesa con el puño—. Me he estado informando con los libros del maestro de costumbres feéricas. River es capaz ahora de desarrollar toda la magia de los elfos, de cualquiera de las razas. Su poder es infinito, y su conocimiento también. Podría enseñarnos a todos la lengua de los elfos. Así podríamos defendernos como ellos, y de ellos.

—Estás llegando demasiado lejos —dijo Mirena—. No estamos en guerra con los elfos.

—¿Y quién crees que le ha hecho eso a River? ¿Quién crees que ha matado a nuestros niños por mucho que la Dama de Siarta haya sabido lavarse las manos en este asunto? Ya han conseguido ahuyentar a los humanos de Quersia y ahora están empezando con Udrian, atrincherándonos aquí. Nos quieren fuera de sus territorios. Los Videntes se han marchado de Siarta por algo, no podemos seguir confiando en los elfos como lo hemos hecho hasta ahora. Dependiendo de ellos como hasta ahora. Algo está pasando, y ya es hora de que nos ocupemos nosotros mismos. Nos dieron la magia, pero no les debemos nada.

—Pero River está del lado de los elfos, no se separa de la Dama ni a sol ni a sombra —

intervino Craig—. Subinion fue listo, si como dices lo invitó a Siarta y lo convenció de que eran sus amigos. Dudo que quiera enemistarse con ellos.

—River está enamorado de Eyrien —dijo Obiun—. Y no acaba de entender la situación insostenible en la que lo han dejado los elfos. Lo han convertido en algo que no es humano ni elfo, y no van a aceptarlo entre ellos. Sólo hace falta que le hagamos ver que la Dama de Siarta no es ni tan extraordinaria ni tan generosa como él piensa. Y que si muchos de los nuestros no lo aceptan, será por culpa de todos los embrollos en los que ella lo ha metido. El Poder de River será el que nos permitirá ganar esta guerra, no para los elfos, sino para los Magos.

Obiun creía saber cómo hacerlo. Conocía a River desde que era un niño, había salido tan impetuoso como su padre. No sería difícil extremar sus sentimientos, hacerle ver el poder que había adquirido y que debía poner al abasto de los suyos, que lo necesitaban. Debía alejarse de los elfos, tan maravillosos... tan perniciosos. Se había acabado el tiempo de ser las sombras sumisas de los feéricos. Y si era verdad que iban a intentar que Liana de la Casa de los Tres Elfos acudiera a Arsilon, seguro que tendrían en ella a una gran aliada contra Eyrien y los elfos.



En Amazonia la calma que arrullaba la noche contrastaba con el caos, el miedo y los conflictos que se extendían por el resto del continente. Y todos se alegraban de que, fuera lo que fuera lo que le hubiese dicho River hubiera servido para aplacar la furia de la Dama hacia él. En aquel momento Eyrien estaba sentada frente a la hoguera, hablando seriamente con Killian y Aston. El resto de los soldados selbastianos, los doce que habían sobrevivido, se apiñaban tras su capitán con disimulada excitación; no podían creerse que aquella elfa de la Alianza, una temible Hija de la Noche, estuviera dispuesta a ayudarles a recuperar su ciudad.

—Esto es lo que haremos —dijo Eyrien, después de controlar algo con Eriesh mentalmente y que éste afirmara con la cabeza—. Sólo si la inmensa mayoría de los ciudadanos de Selbast desea expulsar a los maelvanienses de la ciudad y arriesgarse a la guerra por su libertad, accederé a permitir que el príncipe Killian, en representación de Arsilon, se levante en armas contra la ocupación cáustica de la ciudad. En ese caso, y siempre después de haber finalizado mi viaje a las Fortalezas, yo misma os acompañaré. Sin embargo, y si eso sucede, sobre nosotros pesará ya para siempre la seguridad y el destino de Selbast, así que algo tendremos que decir desde la Alianza sobre su gobierno y su participación en la guerra.

—Lo entiendo, señora —dijo Aston con los ojos brillantes—. Y nada temo de que vos o el príncipe se inmiscuyan en la política de la ciudad. Sé que sois honorables.

Eyrien sonrió, y se giró hacia Freyn.

—Freyn, sabemos qué opinan dos partes de la Tripel Alianza sobre este cambio del mundo. ¿Qué opinarían los enanos?

El enano se mesó la barba largamente, con una expresión de profunda concentración y la vista

perdida en la lejanía. River estaba seguro de que Freyn ya sabía lo que iba a decir, pero parecía propio de los enanos dotar a aquel tipo de actos oficiales de toda la pompa que se merecían. También intuía que Eyrien misma debería saber muy bien lo que Trenzor opinaría al respecto, pero parecía querer convencer a los selbastianos de que no los abandonarían para extinguir cualquier recelo. Al fin y al cabo, aquellos soldados provenían de una de las ciudades que más recelaban de los elfos.

—Me atrevo a decir —dijo Freyn finalmente— que mi pariente, el rey Trenzor, estaría de acuerdo en expulsar a todos los maelvanienses de nuestro continente, incluso los de las ciudades neutrales.

Se levantó el cuchicheo emocionado de los soldados selbastianos, que habían estado esperando las palabras del enano conteniendo la respiración. Riskaben estaba cerca de Selbast, y contar con la amistad de los enanos, además de la de los elfos de Greisan, era un regalo inesperado.

—Está bien —dijo la Dama de Siarta alzándose—. Enviaremos un mensaje a nuestros aliados de Selbast para que indaguen sobre cuál es la opinión de los ciudadanos. Si para la próxima luna nueva, de aquí poco menos de un mes, las noticias son favorables, actuaremos en consecuencia.

—¿Cómo vas a enviar el mensaje? —preguntó Freyn—. No puedes usar la comunicación telepática. Y ninguno de estos hombres puede volver a Selbast; los encarcelarían. Los ejecutarían, muy probablemente.

—Permaneced quietos y callados aquí todos —indicó Eyrien—. Killian, Aston, venid conmigo. Tú también, River. Harás de traductor.

—¿Que yo qué? —dijo el Mago, pero Eyrien ya se alejaba entre los árboles y se apresuró a seguirla.

No fueron muy lejos, sólo lo suficiente para que el resto de la compañía desapareciera de la vista. Eyrien se detuvo y miró a su alrededor.

—Desead que no todos los feéricos hayan desaparecido de este bosque cada vez más marchito. Y quedaos quietos y callados.

—¿Marchito? —susurró Aston. Él no entendía que sin los pequeños feéricos, el bosque estaba abocado a la ancianidad y la decrepitud aunque pareciera fuerte y espeso.

Los tres hombres pusieron toda su atención en Eyrien cuando ésta produjo un extraño sonido, similar al de los grillos, pero continuo, sostenido y modulado. Era un sonido muy agudo, a una frecuencia alta, pero estaba claro que era algo parecido a un idioma. River se concentró, recordando que Eyrien le había dicho que haría de traductor. Y recordando que él, igual que ella, podía entender cualquier idioma si se concentraba.

—Está llamando a los feéricos del bosque —susurró al cabo de un momento mientras Killian y Aston lo miraban asombrados ahora a él—. Les dice que no tengan miedo, que no les vamos a hacer daño, y que necesitamos su ayuda.

Pasaron largos minutos, mientras Eyrien seguía elevando su extraño canto, hasta que de pronto las ramas de los árboles cercanos se sacudieron un poco. Como si el bosque respondiera a la llamada. Aston se sobresaltó cuando una pequeña luz dorada se acercó hacia ellos desde la espesura. No era muy grande, debía medir medio palmo. El animal se acercó hacia Eyrien,

deteniéndose en el borde del claro.

—No temas —le dijo Eyrien, y extendió la mano para que se posara en ella.

River no pudo contener una carcajada.

—Una luciérnaga —dijo.

En efecto, aquel ser al que ellos hubieran tildado de luciérnaga, era en realidad una ninfa ígnea, como constataron cuando pudieron verla de cerca. Era una feérica muy parecida a Eyrien, pero muy pequeña y de color dorado. A River le recordó a Freyo, el elfo ígneo que había visto hablar con Eyrien en Gevinen hacía ya muchos meses. Y sin embargo aquella pequeña ninfa se expresaba con movimientos mucho más instintivos, mucho más animales. Los feéricos menores eran los ancestros de los elfos, y eran la esencia de la naturaleza. Tan sólo eran capaces de entender la felicidad, la alegría, el amor y la generosidad, la furia y ahora también el miedo. Pero eran capaces de llevar mensajes.

—Eyrien le está diciendo que necesitamos ponernos en contacto con nuestros aliados en Selbast —tradujo River mientras Eyrien seguía susurrando en su incomprensible lenguaje—. Deben conseguir que en la próxima luna nueva, todos aquellos que deseen expulsar a los maelvanienses de su ciudad enciendan sus chimeneas. El capitán Aston acudirá a su llamada. Vosotras, se refiere a las ninfas —aclaró River y Killian y Aston asintieron, fascinados—, contaréis el número de fuegos, regresaréis y me lo comunicaréis. Y trataremos también de devolveros vuestro bosque. Pero jamás os acerquéis a las flores púrpuras, pequeña.

La sílfide asintió con su pequeña y dorada cabeza, como si estuviera ya al tanto de lo que le hablaban; parecía que Tirenia había conseguido hacer llegar el mensaje sobre las Flores del Sueño a los feéricos de Amazonia. La ninfa hizo aletear sus pequeñas alas traslúcidas tan parecidas a las de una libélula. Empezó el vuelo pero, antes de irse, se acercó hacia River y revoloteó frente a su rostro. El Mago pudo ver cómo en la pequeña y hermosa cara de la ninfa se dibujaba una expresión de extrañeza que pronto dio paso a una sonrisa tímida. Con otro revoloteo, el feérico ígneo dio una vuelta alrededor de Eyrien y desapareció entre los árboles.

—¿Esa pequeña llegará hasta Selbast? —preguntó Killian preocupado.

—Oh, no —dijo la elfa—. Ésta transmitirá el mensaje a algún dríade, un feérico de los bosques, y así el mensaje se irá moviendo hasta las cercanías de Selbast. Allí seguramente el mensaje pasará a una ondina, que podría penetrar fácilmente en la ciudad a través del arroyo de Selbast. Nuestros espías de la zona alta tienen grandes casas con estanques que reciben agua directamente del río. Lo tenemos todo pensado.

—Ya veo —dijo Aston, incapaz de creer que la Alianza hubiese estado tan organizada en su ciudad.

—Capitán, el mensaje tardará días en llegar. Mientras tanto, podéis hacer lo que os plazca: volver a las Minas, instalaros en las cercanías o acompañarnos, aunque si eso es lo que decidís debéis saber que será peligroso. Lo mismo va por ti, Killian. Puedes quedarte si así lo deseas con los soldados que has tomado bajo tu mando.

El príncipe parpadeó, pues hasta ese momento no había sido verdaderamente consciente de que se había hecho responsable de un contingente armado. Asintió seriamente. Killian estaba haciendo

suyos los problemas de todos los habitantes del Continente Norte, fueran súbditos suyos o no, y tenía ahora una responsabilidad con ellos. Pero también era consciente de que, si se alejaba, River le acompañaría para protegerlo, y no era lo que el Mago deseaba. Y tampoco él quería dejar a Eyrien. Así se lo comunicó a ella, y le dio a Aston la libertad para elegir su camino, antes de reencontrarse al cabo de un mes. Pero el capitán de Selbast no quiso separarse de su nuevo señor.

—Os seguiremos —dijo—. Y contaréis con nuestras espadas. Hemos visto lo que pueden hacer nuestros enemigos —se estremeció al recordar a los chupasangres—, y nuestros amigos. Queremos ayudaros a mantener la paz de estas tierras, tanto como queremos la paz para Selbast.

—Así sea, capitán —dijo Eyrien dedicándole una sonrisa—. Y que muchos otros hombres sigan vuestro encomiable ejemplo. Ahora volvamos, tenemos que descansar. Mañana será un día largo.

Aston y Killian regresaron hacia el campamento.

—Impresionante —murmuró el capitán selbastiano.

—Ella siempre lo es —respondió Killian.

Eyrien se giró hacia River y le sonrió.

—Lo has hecho bien —le dijo.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a las Minas? —preguntó el Mago.

—Seis jornadas.

River asintió. Las últimas seis jornadas de paz, si así se le podía llamar a lo que habían vivido hasta aquel momento.



Tan sólo dos días más tarde —el tiempo que había necesitado Obiun para revelar ciertos secretos en los oídos apropiados—, en Arsilon el caos y la tensión eran máximos. Y mientras River cabalgaba tranquilo en un bosque de Amazonia, aprovechando los últimos momentos de calma junto a Eyrien, en Arsilon también tenían puesta la mente en la Dama de Siarta. Ian estaba desesperado, la situación se les estaba escapando de las manos. En las calles los Altos humanos no dejaban de llorar la pérdida de sus niños, y muchos alternaban los lamentos con palabras duras contra los elfos. Los Bajos humanos, sin saber cómo actuar, se dolían de la pérdida de sus vecinos y amigos pero temían que aquel aire de intransigencia contra los inmortales les trajera aún más problemas de los que ya tenían. Había llegado a tal situación la ciudad, que Altos y Bajos humanos se mantenían apartados unos de otros, como desconocidos, cuando la unión y el apoyo hubiesen sido el mejor remedio. Pronto habían quedado atrás los alegres festejos y las esperanzas con que las gentes libres habían dado la bienvenida al nuevo año.

Pero esta no era la mayor de las dificultades a las que se enfrentaba el rey Ian. Aquella noche, como muchas de las anteriores, el ascenso y posterior descenso de la luna lo había cogido en el despacho en el que se había convertido el salón de baile, rodeado de grandes lámparas que



alumbraban la mesa de roble cubierta de mensajes, informes y mapas de las distintas zonas de Centria. Ahora casi la mitad de la superficie del tablero de madera lo cubría un mapa de todo el Continente Norte, encima del cual habían ido poniendo miniaturas de los enemigos que acechaban a los tres pueblos. La visión de aquel mapa era pavoroso; Esigion estaba siendo inteligente. Los chupasangres se habían trasladado al Oeste, donde amenazaban a los pueblos élficos de Quersia y Riskaben; los kapres se encontraban ahora en Oriente, atacando a cuanto enano del valle o humano fernostiano se adentraba demasiado en los densos bosques siguiendo a algún volga que se hacía pasar por antorcha. Los trasgos se paseaban por toda la zona de Centria, obligando a las comunidades rurales a defenderse o huir, y Sentríst volvía a mirar con temor al Largo Mar, de donde podían arribar en cualquier momento los guls o aquellos monstruos marinos, primos de las hidras, que parecían haber resurgido de las leyendas. Ni siquiera Nórdica parecía encontrarse ya a salvo, pues bestias de todas las razas trataban de atravesar sus fronteras ahora que los guerreros de la Noche empleaban sus esfuerzos en mantener a salvo a la comunidad mágica de Udrian.

—Pero hasta cuándo estarán a salvo. Cuando vengan a Arsilon, esos niños estarían tan a merced de las malas lenguas como los demás —decía Ian, mientras a su lado el hechicero Hedar asentía impotente con la cabeza—. Aunque sea el miedo el que impulsa a los Magos a actuar de esta manera, no podemos seguir así. Tenemos que encontrar a los incitadores y acallarlos como sea. Mi gente, los Bajos humanos, empiezan a temer una nueva guerra interna. Los hay que ya acumulan víveres y bienes en sus casas como dragones en sus cuevas. Los precios suben, y los recursos menguan. Los trasgos, los chupasangres, los kapres y, si lo que dice Seren de Fernost es cierto, también los volgas, están haciendo huir a los campesinos de las comunidades rurales. Pronto no tendremos con qué alimentar a nuestra gente. Por los dioses que se me acaban las ideas.

Desde otras ciudades de la Alianza, como Sentríst y Fernost, también llegaban noticias de subversión entre los Altos humanos. Parecía que los mensajeros de los insurgentes eran veloces como el mismo viento, y aún los hechiceros a los que los elfos de Vulcania habían ayudado contra los volgas en Fernost, empezaban a dudar de todo y de todos. Por suerte los elfos eran pacientes, y aún soportarían aquella nueva provocación durante cierto tiempo antes de tomar medidas para detener la nueva oleada de animosidad contra ellos. Por suerte también, la mayor comunidad de Altos humanos, la de Udrian, permanecía todavía fiel a la Triple Alianza, tal como aún se la conocía. La ayuda que les estaba procurando Asier, el mismísimo heredero de Siarta, era para ellos tanto un honor como un alivio, y ahora que en aquellos momentos también los Elfos de los Bosques Leñosos habían acudido en ayuda de Jarn de Udrian para establecer la ruta más segura para trasladar a los niños del Centro de Alto Udrian a Arsilon, los udrianos casi al completo habían olvidado cualquier resquemor contra los elfos que hubieran albergado. Pero eran los únicos, e ignoraban que por ellos los demás Altos humanos estaban empezando a hablar con recelo de los feéricos otra vez.

—Parece que al menos Vulcania aún se encuentra a salvo —dijo Willem, el acólito de Nathaniel el Ideólogo, que sintiéndose culpable por la participación de su fallecido señor en la trampa contra la Dama de Siarta, se había erigido en un gran defensor de la paz—. Los Elfos Ígneos siguen a salvo en su pequeña península y pueden ayudar a Fernost.

Ian se restregó los ojos cansados, y acercó una de las lámparas un poco más al borde de la mesa. A su lado, el hechicero Hedar leía un informe llegado de la frontera de Quersia.

—Los elfos de Vulcania se están cansando de ayudara a los fernostianos —dijo el rey mirando la ausencia temporal de enemigos sobre la zona de Vulcania—, porque algunos de sus Magos culpan a los feéricos por lo sucedido en Quersia y Udrian. Es un insulto para ellos.

—Además siguen teniendo sus propios problemas —añadió Hedar—. Aún no han dado con el heredero de su Casa. Y ya lleva más de un año desaparecido.

—Por lo que sabemos, Phyros de Vulcania podría estar muerto —se lamentó Ian—. Es una pena, era un gran elfo. Me consta que será un duro golpe para Eyrien si, los dioses no lo quieran, Phyros no reaparece. Y tampoco sabemos nada del otro lado del mar, ni de Niaranden ni de Boreanas. Ni de mis chicos. Desde que dejaron Selbast junto con ese vampiro, nada sabemos de lo que han hecho ni si siguen a salvo.

El hechicero Hedar le puso una mano en el brazo al rey, tratando de inspirarle confianza. Estaban a punto de levantarse para regalarle unas breves horas al sueño cuando uno de los guardias de la puerta dio paso a dos personas que se encaminaban hacia ellos desde el otro lado del salón. Ian adivinó que eran mujeres aún en la penumbra, Altas humanas por su estatura. Hizo una mueca y se rascó la barba incipiente; ya había dado orden de que no dejaran entrar a más Magos que quisieran expresar sus quejas y recelos respecto a la actitud de los elfos. Se inclinó hacia delante cuando creyó reconocer a la más alta de las mujeres que se acercaba. Se puso en pie bruscamente cuando ambas Magas penetraron en el círculo de luz de las velas.

—¡Liana! —exclamó—. Mi querida Liana... Por los dioses.

Liana de la Casa de los Tres Elfos, pese a lo poco que le gustaba estar de nuevo en Arsilon, no pudo evitar que una sonrisa aflorara a sus labios cuando vio al rey, otrora un gran compañero y un amigo íntimo. Los recuerdos que llegaban a su mente en aquel lugar no eran todos amargos. Le devolvió el abrazo con cariño cuando el rey la estrechó entre sus fuertes brazos.

—Hola, Ian —dijo cuando la soltó—. Tu querida elfa de Siarta me envía en tu ayuda. No hace falta decir que no hubiese venido si no fuese porque River me convenció.

—Lo importante es que hayas venido. Y esta bella joven tiene que ser la pequeña Lyra —dijo dirigiéndose a la joven que acompañaba a Liana, y que le sonrió contenta—. Ya no eres tan pequeña —Ian se rió, y las invitó a sentarse junto al fuego—. ¿Entonces mis chicos siguen con Eyrien?

—Sí, mi señor —dijo Lyra con los ojos verdes brillantes—. Son afortunados. Y puedo deciros a dónde iban. Lejos, hacia las Fortalezas de Piedra. Allí pocos enemigos podrán encontrar.

Ian suspiró con alivio. La presencia de Liana sería un reconstituyente para Arsilon, y le ayudaría a poner paz entre los Altos humanos; y saber que sus chicos seguían bajo la protección de la Dama de Siarta, inmersos en la relativamente segura Amazonia, lo tranquilizaba. En definitiva, eran dos buenas noticias.



Ajeno a que medio continente lo buscaba, a que ignoraba mucho de lo que había sucedido en los últimos meses, Phyros de Vulcania estaba comprobando que el alivio que sentía Ian al saber que sus sobrinos se dirigían a las Fortalezas era del todo infundado. Pese a que jamás había pasado más de un año seguido con los centauros, aquella vez Phyros se estaba demorando mucho, quizás demasiado. Las últimas noticias que había tenido él, y de eso hacía un año, eran que el continente se encontraba en paz temporalmente y que Eyrien regresaba a casa, a Siarta, después de cinco años de ausencia. Si algo grave estuviese sucediendo en el resto del continente le habrían mandado un mensaje telepático. No sabía, por supuesto, que los mensajes telepáticos jamás llegarían y que todos los intentos de comunicarse con él habían sido frustrados. Y sí, sabía que había permanecido fuera mucho tiempo, pero no podía abandonar ahora Amazonia, porque allí era donde se encontraba el peligro.

Desde su llegada, había notado que el bosque estaba mucho más silencioso, que los feéricos menores se mostraban tímidos, y no tardó en conocer el motivo. Los destacamentos cáusticos estaban patrullando la zona y había rastros de movimientos de chupasangres en Amazonia. Los centauros también estaban preocupados, aunque todavía no lo suficiente como para avenirse a cooperar con las amazonas en la defensa de sus tierras. Sin embargo, no se negaron a acompañar a Phyros a reconocer la zona más interior de Amazonia y comprobar hasta qué punto Esigion había conseguido penetrar en el Continente Norte sin que la Alianza pudiera hacer nada al respecto. Les costó grandes esfuerzos acercarse al Estrecho del Abismo, donde la presencia de campamentos cáusticos auguraba, tal como había supuesto la Alianza, que los femorianos les estaban franqueando el paso.

Después de eso empezaron a subir por Amazonia, siguiendo el rastro de sus enemigos, que los llevaban hacia las poblaciones de las Minas y hacia las Fortalezas. Phyros había eliminado cuantas partidas de trasgos había podido, pero le inquietaba lo que pudiera estar sucediendo en las Fortalezas y acabó tomando el camino de Karstia. Prácticamente se había cruzado con Eyrien y su grupo cuando éstos se acercaban a la colonia minera.

En aquel amanecer sin embargo, mientras Eyrien velaba el sueño de sus cansados compañeros y los supervivientes selbastianos, él se hallaba ya en los alrededores de las Fortalezas de Piedra. Escondido entre la espesura, observaba con sus ojos naranjas, brillantes como ascuas, la amplia explanada que se extendía bajo la colina en que se hallaba. Sus cabellos, de aspecto ignífugo, saludaban la llegada del sol con un brillo creciente. Sin embargo, las ropas de ante de estilo centauro camuflaban bien su cuerpo esbelto entre los árboles sumidos en la decrepitud de los días invernales. El rostro afilado, apuesto, mostraba una expresión preocupada y en parte furiosa. Los femorianos que agazapaban sus cuerpos gigantes entre las rocas y las esculturas de piedra antropomorfas que se alzaban frente a las Fortalezas, revelaban claramente que los maelvanienses se habían apoderado del antiguo hogar de los enanos.

Siguió con la mirada al grupo de chupasangres que atravesaban la explanada hacia el Norte, hacia las zonas cada vez más frías del continente. Eran al menos dos docenas. Se dirigían a

Nórdica, no había duda, y quizás incluso a Siarta, donde estaban Eyrien, Subinion, y los Sabios. Phyros volvió a posar la mirada en las Fortalezas; cuando los maelvanienses hubieran enterrado a sus gólems bajo el suelo, volverían a parecer abandonadas. Entonces se decidió; seguiría a los chupasangres y evitaría que éstos hiciesen más daño a las poblaciones ya mermadas de centauros y pegasos de Équida, y los eliminarían antes de que llegaran a las fronteras de Nórdica. Las Fortalezas podían esperar, puesto que pese a que estuvieran ocupadas por los maelvanienses, no suponían peligro alguno. Cualquier pueblo de la Alianza estaba muy lejos de ellas.

Phyros se alzó y saltó ágilmente entre las rocas a su espalda para reunirse con los centauros que lo esperaban al pie de la ladera. Poco sabía Phyros que, en aquel mismo momento, Eyrien ordenaba a su grupo que levantara el campamento para dirigirse a aquellas mismas Fortalezas, ignorando que no sólo encontraría allí a los Sabios.

Si Phyros hubiera esperado allí o retrocedido un poco y se encontraran, entre todos hubiesen podido entender a quiénes se había referido Nathaniel cuando había dicho que estaban todos en las Fortalezas, mezclados.

## La nada en las estrellas

El fondo marino se mostraba plácido, sumido en lentos vaivenes de las corrientes cálidas pese a que en el mundo exterior el invierno estuviese azotando la tierra con sus vientos fríos y cargados de la arena que, arrastrada desde las Llanuras Áureas, erosionaba las paredes de las casas de la ciudad dorada de Niaranden. Pero allí, bajo la calma aparente, se vivía una guerra propia. Los ojos de un variable color turquesa de dos Elfos del Agua escudriñaban entre las sombras hacia la bahía, desde detrás de una roca. Los dos feéricos se mantenían en un silencio total, dejando que la corriente moviera sus largas y poderosas colas de un verde azulado, irisado y rugoso, para que sus movimientos no los delataran. Cualquier agitación en el agua podía ponerlos en una situación de peligro.

Ante ellos, a unos trescientos metros, un animal de casi diez metros de largo y uno de diámetro, rebuscaba entre las arenas del fondo crustáceos que masticaba con un sonoro crujir de caparazones. El animal se alimentaba tranquilo, consciente de que ningún ser de aquellas aguas osaría molestarle. Se parecía a una serpiente, salvo por el hecho de que tenía unas pequeñas patas anfibias que utilizaba para agarrarse al lecho rocoso. A lo largo de su espina dorsal una cresta cubierta de púas que se torcían hacia atrás destacaba en un tono púrpura sobre el color azul grisáceo de la piel escamosa del animal. Las narinas también eran purpúreas y los largos colmillos delanteros sobresalían de la boca de aspecto cruel.

El elfo marino se giró hacia su compañera, moviendo lentamente el rostro para evitar modificar el curso normal de las corrientes que lo acariciaban; sus cabellos, de un azul verdoso, largos y suaves, se movían vaporosos a su alrededor.

—¿Se parece a las hidras que viste en Hidria cuando fuiste allí con Eyrien?

El elfo no pudo evitar que en su voz telepática asomara una nota de reconvención. Kedran era el primo de Ynia, la heredera de la Casa del Mar, y aún lo resquemaba que ella y Eyrien hubiesen desaparecido durante tres años sin alertar a nadie de su paradero. Ir a la peligrosa isla de Hidria había sido una verdadera temeridad, un riesgo para ambas debido a la gran cantidad de hidras que habitaban la isla, pero tampoco era lo peor que habían hecho durante aquellos tres años. Ynia, sin embargo, ignoró el reproche de su primo. Tenía los ojos almendrados fijos en el animal que se movía sinuoso delante de ella, solo en el lecho de la bahía porque había ahuyentado al resto de los peces y demás animales que formaban parte de forma natural de aquella comunidad.

—Se parece a una hidra, sin duda —dijo la Hija de la Casa del Mar finalmente, girándose hacia Kedran—. Aunque las hidras de Hidria no tienen esas púas de aspecto ponzoñoso a lo largo del cuerpo.

—Me pregunto si será verdad que ha sido Esigion quien las ha hecho así, cruzando a las hidras con quién sabe qué otra especie.

—¿Tú crees que tiene tanto poder?

—Al menos tiene el suficiente para crear los gólems a partir de magia y barro. Para él son las

armas perfectas, sin debilidades, sin sentimientos, prontas a obedecer cualquier orden de su creador.

—Oh, no —murmuró Ynia silenciando a su primo.

Una sombra se había cernido sobre ellos, tapando la poca luz que provenía del exterior. Los dos elfos fijaron alarmados la vista en la lejana superficie, para ver cómo un barco se aventuraba a dejar el puerto de Niaranden para tratar de llegar al otro lado del mar, a Sentríst. La hidra marina también se fijó en el barco y entornando los ojos de un azul blancuzco, emitió un furioso chillido. Agitando su largo cuerpo, salió disparada hacia la superficie lanzándose directamente hacia el navío.

Ynia y Kedran abandonaron sus escondites y agitaron sus poderosas colas en pos de la hidra. Pese a que sus vidas estarían en peligro también, no podían dejar que aquel animal destrozara un barco más, que se sumaría a los muchos que ya descansaban en el fondo marino del Largo Mar. Parecía que los niarandenianos, acorralados como estaban, trataban una vez más de llegar al Continente Norte para pedir un último auxilio a la Alianza. Pero no iban a conseguirlo; por lo que habían escuchado en la isla de Coralia, a donde habían conseguido llegar hacía unas semanas y donde se habían ilusionado para parecer Altos humanos, era imposible acercarse a ninguna costa de cualquiera de los Dos Continentes. El resto del mar estaba en calma, pero tratar de acercarse a Sentríst, Niaranden e incluso Boreanas, las únicas tres zonas de acceso a los continentes por mar, era una muerte segura. Los barcos que habían quedado atrapados en el mar debían limitarse a moverse entre Coralia y la Isla Roja, aunque de esta última ya tampoco se salía cuando se entraba.

Mientras Kedran desenfundaba la larga daga que llevaba colgada alrededor de la cintura desnuda, Ynia desenfundó la alabarda que llevaba atada a la espalda. Sus movimientos, o quizás su olor, llamaron la atención de la hidra, que se detuvo arrugando el cuerpo y se retorció en su dirección. Clavando sus ojos en ellos, abrió la boca en un gesto de increíble agresividad. Pero al menos el barco se alejaba; si conseguía dejar atrás la bahía, quizás al menos llegaría a Coralia. Ynia y Kedran podrían subir a bordo para advertir a los marineros, una vez se hubiesen tranquilizado ante su presencia, de que no podrían alcanzar otro destino que no fuera Coralia. Los dos elfos también se detuvieron y esperaron a que el barco se hubiese alejado un poco más; la hidra se mantenía inmóvil, suspendida en medio del agua, demasiado furiosa para reaccionar. Entonces, con un movimiento brusco, se lanzó hacia ellos. Ynia alzó su voz aguda, ultrasónica, hacia el animal que se lanzaba sobre ellos, provocando que el agua se agitara todo a lo largo de la onda que había producido a través del agua. Pero la hidra no se inmutó ante aquel sonido que habrá vuelto loco a cualquier otro animal, y siguió avanzando hacia ellos a una velocidad imposible.

—¡Es sorda! —exclamó Kedran mientras Ynia miraba asombrada y algo temerosa a la hidra marina; las hidras de agua dulce, desde luego, no lo eran.

Cuando los separaban diez metros escasos y los dos elfos se disponían a mantener una lucha cuerpo a cuerpo, la hidra abrió las narinas e hinchó la zona de su cuerpo donde debía tener los pulmones. Movidos por el instinto, Kedran e Ynia se apartaron de su camino con el tiempo justo de evitar que un líquido de color púrpura que se extendió por el agua los alcanzara. Con un rápido

movimiento de la cola los elfos se situaron en el lado opuesto del cuerpo del animal. Kedran alzó las manos y murmuró un conjuro que abrió una amplia burbuja de aire que encerró dentro a la hidra marina, que empezó a ahogarse en aquel ambiente exento de agua. Mientras se retorció en su agonía, los dos elfos la miraron con pena, pues aunque fuese un enemigo, llorarían con sufrimiento. Cuando la hidra dejó de agitarse, Kedran levantó el conjuro para impedir que ningún otro animal inocente pudiese toparse con aquella burbuja letal para los habitantes del medio marino. Excepto para los elfos marinos, que podían respirar aire y agua de forma indistinta.

—¡Abra! —exclamó Kedran mientras se veía empujado hacia atrás, junto con Ynia, por un grueso cuerpo, rugoso y de un color azul pálido.

Abra, un gran tiburón blanco que se había convertido en el protector inmortal de Ynia cuando ésta contaba con apenas cuarenta años, los hacía retroceder frenético parapetándolos con su poderoso y temible cuerpo de depredador. Dejándose empujar, Ynia y Kedran levantaron la vista hacia la superficie para ver que, a ya casi un kilómetro de donde ellos estaban, otras tres hidras se habían agarrado al barco con sus afiladas zarpas y lo estaban destrozando. El agua entraba ya a través de los grandes agujeros, y el galeón se escoraba. Una de las hidras consiguió meter medio cuerpo dentro del barco y salió masticando algo que tiñó el agua de rojo.

—Oh, no —murmuró Ynia.

Los dos elfos permanecieron unos segundos inmóviles, mientras veían horrorizados cómo el barco se iba desgajando para caer en pedazos al fondo del mar.

—Ya no podemos hacer nada —dijo Kedran fijando en las hidras una mirada que habría aterrorizado a cualquiera.

Después posó sus ojos en los de Abra, negros como pozos de muerte.

—Vamos —dijo—, hay que salir de aquí. Es un enemigo que conocemos demasiado poco para enfrentarnos en desventaja contra ellos.

Kedran cogió de la mano a Ynia y se la llevó de allí mientras el tiburón cubría su retaguardia. Nadaron rápidamente hasta el interior de una abertura de la roca, larga y estrecha, que desembocaba en una cueva con una larga playa interior de roca seca y una burbuja de aire. Con un ágil impulso de sus colas, salieron del agua y aterrizaron sobre el suelo con unos pies mojados de piel blanca azulada. En su forma terrestre, los Elfos del Agua vestían ropas escasas, hechas de retales de un tejido muy parecido al cuero feérico pero hecho de algas. Sabiéndose a salvo de las hidras marinas en aquel ambiente tan lleno de oxígeno, Kedran soltó sus armas e Ynia se arrodilló junto al borde del agua para acariciar el áspero lomo de Abra y tranquilizarlo.

—Pobres humanos —murmuró Kedran finalmente, mientras se apartaba los cabellos húmedos pero todavía vaporosos del rostro.

Ynia se giró a mirarle, con las mejillas azuladas mojadas de algo más que de las gotas saladas del mar. Ninguno de los dos lo dijo, pero con aquel barco se hundían las últimas posibilidades de Niaranden de contactar con el Continente Norte y pedir ayuda ante su inminente final. Lo mismo pasaría con los Elfos del Aire de Boreanas. Y así, poco a poco, irían cayendo unos detrás de otros y ni siquiera estaría a salvo en el Largo Mar.



Habían pasado cuatro días desde que abandonaran aquel claro funesto donde habían encontrado a los chupasangres. Y aunque avanzaban más lentos de lo que a Eyrien le gustaría por motivo de los soldados selbastianos, menos acostumbrados a las largas marchas, el ambiente estaba cambiando. El terreno había ido haciéndose cada vez más rocoso, más accidentado, mientras el bosque continental daba paso a un terreno menos uniforme que alternaba grandes campos llenos de rocas e islas de denso bosque húmedo. Freyn era capaz de recordar la historia de su especie una y otra vez, explicando lo que había pasado en cada uno de los recovecos del camino como si él mismo lo hubiese vivido. Era cuando se sentaban a comer cuando el enano los deleitaba con sus historias, y entonces incluso los selbastianos se sentaban a escuchar; la habilidad de los enanos para contar historias era hipnótica. River solía sentarse junto al enano y a veces discutía con él y con Eriesh algunos puntos de la historia, gracias a lo que había aprendido en Siarta. Las únicas que no atendían eran Eyrien y Alana. La primera debía conocer la historia lo suficientemente bien como para desentenderse, y a la segunda le interesaban poco las hazañas de los hombres, aunque fueran enanos. En aquellos momentos la elfa entrenaba con Alana para que ésta mejorara sus ya sorprendentes habilidades bélicas. Aquel mediodía, como los anteriores, River trató de disimular que observaba los felinos movimientos de Eyrien hasta que ésta le pidió algo que hizo callar incluso a Freyn.

—¿Qué... qué? —le dijo mientras Eyrien se alzaba impaciente ante ellos.

—Que te he dicho que me ralentices —dijo la elfa hablando lentamente, como si fuera tonto—. Venga, conjúrame.

—Es demasiado rápida para mí —dijo Alana acercándose, mientras se recogía en una nueva coleta los cabellos que se habían desprendido mientras luchaba—. Es una lucha muy desigual.

—Pero...

—Venga —lo animó Eyrien sonriendo—. No puedo ralentizarme a mí misma, mi instinto me lo impide. Y es un conjuro que te sale ya estupendamente. Te dejaré hacerlo, no opondré resistencia.

River miró a Freyn, que se alzó de hombros. Se concentró, levantó las palmas extendidas hacia Eyrien y murmuró el conjuro. Su mente siartana le había permitido entender que aquel era un conjuro propio de la raza de los Elfos del Aire, que se valía de la resistencia del aire para frenar los movimientos de los oponentes. Desde luego parecía que la magia no tenía límites, y la capacidad de los elfos de Siarta para hacer suyos los hechizos de las demás razas tampoco.

Cuando River bajó las manos, la Dama de Siarta levantó las suyas y lanzó unos mandobles con la espada feérica. Su velocidad ya no era élfica sino humana, increíblemente lenta. Se miró con un asombro casi infantil pero sonrió satisfecha.

—Volverá a ser una pelea desigual —dijo—, yo no estoy nada acostumbrada a moverme a esta velocidad. Pero me parece bien, así sabré lo que se siente siendo humano.



—Tus capacidades distan mucho de ser humanas aunque vayas más lenta —dijo Freyn.

—Bueno, pero al menos la veré venir —dijo Alana poniéndose en guardia con un destello beligerante en sus ojos de color miel azulada.

Alana no pudo desarmar a Eyrien durante los cuarenta minutos en que practicaron, pero no porque no fuera una gran guerrera. Sus movimientos hubiesen sido mortíferos contra un enemigo real, pues estaban bien calculados; a falta de una mayor fuerza y prestancia físicas, las mujeres de su raza habían desarrollado un talento intelectualmente brillante con la espada. Sabían aprovechar las debilidades del enemigo, que siempre solía ser un varón con un exceso de confianza. Sus tatuajes se movían con ella de una forma asombrosa. Cuando finalmente las dos contrincantes se detuvieron, Eyrien permanecía tranquila pero Alana estaba exhausta aunque contenta.

—Bueno, me alegro de no tener a Eyrien como enemiga —dijo la amazona, apartándose de la cara los cabellos que se habían soltado—. Aunque me he defendido bien.

—Eres una rival espectacular —la animó Killian, que había estado estudiando sus movimientos y dándole consejos todo el tiempo.

—Además —dijo Eriesh—, ten en cuenta que Eyrien te gana en más de un siglo de experiencia en batalla.

—¡Eh! —exclamó River, y todos se giraron a mirarlo.

Se había llevado una mano a la sien y su expresión era de malestar. Sin embargo dirigió sus ojos verdes brillantes hacia Eyrien y sonrió.

—Si quieres que te devuelva tu pasmosa velocidad normal, lo pides por favor —le dijo.

Eyrien compuso una expresión maliciosa y se situó delante de River, erguida y serena, lo que en la Dama élfica era engañoso porque era su actitud previa a una batalla. Pronto fue evidente incluso para Killian y Alana que estaban entablado un duelo mágico, pues se sentía la energía en el aire como si estuviese a punto de estallar una tormenta. Minutos después a Killian se le erizaba el vello de la nuca. River se había puesto de pie sin siquiera darse cuenta. Trataba de mantenerle el pulso a la mente de Eyrien con toda su voluntad, pero se daba cuenta de que era una batalla perdida. Mientras él ya sentía que sus rodillas flaqueaban, que estaba cansado como si hubiera corrido durante horas, Eyrien parecían tan fresca como antes y sonreía, aunque sus cabellos empezaban a dorarse y ondular a su alrededor debido a la gran cantidad de magia que estaba canalizando. Con un destello de luz la Elfa de Siarta dio por finalizado el pulso y River cayó de rodillas al suelo, respirando hondo. Aunque se sentía consumido, se sintió complacido al ver la expresión orgullosa de Freyn, cuando el enano se acercó a ayudarlo a ponerse en pie.

—Soy la Dama de Siarta, y ni con toda una vida inmortal de entrenamiento podrías alcanzar mi poder, hechicero. Pocos pueden —dijo Eyrien, aunque no había soberbia en su voz sino sólo la corroboración de un hecho.

Y River no podía dejar de darse cuenta de que sería incapaz de vencer a Eyrien, al menos por ahora. Pero tampoco le importaba. Al fin y al cabo, jamás se enfrentaría con ella; antes preferiría la muerte. Se dirigió a Alana mientras empezaban a recoger para continuar la marcha.

—¿No es aburrido vivir sólo con mujeres? —le preguntó River a Alana. Al ver la mirada que le dirigía Eyrien se sonrojó un poco—. Bueno, quiero decir... —se calló, antes de estropearlo más.

La amazona se había vuelto un poco más sociable desde la batalla con los chupasangres. Ante el hecho de que el grupo se había visto incrementado por casi una veintena de hombres Eyrien había insistido en que se fuera a casa, pero Alana se había negado. La joven intuía que se estaba gestando un cambio importante en las mareas del mundo, y no quería que las Amazonas quedaran a un lado.

—Puede ser peligroso, Alana —le había dicho Eriesh.

—No más que ser vendida a los Nigromantes por los súbditos de Arsilon —respondió ésa.

—Desde luego —aceptó Killian—. Y eso es algo que cambiaré, lo juro por el honor de mi padre y la bondad de mi madre.

Para eso Alana no había encontrado respuesta.

Su opinión sobre ellos, sobre Killian y River mismo al menos, parecían haber mejorado un poco. Ahora, caminaba a veces cerca del príncipe y Aston, que hablaban incansablemente sobre las mejores estrategias de reconquistar Selbast y quizás incluso otras ciudades neutrales que se sumaran a la insurrección; la amazona los escuchaba con una expresión meditabunda y a veces respetuosa, aunque después volviera siempre a hablarles con su habitual altivez. También River se sorprendía a veces del cambio que se estaba gestando en Killian, sin que ni siquiera él lo supiese. Los años de estudios políticos, su inteligencia y su sangre guerrera estaba emergiendo a la superficie y haciendo de él un líder nato. River no dudaba que Killian sería un gran rey, y que quizás consiguiese cambiar el mundo, tal como deseaba.

En aquel momento, sin embargo, también Aston y Killian se callaron para escuchar la respuesta de la amazona a la pregunta de River.

—¿Y tú no te aburres de vivir contigo mismo, hechicero? —le respondió ella—. No te importa.

—Es simple curiosidad, Alana —intervino Eyrien conciliadora, una vez más; la elfa mostraba con la amazona una paciencia que no habría tenido con otro humano—. River es un Alto humano y estudia en un Centra Umbanda. Habrá leído sobre las Amazonas en un libro y ahora tiene que comparar la teoría con la práctica. Conmigo hizo lo mismo. Y aún lo hace.

Alana, aplacada en parte, miró a River con la misma curiosidad con que él la miraba a ella.

—¿Por qué los hombres creéis que las mujeres no pueden pasarlo bien entre ellas? —dijo la amazona—. Los hombres sois tan solo un mal necesario que evitamos la mayor parte del tiempo. No digo que seamos lesbianas, pero también hay mujeres muy interesantes —dijo mirando de arriba abajo a Eyrien mientras ésta sonreía. Luego volvió a mirar a River—. ¿O no?

River no dijo nada; no estaba seguro de si la amazona le había lanzado una indirecta o había hablado por hablar.

—¿Satisface eso tu curiosidad, hechicero? —le preguntó la amazona con una mirada llena de picardía en su hermoso y traicionero rostro de chiquilla.

—Bastante —reconoció River. Sonrió y añadió—: Y como me has respondido sinceramente porque yo te he preguntado, optaré por no sentirme ofendido por tu manifiesto desdén.

—Quieres decir que vosotras las Amazonas... —dijo Killian—. ¿Entre vosotras?

—¿Y por qué no? —dijo Alana—. Los elfos también lo hacen.

—Los Elfos del Agua —dijo Eriesh—. Ellos tienen unos gustos muy variados —miró a Eyrien mientras se dibujaba una sonrisa en su rostro grisáceo—. Tú pasaste un tiempo con Ynia y Kedran en la parte emergida de la Casa del Mar... ¿Cómo es acostarse con un Elfo del Agua?

Eyrien bajó la mirada al suelo, era muy tímida en el fondo. Al menos cuando hablaba de su vida privada.

—Mmmm —dijo pensativa—. Mojado.

Se rió. Eriesh también lo hizo y al cabo de unos segundos se les unió Alana con aquella voz que aún conservaba bellas reminiscencias de los Elfos del Agua que alguna vez habían sido sus ancestros. Killian tropezó con una raíz del suelo. River, por su parte, volvía a sentir la conocida sensación de que se le revolvía el estómago por los celos. Sabía perfectamente que los elfos eran... promiscuos, hasta que encontraban una pareja estable y no los culpaba por ello, pero en aquel caso era personal. Miró a Eyrien, que seguía caminando un poco más adelantada que ellos acariciando distraída el pelaje de Jano, que caminaba a su lado; la elfa sonreía a medias y tenía la mirada perdida en el suelo. Luego miró a Killian, que también tenía la mirada fija en Alana. Suspiró; ambos estaban perdidos.

Recordaba perfectamente la noche en que había estado a punto de besar a Eyrien cuando, de repente, Killian había aparecido entre los árboles. Pensaba que el príncipe no se había percatado de la situación pero cuando ya estaban acostados en su tienda, después de discutir sobre la decisión de Aston de acompañarlos, Killian sacó el tema. River se había quedado parado, sintiendo que un ligero rubor le subía a las mejillas. Estaba claro que el príncipe de Arsilon era mucho más perceptivo de lo que había querido demostrar. El Mago era consciente de que sus encuentros furtivos con Eyrien tenían que ser del conocimiento de todos, pero ni siquiera Eriesh daba a entender que lo supiera o le molestase. Pero lo sabían. Incluso Alana le miraba con las cejas alzadas, incrédula. Para la amazona ya debía ser bastante inconcebible que a una mujer pudiese interesarle seriamente un hombre, pero que la Dama pudiese mostrar algún interés por él ya debía resultarle la cúspide de los disparates. Sonrió al pensar en la amazona y se acercó para caminar junto a Killian. Se metió en su cabeza.

—Me parece que últimamente tú también estás en peligro de dejarte arrastrar tanto como yo por la estupidez por causa de las mujeres, así que voy a empezar a desoír tus consejos sobre mantener los pies en la tierra —le dijo mientras Killian se sobresaltaba—. Porque la chica de tus sueños es una amazona que te considera poco más que un animal de corral. Yo al menos voy a vivir muchos años, con lo que ya tengo algo ganado, pero tú tendrás que convertirte en mujer para resultarle interesante a Alana —dijo riéndose—. Ah, sí, ya me lo estoy imaginando: Killiana de Arsilon, con falda y corpiño y todo lo demás. Preciosa.

Killian le dio un empujón pero se contagió de la risa de River imaginándose también a sí mismo vestido con uno de los modelitos de cuero espeso, sugerente pero manejable, que lucía la amazona. Los demás se les quedaron mirando cuando empezaron a llorar de la risa y a andar a trompicones. Cuando se les pasó el acceso de tos con que trataban de disimular sus carcajadas, Killian se puso pensativo.

—A veces me siento culpable por estar aquí de excursión, en vez de soportando la angustia y

el caos que debe de estar viviendo Arsilon —le confesó a River en un susurro.

—No puedes estar en todas parte, Killian —le respondió River—. Y saber qué malditas cosas pasan por las cabezas de los Sabios de Siarta es importante para todos.

—¿Te preocupa que no quieran volver a Siarta y reemprender su trabajo?

—A mí lo que me preocupa es que se hayan abocado a otro tipo de trabajo. Tú, yo, Eyrien... el futuro de la Alianza somos todos unos traidores. Y si no tienen algo que ver con ese vampiro del demonio yo no soy un Mago.

Killian miró preocupado a Eyrien, que caminaba por delante de ellos con Eriesh. La Elfa de la Noche frunció el ceño, tensa, pero si estaba enfadada con River por sus osadas manifestaciones no lo demostró en aquel momento.

—Estamos cerca de nuestro destino —dijo en cambio—. A partir de ahora debemos ser silenciosos y estar alertas.



Avanzaron con más cautela, en silencio, adentrándose en un territorio compuesto de pequeñas colinas pedregosas donde cualquier posibilidad de esconderse residía únicamente en algún saliente de roca o alguna mata de arbustos dispersos. Aquel día Eyrien los hizo detenerse a media tarde, pues si avanzaban más llegarían a la vista de las Fortalezas y prefería dejar la última etapa del viaje para el día siguiente. Pasó el resto de la tarde discutiendo con Eriesh y Freyn si debían ponerse en contacto telepático con los Sabios antes de llegar a las Fortalezas, pero finalmente, cuando la noche ya se extendía en aquel extremo abrupto del continente, dieron el tema por zanjado. Eyrien había hecho la prueba y no había podido expandir su mente mucho más allá, debía haber muchas Flores del Sueño diseminadas por aquella zona.

—Pues si han conseguido enraizar en las rocas, lo llevamos mal —dijo Freyn mohíno.

Durante la cena, la última que pasarían fuera de las Fortalezas según los cálculos de Eyrien, salieron a relucir los femorianos en la conversación.

—Yo vi a un femoriano una vez —dijo Alana—. No parecía muy peligroso, de hecho nos ignoró como nosotras a él. Era macho.

—Serán peligrosos para ti ahora que vienes con nosotros —le advirtió Freyn—. No nos tienen en muy alta estima.

—Ya oí cómo lo comentabais en el banquete de mi... de mi investidura —dijo Killian mirando de reojo a Alana; a la amazona se le crispaba la expresión cuando salía a relucir su título real—. Pero se supone que los femorianos son imparciales en las guerras, más neutros incluso que las ciudades neutrales. O sea, de lo que eran las ciudades neutrales antes de que dejaran de serlo.

Eyrien lo miró largamente antes de responder; era difícil explicar algunas cosas cuando estaban tan difuminadas por leyendas y estereotipos.

—No era nuestra intención enfrentarnos a ellos. Sólo estábamos explorando la región norte del

Estrecho del Abismo para descubrir si podíamos acceder por allí al Continente Sur y si los maelvanienses podían usar aquel camino para invadir el Continente Norte. Ocurrió hace media centuria, entonces eran vuestros abuelos los que nos acompañaban y por aquel entonces Amazonia aún no peligraba. Pero descubrimos que la colonia femoriana más cercana al Estrecho se había unido a las filas de Esigion y que le hacían de porteros, por decirlo de alguna forma. No sabemos por qué actuaron de esa forma tendenciosa, ni cómo pudo convencerlos Esigion de que los obedeciera, pero nos atacaron. Intentamos por todos los medios no causar víctimas, pero son peligrosos. No nos quedó más remedio que matar a dos de ellos para salir de allí con vida. Y por eso ahora los femorianos se han vuelto contra nosotros. Aquellas tierras nos están vedadas, y no podremos defender el Estrecho si Esigion decide atacar a través de él.

—¿Pero por qué todos los femorianos están ahora en nuestra contra? Se supone que ellos son unos ascetas y que no toman partido —dijo Killian indignado—. Y vosotros sólo os defendíais de unos que se habían aliado con la facción claramente maligna de esta historia.

—Eres muy dialogante, príncipe. Pero intenta explicarle a un femoriano qué es el bien y qué el mal —dijo Freyn—. Sobre todo cuando intenta aplastarte con un puño del tamaño de un tonel.

—A su manera, Freyn tiene razón —dijo Eriesh—. La mayoría de los femorianos no debía estar de acuerdo con la adhesión de sus congéneres a las huestes de Maelvania, pero para ellos lo que prevalece ante todo es la fuerza de la sangre. En el momento en que matas a un femoriano, te ganas el odio del resto. No habrán olvidado nuestras auras.

—¿Vuestras qué? —dijo Aston, que durante las pausas dividía su tiempo entre ellos y sus soldados, que se instalaban siempre un poco apartados por respeto a sus dignos acompañantes.

—Nuestras auras —repitió Eriesh—. Los femorianos reconocen a los individuos por el aura que ven flotar alrededor de los seres, igual que nosotros miramos los rostros. Aunque envejeciéramos, aunque nos embozáramos, aunque nos ilusionáramos para parecer seres completamente diferentes, nuestras auras seguirían teniendo exactamente la misma composición de colores. Por eso quizás vosotros deberíais quedaros atrás. Aún no os conocen.

—No —dijo River sin pensarlo.

—Déjalo, Eriesh, no tengo ganas de pelearme otra vez con el Mago —dijo Eyrien—. Ahora no. River quiso sonreírle pero cuando la miró, vio que Eyrien tenía el rostro vuelto hacia el cielo y que se había abrazado las piernas frente al cuerpo. Parecía angustiada y miraba tan intensamente a las estrellas que parecían adivinar algún oscuro secreto en ellas. River se asustó, desde que era objetivo de una profecía que había dejado de gustarle que los siartanos miraran al cielo.

—Eyrien —la llamó mentalmente, ella se sobresaltó—. ¿Qué estás viendo?

La Dama de Siarta permaneció en silencio unos minutos, y River no tuvo duda de que estaba pensando en si debía ponerle al corriente de sus pensamientos o no.

—Espera aquí conmigo —dijo finalmente la elfa.

River se fue poniendo nervioso a medida que pasaba el tiempo y, poco a poco, los demás fueron perdiéndose en el interior de sus tiendas. Aquella noche Alana incluso les deseó buenas noches. Quizás también ella intuía la cercanía del peligro, ahora que estaban tan cerca de las Fortalezas de Piedra y del fin de aquella etapa del camino. Algo más allá, los soldados

selbastianos se envolvieron en sus sacos de dormir en un silencio absoluto, después de rezar por las almas de sus muertos y tras pedir a los dioses que los guiaran por el recto camino. Killian los observó con orgullo antes de meterse en la tienda.

También Eriesh, para sorpresa de River pues el elfo de Greisan solía pasar las noches fuera velando el sueño de los demás con Eyrien, se metió en su tienda. Incluso Freyn le palmeó el hombro y se acostó entre sus mantas y se arropó hasta que prácticamente no sobresalí ni la cabeza. Entonces River no tuvo dudas de que Eyrien les había dicho que quería que la dejaran a solas con él. El Mago ya no se sorprendía, intuía que la Dama de Siarta no tenía secretos para ellos, sus fieles compañeros de andanzas. Y lo que ambos pensarán, se lo quedaban para ellos.

—Eyrien, dime lo que has visto —dijo River mentalmente, poniéndose en pie porque estaba demasiado nervioso para seguir sentado.

La elfa se alzó también y para asombro de River, se acercó a él y se abrazó a su cintura. River tardó un poco en reaccionar y poner sus brazos alrededor de la delicada espalda de la Hija de la Noche. Le acarició los cabellos cuando ella apoyó el rostro en su pecho.

—Eyrien, háblame —repitió River mentalmente.

Le encantaba aquella situación pero no podía dejar de notar que Eyrien estaba reaccionando así porque estaba asustada. Como si se estuviera despidiendo de él por lo que pudiera pasar.

—Nada —dijo ella finalmente—. Y eso es lo que me preocupa. Hace unos días intuía problemas, peligro, caos. Pero ahora miro a las estrellas y tan sólo leo vacío. Simplemente, no veo nada. Como si no hubiese nada más allá.

Eyrien ni siquiera pudo decir si esta falta de futuro se cernía sobre toda la Alianza o giraba únicamente en torno a ella. Y River sintió un escalofrío, sabiendo que no había nada que él pudiera hacer para averiguarlo hasta que tuvieran el peligro encima. Pero también sabía que no conseguiría hacerla volver atrás. Le besó los cabellos, sedosos, oscuros como la noche que se cernía sobre ellos.

—Te quiero —murmuró.

Eyrien no respondió, pero le abrazó con más fuerza. Casi con desesperación. Cuando levantó la mirada hacia él, River pudo leer en sus ojos una determinación fiera que le provocó un estremecimiento. Incluyó la cabeza a su encuentro, cuando Eyrien se alzó de puntillas para besarlo. Esta vez, y aunque el beso fue delicado, fugaz aunque cálido y dulce, no hubo golpe de energía ni remordimiento por parte de Eyrien. Cuando se apartó lentamente de él, había miedo y calidez en sus ojos profundos. Y River no pudo sentirse tan feliz como quisiera, porque junto con aquel acto de amor había implícito el temor a una despedida.

## Cuando la Tierra se alza

—Alabado sea el Antiguo hogar —dijo Freyn—, que tantas alegrías y vergüenzas nos trajo.

Eyrien apartó la vista del gran recinto-montaña de las Fortalezas de Piedra y se lo quedó mirando, para negar finalmente con la cabeza.

Tras volver cada uno a su tienda, ni River ni Eyrien habían dormido mucho. Ella no lo necesitaba, y tenía que meditar, y él se sentía demasiado feliz y angustiado a un tiempo como para poder conciliar el sueño. Al amanecer la Dama de Siarta se había mostrado tan resoluta como siempre, es lo que necesitaba de ella el grupo que la seguía. Pero pasó mucho tiempo hablando mentalmente con Eriesh, y si uno se fijaba podía adivinar la congoja en la palidez dorada de su rostro. El Elfo de las Rocas se mostró también más taciturno a lo largo de la mañana. Ahora, a media tarde, habían llegado finalmente a su destino.

—Los enanos tenéis que superar ya vuestra Gran Vergüenza, Freyn. Dejar el pasado atrás —le dijo la elfa a Freyn.

Al ver que Freyn rezongaba y que Alana miraba al suelo, incómoda, Killian se abstuvo de preguntar qué era esa vergüenza que arrastraban los enanos. River, en cambio, ya sabía de lo que se trataba gracias a su visita a Antigüedad. En la época en que los humanos aún no habían colonizado el Continente Norte, las amazonas fueron las primeras en buscar refugio en él. Fueron acogidas con generosidad por los elfos, pues además habían sido los Hijos del Agua quienes las habían ayudado a cruzar el mar, pero los enanos las miraron con envidia y como una amenaza. Fue aquella la causa primera de que abandonaran su antiguo hogar, de su Guerra Sangrienta contra los elfos y de la masacre y la pérdida definitiva de las Fortalezas de Piedra. Las amazonas, que ni tan siquiera habían llegado a sentir la amenaza de los enanos, los ayudaron tanto como los elfos tras aquella funesta desgracia, y a los enanos no les quedó más remedio que pedirles su perdón y su amistad. Desde entonces habían considerado aquel episodio su Gran Vergüenza.

Sin embargo Freyn, como enano joven que era, no parecía muy perturbado por aquel suceso ocurrido más de dos milenios atrás, y tras afligirse brevemente con la vergüenza que se esperaba de él como representante de su pueblo, miró a Eyrien con expresión inquisitiva.

—¿Vemos algo raro? ¿Eriesh? Vosotros tenéis buena vista.

Los dos elfos permanecieron largo tiempo en silencio, mirando hacia la lejanía. No lo sabían, pero estaban en el mismo lugar donde se había parapetado Phyros de Vulcania tan sólo unos días antes. Aunque el paisaje había cambiado un poco. Ante ellos, bajo la abrupta meseta en que se encontraban, se extendía una fina línea de árboles que desembocaba en un amplio campo en el que la superficie rocosa, llana y casi plateada, se alternaba con pequeñas extensiones de corta hierba verde. Aquel gris era el mismo color que el de las murallas de Arsilon. Más allá de aquella extensión, recortada contra el horizonte del Abismo del Estrecho donde el mundo acababa, se alzaba la gran construcción de las Fortalezas de Piedra. Había sido una montaña de roca desnuda, pero ahora era un conjunto de pequeños castillos conectados que se arracimaban en varias alturas

tras una defensa de tres murallas. Aquel había sido el primer hogar de la primera de las cuatro razas, aunque ningún enano habitaba ya aquellas estancias cavernosas. Que ellos supieran, nadie las había habitado desde hacía más de dos mil años, pero mucho tiempo había pasado desde que la Alianza se había aventurado en su interior. Tan cerca del Estrecho, tras la enemistad con los femorianos, aquella zona estaba vedada para muchos miembros del brazo armado de la Alianza. Y era un lugar peligroso para los demás.

Por ese motivo no entendía Eyrien, y los demás menos que ella, por qué los Sabios habían escogido en su retiro tan insólita residencia. Permaneció largo rato mirando al horizonte; Eriesh, a su lado, debía estar pensando algo semejante porque también permanecía callado.

—¿Vemos algo, o no? —insistió Freyn.

—No hay femorianos patrullando cerca de las puertas —dijo el Elfo de las Rocas.

—Y el terreno ha cambiado —dijo Eyrien, y miró a su compañero.

Ambos feéricos se dieron la vuelta y se ocultaron en el saliente rocoso tras el cual se había parapetado. Si estuvieron en silencio todo el rato o si estaba cada uno enfrascado en sus pensamientos los demás no lo supieron, pero el tiempo pasó lento para sus compañeros.

—Esto no me gusta —dijo Eyrien al fin.

Habían esperado la presencia de los femorianos, tanto ella como Eriesh habían contemplado la posibilidad de tener que enfrentarse a ellos de nuevo desde el inicio del viaje. Pero no sabían si debían sentirse tranquilos ante su ausencia. Era posible que Konogan y Soneryn, y el resto de los acólitos de los Sabios los hubieran ahuyentado, pero eso hubiese atraído la atención de los espías cáusticos hacia la zona. Era un enigma difícil de resolver. La otra cosa que preocupaba a Eyrien era el cambio en el terreno. No sabía decir exactamente por qué, pero el hecho de que cerca de las Fortalezas el terreno ya no fuera tan liso y llano no le gustaba, le creaba una desconfianza que no acababa de comprender. Su subconsciente trataba de alertarla de algo, pero tenía demasiadas preocupaciones como para poder concentrarse en aquella nimia cuestión. Notaba el nerviosismo de los selbastianos, la angustia que brotaba de la mirada verde que River tenía fija en ella, la impaciencia sin preocupaciones de Freyn, y la misma sensación de peligro que ella sentía en Eriesh.

—Pero bueno —dijo Freyn acariciando el mango de su hacha—. ¿Desde cuándo vamos a lamentarnos por ahorrarnos a los femorianos? A veces no os entiendo, elfos.

—No son los femorianos —dijo Eriesh.

A sus palabras siguió un silencio. River estrujaba entre los dedos una ramita con la que había estado jugueteando.

—Creo que sería mejor quedarse aquí —dijo finalmente.

—Eso no puede ser —dijo Eyrien—. No sabemos qué ocurre en el resto del continente desde hace más de un mes. Es posible que estén en peligro, me preocupa lo que vi ayer en las estrellas.

—A mí también —murmuró River—. Por eso lo digo.

Se miraron durante unos segundos.

—Vuelves a hacerlo, River —dijo Eyrien mentalmente—. Estás anteponiéndome al resto del mundo. Ese mensaje no tenía por qué tener que estar relacionado conmigo.



—¿Y si lo está?

La elfa miró hacia las Fortalezas, con la mirada perdida.

—Los mortales esperaréis aquí —dijo Eyrien en voz alta finalmente, saliendo de sus ensoñaciones—. Todos —añadió al ver que tanto Freyn como River iban a replicarle—. Esto es una cuestión entre elfos, y entre elfos debe quedar. Cuando Eriesh y yo hayamos hablado con ellos, cuando nos hayamos asegurado de que ni Konogan ni Soneryn tratarán de atacaros, entonces podréis entrar. No antes. Nasgor dijo que los Sabios escucharían mis palabras, pero no hablaron en ese momento de nadie más.

—Cosa de elfos —aceptó Freyn; sabía hasta qué punto los feéricos eran celosos de solucionar sus asuntos entre ellos antes de que sus problemas afectaran a nadie más.

Apaciguado el enano, Eyrien miró a River a los ojos. El hechicero había prometido que no volvería a desobedecerla, y había llegado el momento de demostrar que iba a cumplir sus promesas. River respiró hondo y asintió con la cabeza. Ya conocía cómo podían ser de descorteses los elfos de Siarta con aquellos que no eran de su agrado, y prefería no dificultarle las cosas más a Eyrien.

—Ten cuidado, por los dioses —le pidió telepáticamente.

—Tú también —respondió la elfa—. Pase lo que pase, no olvides que...

Eyrien no acabó la frase. Miró al suelo, volvió a mirar a River con una sonrisa en sus profundos ojos azules y se fue con Eriesh. River la había entendido.



Poco después Freyn, Killian, River y Alana veían cómo los dos elfos se dejaban caer furtivamente por la ladera del precipicio hacia la llanura descubierta en la creciente oscuridad. Aston y sus hombres habían retrocedido por el otro lado, pues eran muchos y podían llamar la atención. Killian empezaba a estar nervioso, y como acostumbraba en aquellas ocasiones se puso a caminar de un lado para otro, tranquilizando a los caballos, examinando el terreno y comprobando que la espada del vampiro seguía afilada en su vaina, sintiendo aquella sensación agrídulce cuando lo hacía.

—Ya casi no los distingo —dijo Alana cuando los elfos se convirtieron en dos figuras lejanas, una clara y otra oscura, en la inmensa llanura. A Eriesh casi no se le distinguía contra el suelo de piedra.

—Aquí abajo hay una repisa algo más adelantada —dijo Killian, que se había asomado por el precipicio. Podríamos bajar.

—Jovencitos, os han dicho que os quedéis aquí —dijo Freyn.

—Sólo vamos a adelantarnos un poco —dijo River encaminándose tras Killian a un pequeño sendero que bajaba a la repisa.

—Yo también voy —dijo Alana siguiéndolo.

Trataron de no despeñarse mientras bajaban por el acantilado. Tal como había dicho Killian, había un balcón natural en la roca, que los llevaba más abajo y más cerca de la llanura. Ni River ni Killian apartaban la vista de los elfos, pero Alana estudió el lugar en el que se hallaban, dándose cuenta de que tras ellos se elevaba un gran abrigo que permanecía en las sombras. Retrocedió lentamente, pálida, hasta que chocó contra la espalda de River. Le tiró de la manga para que se girara.

—Qué...

River no acabó la pregunta. A su lado, Killian soltó una exclamación de sorpresa. Sentado tras ellos, oculto en el abrigo de roca, había un gigante de aspecto fuerte como la misma montaña en que se resguardaba. Los femorianos eran seres antiguos, quizás incluso más que los humanos, quienes habían emergido en el Continente Sur antes de que los elfos lo hicieran en el Continente Norte. Ahora que veían uno por primera vez, los herederos de Arsilon se dieron cuenta de que era muy parecido a los enanos: venerable, sereno, de cabellos encrespados y barba luenga, aunque al menos cinco veces más grande. El gigante se limitaba a devolverles una mirada curiosa de sus ojos pardos. River se dio cuenta de que más que mirarlos a la cara miraba justo por encima de su perfil, debía estar estudiando sus auras.

—¡Un femoriano! —exclamó River lo suficientemente fuerte como para que Freyn lo oyera y no bajara con ellos.

—Éste no es sitio para los mortales pequeños —dijo el gigante con voz cavernosa—. ¿Venís con ellos? —señaló con el enorme mentón hacia la estepa, donde estaban los elfos.

—No —dijo River rápidamente, antes de que la sinceridad innata de Killian los delatase—. ¿Vais a atacarlos?

—Sólo si retroceden.

—¿Si retroceden? —repitió River asustado.

Los tres se volvieron a mirar a los elfos, que parecían haberse agachado en el suelo para examinar el terreno aparentemente vacío, ajenos a que los femorianos los estaba vigilando. River trató de avisarlos, pero su mente no se extendía más allá de unos pocos metros. Era extraño, porque no habían visto Flores del Sueño. Miró hacia las Fortalezas, que seguían desiertas, borrosas tras la niebla. Ante ellas tan sólo se hallaban las islas de césped entre la superficie de roca, y las extrañas ondulaciones del terreno allí donde la inmensa construcción ya extendía su neblina. Recordó el vago temor de Eyrien.

—Disculpa —le dijo al femoriano—. ¿Habéis notado que el terreno haya cambiado por aquí?

—Sí —le respondió el gigante con su invariable tono de voz.

—¿Y por qué ha cambiado?

—Lo sabrás pronto, cuando el suelo se alce.

—¡No! —se oyó arriba.

De pronto Freyn empezó a gritar por encima de ellos, bajando corriendo por la ladera.

—¡Gólems! ¡Es una trampa! —gritó—. ¡River, avísalos!

En cuanto el enano pasó junto a ellos para seguir bajando hacia la llanura, el femoriano se alzó tras ellos. Un gruñido ronco brotó de su garganta mientras observaba al enano. Su rostro venerable

se había contraído dibujando un sinfín de pequeñas arrugas. Cuando el gigante levantó el mazo que había dejado a su lado y se dispuso a perseguir a Freyn, River le lanzó una potente onda expansiva. De haber sido un mortal normal, habría quedado hecho añicos, pero el femoriano tan sólo cayó medio inconsciente, haciendo vibrar el suelo y desprenderse algunas piedras del techo.

—Gólems... —dijo Killian—. ¿Gólems de Maelvania? ¡Es una trampa!

—¡Avísalos, Mago, que se detengan! —le gritó Alana a River.

—¡No puedo! —le gritó River a su vez, pues ya había empezado a correr para seguir a Freyn; su mente ni siquiera llegaba hasta Aston, que había quedado con sus soldados en el bosque cercano.

Cuando llegaron abajo, los elfos ya estaban lejos, prácticamente allí donde el terreno empezaba a ondularse y mostrarse desigual, allí donde los monstruos de barro de Maelvania yacían a la espera de que les ordenara levantarse del suelo. Freyn corría tras ellos, haciendo aspavientos. Los tres humanos corrieron también tan rápido como pudieron. River miró asustado a Killian cuando éste se llevó la mano a la garganta tras haber querido gritar a los elfos. También Alana vocalizaba sin que de sus labios rosados saliera sonido alguno. No podía ser; había por allí algún hechicero que los estaba conjurando.

River se enfundó en un escudo protector que consiguió oponerse al hechizo y gritó, pero su grito fue engullido por el del femoriano del acantilado, que se había recuperado del aturdimiento y llamaba furioso a sus hermanos; su invocación retumbó en el llano como un trueno. Al menos eso sirvió para que los elfos se detuvieran, aunque únicamente pensaron que los femorianos los habían descubierto y querían atacarlos. Ahora seis gigantes se acercaban desde el bosque que se extendía desde ambos lados de la estepa, rápidos, haciendo que el suelo temblara bajo sus furiosas pisadas. River quiso gritar de nuevo, pero su voz quedaba ahogada por el alboroto que los rodeaba. Trató de llamar a Eyrien mentalmente pero era incapaz. Entonces se fijó en el suelo, como antes habían hecho los elfos. Estaba recubierto de un polvo púrpura y esponjoso: era polen de Flor del Sueño. Desesperado, River miró con desconfianza la niebla que seguía haciéndose más densa frente a las Fortalezas. La situación se les escapaba de las manos.

Los elfos se giraron finalmente hacia ellos cuando los tuvieron cerca, y estudiaron rápidamente la situación. Estaba claro que entendían la emboscada de los femorianos pero confiados, eran incapaces de pensar que pudiera haber seres cáusticos allí donde se suponía que se ocultaban los Sabios. Y los femorianos gritaban, sin duda por orden de alguien que controlaba la situación; ahogaban la voz de River cada vez que éste abría la boca. Cuando Freyn, Killian y Alana se detuvieron jadeantes ante ellos, vocalizando sin hablar y señalando el suelo, Eyrien y Eriesh los miraron alarmados, sin comprender.

—Dejaos de tonterías —les dijo Eyrien—, los femorianos son peligrosos.

River los sobrepasó, estaba decidido a hacerles comprender el peligro en que se hallaban aunque tuviera que desenterrar a un gólem del suelo con sus propias manos. Allí la niebla era más abundante, amenazadora, aunque no se parecía a la niebla densa y sinuosa de los kapres. Caminó por la zona, con cuidado, tratando de buscar alguna pista que demostrara a los elfos cuál era el peligro real que los acechaba. Miró impotente a Eyrien, pero ella parecía empezar a comprender.

Miraba el suelo por el que River caminaba, y fruncía el pálido ceño como si en su mente estuviera emergido algún recuerdo lejano.

—Creo que son gólems, Eyrien —murmuró Eriesh.

Sus cabellos habían virado a un potente color añil y estaba tenso, presto para el ataque.

—¡Cuidado! —gritó la Dama de Siarta—. ¡Sal de ahí, River!

«Gracias, dioses», pensó River mientras seguía sintiendo la garganta abrasada de tanto gritar en vano. Se encaminó de nuevo hacia donde el grupo se preparaba para defenderse de los femorianos que se les acercaban, aunque no podría hacer mucho contra aquellos seres poco sensibles a la magia y con la única ayuda de la espada de Killian. De pronto el suelo empezó a temblar con más fuerza; sin embargo, no eran las pisadas de los femorianos lo que produjeron aquel movimiento. La tierra se resquebrajó y se alzó alrededor de River.

—¡No! —oyó gritar a Eyrien.

Pero ya era demasiado tarde. River se encontró suspendido en el aire, agarrado por el cuello y tapada la boca por una mano de piedra del color del barro que si ejercía tan sólo un poco más de presión, le aplastaría las vértebras.

## 20

# Pérdida

A su alrededor, todo se había detenido; sus amigos, los femorianos, los elfos. River miró al gólem que lo sostenía impertérrito, con el brazo extendido. Era una criatura con una vaga forma humana, hecha por completo de barro, de ojos ciegos y boca sellada que tenía grabada por rostro una expresión serena y malévol, maldita. En su frente, esculpida en relieve, se hallaba tallada la palabra «Vodun», aquella que lo dotaba de vida. Trató de desasirse, pataleó y golpeó con los puños el brazo que lo sujetaba, pero nada consiguió con ello. Miró a sus amigos en busca de ayuda, y se dio cuenta con un escalofrío que todos miraban por detrás de él. Cuando giró el rostro hacia las Fortalezas vio que una figura embozada en una capa oscura ribeteada de oro había salido de entre la bruma. Todos, incluso la amazona, sabían que se trataba de un Nigromante. Los femorianos se estaban acercando para situarse entre el Maestro Nigromante y sus enemigos. Se removían inquietos, pero era increíble que no atacasen a Eyrien, cuando era uno de los enemigos a los que habían jurado matar. El maelvaniense rió suavemente en el aire silencioso.

—Os habéis quedado sin habla —dijo desde debajo de su capucha.

River sintió más ira que miedo, pues aquel podía ser el mismo Nigromante que ya había tratado de hacerse con Eyrien en Selbast, el mismo que la había torturado tan sólo para obligarla a mostrar su rostro. Sus vanos intentos de rebelión llamaron la atención del Nigromante, que le miró sin acercarse.

—Te has equivocado, gólem estúpido —escupió—. Vuestras órdenes consistían en alzaros y atrapar al ser de esencia siartana. A la elfa, estúpido.

El gólem permaneció impertérrito, aunque giró la cabeza hacia el Mago Vodun. Éste se acercó un poco más a River.

—Suéltale —dijo Eyrien; sostenía tan fuerte su espada feérica que ésta brillaba con fuerza.

—Me temo que no —respondió el Nigromante—. Aunque yo quería un premio mayor, elfa.

—¡Maldito! —exclamó Freyn, y miró aterrado a la Dama de Siarta.

River comprendió, y no quiso creer que Eyrien fuera a cambiarse por él. La Dama de Siarta intercambiándose por él... era impensable. Pero la elfa mostraba una expresión que lo alarmó. Eriesh, al lado de Eyrien, no decía nada.

—Por supuesto, comprendo que tu naturaleza protectora no pueda aceptar que un inocente pueda verse afectado por una rencilla que debería afectarnos tan sólo a ti y a mí —dijo el Nigromante mordaz, persuasivo—. Así que si tú vienes junto a mí sin ánimo de pelear, yo ordenaré al gólem que suelte al chico.

Killian se removió inquieto, miraba a Eyrien con los ojos desorbitados. Deseaba ver libre a River, pero sabía que ofrecer a cambio a la Dama de Siarta era un precio excesivo. Además sabía que River no querría aquel cambio. Ella lo apartó con suavidad sin siquiera mirarle.

—Dale tu orden al gólem ahora, y yo me acercaré a ti —le dijo al Nigromante.

El Mago rió, satisfecho. River trató de desasirse, desesperado por que nadie se molestaba en

pedirle su opinión, en mirarle. Estaba en medio de la lucha, sus amigos estaban a cien metros de él, el Nigromante a cincuenta por detrás, era el motivo de la disputa, pero se sentía completamente ignorado.

—Gólem —dijo el Nigromante; el ser de barro giró hacia él la cabeza de nuevo—. Soltarás al humano sin hacerle daño cuando la elfa haya venido conmigo y yo me haya alejado.

En la frente del gólem la palabra «Vodun» se iluminó con un brillo negro, pero a River no lo tranquilizó. No le había gustado la forma en que el Nigromante había dado su orden, las palabras que había pronunciado. Quería que Eyrien se acercara hasta él, pero ¿iba a matarla?, ¿iba a ordenarle a Eyrien que se alejase tras él? Dándose cuenta sólo en parte de lo que estaba haciendo, River se adentró en la mente del Nigromante. Lo primero que percibió fue una honda oscuridad, llena de envidia, despecho y odio. Pudo intuir lo que pretendía hacer antes de que el Mago Vodun lo expulsara de su cabeza.

—Eso no está bien, River de la Casa de los Tres Elfos —dijo el Maestro.

Su cara seguía oculta pero en su voz se había adivinado una sonrisa de triunfo; Eyrien ya había empezado a caminar hacia él.

River se revolvió como un loco, tratando de liberarse, de gritar, de expandir su mente hacia Eyrien mientras ella avanzaba hacia su trampa. Sus amigos, los femorianos y el Nigromante permanecían quietos a su alrededor. Sin mostrar miedo, sin titubear, la Dama de Siarta se irguió ante el Nigromante, desactivó su espada y la dejó caer al suelo con movimientos claros, secos, definitivos. El Maestro, ocultándose a los demás, levantó la mirada hacia ella. Entonces, para alarma de todos, Eyrien retrocedió dos pasos y gritó con miedo. Era la primera vez que los que estaban allí la escuchaban hacerlo.

—Entiendes ahora algunas cosas, ¿verdad? —le dijo el Nigromante—. Qué previsibles sois los elfos, querida. Y qué ingenuos.

Bruscamente lanzó un conjuro de viento que alejó las esporas de la Flor del Sueño y alzó las manos hacia Eyrien. El aire revoloteó mientras un conjuro apenas susurrado atacaba a la elfa. Ella blindó su mente, pero a la hora de defenderse de la magia Vodun los elfos no eran tan fuertes, por el simple hecho de que no estaban familiarizados con ella. La elfa debía estar tan horrorizada por la posibilidad de que alguien quisiera hacerle algo así que simplemente no estaba en condiciones de defenderse. Sin embargo River vio cómo Eyrien abrió mucho los ojos al entender lo que el Nigromante trataba de hacer, al entender que si caía perdería mucho más que su vida. La vio apretar los labios y luchar, consciente de que aunque los dos contrincantes tan sólo parecieran mirarse, el duelo que se estaba desarrollando entre ellos era brutal, encarnizado. Los brazos del Nigromante empezaron a temblar, Eyrien estaba cada vez más pálida, de la comisura de sus labios azules había brotado una gota de sangre.

—¿Por qué no haces nada? —le gritó Alana a Eriesh.

El Elfo ni tan siquiera se inmutó. Siguió observando a Eyrien con el hermoso rostro desencajado por el dolor y la mano crispada con fuerza alrededor de la empuñadura de su espada. Como Elfo, les gustase o no a los demás, no podía hacer nada si Eyrien había accedido voluntariamente a aquella situación y había otra vida más débil, la de River, en juego.

—Eyrien —murmuró el Mago, sabiéndose culpable de aquello, ahogada su voz por la mano férrea que le apretaba la boca y el cuello.

Ni siquiera se dio cuenta de que el Nigromante había dejado de conjurarlos a ellos con su hechizo de afonía para concentrar sus fuerzas en la elfa de Siarta.

Pero el brujo Vodun no estaba dispuesto a dejarla sacrificarse. Separó una de las manos y susurró otro conjuro, que dio de lleno a Killian en el pecho. Era una bola energética, que lo hizo trastabillar y que le dejaría un hematoma molesto, pero fue suficiente para que Eyrien se desconcentrara y dirigiera su atención al príncipe de Arsilon. Estaba claro que el Nigromante conocía los puntos débiles de los elfos, los mismos que había comentado Ashzar. Su compasión y su bondad eran su perdición. Cuando Eyrien alzó un escudo alrededor de ellos, el Nigromante la atacó con más saña.

—¡No! —gritó Eyrien.

La Dama de Siarta cayó de rodillas, sus ojos y sus cabellos estaban cada vez más claros, estaba exhausta. River supo cuándo el Nigromante la había vencido aún antes de que se separara de ella y riera satisfecho. Mientras Eyrien caía inconsciente al suelo, al maelvaniense se lo tragó la niebla y desapareció. Entonces el gólem cumplió la orden que se le había dado y abrió la mano. En cuanto cayó de pie al suelo, River le lanzó una mirada de odio a la palabra Vodun que su captor tenía en la frente; el gólem saltó en pedazos. Había demostrado ser lo suficientemente poderoso como para usar la magia sin depender de las palabras, pero en aquel momento sólo Eriesh estuvo lo suficientemente lúcido como para darse cuenta de ello. Eriesh, y el Nigromante que se alejaba. Algunos no olvidarían hasta qué punto se había convertido en un ser poderoso, y peligroso.



Mientras tanto, en el interior de las Fortalezas, los patios estaban sumidos en un ambiente de serena excitación. Al Maestro Nigromante, tras dejar atrás las puertas, sólo le hizo falta echar un vistazo a través de una de las aspilleras para saber que había tenido éxito en su empresa.

—Al fin la elfa es nuestra —dijo una voz detrás de él—. Vuestra, Mordecai.

Esigion de Maelvania se giró, bajándose la capucha que lo había ocultado de sus enemigos.

—No, mi fiel Elazar. No es nuestra. Es simplemente un espíritu salvaje que se cobrará su propia guerra —dijo satisfecho, aunque sólo en parte.

Había intentado modificar la voluntad de la elfa, conseguir que lo respetase e incluso que lo amase, pero ella era demasiado fuerte y poderosa para eso. Pero lo que había conseguido servía a sus propósitos.

—El Norte está próximo a sumirse en el caos —dijo, y miró a su vasallo; una sonrisa se dibujó en su rostro—. Es hora de volver a poner nuestra atención en el sur. Niaranden y Boreanas estaban listas para ser tomadas.

Se apoderaría libremente del sur, sin molestias. Y entonces, cuando sus peones y las peleas

internas hubiesen minado a la Triple Alianza, él regresaría a recoger los frutos y dar el golpe de gracia. Tal como había adivinado el rey Ian, Esigion de Maelvania era un gran estratega.



River estaba horrorizado, y tan sólo fue capaz de pensar porque sus amigos se estaban precipitando hacia el peligro.

—¡Quietos! —gritó al ver que los demás corrían hacia el cuerpo desvanecido de Eyrien.

Se interpuso ante ellos y placó a Killian para detenerle. Eriesh, al ver que hablaba en serio, había cogido del brazo a Freyn y a Alana para detenerlos. Petrificó el brazo con el que sujetaba al enano, mientras dirigía a River una mirada sombría; intuía lo que estaba pasando.

—¡Pero qué te pasa! —le gritó Killian mientras intentaba pasar por su lado.

—¡Espera, Killian!

Killian frunció el ceño y fue a replicarle pero se detuvo. Todos se giraron a mirarla cuando Eyrien empezó a moverse débilmente. Aún antes de levantarse, la elfa extendió el brazo para coger su espada, que había quedado olvidada en el suelo junto a ella. River lanzó un escudo protector alrededor de todos ellos en cuanto la elfa se puso en pie con esfuerzo. Estaba pálida, exhausta, pero cuando los miró, su rostro era el de un depredador al acecho. Sus ojos almendrados parecían más oscuros y amenazadores que nunca, sus labios azules se extendieron en una sonrisa aviesa. No quedaba ni rastro de reconocimiento en ella.

—Dioses —murmuró Killian; Alana sollozaba a su lado.

River sintió que los ojos se le empañaban, mientras seguía reteniendo a Killian sin necesidad. Ahora sabía por qué la Dama de Siarta había leído la nada en el futuro, simplemente ya no era la misma Eyrien de siempre. El Nigromante había sido hábil anulando sus recuerdos, ocultándole su propia conciencia. Eyrien era ahora una elfa poderosa que no recordaba que apreciaba a los humanos. Pero ahora estaba demasiado cansada para atacarlos, y se limitaba a estudiarlos.

—¿Cómo nos ha podido hacer esto un simple Nigromante? —gruñó Freyn.

River no estaba seguro de que fuera un *simple* Nigromante.

—Pero no sé cuál es el conjuro que han usado —murmuró.

—¿Qué quiere decir eso? —susurró Killian a su vez, dándose cuenta de que el rostro por lo general impassible de Eriesh se había ensombrecido.

—Que no pertenece a ninguna lengua élfica que yo conozca —respondió el Mago.

River sintió un escalofrío. En su mente se arremolinaban mil preguntas, mil suposiciones. Pero sólo una lo imbuía de determinación. Eyrien. Sabía que era peligrosa, pero también sabía que la recuperaría o moriría en el intento. Se sentía en paz, aunque la furia lo quemase por dentro. El recuerdo del beso que le diera Eyrien, tan dulce, tan íntimo, tan esperanzador, permanecía en sus labios y le daba fuerzas para encontrar su camino en aquel horror. Simplemente sabía que lo haría, recuperaría a Eyrien. Y si los Sabios tenían algo que ver con lo que había sucedido, acabaría con



ellos. Y con cualquier ser que se hubiese atrevido a hacerle algo así a la elfa a la que amaba. A ello dedicaría todo su poder.

—Eyrien —la llamó mentalmente, sin dificultad ahora que se habían dispersado las esporas de la Flor del Sueño.

La elfa dirigió su mirada afilada hacia él. Dioses, era tan hermosa como aterradora. River no pudo pensar en otra cosa que en el terror con el que Eyrien había gritado «No», desesperada, cuando se sentía caer en aquel embrujo.

—Te juro que te recuperaré —le prometió—. Volverás con nosotros.

La Elfa de la Noche no se inmutó ante sus palabras; parecía extenuada.

—Vais a morir —le anunció con una total inexpresividad—. Os doy un mes de vida, luego os buscaré.

Les dedicó una última mirada, donde se leía la letal promesa de un nuevo encuentro. Les dio la espalda y pasó junto a los femorianos sin que la atacaran; ni siquiera ellos reconocían ya su aura. Desapareció entre la niebla camino de las Fortalezas.

Eriesh dejó de mirarla a ella para mirar a River. Le preocupaba lo que pudieran hacer ambos; estaba en juego todo el Continente. Killian, al lado de River, no se sentía tan positivo como el Mago. Abrazó a Alana, que lloraba horrorizada ante la forma en que les habían arrebatado a Eyrien. Él sabía que si no sucedía un milagro, pronto estarían muertos.



Mientras tanto, en Arsilon, Ian echaba de menos a la Dama de Siarta, ajeno a que ya no podía contar con su ayuda y suponiendo en vano que sus ahijados estarían a salvo con ella. El hechicero Hedar lo buscaba para hablarle de los grandes descubrimientos que había hecho en los antiguos textos que Nathaniel el Ideólogo había atesorado. Por lo que parecía, los antiguos habitantes de Suria había visto viable la recuperación de su continente si los feéricos los ayudaban, y así habían tratado de hacérselo ver a su soberano. Pero el primer Esigion el Nigromante lo había impedido, siendo aquel momento en el que se hizo con el poder y surgido de su misterioso pasado desconocido. Ninguno de los supervivientes que habían recogido y escondido aquellos textos sabía por qué.

Seguramente, pensaba Hedar, para empujar a su pueblo a dominar el Continente Norte igualmente. Pero si los motivos de la estirpe de los Esigion para atacarles, controlar a los humanos libres y acabar con los elfos no radicaban en la supervivencia de su pueblo, ¿entonces cuáles eran? Necesitaba explicárselo a Ian, porque quizás él, con ayuda de los enanos y los elfos, podría encontrar la respuesta.

Lo encontró en la amplia y silenciosa biblioteca, con los nudillos apoyados en el mármol de la repisa de la gran chimenea y la vista fija en el fuego. El viejo Alto humano se asustó cuando vio que Ian tenía agarrado en una mano un pergamino de aquel tejido tan fino y lustroso que sólo

podía ser élfico.

—¿Mi señor? —preguntó olvidando lo que él mismo había ido a decirle —¿Tenemos nuevas noticias de Siarta?

—Sí —respondió Ian, y aún tardó unos segundos en apartar la mirada del fuego. Se irguió, respirando profundamente en un intento de mantener la calma que no tranquilizó a Hedar en absoluto—. Las primeras en cuatro semanas, y por cómo habla Subinion, diría que no es el primer mensaje que nos manda en este tiempo. Los demás sin duda se han perdido.

—¿Y qué nos dice, Ian?

—Que lo que nos contaba en el mensaje anterior está confirmado, sea lo que sea —Ian suspiró, cansado. Contra el resplandor quebradizo de las llamas, se hacía más evidente que nunca que había perdido peso—. También nos dice que ha leído algo en las estrellas.

—¿De veras? —preguntó Hedar con un nudo en el estómago.

Ian caminó hacia la ventana más cercana y la abrió, dando paso al frío de aquella noche de invierno.

—¿Qué dice? —insistió el hechicero sin poder contenerse.

—Dice que para bien o para mal —dijo Ian girándose hacia el hechicero, con el rostro muy serio—, la guerra va a acabar antes que este nuevo año que empieza.

Hedar tardó un poco en asimilar aquellas palabras, sabiendo que estaban imbuidas de certeza. Las predicciones de Subinion eran tan fiables como las de los Sabios, cuando era capaz de leer algún mensaje en la bóveda celeste.

—Que los dioses nos protejan —murmuró el anciano hechicero, pese a que no era creyente—. ¿Y no sabe quién va a ganar?

Ian negó con la cabeza; eso, las estrellas no se lo habían revelado. Ian giró para asomarse por la ventana abierta. Se estremeció de frío, pero también porque ahora pesaba sobre su conciencia la amenaza que había proferido aquel límpido y sereno cielo estrellado. El rey, veterano de muchas batallas, sabía que la primavera que se acercaba sería la última que verían muchos de ellos.

Junto a la entrada de la biblioteca el joven Willem, que lo había oído todo, tuvo que agarrarse al marco de madera de la puerta.

Aquella noche, desde las tierras del Sur hasta los Hielos Perpetuos del Norte, muchos levantaron los ojos, humanos, enanos o élficos, hacia la noche clara y serena, donde titilaban misteriosas e imperturbables las estrellas.

# **Diario de los dos Continentes**

Según los datos que aparecen en

*La Cazadora de Profecías*

(Para más información visitar [www.carolinalozano.com](http://www.carolinalozano.com))

# Geografía

**AMAZONIA:** Región del noroeste, poco habitada, donde residen las últimas amazonas. Se divide en Amazonia Exterior, donde aún viven colonias humanas, y Amazonia Interior, donde viven las amazonas y donde se encuentra Équida.

**ANTIGUA SURIA:** Región que comprende Niaranden y Boreanas, últimos territorios libres del Continente Sur.

**ARSILON:** (Nombre clave astronómico: Albireo, de la Estrella de Verano). Ciudad principal del pueblo humano, situada en Dreisar. Centro de la Triple Alianza.

**BOREANAS:** Territorio de los Elfos del Aire, que junto con Niaranden forman la antigua región de Suria. Limitada al sur por la Llanura Áurea.

**CENTRIA:** Región que comprende a Gevinen, Sentríst, Fernost y Enadar.

**CORALIA:** Ciudad portuaria pirata y comercial.

**DREISAR:** Región boscosa que rodea Arsilon.

**ENADAR:** Principal ciudad de los Enanos del Valle, en Centria.

**ÉQUIDA:** Región independiente dentro de Amazonia, que pertenece de forma natural a Pegasos y Centauros.

**ESTRECHOS DEL ABISMO:** Región del noroeste, la única que conecta ambos continentes por tierra. Ahora habitado por las Colonias Femorianas.

**FERNOST:** Ciudad principal del Reino Libre de Fernost. Se encuentra cerca del valle de Enadar, en la región de Centria.

**FORTALEZAS DE PIEDRA:** Situadas en Karstia, son el antiguo hogar de los Enanos.

**GEVINEN:** Ciudad Neutral situada entre Arsilon y Sentríst.

**GRAN ABISMO:** Sima del noroeste donde se acaba el mundo.

**GRANDES SELVAS:** Región poco conocida del noroeste donde habitan los Elfos de los Bosques Leñosos. Delimitan el mundo por el Este.

**GREISAN:** (La Flecha) Ciudad principal de los Elfos de las Rocas.

**HERMAS:** Ciudad Neutral, situada entre Arsilon y Nórdica.

**HIDRIA:** Isla que se encuentra frente al Estrecho del Abismo. Está inexplorada porque se la considera un nido de hidras y basiliscos.

**HIELOS PERPETUOS:** Por encima de Siarta, delimitan el mundo por el Norte.

**ISLA BRUMA:** Misteriosa isla que se encuentra entre Sentríst y Niaranden.

**ISLA ROJA:** Isla del centro este donde habitan los piratas independientes.

**KARSTIA:** Región del noroeste, limitada por Amazonia y el Gran Abismo, donde se hallan las Fortalezas de Piedra.

**LAGO PLATA:** Hogar de los Elfos del Agua Dulce, situado en Quersia.

**LLANURA ÁUREA:** Desierto en que limitan Boreanas y los reinos de Maelvania, y que se extiende por todo el resto del Continente Sur. Delimita el mundo por el Continente Sur.

**LLANURA QUEBRADA:** Zona volcánica situada en el camino de Arsilon a Gevinen, situada debajo de las Arboledas exteriores del Bosque de Dreisar.

**MAELVANIA:** Ciudad principal de los Reinos Cáusticos.

**NÓRDICA:** Región que comprende las tierras de Siarta y Udrian.

**NIARANDEN :** Ciudad principal del Reino Libre de Antigua Suria, que se encuentra en la costa norte, en el límite de Centria.

**QUERSIA:** Gran bosque del oeste. Engloba Quersis y uno de los Centros Umbanda.

**QUERSIS:** (El Delfín) Ciudad principal de los Elfos de los Bosques.

**RISKABEN:** (Altaïr, de El Águila) Principal territorio de los enanos del Oeste.

**SENTRIST:** Ciudad principal del reino libre de Sentrism, que se encuentra en la costa que está enfrente de Niaranden.

**SELBAST:** Ciudad Neutral situada entre Centria y Amazonia.

**SIARTA:** (Deneb, de El Cisne) Principal ciudad de la región de Nórdica, antiguas Tierras Altas. Allí viven los Elfos de la Noche.

**UDRIAN:** (Vega, de La Lira) Ciudad humana principal de la región de Nórdica.

# Cronología

- 0: River es secuestrado y sometido a terribles experimentos.

Eyrien es perseguida por un Vampiro y marcada como traidora por los Sabios de Siarta.

Eyrien conoce a River y a Killian, y decide protegerlos por el momento.

Profecía que tiene como protagonistas a River y a Killian.

- 1: Entrada en el último curso de River en el Centro Umbanda de Arsilon.

- 2: Última estancia de Eyrien en Arsilon antes de la Profecía.

- 5: Última estancia de Eyrien en Arsilon y en Siarta antes de la Profecía.

- 15: Traslado de Killian desde Arsilon a las tierras paternas.

Eyrien reaparece tras tres años de ausencia.

- 16: Acceso al trono de Ian de Arsilon.

- 18: Alianza Negra, ataque de chupasangres y kapres.

Muerte de los padres de River y adopción de éste por Ian.

Eyrien desaparece con Ynia de Casa del Mar.

- 20: Asesinato de la madre de Killian.

- 24: Nacimiento de River de la Casa de los Tres Elfos.

- 25: Nacimiento de Killian de Arsilon.

- 32: Segundo enfrentamiento de Eyrien con los guls de Niaranden.

- 50: Incursión en las tierras de los femorianos y desencadenamiento de la enemistad con éstos.

- 100: Primera invasión gul.

Eyrien visita las Minas de Fuego y a las Amazonas por vez primera.

-110: Primeros gólems de Maelvania en el Continente Norte.

- 221: Nacimiento de Eyrien de Siarta.

- 250: Desaparece el Señor de Greisan, padre de Islandis, en Maelvania.

- 800: Ruptura de las relaciones entre elfos y humanos.

- 1000: Última muerte de un Sabio Vidente de Siarta.

- 1200: Primera noticia sobre la saga de los Esigion de Maelvania.

Incendio de la Biblioteca de Siarta.

- 1300: Guerras de Magia que enfrentaron a elfos y Altos humanos.

- 1500: Subinion, nuevo señor de Siarta.

- 1800: Nacimiento del vampiro Ashzar.

- 2400: Guerras Sangrientas entre elfos y enanos.

- 2500: Primeros humanos en el Continente Norte.

- 3500: Guerras Feéricas de los elfos.

# Personajes

**ALANA:** Amazona. Primera de las muchas nietas de la reina amazona Calista, tiene diecinueve años. Es una embajadora: una de las pocas amazonas que alguna vez sale de su reino escondido de Amazonia Interior y se relaciona con los otros pueblos. Amiga de Eyrien, sus apuros y sus opiniones serán cruciales para el desarrollo de la guerra.

**ASHZAR:** Vampiro. Poco se sabe de él salvo que siente una atracción voraz por Eyrien y que la considera un premio para él.

**ASIER DE SIARTA:** Hermano mediano de Eyrien, tiene trescientos veinte años. Consagrado a la guerra, se dedica a defender Nórdica de los enemigos que tratan de penetrar en ella. Siendo el más jovial de los Hijos de Siarta, es muy comprensivo con las acciones de su hermana pequeña.

**ASTON:** Bajo humano. Capitán de la guardia de la ciudad neutral de Selbast, nunca ha estado de acuerdo con la ocupación maelvaniense de la ciudad. Es uno de los que desean un cambio, siempre al borde de la insurrección.

**BELEREN DE BOREANAS:** Elfo del Aire. Heredero de los Elfos del Aire junto con su hermana gemela Maialen.

**ELHANIA DE SIARTA:** Elfa de la Noche. Señora de Siarta y de todo el pueblo elfo. Es la madre de Eyrien, aunque por motivos políticos habita desde hace años en Quersis.

**ELAZAR:** Maestro Nigromante de alto nivel, es el hombre de mayor confianza de Esigion de Maelvania.

**ELARHA:** Nombre del pegaso de Eyrien. Tiene el pelaje plateado y las crines largas y sedosas en su forma natural. Cuando se ilusiona tiene el aspecto de un caballo grande y gris.

**ERIESH:** Elfo de las Rocas, Hijo del zafiro. Trescientos veinticinco años. Embajador de Greisan y compañero de Eyrien.

**ESIGION DE MAELVANIA:** Alto humano. Nombre del hechicero gobernador de los reinos cáusticos de Maelvania, descendiente de una estirpe de soberanos con el mismo nombre. Un misterio del que se conocen pocas cosas, salvo que puede usar la Nigromancia para crear gólems.

**EYRIEN DE SIARTA:** Elfa de la Noche, doscientos veintiún años. Heredera de Siarta, legada de la Alianza y Cazadora de Profecías.

**FEREYA:** Elfa mestiza Noche-Fuego. Doscientos noventa y ocho años. Antigua Cazadora, es la mejor amiga de Eyrien y novia de su hermano Asier. Actualmente vive en Siarta aunque se considera vulcaniana.

**FREYN:** Enano de Riskaben. Ciento ochenta años. Guerrero y compañero de Eyrien. Es sobrino del rey Trenzor.

**HYLGA:** Enana. Natural de Enadar, es una enana noble de los enanos del valle.

**IAN DE ARSILON:** Bajo humano, cuarenta y cinco años. Rey de Arsilon y jefe humano de la Triple Alianza. Tío de Killian y tutor de River, ha sido amigo íntimo de Eyrien durante muchos años.

**ISLANDIS DE GREISAN:** Elfa de las Rocas (del Diamante). Señora de los Elfos de las Rocas. Trescientos sesenta y ocho años. Acude desde Greisan en ayuda de Sentríst.

**KENION DE SIARTA:** Elfo de la Noche. Con quinientos veintisiete años, es el mayor de los Hijos de Siarta. Heredero del gobierno de Siarta, se dedica a la política y nunca ha salido de Nórdica. Es el menos transigente con la actividad liberal de su hermana Eyrien.

**KILLIAN DE ARSILON:** Bajo humano. Veinticinco años. Príncipe de Arsilon y sobrino de Ian.

**KONOGAN:** Elfo de la Noche. Era el mejor amigo de Eyrien en Siarta. Cazador y acólito del Sabio Imran como ella, es el único de los Cazadores que se ha ido con los Sabios. Eso puede suponer un problema, ya que podría significar que cree que River, Killian y ahora también Eyrien son objetivos que se deben neutralizar.

**LANCE:** Alto humano. Miembro espía de la Alianza en Amazonia, será uno de los pocos de aquella zona a los que se pueda pedir ayuda.

**LIANA DE LA CASA DE LOS TRES ELFOS:** Alta humana. Hermana de Lander, es la tía de River. Aunque estuvo muy ligada a la regencia de la Alianza, tras la muerte de su hermano y Robin se alejó de ella y no quiso saber nada más de elfos ni de guerras. Le guarda un especial rencor a Eyrien de Siarta.

**LYRA DE LA CASA DE LOS TRES ELFOS:** Alta humana. Hija de Liana, es la prima de River. Aunque desea fervientemente unirse a la Triple Alianza, su madre se lo ha impedido hasta este momento.

**NEGANDER DE QUERSIS:** Elfo de los Bosques. Doscientos veinticinco años. Heredero de Quersis, es uno de esos elfos que jamás ha salido de territorios feéricos y desconoce la pena y el dolor.

**PHYROS DE VULCANIA:** Elfo Ígneo. Trescientos treinta años. Heredero de Vulcania, ha sido durante bastante tiempo un amigo bastante especial de Eyrien. Actualmente suele pasar largas temporadas con los Centauros de Équida, en Amazonia Interior.

**PROCYON:** Pegaso. Hermano de Elarha, es otro de los pocos pegasos que se han unido a la lucha de la Alianza. Será un compañero fiel para River, a partir de ahora.

**RIVER DE LA CASA DE LOS TRES ELFOS:** Alto humano. Veinticuatro años. Hechicero de la Casa de los Tres Elfos, y ahijado de Ian.

**SUBINION:** Elfo de la Noche. Señor de Siarta y de todo el Pueblo Elfo. Es el padre de Eyrien y el jefe máximo de la Triple Alianza.

**TIRENIA:** Elfa de las Rocas. Cazadora de Profecías, acude a Arsilon para pedirle un favor a Eyrien.

**YNIA DE LA CASA DEL MAR:** Elfa del Agua. Heredera de los Elfos del Mar, está muy unida a Eyrien y a la lucha de la Alianza. Es la elfa que desapareció con Eyrien durante dos años tras la muerte de Robin y Lander.



# Pueblos

## LAS CUATRO ESPECIES:

**ELFOS:** Los humanos les llamarán Hijos de los Dioses porque son los único que se comunican con éstos y obtienen su favor a través de la magia. Son inmortales, mayores de edad a los 100 años, aunque emocionalmente no maduran completamente hasta los 250 años. Los hay de diversas razas:

—**Elfos de la Noche:** Elfos siartanos. Sus cabellos, ojos y labios poseen los colores de la gama de los azules y pueden convertirse en sombras. Son de magia cálida y obtienen su energía feérica de la Luna y las estrellas, a los que consideran sus esencias. Son los más poderosos en el uso de la magia y los únicos con capacidad de clarividencia, de lo que se ocupan los Sabios Videntes.

—**Elfos de las Rocas:** Elfos greisianos. Sus cabellos, ojos y labios poseen los colores de la gama de los grises y pueden convertirse en piedra. Son de magia fría y obtienen su energía feérica de los minerales preciosos.

—**Elfos del Fuego (Elfos Ígneos):** Elfos vulcanianos. Sus cabellos, ojos y labios poseen los colores de la gama de los naranjas y pueden convertirse en energía eléctrica (los más poderosos). Son de magia cálida y obtienen su energía feérica del fuego y las tormentas, a los que consideran su esencias.

—**Elfos de los Bosques:** Elfos quersianos. Sus cabellos, ojos y labios poseen los colores de la gama de los verdes y pueden mimetizarse con los elementos de los bosques, así como controlarlos. Son de magia neutra, ni fría ni cálida, y obtienen su energía feérica de las plantas. Existe una subespecie en los bosques leñosos que rodean las Grandes Selvas, y que poseen rasgos marrones.

—**Elfos del Aire:** Elfos boreanianos. Sus cabellos, ojos y labios poseen los colores de la gama de los azules claros. Tienen alas, que pueden hacer invisibles a placer, y vuelan. Son de magia neutra y obtienen su energía feérica de los vientos. Son los más serenos y pacíficos de todos los elfos.

—**Elfos del Agua:** Elfos marinos. Sus cabellos, ojos y labios poseen los colores de la gama del azul verdoso y tienen cola de pez cuando están en el agua. Son de magia fría y obtienen su energía feérica del agua y las corrientes. Existe una variedad del agua dulce, de rasgos más plateados, que actualmente vive únicamente en el Lago Plata de Quersia.

**HUMANOS:** Antiguamente los humanos eran una sola raza, mortal. Sin embargo, la unión de algunos de ellos con los Elfos en su época de amistad, los separó en dos razas:

—**Bajos humanos:** Los que son puramente humanos. No pueden usar magia y no son inmunes a ella. Antiguamente vivían en el Continente Sur (Reinos de Suria), pero las guerras y los pueblos de Maelvania los obligaron a trasladarse al Norte y desplegarse en él, haciendo retroceder a los seres feéricos. Durante este proceso de migración, perdieron su esplendor y la mayoría de sus

valores, que se conservan aún todavía en Arsilon. Aun así son los más numerosos y los habitantes principales del mundo conocido.

—**Altos humanos:** Los que descienden de uniones mixtas entre elfos y humanos y practican magia. Acostumbran a tener rasgos más delicados, son más altos, y dependiendo de la antigüedad de su ancestro elfo, pueden tener signos físicos más o menos evidentes de este legado élfico; generalmente un color de ojos o cabellos inusual. También suelen vivir unos pocos años más, llegando a la vejez un poco más tarde. La mayoría residen en Udrian, a donde se trasladaron durante la época de amistad con los feéricos para estar cerca de los Elfos de Siarta, aunque los hay en ambos continentes. Los **Nigromantes** son los Altos humanos del Reino de Maelvania, cuyas enseñanzas mágicas se centran en los poderes Vodun, es decir oscuros, y pueden crear los gólems de Maelvania. Su educación se basa en el miedo y la violencia, para hacer de ellos guerreros sin compasión ni sentimientos.

—**Amazonas:** Ésta es una raza especial entre los humanos, ya que es un pueblo formado únicamente por mujeres, que si bien no son claramente Bajas humanas, tampoco pertenecen a los Magos.

Son un pueblo que habita en Amazonia, dotado de una magia especial, sensual y en concordancia con la naturaleza. Fueron los Elfos del Agua, con quienes tuvieron una larga amistad, quienes las hicieron como son ahora.

De piel dorada y cabellos rubios o castaño claro, las mujeres son hermosas. Recubren su cuerpo con tatuajes de color azul, en forma de hermosas y cuidadas filigranas de finos trazos que recorren sus curvas y adornan sus rasgos. Pero son peligrosas. Son grandes guerreras, y mujeres de carácter. No aman a los humanos, ni a ningún miembro del sexo masculino, excepto a los elfos a los que respetan y toleran, y sólo se unen a los hombres de su especie cuando desean tener descendencia, que siempre es femenina.

**ENANOS:** De la mitad de la talla de un humano, es la especie más antigua de las cuatro principales. Viven unos cuatrocientos años y son mayores de edad a los 150. Son muy joviales, aunque de ira viva. Son buenos guerreros y grandes artesanos, capaces de producir las más poderosas armas. Por lo general son inmunes a la magia, aunque pueden sufrirla si el hechicero es muy poderoso. Pertenecen a la Alianza y tras abandonar las Fortalezas de Piedra, su primer hogar, se concentran en dos regiones, Riskaben y Enadar.

**ÍNCUBOS Y SÚCUBOS:** Vampiros. Se alimentan de sangre y tienen predilección por los elfos, tanto para alimentarse como para tener descendencia con ellos (dando así origen a vampiros de alta estirpe). Por lo general son elegantes y atractivos, de ojos grises o negros y tienen aspecto de Altos humanos aunque no respiran y no están ni vivos ni muertos. Pueden usar la telepatía como los elfos y tienen una cierta capacidad de control mental sobre sus víctimas. No consideran tener edad ni memoria histórica, por lo que el tiempo no se acumula en ellos como en los elfos. Se

desconoce cuándo aparecieron y a partir de qué especie.

## OTROS PUEBLOS:

**BASILISCOS:** Reptiles serpentinos de gran tamaño, con hasta cuatro metros de largo, que poseen un veneno muy tóxico y una mirada letal. Habitan en todo el Continente Norte aunque son escasos y esquivos, prefiriendo el subsuelo, aunque pueden ser muy agresivos si se sienten amenazados o molestados.

**CHUPASANGRES:** Son animales cuadrúpedos que asesinan al ganado para beber su sangre, aunque también pueden atacar a los humanos si tienen hambre u otros propósitos, como en la Alianza Negra. Tiene aspecto de lobos, aunque son más grandes y pueden ponerse de pie, y no tienen pelo sino piel de reptil de aspecto manchado. Tienen seis dedos en cada pata y fuertes garras, y sus ojos son rojos. Sus aullidos son roncOS y pueden trepar a los árboles gracias a su bipedismo. Se les detecta gracias al olor a azufre que despiden.

**FEMORIANOS:** Pueblo viejo. Son los primeros habitantes de la tierra y son gigantes de al menos tres metros de altura. Generalmente son solitarios y se mantienen fuera de las peleas entre los demás pueblos, aunque pueden encolerizarse si se les molesta, pues no aceptan bien que se les insulte o se les persiga. Tienen un gran sentimiento de compañerismo, y se enemistan con cualquiera que ataque a uno de los suyos, sea por la causa que sea. Por ello están en contra de algunos miembros de la Alianza y se muestran amigables con Maelvania, franqueándoles el paso del Estrecho del Abismo.

**FÉNIX:** Aves feéricas, inmortales, de esencia cálida e incluso ígnea. De alrededor de un metro, tienen un plumaje brillante del color del fuego. Capaz de renacer de sus propias cenizas, tan sólo es vulnerable en su etapa de polluelo. Se unen a la Alianza debido a su estrecha relación con los Elfos del Fuego.

**GÓLEMS:** Criaturas de barro o piedra a la que se ha dado vida por medio de la magia Vodun. Esigion de Maelvania los crea para su ejército. Tan sólo pueden ser destruidos por medio de una magia poderosa o rompiendo la palabra que tienen tallada en la frente.

**GULS:** Seres antropófagos que poseen un cuerpo musculoso y de miembros largos, ojos negros y alargados, y garras y colmillos fuertes como el acero. Pueden adquirir el aspecto de jóvenes lampiños y atractivos si desean acercarse a sus víctimas sin ser reconocidos, y suelen vivir en colonias simbióticas controladas por una única mente «padre». Son buenos caza-reliquias y son navegantes o comerciantes de tesoros.

**KAPRES:** Son espíritus nocturnos que habitan los bosques, de forma humana, gran estatura, tupido pelambre y piel oscura, de voluntad malévolA y carácter agresivo. Se les detecta debido a que van precedidos de una densa niebla, y son muy fuertes. Son especialmente vulnerables a la magia aunque se les puede matar con armas normales, si no se les da tiempo a devolver el golpe.

**NINFAS:** Seres feéricos menores, alados, a los que se cree los ancestros de los elfos. Son seres pacíficos y joviales, alegres e inmortales, esquivos, aunque su cólera es viva y agresiva cuando

presencian atentados contra la naturaleza. Los hay de diversos tipos: Dríades (las ninfas de los bosques), Sílfides (ninfas del Aire), Silfos ígneos (ninfas del fuego), Ondinas (ninfas de agua dulce), y Oceánides (ninfas de los mares).

**PEGASOS:** Caballos de gran tamaño, alados, de tupido pelaje generalmente de color plata u ocre. Son animales feéricos inmortales, inteligentes, tímidos y esquivos con los humanos. Suelen vivir en bosques montañosos y rocosos, aunque en la actualidad su territorio y su número se han reducido hasta el borde de la extinción, motivo por el cuál algunos de ellos se unen a los miembros feéricos de la alianza.

**TRASGOS:** Seres de los bosques, altos, de más de dos metros, aunque suelen andar inclinados. De largas extremidades y un color grisáceo pardusco. Poseen garras y largos colmillos, y una agresividad pareja a la de los Kapres, aunque son notablemente estúpidos. Suelen ir en grupos numerosos y atacar a la vez, única forma en que son valientes.

**ULDRAS:** Seres feéricos menores que habitan en los árboles, de los que cuidan. Tienen aspecto humanoide, de tamaño pequeño, pero sus pies tienen tres dedos acabados en garras y tres dedos largos y puntiagudos en las manos. Hablan el Uldaran y por lo general son tímidos, aunque afables, y se muestran únicamente a los otros feéricos, aunque pueden atacar a los mortales que dañen a sus bosques mientras éstos duermen.

**VOLGAS:** Seres incorpóreos, compuestos en esencia por un fuego azul y frío, aunque pueden calentarse y provocar incendios. A pesar de que no suelen ser malvados por naturaleza, son traviesos y disfrutan haciéndose pasar por antorchas para perder a la gente en las noches oscuras. Tampoco ellos serían tan neutrales como debería serlo su especie...

**WENDIGOS:** Humanos que se han convertido en seres antropófagos, perdida toda humanidad, debido a la mordida de un chupasangre. Viven en tribus en los bosques y devoran a los viajeros desprevenidos; muchos de ellos eran antiguos habitantes de Arsilon, que lucharon contra la Alianza Negra.



CAROLINA LOZANO nació en un pueblo de Barcelona, Badalona, el 14 de agosto de 1981. Más tarde, se trasladaría a El Masnou, donde reside actualmente, a diez minutos en tren de Barcelona. En su biografía personal, hace mención a la playa y las montañas que han influenciado en sus escritos, proveyéndola de la paz necesaria para crear historias llenas de elementos fantásticos con toques humorísticos y románticos que definen su estilo.

Al terminar el instituto con buenas cualificaciones, decidió ingresar en la Universidad Autónoma de Biología de Barcelona, donde se licenció. Desde pequeña fue una gran admiradora de la naturaleza, especialmente de la botánica y la zoología. Tanto era así, que se marchó un verano con una amiga a Venezuela en sus últimos años de carrera para trabajar en una ONG dedicada a la protección de los cetáceos (delfines y ballenas) del Mar Caribe. No obstante, debido a las pocas salidas de la carrera, a día de hoy, no trabaja en nada relacionado con la Biología.

Acostumbrada a ver a sus padres sentados en el balcón de su casa leyendo un libro desde pequeña, fue bastante fácil su introducción en el mundo de la literatura. Por sus manos han pasado desde los clásicos universales de Homero y las novelas de época de Austen y Flaubert, hasta *Harry Potter* y *El Código da Vinci*. Aunque siempre ha preferido *El señor de los anillos*, libro cuya temática se ha hecho notar en *La Cazadora de Profecías*, su primera novela publicada por la editorial Vía Magna tras cosechar varios premios universitarios durante su etapa estudiantil.

Comenzó a escribir en serio tres años antes de lograr publicar. A ello contribuyeron la película *El Reino de los Cielos* y unas palabras dichas por su mejor amigo: «¿Por qué no escribes todo eso que se te ocurre y escribes una novela?». Por el momento, en el 2008 comparte su tiempo libre (las salidas con las amigas, baile de lambada, jugar al mahjong, estar con su gato, viajar...) con su

trabajo en la biblioteca de un instituto y su ilusión, escribir.